

Guillermo Hudson

ALLÁ LEJOS Y HACE TIEMPO

En este libro autobiográfico, escrito en 1918, Hudson rememora su infancia y su adolescencia transcurrida en Argentina, su país natal.

CAPÍTULO I

Preámbulo. - La casa en que nací. - El singular ombú.- Un árbol sin nombre. - La llanura. - El fantasma de un esclavo asesinado. El viejo perro ovejero, nuestro compañero de juegos. - La primera lección de equitación. - El ganado; escena vespertina. - Mi madre. - El capitán Scott. - El Ermitaño y sus terribles penitencias.

PRIMEROS RECUERDOS

No tuve nunca la intención de hacer una autobiografía. Desde que empecé a escribir, en mi madurez, he relatado de tiempo en tiempo algunos incidentes de la infancia, contenidos en varios capítulos de *El naturalista del Plata*, de *Pájaros y hombres*, de *Aventuras entre los pájaros* y de otras obras, así como también en artículos de revistas. Tal material lo habría conservado si me hubiese propuesto hacer un libro como éste.

Cuando, en los últimos años, mis amigos me preguntaban por qué no escribía la historia de mi niñez en las pampas, les respondía siempre que ya había relatado, en los libros antes mencionados, todo lo que valía la pena de contarse. Y realmente así lo creía, pues, cuando una persona trata de recordar enteramente su infancia, se encuentra con que no le es posible. Le pasa como a quien, colocado en una altura para observar el panorama que le rodea, en un día de espesas nubes y sombras, divisa a la distancia, aquí o allá, alguna figura que surge en el paisaje-colina, bosque, torre o cúspide acariciada y reconocible, merced a un transitorio rayo de sol, mientras lo demás queda en la obscuridad.

Las escenas, personas o sucesos que por un esfuerzo podemos evocar, no se presentan metódicamente. No hay orden ni relación o progresión regular; es decir, no son más que manchas o parches brillantemente iluminados, vívidamente vistos, en medio de un ancho y amortajado paisaje mental.

Es muy fácil entonces caer en el error de creer que las pocas cosas que se recuerdan con claridad y se representan en la mente, sean precisamente aquellas que han revestido más importancia en nuestra vida, y por este motivo se conservan en la memoria, mientras el resto se ha esfumado. Así, ciertamente, nuestra facultad retentiva nos sirve y nos engaña, porque en algún periodo de la vida del hombre —en todo caso de ciertas vidas y en un momento psicológico especial— se le revela bruscamente, como un milagro, que nada ha sido borrado de ella.

De este modo, al caer en un estado semejante, tuve una clara, continua y maravillosa visión del pasado y me vi tentado —forzado, podría decir— a escribir esta narración de mi infancia. Referiré el caso, pues me figuro que el lector psicólogo

encontrará tanto interés en el incidente de que se trata como en cualquier otro de los contenidos en el libro.

Sentíame débil y deprimido, cuando llegué de Londres, en una tarde de noviembre, a las costas del sur. ... El mar, el cielo claro, los brillantes colores del ocaso, me retuvieron demasiado tiempo frente a un viento del este, en aquel estado de inferioridad física, a consecuencia de lo cual caí en cama presa de una seria enfermedad, que duró seis semanas.

Y cuando todo pasó, me puse a considerar que esas seis semanas habían sido muy felices para mí. Nunca pensé durante el transcurso de ellas en el más pequeño dolor físico. Nunca me sentí menos prisionero, yo, que siento que no "vivo" verdaderamente, cuando estoy distante de todo lo que vive, lejos del pasto que crece, sin oír el canto de los pájaros y no gozando, en fin, de los múltiples y encantadores sonidos que vibran en la vastedad del campo.

Al segundo día de mi enfermedad, en un intervalo de relativa calma, empecé a recordar mi infancia, e inmediatamente comprendí que el remoto, el olvidado pasado, volvía a mí como nunca lo sintiera antes. No implicaba el estado mental, conocido por muchas personas, en que una escena o sonido, o más, frecuentemente, el perfume de una flor, asociados a nuestra edad temprana, restauran súbitamente épocas pretéritas de modo expresivo, pero que no pasa de una ilusión. Es un estado emocional intenso y desaparece tan rápidamente como viene. Este otro era diferente. Para volver a la similitud y metáfora usadas al principio, diré que fué como si las sombras, las nubes, la bruma, se hubieran desvanecido y el amplio paisaje se tornara nítidamente claro ante mi vista. Sobre todo, mis ojos podían recorrerlo a su antojo eligiendo este o aquel punto para tratar de examinarlo en todos sus detalles, o en el caso de alguna persona conocida por mí cuando niño, seguir su vida hasta el final o hasta su alejamiento de la escena, y luego volver al mismo punto para repetir el proceso con otras vidas y reasumir mis paseos en los viejos sitios familiares.

¡Qué felicidad —pensaba yo— a pesar de la incomodidad, el dolor y el peligro, si esta visión continuara! No era de esperarse. Sin embargo, no se desvaneció, y al segundo día me dispuse a intentar salvarla del olvido que, de pronto, podría cubrirla otra vez.

Sostenido por almohadas, empecé con lápiz y papel de block a ordenar mis impresiones. Continué a intervalos durante las seis semanas que duró mi reclusión, y en esta forma se hizo el primer borrador del libro.

En todo este tiempo, no cesé nunca de asombrarme de mi propio estado mental. Pensaba en ello cuando, rápidamente cansado, mis temblorosos dedos dejaban caer el lápiz o cuando, al despertar de un sueño inquieto, encontraba todavía la visión delante de mí, llamándome, invitándome insistentemente a volver a mis antiguas correrías

infantiles y a mis aventuras de otrora en aquel extraño mundo donde vi por primera vez la luz.

Fué para mí una maravillosa sensación la experimentada al encontrarme apoyado en las almohadas, en un cuarto débilmente alumbrado; la enfermera de noche, dormitando perezosamente cerca del fuego; en mis oídos, el ruido eterno del viento bramando afuera; el golpear de la lluvia contra los cristales de la ventana, como si fuera granizo. ¡Estar despierto con todo esto, febril, enfermo y dolorido, consciente también de mi gravedad y, al mismo tiempo, encontrarme a miles de leguas de distancia, en plena y virgen naturaleza, al aire y al sol, regocijándome con las vistas y las vibraciones de antaño; feliz de nuevo con las antiguas y ha largo tiempo perdidas venturas!

En los tres años que transcurrieron desde que tuve esa extraña experiencia, he caído de tiempo en tiempo en semejante estado de ánimo. Luego, volviendo al libro, me hallé compelido a suprimir buena parte y a rehacerlo, pues el primer borrador habría constituido una historia demasiado larga y sin forma.

La casa en que yo nací en las pampas sudamericanas, era muy apropiadamente llamada "Los veinticinco ombúes"¹, porque había allí justamente veinticinco de estos árboles indígenas de gigantesco tamaño. Se encontraban ampliamente separados entre sí, formando una fila de más o menos cuatrocientos metros de largo. El ombú es verdaderamente un árbol singular, ya que, siendo el único representante de la vegetación natural del suelo en aquellas niveladas planicies, y existiendo también muchas extrañas supersticiones relacionadas con él, equivale a un romance en sí mismo. Pertenece a la rara familia *phitolaca* y tiene una inmensa circunferencia, la que alcanza a dieciocho o veinte metros en algunos casos. Su madera es tan blanda y esponjosa, que se puede cortar con un cuchillo, no sirviendo absolutamente para leña, puesto que no se seca después de cortada, sino que se pudre como una sandía madura. Crece lentamente y sus hojas grandes, lustrosas, de color verde oscuro, son venenosas como las del laurel rosa o adelfa y causa de su inutilidad, probablemente ha de extinguirse, como tantos graciosos pastos de las pampas de esa misma región. En la actualidad, el hombre, extremadamente práctico, deja caer rápidamente el hacha, sobre la raíz de las cosas, que, a su modo de ver, estorban en la tierra. Empero, antes que otros árboles hubieran sido plantados, el primitivo e inmenso ombú tenía sus usos. Servía al viajero como un gigantesco mojón en las grandes y monótonas llanuras. Proveía fresca sombra al hombre y a su cabalgadura en verano. A la par lo utilizaba el curandero, quien usaba las hojas para el paciente que necesitaba activo remedio para su mal.

Nuestros árboles, casi centenarios y muy grandes, como se encontraban sobre una elevación, divisábanse fácilmente a una distancia de tres leguas.

1 En la actualidad Parque ecológico y Museo Histórico Provincial "Guillermo Enrique Hudson".

A mediodía, en el verano, el ganado vacuno y las ovejas, de las cuales teníamos gran número, acostumbraban descansar aprovechando su sombra. También a los niños, uno de aquellos corpulentos ombúes, nos procuraba la más espléndida casa de juegos. A él

solíamos llevar cantidad de tablones para construir seguros puentes de rama a rama, y a mediodía, cuando nuestros mayores dormían la siesta, realizábamos nuestros arbóreos juegos, sin ser molestados.

Además de los famosos veinticinco ombúes, crecía allí otro árbol de diferente especie, que se levantaba cerca de la casa, siendo conocido por el vecindario con la denominación de "El Arbol", habiéndosele dado tan pomposo título, porque resultaba ser el único de su clase en aquella parte del país. Afirmaban nuestros vecinos criollos su condición de solo en su especie en el mundo. Era un viejo árbol, grande y lindo, de corteza blanca, largas y suaves espinas del mismo color, y permanente follaje verde oscuro. Florecía en noviembre — que es allí, un mes tan caluroso como el de julio en Inglaterra — y se cubría entonces con borlas de diminutas flores como de cera color paja pálido y de maravillosa fragancia, que las suaves brisas del verano llevaban en sus alas a muchas leguas, enterando su aroma a los vecinos, de que la estación florida había llegado al "árbol" que tanto admiraban, haciéndolos venir a nuestra casa a pedir una rama para llevársela y con ella perfumar sus humildes viviendas.

Las pampas son en su mayor parte niveladas como una mesa de billar. Donde nosotros vivíamos, la comarca presentábase sin embargo ondulada, y nuestra casa hallábase situada en el plan de una de las más altas elevaciones. Delante de ella se extendía la gran llanura verde, al nivel del horizonte, mientras que detrás del edificio, caía el terreno abruptamente sobre un ancho y profundo arroyo² que se volcaba en el Río de la Plata a una distancia de cerca de dos leguas al este. Este arroyo, con sus tres viejos sauces colorados creciendo en los bordes, constituía fuente de inagotable placer para nosotros. En cualquier momento que bajáramos para jugar en sus orillas, el fresco y penetrante olor de la tierra húmeda nos producía un extraño y excitante efecto, llenándonos de salvaje alegría. Puedo, aun ahora, recordar estas sensaciones y creo que el sentido del olfato (que parece disminuir cuando envejecemos, hasta llegar a ser algo de tan escaso valor, que no merecería ser llamado un sentido) es casi tan agudo en los niños como en los animales inferiores, y cuando ellos viven en plena naturaleza, contribuye tanto a su placer como la vista o el oído. He observado a menudo que los niños pequeños que son traídos de un alto nivel a otro bajo — de tierra húmeda — dan rienda suelta a un brusco y espontáneo júbilo, corriendo, gritando y rodando sobre los pastos, exactamente como los cachorros, y no me cabe duda de que el fresco olor de la tierra produce su alegre excitación.

2 Arrollo de Conchitas -N.del T.

Nuestra casa, de construcción larga y baja, hecha de ladrillo y muy antigua, tenía la reputación de estar encantada. Uno de sus anteriores propietarios, cincuenta años antes de que yo naciera, contaba entre sus esclavos a un hermoso joven negro, que por su belleza y afabilidad convirtiéndose en el favorito de la señora. Tal preferencia llenó de sueños y de aspiraciones los pobres sesos del negro, e interpretando mal las graciosas maneras de su patrona, se aventuró, acercándose a ella, en ausencia del amo, a declararle sus sentimientos. No pudo la dama perdonar semejante ofensa, y cuando el esposo regresó, lo recibió pálido de indignación, refiriéndole cómo el miserable esclavo había abusado de su bondad. Poseedor de un corazón implacable, el esposo ordenó que el ofensor fuera suspendido por las muñecas de una de las ramas bajas y horizontales de "El Arbol", y allí, a la vista del amo y de la esposa, los demás esclavos, sus compañeros, le azotaron hasta causarle la muerte. Su cuerpo deshecho fué conducido y enterrado en un profundo foso, a pequeña distancia del último de los ombúes de la larga fila.

Y era el espíritu del pobre negro (cuyo castigo fué más duro que lo que su proceder reclamara) el que se suponía encantaba el lugar. No se aparecía, según las versiones circulantes, a la manera del duende común, que camina envuelto en una sábana blanca. Los que sostenían haberlo visto, aseguraban que, invariablemente, se levantaba del sitio donde el cuerpo había sido enterrado como una leve y luminosa exhalación de la tierra y tomando forma humana flotaba lentamente hacia la casa, paseándose entre los grandes árboles y sentándose a veces sobre una vieja y saliente raíz. Allí permanecía inmóvil durante horas, en una actitud meditativa y triste, al decir de mucha gente. Yo no lo vi nunca.

Nuestro constante compañero de juegos, en aquellos tiempos, era un perro. Jamás se ha borrado de mi memoria el recuerdo del noble animal, cuyos rasgos e individualidad se grabaron profundamente en mi cerebro. Llegó a casa de un modo misterioso. Una tarde de verano, el puestero galopaba alrededor de la majada, tratando por medio de gritos de inducir a las ovejas perezosas a que fueran hacia las casas. Un rarísimo perro rengo apareció de pronto en la escena, como si hubiera caído de las nubes y, con su pata en el aire, corrió rápidamente detrás de los asustados animales, arreándolos hasta el interior del corral. Demostrando, así, que era capaz de ganarse el sustento, se estableció en la casa, donde fue bien recibido. Era un perro de buen tamaño, con el cuerpo largo, de piel negra y suave; patas, hocico y "anteojos" amarillentos. La cabeza, de volumen extraordinario, le daba profunda expresión de mono sabio. Una de sus patas traseras había sido rota o herida. Cojeaba de manera particular. No tenía cola y sus orejas estaban cortadas al ras de la cabeza, pareciendo en conjunto un viejo soldado de vuelta de la guerra, donde recibiera muchos golpes y en la cual dejara porciones de su anatomía.

No pudimos encontrar ningún nombre que viniera bien al singular visitante canino, y como respondió bastante rápidamente a la palabra "pichicho", usada para llamar a cualquier perro sin nombre — como se emplea la de "miz" para llamar al gato — fue Pichicho su único nombre, hasta que desapareció misteriosamente como había venido, después de haber pasado algunos años con nosotros.

Demostró, muy pronto, que entendía a los chicos tan bien como a las ovejas. En cualquier momento nos permitía embromarlo y tironearlo despiadadamente, pareciendo que nuestras travesuras le divertían. Las primeras lecciones de equitación las tomamos sobre su lomo; pero el viejo pichicho cometió casualmente una falta, después de la cual fue relevado de la tarea de llevarnos. Cuando yo tenía cuatro años, mis dos hermanos mayores, en su carácter de maestros de equitación, me sentaron sobre él. Para probar mi capacidad de sostenerme encima y salvar las dificultades, corrieron llamándolo. El viejo perro, excitado por los gritos, salió detrás de ellos y yo caí rompiéndome una pierna, porque como dijo el poeta: Los niños son muy chicos y sus huesos muy quebradizos.

Felizmente, esos huesos quebradizos y pequeños rápidamente se sueldan, no tardando mucho en quedarme curado de los efectos de este accidente. Sin ninguna duda, mi corcel canino quedó tan disgustado como cualquiera de nosotros con lo sucedido, y aun me parece ver al inteligente compañero, sentado en la curiosa posición que había adquirido para hacer descansar su pata enferma, con la boca abierta en una especie de inmensa sonrisa y mirándonos con sus ojos castaños y benevolentes, reflejando la misma expresión que pone una de esas negras fieles y ancianas, encargadas de un montón de revoltosos chicos blancos, ¡tan orgullosa y contenta de cuidar a los hijos de una raza superior!

Todos estos recuerdos de mi niñez, encuéntranse comprendidos entre los tres, cuatro y cinco años de edad, período que, para los ojos de la memoria, aparece como ancho plano borrado por una baja niebla: Cuanto más, surge mentalmente, aquí o allí, un grupo de árboles, una casa, una loma o algún otro objeto grande, resaltando con maravillosa claridad. A menudo se me presenta el cuadro del ganado viniendo a la casa por la tarde; la verde y tranquila llanura extendiéndose desde la tranquera hasta el horizonte; el cielo de occidente sonrosado con los colores del crepúsculo y el conjunto de cuatrocientos o quinientos animales trotando hacia la casa, mugiendo y bramando y levantando con sus pezuñas gran nube de polvo, mientras, detrás, galopan los peones arreándolos con salvajes alaridos.

También se me presenta el cuadro de mi madre, al caer la tarde, cuando los chicos, después de nuestra merienda de pan y leche, nos juntábamos en nuestra última y alegre jugarreta sobre el pasto, delante de la casa. La veo sentada afuera, observando nuestras diversiones, con la sonrisa en los labios, el libro descansando sobre la falda y los últimos rayos del sol poniente iluminándole el rostro.

Cuando pienso en ella, acuérdome con gratitud de que nuestros padres rara vez, o nunca, nos castigaban y jamás nos retaban, a menos que nos excediéramos demasiado en nuestras rencillas domésticas o travesuras.

Estoy convencido de que ésta es la verdadera actitud que deben observar los padres, admitiendo modestamente que la naturaleza es más sabia que ellos, dejando a sus hijos seguir, tan lejos como sea posible, la curva de su propia inclinación; vale decir, respetando su substantividad.

Es la actitud de la gallina hacia sus pichones de pato, cuando ha tenido la frecuente experiencia de sus mal adaptados medios y hállese persuadida de que ellos saben mejor lo que les conviene, aunque en realidad sus modos le parezcan extraños y no pueda nunca simpatizar con el hábito de meterse en el agua y de zambullirse. No necesito que me digan que la gallina es, después de todo, sólo madrastra de sus patitos, desde que estoy sosteniendo que la mujer civilizada (producto artificial de nuestras propias imposiciones) no puede tener la misma relación para con su prole que la mujer incivilizada tiene con la propia. La comparación, por tanto, es acertada, ya que nuestras madres resultan prácticamente madrastras de los niños de otra raza y ellas, sensibles y dóciles a las enseñanzas de la naturaleza, atribuirán los aparentemente inadaptables medios y apetitos de sus entenados, a la verdadera causa y no a una hipotética depravación o perversidad inherente al corazón, asunto sobre el cual muchos autores hablan en sus libros:

Pero aunque lo escribieron de memoria ellos no lo expresaron bien.

De toda la gente ajena al círculo doméstico que yo conocía entonces, sólo dos individuos recuerdo claramente. Ellos permanecen grabados en mi memoria con tintes indelebles, de tal manera que ahora me parecen seres vivientes en compañía de pálidos fantasmas.

Esto es debido, probablemente, a la circunstancia de que fueron en apariencia considerablemente más grotescos que los otros; como el viejo Pichicho entre nuestros perros; los demás yacen olvidadas ahora, menos él.

Uno de estos individuos era inglés, y se llamaba el capitán Scott. Acostumbraba visitarnos durante una semana para cazar o pescar, porque era gran sportman. A nosotros nos gustaba enormemente. Se trataba de uno de esos hombres simples, que aman a los niños y simpatizan con ellos. Además, solía venir de un lugar lejano y maravilloso, donde se hacían las ciruelas azucaradas; y para nuestro sano apetito, no acostumbrado a dulces de ninguna clase, tales golosinas nos sabían a manjares angelicales. Era un hombre inmenso, con su cara redonda de color rojo purpúreo, como un glorioso sol poniente. Lo nimbaba una aureola de pelo canoso y de patillas blancas plateadas, que se mantenían erizadas como los pétalos alrededor del disco de un mirasol. Gran día para nosotros era el de la llegada del capitán Scott. Mientras

desmontaba de su caballo, lo rodeábamos con grandes demostraciones de bienvenida, aguzados por los tesoros que hacían combarse sus bolsillos por todos lados. Cuando salía a cazar, siempre se acordaba de traer para nosotros algún halcón u otro extraño pájaro de colores. Nos resultaba todavía mejor cuando salía a pescar. Entonces nos llevaba consigo, y en tanto él se quedaba inmóvil sobre la orilla, caña en mano, semejando, con el traje azul que siempre usaba, una enorme columna coronada por aquella cara ancha y roja, nosotros retozábamos sobre el pasto, embriagados por la húmeda fragancia de la tierra y de las espadañas.

Yo no tengo la más débil noción de quién era el capitán Scott. Ignoro si había sido siempre capitán y si su residencia en clima tórrido o el exceso de bebida, habían teñido su ancho rostro con ese profundo colorado magenta. No supe cómo ni cuándo terminó su terrenal existencia, porque al mudarnos de casa, el extraño personaje desapareció para siempre de nuestras vidas. ¡Cuán bella surge todavía en mi imaginación su gigantesca figura! Y aun ahora bendigo su memoria por todos los dulces que me dio, en un país donde escaseaban las golosinas, así como por la amistad que me demostraba cuando era yo un pequeñuelo.

El segundo individuo bien recordado también sólo visitante ocasional de nuestra casa era conocido en todos los alrededores por el Ermitaño. Nunca pudimos descubrir su verdadero nombre. Se mantenía perpetuamente en movimiento, yendo de casa en casa dentro de un radio de quince a veinte leguas; una vez cada siete u ocho semanas llamaba a nuestra puerta, recibiendo algunos artículos alimenticios, suficientes para el consumo del día. Siempre rehusaba el dinero con gesto de intenso disgusto. También declinaba la carne cocinada y pedazos de pan. Cuando se le daba galleta dura la examinaba cuidadosamente y si encontraba alguna roída la devolvía señalando el defecto y pidiendo otra sana. Tenía la cara pequeña y pecosa y el pelo largo y plateado. Sus rasgos eran finos, los dientes blancos y sus ojos de color gris claro, penetrantes como los del halcón. Había siempre en su cara una expresión de profunda angustia mental, intensificada tal vez por un dejo de insania, lo que hacía desagradable mirarlo. Como nunca aceptaba dinero ni nada que no fuera alimento, él hacía sus propios vestidos y ¡qué vestidos!

Durante muchos años solía verse paseando por el parque St. James, de Londres, un inmenso sujeto peludo, con un garrote en la mano y vestido con una piel de oso, que conservaba la cabeza y las patas. Puede ser que a tan excéntrico tipo lo recuerden algunos de mis lectores. Les aseguro, sin embargo, que se elevaba a la categoría de dandy el personaje de St. James' Park comparado con mi ermitaño.

Usaba un par de gigantescos zapatos, de casi treinta centímetros de ancho en la punta, hechos de grueso cuero de vaca con el pelo para adentro, y sobre la cabeza ostentaba un bonete alto, por supuesto sin alas, también de cuero de vaca y con la forma de un florero dado vuelta. Su indumento ofrecía aspecto extraordinario; a parte

exterior del vestido, si así puede llamársele, parecía un gran colchón por su tamaño y forma, con el forro hecho de innumerables pedazos de cuero crudo, cosidos entre sí. Era como de una cuarta larga de espesor y henchido o relleno con palos, piedras, cascotes, cuernos de carnero, huesos blanqueados y otros objetos duros y pesados. Estaba atado, en derredor, con lonjas de cuero y llegaba casi al suelo. Ofrecía, con semejante vestidura, una apariencia grotesca, inculta y horrible. Sus periódicas visitas nos producían gran excitación.

Y como si esta espantosa carga con la cual se había ensillado (suficiente para reventar a dos hombres de tipo medio) no fuera bastante, había recargado el pesado bastón que usaba para sostener sus pasos, con una enorme bola en la punta y con un gran objeto circular en forma de campana que lo rodeaba en su parte media. Cuando llegaba a la casa, donde los perros al verle se enloquecían de rabia y de miedo, permanecía inmóvil durante ocho o diez minutos, y luego, en un extraño lenguaje que podía ser hebreo o sánscrito, ya que allí no había ninguna persona bastante instruida que pudiera entenderlo, pronunciaba un gran discurso u oración, con sonora y clara voz, imprimiendo a sus palabras un tono de monótona cantinela. Terminado su discurso pedía en mal español la consabida caridad y, después de haberla recibido, disertaba nuevamente, quizás invocando bendiciones de todas clases para el donante, invirtiendo en su oración un tiempo inconmensurable. Luego, despidiéndose con un ceremonioso adiós, continuaba su camino.

Por el sonido de ciertas expresiones que a menudo usaba en sus recitados, nosotros lo llamábamos "Con-stair-Lo-vair". Tal vez algún sabio brahmán fuera capaz de decirme lo que las mencionadas palabras significan, siendo el único fragmento vado del misterioso lenguaje del Ermitaño. Se decía comúnmente que en cierta época de su vida, cometió terrible crimen y que, perseguido por el remordimiento, habíase fugado a esas lejanas regiones, donde nunca podría ser reconocido o denunciado por ninguno de los antiguos compinches, adoptando como penitencia aquel singular modo de vivir. Las sospechas y deducciones no pasaban de meras conjeturas, pues nunca se le pudo sonsacar nada. Cuando acosado a preguntas se le interpellaba en alguna forma sobre el asunto, el viejo "Con-stair-Lo-vair" demostraba que su larga y cruel penitencia, aun no lograba expulsar al diablo de su corazón. Una cólera terrible desfiguraba su rostro encendiendo sus ojos con demoníaco fuego, y en agudos tonos, retumbantes, que herían como golpes, derramaba colosal torrente de palabras en su desconocido lenguaje, sin duda invocando alguna imaginaria maldición sobre su atormentador.

Más de veinte años después de haberle conocido siendo yo niño, continuaba fielmente sus sombrías rondas, expuesto a los fríos y a las lluvias del invierno y a los más penosos calores en verano, hasta que un día lo encontraron muerto sobre la planicie, convertido por la vejez y el hambre en un esqueleto, oprimido todavía, después de muerto, por aquella espantosa carga que había llevado durante tantos

años. Así, constante hasta el fin, sin revelar sus secretos a ninguna criatura humana, dejó de existir el pobre viejo "Con-stair-Lo- vair", el más extraño de todos los extraños seres que he encontrado en mi viaje a través de la vida.

CAPÍTULO II

Dejamos la vieja casa. - Viaje en día invernal. - Aspecto del campo. Nuestra nueva vivienda. - Un prisionero en el galpón. - El monte. El paraíso de las ratas.- Escena nocturna. - La gente que nos precedió. Un mendigo a caballo. - Mr. Trigg, nuestro preceptor. - Su doble personalidad. - Representa e imita a una vieja. - Leyendo a Dickens. Mr. Trigg degenera. - Otra vez vagabundo, sin hogar, en la gran llanura.

MI NUEVO HOGAR

Los incidentes e impresiones recordados en el capítulo anterior, se refieren —como ya he dicho— a los últimos dos años, de mis cinco de vida, en el lugar de mi nacimiento. Mi memoria se resiste a llevarme más atrás. Algunas personas de maravillosas facultades, pueden retroceder mentalmente a los dos años de edad y aun a su primer año. Yo no. Podría únicamente contar los rumores de lo que fui, o hice, después de los tres. De acuerdo con todas las narraciones, las nubes de gloria que yo traje al mundo el hábito de sonreír a todas las cosas que veía y a todas las personas que se me acercaban —dejaron de ser rastros visibles alrededor de esa época. Sólo me recuerdo a mí mismo como un niño cualquiera, como un animalito salvaje corriendo sobre sus patas traseras, enormemente interesado en el mundo en que se encontraba.

Empiezo, pues, a los cinco años de edad, temprano, en una fría y brillante mañana de junio —mitad del invierno en aquel país del sur, de grandes llanuras o pampas— esperando impacientemente que engancharan y cargaran la volanta, sintiéndome luego colocado en la parte de arriba con los otros pequeños, que en aquel tiempo sumábamos cinco, llegando finalmente el gran instante de la partida, entre gritos y mucho ruido de patadas, resoplidos de caballos y rechinar de cadenas. Recuerdo muchas cosas de este viaje que empezó al salir el sol y terminó entre dos luces, poco después de ponerse aquél. Realizaba mi primer viaje e iba hacia lo desconocido. No olvido cómo al pie del declive, en la cima del cual estaba el viejo hogar, nos sumergimos en el arroyo, y allí hubo más ruidos, mayores gritos y agitación, hasta que los animales, con grandes esfuerzos, nos pusieron a salvo en la otra orilla. Al mirar hacia atrás, al poco tiempo habíamos perdido de vista el bajo techo de la casa, pero los

árboles, la fila de los veinticinco gigantescos ombúes que daban el nombre al lugar, fueron visibles, azules a la distancia, durante muchas leguas de nuestro camino.

Después de cruzar el campo ondulado —al frente y por ambos lados— la tierra, tan lejos como alcanzaba la vista, mostrábase absolutamente plana, en todas partes verde por los pastos invernales, pero sin flores en esa época del año y con resplandores de agua en toda su extensión. Había sido una estación muy lluviosa y los campos bajos se habían convertido en superficiales lagunas. No se veía otra cosa, exceptuando los rodeos de ganado, las caballadas y algún jinete ocasional galopando a través de la planicie. Divisábamos a lo lejos, varios pequeños montes marcando la ubicación de alguna estancia o puesto. Aquellas arboledas parecían islas sobre el campo, chato como el mar. Al fin, el monótono paisaje fue palideciendo y se desvaneció. El mugido del ganado vacuno y el trémulo balar de las ovejas, fue también extinguiéndose en mis oídos, de modo que las últimas leguas dejaron un blanco en mí memoria. Sólo volví a recobrar mis sentidos cuando ya obscurecía y me bajaron del coche tan duro de frío y amodorrado que apenas podía estar en pie.

A la mañana siguiente me encontré en un nuevo y extraño mundo. La casa aparecía a mis ojos infantiles, de gran tamaño y consistía en una larga fila de cuartos a flor de tierra, contruidos de ladrillo, con pisos de lo mismo y techo de paja. Las habitaciones, de un lado daban a un camino y formaban un almacén en el cual la gente de los alrededores venía a comprar y a vender. Las ventas se concretaban a "frutos del país": cueros y lana, sebo en vejigas, cerda en bolsas y quesos. En cambio podían comprar lo que quisieran: cuchillos, espuelas, argollas para arreos de montar, vestidos, yerba y azúcar; tabaco, aceite castor, sal y pimienta, aceite y vinagre y ciertos muebles y utensilios que pudieran necesitar, como ser: cacerolas, asadores, sillas de mimbre y ataúdes. A poca distancia de la casa, hallábase la cocina, el horno, el tambo, los inmensos galpones para almacenar los productos y las pilas de "leña", grandes como casas. Esta "leña" se limitaba a tallos de cardo o alcaucil silvestre, que arde como papel. De ahí que fuera indispensable recolectaría en inmensa cantidad a fin de tener el combustible necesario para un gran establecimiento.

Dos de los más chicos quedamos al cuidado de un inteligente criollito, de nueve o diez años de edad, encargado de conducirnos por las inmediaciones y de entretenernos. El primer sitio adonde nos llevó, fue al extenso y amplio galpón, cuya puerta encontrábase abierta. Se hallaba en ese momento casi vacío y jamás me pareció tan grande. No puedo fijar sus dimensiones, pero a mí me parecía tan enorme, como el "Olimpia", el "Agricultural Hall" o el "Crystal Palace" podrían parecer a cualquier chico londinense. Tan pronto como estuvimos dentro, nos sorprendió un espectáculo extraño y asombroso: un hombre sentado o acurrucado en el suelo, con las manos adelante, las muñecas atadas juntas y el cuerpo sujeto con guascas a un grueso poste que había en el centro del galpón y que soportaba el peso de las vigas

del techo. Era joven, tal vez de veinte años. Brillaba su pelo negro. Su cara suave, exhibíase pálida y temerosa. Sus ojos miraban el suelo. No prestó atención alguna cuando llegamos y nos detuvimos a contemplarlo. A los pocos momentos, huí aterrorizado hacía la puerta preguntándole a nuestro conductor por qué aquel hombre había sido sometido a tan singular y duro procedimiento.

El muchacho pareció quedar muy complacido del efecto que el cuadro nos había causado, contestándonos alegremente que se trataba de un asesino, que cometiera un crimen en alguna parte. Tomado preso la noche anterior y como resultara tarde para llevarlo a la cárcel del pueblo, que quedaba a gran distancia, lo habían dejado allí por considerar el galpón el lugar más conveniente, amarrándolo para mayor seguridad. Luego irían a buscarlo y se lo llevarían.

El vocablo "asesino" empleábase comúnmente en aquellos tiempos. pero yo no me había dado cuenta todavía de su significado o alcance. No había visto ningún asesinato, ni persona alguna muerta en pelea. Sólo sabía que debía ser algo malo y horrible. Con todo, la emoción recibida desapareció en el curso de aquella primera mañana, en aquel mundo nuevo. Empero, lo que atemorizado contemplara en el galpón no lo he olvidado nunca. La imagen de aquel mozo atado al poste, con la cabeza inclinada, la mirada baja y su cara lívida y sombreada por corta barba negra, hállase tan claramente grabada en mi retina como si la hubiera visto ayer.

En terreno situado a corta distancia de la casa, destacábanse jardines y varias hectáreas de monte, plenas de árboles frutales y de sombra. Contemplados del lado de afuera semejaban interminable y compacto bosque de álamos, originando tal sensación la doble fila de altos álamos de Lombardía, que relucía como borde. Circundaba todo el campo, incluyendo los edificios, una inmensa zanja o foso.

Hasta aquel instante, había vivido yo en ambiente sin árboles, con excepción de aquellos veinticinco ombúes, de los cuales ya hablé y que constituían un punto de referencia para toda la zona. Por eso, la enorme cantidad (cientos y miles) que entonces se elevaban ante mí, se me antojaban una maravilla y un deleite. Pero ese monte y lo que significaba para mí merecen capítulo aparte. Era un paraíso de ratas, como lo descubrimos muy pronto, y nuestro pequeño guía e instructor, compenetrado al respecto, nos prometió hacernos ver los roedores con nuestros propios ojos, tan pronto como cayera el sol. Así terminaría un día de tan extraños espectáculos con el más extraño de todos.

De acuerdo con el programa formulado, cuando llegó la hora, nos dejó en un sitio lejos del galpón y de las pilas de "leña", donde cotidianamente el personal de servicio arrojaba todos los restos de los animales carneados, los huesos y las carnes no consumidas en la cocina, así como las basuras de ese establecimiento desordenado y ruinoso. Allí nos sentamos en fila sobre un tronco, cerca de ese lugar maloliente.

Nuestro cicerone nos dijo que nos quedáramos muy quietos y que no habláramos una palabra, porque, decía, no haciendo ruido, o algún movimiento, las ratas prescindirían de nuestra presencia y nos mirarían como a otras tantas figuras de madera. Y así sucedió, pues tan pronto como el sol se puso, empezaron a aparecer ratas de debajo de los montones de combustible y de todos lados. Convergían unánimemente al mismo sitio. Una mesa generosa estaba tendida para ellas y para los cuervos y chimangos que iban durante el día. Reuníanse allí ratas grandes, viejas, grises, de largas y escamosas colas, otras más chicas y, entre las más pequeñas, existían algunas poco mayores que las lauchas. El lugar hervía de ratas, atareadas en la caza de alimento: chillando, peleando y mordiendo.

Nunca hubiera pensado que el mundo contuviese tantos roedores como a la sazón veía congregados delante de mí.

De pronto, nuestro guía saltó y golpeó las manos fuertemente. lo cual produjo un curioso efecto. Coreado y corto grito de terror salió de la atareada multitud, seguido de calma absoluta. Quedó cada rata como petrificada durante uno o dos segundos. Rompieron luego todas en una rápida fuga en distintas direcciones, desapareciendo con un crujido al deslizarse entre las leñas y el pasto seco.

Había sido un bello espectáculo y nos divertimos enormemente. El mus decumanus se elevaba a un animal de inmensa importancia en mi imaginación. Bien pronto, no obstante, se trocó tal importancia en el mayor desagrado al enterarme de que los roedores abundaban tanto dentro como fuera de la casa. Los múltiples ruidos que hacían por la noche nos aterrorizaban. Corrían sobre nuestras camas y algunas veces nos hacían despertar. Nos encontrábamos con que alguno se había metido entre las sábanas y, asustado, procuraba salir fuera del lecho. Entonces gritábamos, la gente de la casa se levantaba pensando que ocurría algo terrible y, cuando descubrían la causa, se reían y nos reprochaban que fuéramos tan cobardes.

¡Qué sitio más sorprendente aquel adonde habíamos ido a vivir! Nuestra curiosidad se despertaba constantemente; mirábamos con avidez la gran casa, sus muchas dependencias y los moradores, el foso, los árboles que nos encantaban, la suciedad y el desorden; despreciables ratas, pulgas y bichos de todas clases; El mencionado sitio había estado durante varios años en poder de una familia española o criolla, gente indolente y descuidada, confiada en la buena suerte. El marido y la mujer, no estaban nunca en armonía, ni concordaban cinco minutos. A menudo, él marchaba a la capital por negocios", que lo mantenían alejado de su casa semanas enteras, las que se alargaban, convirtiéndose en meses. Y ella, con tres hijas crecidas, casquivanas, permanecía al cuidado del establecimiento, ayudada por media docena de hombres y mujeres a sueldo. La recuerdo muy bien, pues se quedó varios días para entregarnos la finca. Mujer excesivamente gorda e inactiva, permanecía sentada la mayor parte del

tiempo en una silla de hamaca, rodeada de sus preferidos; perros falderos, "loros del Amazonas" y varias cotorras chillonas.

Poco tiempo después, se fue con todo su barullero montón de perros, pájaros e hijas. De lo que aconteció en los subsiguientes días y semanas, nada quedó en mi memoria, excepto una impresión sumamente honda: la de la primera visión de un mendigo a caballo. No era, sin embargo, suceso extraordinario en aquellos tiempos. Los gauchos decían que un hombre sin caballo era persona sin piernas; pero para mí constituyó novedad ver cierta mañana un hombre corpulento, montado en un caballo de gran alzada, que se acercaba a nuestra tranquera, acompañado de un chiquilín de nueve a diez años. Este a su vez montaba un petiso. Quedé asombrado de la singular apariencia del hombre: tieso y derecho sobre el recado y con la mirada fija delante de él.

Tenía el pelo y la barba largos y grises. Su sombrero de paja y de alta copa afectaba la forma de un florero invertido, con alas muy angostas; sombrero que hacía tiempo encontrábase fuera de moda entre la gente del país, pero que aun lo usaban algunos. Sobre sus vestidos llevaba un poncho rojo. Completaban su indumento, las pesadas espuelas de hierro, encajadas en los talones de las "botas de potro", especie de largas medias hechas con cuero de potrillo, sin curtir.

Ya ante la casa, gritó en alta voz: "¡Ave María Purísima!" Luego hizo un relato autobiográfico, diciéndonos que era ciego y estaba obligado a vivir de la caridad de los vecinos, quienes, según las propias expresiones del postulante, proveyéndolo de cuanto necesitaba, se hacían bien a sí mismos, pues los que demuestran mayor compasión hacia sus afligidos semejantes, son mirados con especial favor, desde arriba, por el Todopoderoso.

Después del precedente recitado y de muchas otras frases, pronunciadas como si tuviera a su cargo un sermón, le ayudó su acompañante a bajar del caballo y le condujo de la mano hasta la puerta; tras de lo cual el chico retrocedió y, cruzando los brazos sobre el pecho, clavó la vista, arrogantemente, sobre nosotros los niños y sobre los demás que se habían congregado en ese lugar. Evidentemente, sentíase orgulloso de ser el paje, escudero o palafrenero del importante personaje que, con su alto sombrero de paja, poncho colorado y espuelas de hierro, galopaba alrededor de la comarca, recolectando tributos de la gente y hablando pomposamente de los poderes celestiales.

Al requerirle qué deseaba de nosotros, el limosnero dijo que solicitaba yerba azúcar, pan y algunas galletas duras; también tabaco de picadura, papel para cigarrillos y un poco de tabaco en hoja para hacer cigarros. Cuando se le dieron los referidos artículos, se le preguntó (sin ironía) si había allí alguna otra cosa con que se le pudiera ayudar. El replicó: "Sí, también necesito arroz, harina, fariña, una cebolla o dos, una o dos cabezas de ajo, sal, pimienta, pimentón y pimienta colorada". Cuando hubo

recibido todos estos comestibles y los colocó bien en las alforjas, dio las gracias y se despidió de la manera más digna, siendo nuevamente conducido por el arrogante muchachito, que lo acompañó hasta el caballo.

Habíamos permanecido algunos meses en nuestro nuevo hogar y recorría yo la mitad del camino de mis seis años, cuando una mañana, a la hora del desayuno, se nos informó, con nuestra mayor consternación, que no se nos permitiría continuar más siendo tan salvajes y que habían contratado un preceptor, quien viviría en la casa y nos dictaría clase durante la mañana y parte de la tarde.

Durante todo ese día sentimos oprimido el corazón, mientras esperábamos con cierta desconfianza la llegada del hombre que había de ejercer tan tremendo poder y que estaría colocado entre nosotros y nuestros padres, especialmente nuestra madre, que había sido siempre el escudo y el refugio cuando teníamos penas y aflicciones. Hasta entonces, ellos habían actuado bajo el principio de que convenía más dejar a los niños librados a sí mismos y que cuanto mayor libertad tuvieran sería en su beneficio, y ahora casi nos parecía que se habían vuelto en contra nuestra, pero apenas reflexionamos nos dimos cuenta de que esto no podía ser. Sabíamos que el más pequeño dolor o pena que nos afectara, era sentido más agudamente por nuestra madre que por nosotros mismos. Y nos vimos obligados a creerle, cuando nos dijo que ella también lamentaba la restricción que se nos hacía, pero que, le constaba, era para nuestro bien.

Esa misma tarde llegó el hombre temido. Se llamaba Mr: Trigg; era inglés, bajo, robusto, casi gordo, con el pelo gris, cara afeitada, nariz curva que había sufrido una fractura o que era así de nacimiento, boca movediza y ojos azul-grisáceos, con graciosos centelleos y patas de gallo en los ángulos. Sólo para nuestra infantilidad, como pronto lo descubrimos, esta cara cómica y los ojos chispeantes, resultaban capaces de terribles severidades.

Le querían las personas grandes generalmente y le miraban los niños con sentimientos de opuesta naturaleza; porque era un maestro que aborrecía y despreciaba la enseñanza, tanto como a los niños incultos disgustábales ser enseñados. Seguía haciéndolo, porque consideraba todo trabajo como excesivamente fastidioso, y debiendo, hacer algo para vivir, había elegido esto como lo más cómodo. De qué manera semejante hombre vino a dar tan lejos de su patria, a un país entonces aun semicivilizado, implicaba un misterio. Solterón, sin hogar, después de veinte o treinta años de vagar por las pampas, vivía con poco o ningún dinero en el bolsillo y exento de bienes, salvo su caballo (nunca tuvo más de uno a la vez), el engorroso recado y sus maletas, las cuales contenían su guardarropa y todo lo que poseía. Carecía de baúl. A caballo, con sus alforjas detrás, viajaba a través del país, visitando a todos los pobladores ingleses, escoceses e irlandeses, ovejeros en su mayoría, y evitando cuidadosamente las casas de criollos. Con éstos no podía establecer afinidad;

no comprendiendo su idiosincrasia y siendo verdaderamente incapaz de entenderlos, los miraba con secreto disgusto y desconfianza.

Cuando Mr. Trigg encontraba una casa donde existían niños suficientemente grandes, para enseñarles las letras, allí se conchababa por mes como un puestero o un peón, para instruirlos, viviendo con la familia. Andaba muy bien por un tiempo, siéndole sus faltas perdonadas, por consideración a los chicos, pero pronto ocurría una querrela y era Mr. Trigg compelido a ensillar su caballo, acomodar sus alforjas y largarse sobre la ancha planicie, en busca de nuevo hogar. Entre nosotros, disfrutó de una larga y en él no común estada.

Gustábale, generalmente, la buena vida y el confort, interesándose, al mismo tiempo, por las cosas del espíritu, que no ocupaban sitio en la vida de los estancieros británicos de aquella época.

Se encontraba con nosotros en una casa cómoda, en la que había a su disposición libros y gente con quien conversar, distinta de los rudos ganaderos con los cuales había estado acostumbrado a vivir. Observaba la mejor conducta, aunque sin duda con gran esfuerzo, pero no sin éxito, para conseguir vencer sus debilidades. Considerábasele como una gran adquisición y se le oía con gusto e interés, En la clase se erigía en tirano y como se le prohibiera castigarnos corporalmente, se contenía. Apalearnos habría sido para él un inmenso alivio. Pero pellizcarnos no era pegarnos y él nos pellizcaba las orejas, hasta casi hacerlas sangrar. El mezquino castigo aplicado, le proporcionaba pequeña satisfacción, pero le bastaba. Fuera de clase, su genio cambiaba como por encanto. Se tornaba durante la vida de hogar, en delicioso conversador. Poseía inextinguible caudal de buenos cuentos y agradaba como lector, mimo y actor excelente.

Una tarde recibimos la extraña visita de cierta vieja dama escocesa, ridículamente ataviada, ostentando gorra de sol y anteojos, la que se presentó a sí misma como la esposa de Sandy Mac Lachlan, un ovejero que vivía a siete leguas de casa. "No estaba bien — manifestó — que vecinos tan próximos no se conocieran".

Ella había cabalgado, pues, unas pocas leguas, para ver cómo éramos. Colocada cerca de la mesa del té, derramó un torrente de conversación en el más puro escocés y en el diapasón elevado de voz cascada de vieja. Nos contó la íntima historia doméstica de todos los residentes británicos del distrito. Afirmaba que era una gente deliciosa, aun a pesar de sus pequeñas debilidades y de su amor a la botella, de su bajeza y voracidad y de la ruin astucia, que sólo servía para hacerlos más encantadores. ¡Nunca hubo allí una vieja de mayor gracia y tan dada a chismes y comadreos! Luego, cuando se despidió, nosotros, todavía bajo su hechizo, nos escabullimos para ver su partida desde la tranquera. Pero no estaba allí, había desaparecido inexplicablemente y ¡cuál no sería nuestro asombro y disgusto al saber que la vieja escocesa no era otra persona

que el propio Mr. Trigg! Parecía milagroso que nuestros agudos ojos, concentrados durante una hora en su cara, hubieran fallado al no descubrir al maestro que nos era tan dolorosamente familiar

Mr. Trigg confesó que había actuado en el teatro, entre las tantas cosas que él hiciera, antes de dejar su país. Constituía la escena una de las doce o veinte vocaciones que había tenido en diferentes épocas y que abandonara tan pronto como descubría que cada una de ellas representaba meses y aun años de rudo trabajo, si debía llenar sus ambiciosos deseos de hacer y ser algo grande en el mundo. Como lector, ciertamente, resultaba grandioso y cada noche — sobre todo en las invernales — brindaba dos horas de lectura a la familia. Primaba entonces Dickens como el escritor más popular del mundo, y Mr. Trigg acostumbraba a leer a Dickens para deleitar a sus oyentes. Allí él podía desplegar sus cualidades histriónicas hasta el summum, caracterizando cada personaje del libro, adoptando su voz, gestos, maneras y expresiones, que ajustaba perfectamente. Las veladas asumían carácter de representación teatral, más que de lecturas.

"¿Qué haríamos sin Mr. Trigg?", solían preguntarse nuestros progenitores. Nosotros, los pequeños, recordando que no sería el benéfico porte de Mr. Pickwick, quien al día siguiente miraría por nosotros en la clase, sólo deseábamos que Mr. Trigg estuviera lejos, muy lejos.

Quizá para que le dieran mayor importancia, incurrió en la costumbre de irse todos los sábados por la mañana, no regresando hasta el lunes siguiente. Sus "fines de semana" los pasaba de visita en la casa de algún vecino inglés o escocés, domiciliado a cinco o seis leguas, y donde la botella, o damajuana de caña brasileña, encontrábase siempre sobre la mesa, como único reemplazante, en el destierro, de su querido whisky, perdido para él en aquel lejano país. En nuestro hogar sólo se bebía té y café. De sus excursiones volvía Mr. Trigg cada lunes por la mañana, enteramente sereno, casi demasiado digno de maneras, pero con los ojos inflamados y, en la clase, con el genio de un demonio. En una de esas ocasiones, tal vez nuestras travesuras, o algún tremendo dolor de cabeza, le sacó de quicio, y descolgando de la pared un rebenque, hecho de cuero crudo, empezó a castigarnos con él furiosamente, armándose en la clase un formidable escándalo. En ese mismo instante, mi madre apareció en escena, calmándose la tempestad, aunque el maestro, con el látigo en la mano levantada, de pie y quieto, nos miraba con mal contenida rabia. Nuestra madre permaneció un momento en silencio, con la cara muy pálida y luego nos dijo:

"Chicos, pueden irse afuera, a jugar. La clase ha terminado". Más aún, temiendo que el sentido de sus palabras no fuera entendido, agregó: "Vuestro maestro nos va a dejar".

Fue un indecible alivio, un alegre momento. Sin embargo, ese mismo día y el siguiente — antes de que se fuera el preceptor —, yo que fui injusta y cruelmente castigado con el látigo, sentí mi corazoncito oprimido cuando vi el cambio de su cara, la expresión triste, suave e implorante de su mirada, y me di cuenta que el pensamiento de su caída y la pérdida de aquel hogar eran excesivamente amargas para él.

Sin duda mi madre se percató también y derramó algunas lágrimas compasivas por el pobre hombre que volvería a vagar por la inmensa llanura. Pero no tenía más cabida entre nosotros, después de su insano estallido. Castigar a sus hijos representaba para mis padres la perpetración de un crimen. Entendían que los castigos corporales cambian los temperamentos y los degradan. Por tal motivo, no podía ser perdonado Mr. Trigg.

Este, como ya lo he dicho antes, convivió largo tiempo con nosotros. Mi feliz liberación de él ocurrió cuando yo me hallaba en vísperas de cumplir ocho años. Me faltaban sólo dos meses para completar los seis, cuando se desarrollaron los episodios que relato en el siguiente capítulo. Entonces se encontraba entre nosotros Mr. Trigg, pues la acción de dicho capítulo se desarrolló dos años antes de la incidencia que acabo de narrar y que tuvo por epílogo la cesantía de nuestro profesor.

CAPÍTULO III

El veterano César. - Su poderosa personalidad. - Sus últimos días y final. - El entierro del perro. - Cómo sentí claramente la realidad de la muerte. La agonía mental de un niño. - Mi madre me consuela. - Limitaciones del cerebro infantil - Temor a la muerte. - Presenciando la matanza del ganado. Un hombre en el fosa - Margarita, la niñera. Su belleza y su bondad. - Su muerte. - Me rehusé a verla muerta.

LA MUERTE DE UN PERRO VIEJO

Cuando evoco las impresiones y los incidentes de aquel tan memorable sexto año, el episodio que aparece más notable en el recuerdo de todos los acontecimientos del último semestre, es la muerte de César no hay nada en lo pasado que pueda recordar tan bien, ya que ha sido, en verdad, el suceso de mayor importancia en mi niñez, la primera sensación en una vida tierna que aportó consigo una eterna nota de tristeza.

Fué antes de empezar la primavera, promediando agosto, y acuérdomeme todavía de que, cuando el viejo perro se aproximaba a su fin, reinaba un tiempo ventoso, crudamente frío para esa época del año.

César era un perro de mérito, aunque no de raza superior; un perro ordinario del país, de pelo corto, con largas patas y el hocico achatado. El perro común o criollo, tenía casi el tamaño del collie escocés, pero César era una tercera parte más grande, diciéndose de él que era superior a todos los demás perros de casa (doce o catorce), tanto en inteligencia y en coraje como en tamaño. Naturalmente, se le reconocía su condición de jefe y maestro de toda la jauría, y cuando él estallaba en un ladrido rechinando sus dientes y se arrojaba sobre los otros, para castigarlos por pelear, o por alguna otra infracción a la ley canina, todos acataban su intervención agachándose. Negro, con el cuerpo salpicado de pelos blancos, en su vejez habíasele puesto el hocico y las patas completamente grises. César enojado, en su guardia nocturna, o cuando conducía el ganado, era un animal terrible. Con nosotros los niños, mostrábase de dulce temperamento y de paciencia infinita, permitiéndonos andar sobre él a caballo, al igual que el viejo Pichicho, el perro ovejero descrito en el primer capítulo.

En su decadencia, se puso irritable y gruñón. Dejó de ser nuestro compañero de juegos. Los últimos dos o tres meses de su vida, resultaron muy tristes. Nos conmovía verlo tan flaco, con sus grandes costillas sobresaliendo a los costados y nos daba pena observar las contracciones de sus músculos cuando dormitaba, gruñendo y jadeando, o cuando esforzábese anhelosamente, para levantarse sobre sus patas. Naturalmente, nosotros queríamos saber porqué le ocurría eso y por qué no podíamos darle algo para mejorarlo. Por toda contestación, él abría su boca mostrando sus dientes, los grandes y agudos caninos y los viejos molares, gastados hasta los raigones.

La vejez era lo que le molestaba. Tenía ya trece años y me parecía verdaderamente una edad avanzada, pues yo que no contaba ni la mitad, creía que hacía mucho tiempo ya que andaba por el mundo.

A nadie se le ocurrió nunca que podía dársele fin a su vida; ni siquiera se hizo una insinuación al respecto. No se acostumbraba en el país matar a un perro porque llegase a viejo. Recuerdo su último día y cuán a menudo fuimos a verlo, tratando de reconfortarlo con mantas abrigadas y ofreciéndole de comer y de beber. Él estaba en un rincón, al resguardo, y no podía ya sostenerse de pie. Esa misma noche murió. Nos enteramos a la mañana siguiente, al levantarnos.

Después del desayuno, durante el cual habíamos permanecido muy solemnes y quietos, nuestro maestro dijo: "Debemos sepultar a César hoy a las doce, cuando yo esté libre. Será la mejor hora. Los chicos pueden venir conmigo y el viejo Juan deberá traer la pala".

Este anuncio nos excitó grandemente. Nunca habíamos visto enterrar un perro, ni aun oído hablar de que semejante acto se hubiera llevado a cabo.

A mediodía, el viejo César, muerto y tieso, fue transportado por uno de los peones, a un claro del monte, entre los viejos durazneros donde ya había sido cavada la fosa.

Seguimos al maestro y contemplamos cómo bajaron el cuerpo y arrojaron sobre él la tierra colorada. La fosa era profunda y Mr. Trigg ayudó a llenarla, resoplando por el esfuerzo y parando a intervalos su labor, para enjugarse la cara con un multicolor pañuelo de algodón. Luego, cuando todo hubo terminado, y mientras estábamos todavía parados silenciosamente en torno a la fosa, tuvo Mr. Trigg la idea de aprovechar la ocasión. Adoptando la expresión que usaba en la clase, líos miró a todos y exclamó solemnemente: "Este es el término. Cada perro tiene su día y así lo tiene cada hombre, y el epílogo resulta igual para ambos. Moriremos también, como el viejo César. Nos pondrán bajo la tierra y caerá ella a paladas sobre nosotros".

Las precedentes, simples y vulgares palabras, afectáronme más que ninguna otra de las que oyera en mi vida. Me taladraron el corazón. Había oído algo terrible, demasiado terrible e increíble para pensarlo, pero si no fuera así ¿por qué nos lo había dicho? ¿Acaso, porque éramos niños y tenía que enseñarnos las lecciones, nos odiaba y quería torturarnos? ¡ Oh, no! No podía creerlo. Luego, ¿ la muerte constituía el horrible destino que nos esperaba? Yo había oído hablar de la muerte. Sabía que existía tal cosa. Sabía que todos los animales debían morir y también que algunos hombres morían. Porque ¿cómo podía nadie, aun un niño de seis años, pasar por alto semejante hecho, especialmente en el país de mi nacimiento, tierra de batallas, asesinatos y muertes imprevistas? No había olvidado al joven atado al poste, en el galpón, joven que había asesinado y que sería tal vez — según se me había dicho — muerto él también, como castigo. Yo sabía, es claro, que en el mundo luchaban el bien y el mal; había hombres buenos y malos, y que los malos, asesinos, ladrones y mentirosos tenían todos que morir como los animales, pero que hubiera otra vida después de la muerte, no lo sabía. Todos los demás, yo y los míos éramos buenos y no habríamos de morir. Cómo fué que sobre ese punto no llegué más lejos en mi sistema o filosofía de la vida, no lo puedo decir. Sólo cabe suponer que mi madre no había empezado aún a darme instrucción respecto a tales materias, en vista de mis pocos años, o que ella lo verificó y yo lo interpreté a mi modo. Sin embargo, como lo descubrí más tarde, mi madre era muy religiosa; desde la infancia enseñóme a ponerme de rodillas y a recitar una pequeña oración todas las noches: "Ahora me acuesto a dormir y ruego al Señor guarde mi alma", pero acerca de Dios y de mi alma, no poseía idea. Era para mí sólo una forma de expresar poéticamente que me iba a acostar. Mi mundo era puramente material y era el mundo más maravilloso. Cómo había yo venido a él, no lo sabía; únicamente sabía o imaginaba, que yo estaría siempre en él, viendo cada día cosas nuevas y extrañas, sin cansarme nunca. En literatura, es sólo en Vaughan, Traherne y otros místicos, que encuentro alguna expresión adecuada a ese arrobamiento de perpetuo deleite por la naturaleza y por mi propia existencia, que yo experimentaba durante aquel período.

¡Y las nunca olvidadas palabras, dichas sobre la tumba de nuestro viejo perro, habían ido a despertarme del hermoso sueño de continua alegría!

Cuando recuerdo este suceso, me asombro menos de mi ignorancia que de la intensidad de los sentimientos que me sacudieron y de la densa obscuridad que ellos produjeron en mi tan tierno entendimiento. Creemos y lo sabemos, que el cerebro del niño es como el de los animales inferiores, o que si es superior al de ellos no es tan elevado como el de los más sencillos salvajes.

El niño no puede concentrar sus pensamientos. No puede en absoluto pensar. La conciencia está en su aurora. Goza con los colores, con los olores; se estremece por el tacto, el gusto y el sonido, y semeja un cachorro, o un gatito bien alimentado, que juega sobre un césped verde, al resplandor del sol. Siendo esto así, no faltará quien imagine que el dolor de la revelación que yo había recibido, se desvanecería pronto, que las vividas impresiones de las cosas externas lo hubieran borrado y restaurado la armonía. Pero no. El dolor continuaba y aumentaba hasta lo insoportable. Entonces busqué a mi madre, aguardando el momento en que se encontrase sola en su cuarto. Ya frente a ella, me faltó ánimo para hablarla, temeroso de que con una palabra me confirmara las alarmantes novedades. Mirándome, al instante se sorprendió al examinar mi rostro y comenzó a interrogarme. Entonces, luchando con mis lágrimas, le conté las palabras que había oído en el entierro del perro y le pregunté si reflejaban la verdad; si yo, si ella, si todos nosotros debíamos de morir y ser sepultados bajo tierra. Me respondió que todo no resultaba enteramente cierto. Exteriorizaban las mencionadas palabras la verdad en un sentido, desde que nuestros cuerpos tenían que morir y ser enterrados, pero que teníamos una parte inmortal, que no moría. Había sido el viejo César un perro bueno y fiel y sentía y entendía las cosas, casi como un ser humano. La mayor parte de las personas creía que cuando un perro moría terminaba enteramente y no tenía otra vida. Nosotros no lo podíamos saber. Muchos grandes hombres pensaban y piensan de diferente modo. Creían y creen que los animales, como nosotros, vivirán de nuevo. Esto era también su creencia, la creencia de mi santa madre su viva esperanza; pero no se podía aseverar con firmeza, porque se trataba de algo oculto para nuestra mente.

Respecto a nosotros, sabíamos —según ella— que no podíamos morir realmente, porque Dios mismo, que nos había hecho, así como a todas las cosas, nos lo revelara, y su promesa de vida eterna había llegado a nuestras manos en su libro, la Biblia. Todo esto y mucho más, yo lo escuchaba temblando con temeroso interés, y recobré mi ánimo cuando me apoderé de la idea de que al llegarme la muerte, como debía ocurrir, subsistiría la parte de mi ser que realmente importaba, mi yo, el yo soy. El yo que sabía y consideraba las cosas, nunca perecería. Experimenté un súbito e inmenso alivio y cuando me fui de su lado, volví a correr y a saltar de alegría y a hender el aire como un pájaro. Porque había estado prisionero y había sufrido torturas. Ahora era libre de nuevo. La muerte no me destruiría.

Tuvo otra consecuencia el haber desahogado mi corazón con mi madre. Ella se había sorprendido de la severidad del sentimiento desplegado por mí y, culpándose a

sí misma de haberme dejado tanto tiempo en estado de ignorancia, empezó a suministrarme instrucción religiosa, demasiado pronto, quizá, ya que dada mi edad no era posible, para mí, elevarme a la concepción de un mundo inmaterial. Aquel poder, me imagino, que llega más tarde al niño normal; más o menos a la edad de diez o doce años. Enseñarle, cuando no tiene más que seis o siete, que Dios está en todas partes al mismo tiempo y ve todas las cosas, sólo produce en el niño la idea de una persona maravillosamente activa y de vista rápida, con ojos como de pájaro, capaz de ver todo lo que pasa a su alrededor. Hace poco tiempo, leí una curiosa e intencionada anécdota. Una madre después de acostar a su hijita, díjole que no tuviera miedo de la obscuridad, ya que Dios estaría allí para mirar por ella y cuidarla mientras dormía. Luego, tomando la vela, la madre bajó las escaleras. En seguida la niñita descendió también en camisón, y cuando le preguntaron el motivo de su actitud, contestó: "Yo he bajado para estar aquí, disfrutando de luz, mamá. Tú puedes subir a mi cuarto y quedarte con Dios".

Mi única idea de Dios, en aquel tiempo, no era más elevada. Yo me quedaba despierto pensando en El, allí en el cuarto, tratando de acertar la cuestión, de cómo le sería -factible atender todos sus numerosos asuntos y perder tanto tiempo cuidándome a mí. Acostado, con los ojos abiertos, no podía ver nada en la obscuridad. Sin embargo, yo sabía que El estaba allí, porque así me lo enseñaron, y esto me inquietaba. Pero, no bien cerraba los ojos, su imagen se me aparecía, erguida, a una distancia de un metro o metro y medio de la cabecera de mi cama, en forma de columna de dos metros de altura aproximadamente, y de cerca de uno de circunferencia. Su color era azul, y variaba en profundidad e intensidad. Algunas noches parecía azul cielo. Comúnmente era de un tono más profundo; un puro, suave y bello azul, como el de una gloriosa mañana o el del geranio silvestre.

No me sorprendería saber que muchas personas tienen semejante imagen o presentimiento material de las entidades espirituales, en las que se les enseñó a creer a una edad demasiado temprana. Recientemente, comparando con un amigo los recuerdos infantiles, me manifestó que también él siempre vio a Dios como un objeto azul, pero no de forma definida.

Esta columna me frecuentó por la noche durante muchos meses y no creo que desapareciera completamente, dejando de ser algo como un recuerdo, hasta que tuve siete años, fecha bien lejana de la actual.

Y vuelvo a esta segunda y dichosa revelación que me hizo mi madre. Con saber que la muerte no pondría fin a la existencia, mi estado, después de este primer alivio, no fué de perfecta felicidad. Todo lo que ella me refirió para conformarme y darme valor, había producido sus efectos. Yo sabía, a partir de aquel instante, que la muerte no implicaba más que un cambio para una felicidad aun mayor que la que se podía tener en esta vida. ¿Cómo podía yo, que todavía no tenía seis años, pensar de modo distinto al que ella me había enseñado, o tener una duda? Una madre representa para

el niño, más que lo que cualquier otro ser humano o divino podría significarle en el curso de su vida futura. El hállese tan subordinado a ella, como cualquier pichón en el nido de sus padres y más aún, ya que la madre anima su inexperto cerebro o su alma tanto como imprime calor a su cuerpo.

No obstante, el temor a la muerte asaltóme de nuevo y por largo tiempo me inquietó, especialmente cuando el acto de morir se me presentaba bruscamente. Tales recuerdos e impresiones se sucedían con demasiada frecuencia. A menudo yo veía alguna cosa muerta. Cuando la muerte se producía instantáneamente —verbigracia, cuando un pájaro era baleado y caía como una piedra —no me perturbaba. Desenvolvíase un extraño y excitante espectáculo, pero carecía del poder de suscitar en mi mente el hecho real de la muerte.

Especialmente cuando se hacía la matanza del ganado, el terror se apoderaba de mi con todas sus fuerzas. ¡Y no me asombra! La manera nativa de matar una vaca, o un novillo, en aquel tiempo, revestía penosas modalidades. Generalmente se debía carnear lejos de la vista, en el campo, y los peones transportar el cuero y la carne, pero comúnmente, la bestia era conducida cerca de la casa para ahorrarse molestias. Uno de los dos jinetes ocupados en la operación, la enlazaba de las espaldas y, galopando, se alejaba, manteniendo el lazo tirante. El segundo hombre, descolgábase entonces del caballo y corriendo hacia el animal, por detrás, sacaba su enorme cuchillo y con dos golpes, rápidos como relámpagos, separaba los tendones de ambas patas traseras .

Instantáneamente la bestia caía sobre sus ancas y el mismo hombre, cuchillo en mano, la rodeaba por el frente o por el flanco y, espiando la oportunidad, hundía rápidamente la larga hoja en la garganta, justamente arriba del pecho, metiéndole el arma hasta el mango y haciéndola girar adentro. Cuando la retiraba, un torrente de sangre vaciaba al atormentado animal, todavía enhiesto sobre sus patas delanteras, mugiendo mientras duraba su agonía. En aquel momento, el verdugo le saltaba ligeramente sobre el lomo, pinchándole con sus espuelas los costados, y usando el plano del cuchillo como un látigo, simulaba estar corriendo una carrera, gritando con infernal alegría. Los mugidos se sucedían, declinando, con sonidos de sollozo y ahogo. Luego el jinete, viendo el animal próximo al colapso, se tiraba ágilmente. Una vez caído, todos corrían hacia la víctima, echándose sobre su tembloroso cuerpo como sobre un lecho, y empezaban a armar y a encender sus cigarrillos.

Carnear una vaca constituía un gran deporte para ellos, y cuanto más activo y peligroso se presentaba el animal y más se prolongaba la lucha, más les gustaba, poniéndose tan alegres como en una pelea a cuchillo o una boleada de avestruces. Para mí, el espectáculo traducía una terrible lección práctica, que me fascinaba de terror. ¡ Porque eso era la muerte! Los torrentes de sangre carmesí, los profundos mugidos, como de voz humana, me hacían aparecer al animal como un hombre

enorme y poderoso, cogido en una trampa por pequeños pero astutos adversarios, quienes lo torturaban para su deleite y se burlaban de él en su agonía.

Otros episodios mantuvieron vivos en mí los pensamientos y el temor a la muerte. Un día se detuvo ante nuestra tranquera un viajero, y después de desensillar su caballo, llegó a un sitio sombreado, que quedaba a unos cincuenta metros de la casa, sentándose en el verde talud del foso para descansar. Había cabalgado durante horas bajo un sol ardiente y deseaba refrescarse un poco. Llamó la atención de todos, a la llegada, por su aspecto. De mediana edad, correctas facciones, el cabello castaño y barba de igual color, me resultaba uno de los hombres más grandes que había visto en mi vida. Su peso no podía haber sido menor de ciento quince kilos. Sentado o recostado sobre el pasto, se quedó dormido, y rodando por el declive cayó, con tremenda zambulladura, dentro del agua que tenía unos dos metros de profundidad. Tan fuerte fué el golpe, que lo oyeron algunos de los peones que se encontraban trabajando en el galpón. Corrieron para cerciorarse de la causa del extraño ruido y se dieron cuenta de lo que había pasado. El sujeto había desaparecido de la superficie. Venciendo gran cantidad de inconvenientes, logróse extraerlo con sogas y colocarlo sobre la orilla.

Yacía inmóvil, como si fuera una piedra, el hombre aquél que parecía un buey y que yo había visto hacía menos de una hora, llamando nuestra atención por su gran fuerza y tamaño. Lo vi entonces tranquilo, muerto; muerto como el viejo César, bajo la tierra, con el pasto creciendo encima de la tumba. Mientras tanto, sus salvadores estaban muy atareados, dándole vuelta y frotándole el cuerpo, hasta que al cabo de doce o quince minutos, exhaló un suspiro y comenzó a dar señales de retorno a la vida. Poco a poco abrió los ojos. El muerto había resucitado. Aun así, el choque moral fué tan grande para mí y el efecto me quedó tan grabado, como si el forastero hubiera efectivamente dejado de vivir.

Relataré ahora, otro caso que me transportará al final de mi sexto año de vida y a la conclusión de este triste capítulo.

Por esa misma época, se hallaba en nuestra casa una niña, cuya carita linda pertenece al reducido grupo de seis, que recuerdo más vívidamente. Sobrina de la mujer de nuestro puestero — argentina, casada con un inglés —, vino a casa para cuidar a los niños más pequeños. Contaba diecinueve años. Era una chica pálida, delgada y bonita, con ojos grandes y oscuros y abundante cabello negro. Llamábase Margarita y tenía la más dulce sonrisa imaginable, la voz más suave y el más lindo modo. La queríamos tanto todos los de la familia, que parecía formar parte de ésta.

Desgraciadamente, se puso tuberculosa y tuvo que volver al hogar de su tía. Su pequeño rancho distaba sólo una cuadra de nuestra casa y, cotidianamente, mi madre la visitaba. Le prestaba amorosos cuidados y aplicábale remedios, procurando, en

cuanto estuviera a su alcance y permitieran las circunstancias, que no le faltaran alivio, comodidad y afecto.

La niña no quiso que la visitara un sacerdote a fin de prepararse a bien morir. Adoraba Margarita a mi madre y deseaba ser de la misma fe que ella. Al final, murió, como renegada o convertida, según este o aquel 'punto de vista personal.

Al día siguiente de su muerte, nos llevaron a los niños para ver por última vez a nuestra querida Margarita. Cuando llegamos a la puerta y los otros, que seguían a mi madre, entraron, sólo yo retrocedí. Ellos se volvieron y trataron de persuadirme de que fuera yo también. Intentaron inútilmente semejante propósito. Para excitar mi curiosidad, refirieronme que Margarita, acostada, toda vestida de blanco, con el pelo negro peinado y suelto, nuestras flores sobre el pecho y a los lados, quedaba preciosa, tendida sobre el lecho igualmente blanco. Todo fue en vano. Ver a Margarita muerta era más de lo que yo podía soportar. Se me había dicho que sólo su cuerpo de barro estaba muerto, el bello cuerpo al cual nosotros habíamos venido a decir adiós, que su alma —esto es, ella misma, nuestra querida Margarita— estaba viva y era feliz, lejos, muy lejos, más feliz de lo que ninguna persona podía serlo en este mundo. Cuando su fin se acercaba, había sonreído dulcemente, asegurando que había perdido todo temor a la muerte. Que Dios la llevaba hacia El. Pero, ni noticias, ni comentarios, ni consejos, fueron suficientes para inspirarme el valor de hacer frente a la dolorosa vista de Margarita inerte. El solo pensamiento de la postrer visita adquiría los contornos de un peso insoportable para mi corazón; pero la pena no me daba tal sensación —por muy grande que la pena fuese— sino el irresistible temor a la muerte.

CAPÍTULO IV

*En compañía de los árboles - Violetas invernales – Se hace la casa más habitable –
Sauces colorados – Tijeretas y Chimangos – Álamos de Lombardía – Acacia negra – Otros
árboles – El foso o zanja – Las ratas – Fuerza del armadillo – La comadreja y la serpiente –
Alfalfar – Mariposas – Cañaveral, cizaña e hinojo – Duraznos en flor – Cotorras – El canto del
misto – Concierto de pájaros – Nuestro viejo Juan – El canto del tordo – Inmigrantes de verano.*

EL MONTE

Recuerdo, más que cualquier huerto, arboleda o bosque que haya visto o visitado en mi vida, el sombreado oasis de árboles en mi nuevo hogar, en la llanura verde e infinita. Hasta entonces, no había vivido nunca entre los árboles, exceptuando aquellos veinticinco a los que reiteradamente me referí y aquel otro al que llamaban “ El Árbol”,

por ser el único de su especie en toda la región. Aquí había cientos, miles de árboles y para mis ojos infantiles, no acostumbrados a este espectáculo, se presentaba como una grande e inexplorada selva. No había allí pinos, abetos, ni eucaliptus (desconocidos por ese entonces en el país), ni siempreverdes de ninguna clase.. Los árboles eran todos de follaje percedero y no poseían hojas cuando nos hallábamos a la mitad del invierno. Aún así, me causaba una maravillosa sensación pasear, correr y sentarme entre ellos, tocar y aspirar su áspera corteza, manchada por el musgo, y contemplar el cielo azul a través del enrejado de ramas.

La primavera, con su follaje y flores, había de llegar poco a poco, dentro de un mes o dos. A la mitad del invierno se sentía el sabor anticipado de ella. Llegaba como una deliciosa fragancia, como si el aire la transportara, después de recogerla de una fila de álamos de Lombardía. Aquel olor nos resultaba a los niños como el vino que alegra el corazón de los adultos. Había al pie de los álamos una alfombra de hojas redondas que conocíamos bien. Apartando las matas con nuestras manos, realizábamos el descubrimiento. ¡Oh! Allí estaban las plantas de violetas, luciendo el azul púrpura de sus escondidas flores, las más tempranas, las más lindas de todas las flores, las más amadas por los niños en ese país y sin duda en muchos otros.

Los pequeños disponíamos de tiempo más que suficiente para deleitarnos con las violetas y correr libremente por nuestra selva. Se nos incitaba a vivir fuera de casa, tan lejos de ella como pudiéramos. Estaban efectuando grandes reparaciones para hacer más habitable nuestro domicilio y estorbábamos en él. Habían sido agregados nuevos cuartos al antiguo edificio. Se colocaron pisos de madera sobre los viejos ladrillos y baldosas. El techo de paja medio podrida, guarida de ratas y hogar de ciempiés y de muchos otros bichos trepadores, fue sacado y reemplazado por limpios e higiénicos tejados de madera.

No constituía castigo para mí ser enviado fuera para jugar en aquel arbolado país de encanto. Los árboles frutales y de sombra eran de muchas clases. Pertenecían a dos grupos ampliamente separados. Unos, ya viejos, fueron plantados por algún propietario amante de ellos, quizás cien años o más antes de nuestro tiempo. Los otros habían sido puestos por una generación, o dos, más tarde, con el objeto de llenar algunos huecos, para defenderse contra los vientos y el sol estival y aumentar las variedades.

El más grande de los árboles viejos, un sauce colorado, había crecido solitario, a unos cuarenta metros de la casa. Árbol indígena, su nombre específico es el de rubra, derivado del color rojizo de su áspera corteza. Crece hasta adquirir gran tamaño, como el álamo negro. Tiene hojas largas y angostas, como las del sauce llorón. En verano, no me cansaba nunca de contemplarlo. En lo alto de una de sus ramas, que me parecía estar “cerca del cielo”, una tijereta instalaba siempre su nido, y éste, alto,

abierto y expuesto, se convertía en una constante atracción para los chimangos, aves de hábitos parecidos a los del cuervo, que siempre están buscando huevos y pichones.

La tijereta, uno de los pájaros más valientes entre los enemigos del chimango, pertenece a la agresiva familia de los tiranidos. Cada vez que un chimango aparecía, alrededor de cuarenta veces al día, salía del nido y lo atacaba en medio del aire con tremenda furia. Espantado el merodeador, la tijereta retornaba a su árbol para articular triunfalmente las alegres notas de castañuelas de su canto y, sin duda, para recibir las felicitaciones de su compañero. Luego, se acomodaba de nuevo para mirar el cielo, espiando la aparición del próximo enemigo.

Un segundo sauce colorado era otro de los grandes árboles del monte. De éste tendré algo más que decir en un próximo capítulo.

Los altos álamos de Lombardía eran la especie predominante entre el antiguo plantel. Crecían en filas dobles y formaban avenidas en tres de los lados del terreno.

Otra fila transversal de álamos separaba los jardines y los edificios del monte. Y esos árboles elegían, para anidar, a dos de nuestros más queridos pájaros: el bello cabecita negra, o veredón argentino, y el llamado leñatero por los nativos, a causa de la enorme colección de palitos con los cuales construye su nido.

Entre los árboles del paseo de álamos y el foso, crecía una sola fila de árboles de clase muy diferente: la acacia negra, planta rara y singular. De todos los nuestros, eran estos árboles los que suscitaban la más grande y penetrante impresión en mí, marcándome su imagen en la mente y en la carne, por así decirlo.

Habían sido plantados, seguramente, por un primitivo colono, e imagino que como experimento, destinado a reemplazar el esparcido y desordenado áloe, planta favorita de los primeros pobladores, pero que, siendo sumamente salvaje e indisciplinada, se rehusaba a formar un cerco conveniente. Algunas de las acacias se habían quedado pequeñas y semejabán viejos arbustos contrahechos, mientras otras se habían levantado como los tallos fabulosos de ciertas leguminosas y se elevaban tanto como los álamos que crecían junto a ellas. Tales especies ostentaban troncos delgados y desparramaban sus finas ramas a todos lados, desde las raíces a la copa, éstas y el mismo tronco, estaban armados de espinas de dos a cuatro pulgadas de largo, duras como el hierro, negras o de color chocolate, pulidas y agudas como agujas. Para que fueran más formidables, cada espina tenía otras dos menores que crecían hacia fuera cerca de su base; tenían la forma de una daga redonda y cónica, con una cruz en el mango. La ascensión ofrecía mil dificultades, que experimenté en carne propia, pues cuando fui más grande tuve que treparlos múltiples veces. Ciertos pájaros hacían sus nidos en ellos, a la mayor altura posible, entre los que sobresalía la urraca, que ponía huevos de los del tamaño de una gallina, del más puro azul turquesa y salpicados con manchas blancas cual la nieve. Entre los viejos árboles, el duraznero figuraba como

nuestro favorito, por la fruta que nos ofrecía en febrero y marzo y más tarde aún, en abril y mayo, cuando maduraban los que llamábamos nuestros duraznos de invierno.

Membrillos, cerezas y duraznos eran las frutas preferidas en los tiempos coloniales y las tres se encontraban en alguna de las huertas o quintas de las antiguas estancias. Nosotros teníamos una veintena de membrilleros, con troncos nudosos y viejas ramas retorcidas, como cuernos de ciervo. Los durazneros eran unos cuatrocientos o quinientos y crecían bien apartados el uno del otro; eran, seguramente, los más grandes que he visto en mi vida. Su tamaño equivalía al de los veteranos cerezos que se destacan en ciertos lugares favorecidos del sur de Inglaterra, donde crecen no en forma cerrada, sino apartados, con anchos espacios para que las ramas se extiendan con amplitud.

Los árboles de sombra y frutales plantados por una generación posterior eran más variados. Abundaban las moreras, de las cuales había muchos cientos, en filas que formaban calles, y aunque daban fruto de la misma especie que nuestra mora inglesa, se diferenciaban de ésta por el gran tamaño del árbol, en la aspereza de sus hojas y en el volumen menor de la fruta, cuyo gusto era menos meloso que el de la mora inglesa. Nuestros mayores la comían muy raramente. Los niños las comíamos hasta hartarnos, pero los pájaros se llevaban la mayor parte.

Considerábase a las moreras, más que como frutales, como árboles de sombra. Los otros dos árboles importantes a este fin eran la acacia blanca y el paraíso y “orgullo de China”. Además existía una fila de ocho a diez *ailanthus*, o “árbol del cielo”, como algunas veces se le denomina, con un tronco alto y blanco que culminaba en un penacho frondoso como el de las palmeras. Un monte más reciente contenía perales, manzanos, ciruelos y cerezos.

El casco de la estancia comprendía una extensión de ocho a nueve hectáreas y lo rodeaba una inmensa zanja o foso, de cerca de cuatro metros de profundidad y de ocho a diez de ancho. De existencia muy antigua, había aumentado su ancho por los derrumbamientos de tierra. Hubo épocas en que se hubiera cegado, y casi desaparecido, si a intervalos de dos a tres años, cuando se daba una sequía, no se hubieran extraído cantidades de tierra del fondo, que se tiraban en el terraplén de afuera. En apariencia, formaba algo así como una barrera prehistórica. En invierno, por lo general, se inundaba y convertía en guarida favorita – especialmente por las noches – de bandadas de cercetas y otros patos de distintas especies, como el picazo, el barcino y el cuchara. En verano se secaba gradualmente, pero unos pocos charcos de agua barrosa quedaban durante toda la estación y servían de refugio al solitario batitú, una de las muchas especies de gallineta, y pájaros de esa familia que se crían en el hemisferio norte y que invernaban con nosotros en nuestro verano. Cuando el agua se secaba en el foso, el pasto largo y diversos yuyos brotaban y florecían sobre sus

empinadas orillas, y las ratas y otros pequeños animales retornaban y la llenaban de cuevas.

Se mataban las ratas, de tiempo en tiempo, con “la máquina”: con ésta se bombeaba humo de tabaco, sulfuro y de varias substancias más mortíferas dentro de sus cuevas para sofocarlas; durante estas cruzadas ocurrían curiosos incidentes.

Un día, por ejemplo, estaba en el terraplén, al lado del foso a unos cuarenta metros del lugar en el cual trabajaban algunos peones, cuando un armadillo saltó de su cueva, corrió hacia donde yo estaba, empezó a cavar vigorosamente para escapar y se enterró en el suelo. Ni los hombres ni los perros lo habían visto, y yo me resolví a capturarlo sin la ayuda de nadie, imaginando que resultaría tarea muy fácil. Con ese propósito, lo agarré de la negra cola de hueso, con las dos manos, y empecé a tirar tratando de sacarlo. No lo pude mover. siguió cavando con furia, y penetró más y más profundamente en la tierra. Pronto me di cuenta de que, en lugar de sacarlo yo, él estaba arrastrándome. Mi orgullo de niño se sintió herido al pensar que un animal no mayor que un gato iba a vencerme en un asunto de fuerza. Esto me impulsó a sujetarlo con más tenacidad que nunca y a tirar más violentamente, hasta que, para no soltarlo, quede materialmente pegado al suelo. Fue en vano. Primero mis manos y después mis brazos, fueron arrastrados dentro de la cueva. Me vi forzado a largarlo y a erguirme a fin de librarme de la tierra que me arrojaba a la cara, la cabeza, el cuello y los hombros.

En otra ocasión, uno de mis hermanos mayores, viendo a los perros olfatear y escarbar a la entrada de una gran cueva, tomó la pala y cavó un poco más de medio metro; se encontró con una comadreja overa, con ocho o nueve pequeñuelos a medio crecer, en un nido de pasto seco y, cosa asombrosa, enroscada entre ellos estaba una gran víbora venenosa, la temible “víbora de la cruz”, como la llamaban los gauchos; una serpiente con ponzoñosa. De la misma familia de la *fer-de-lance*, la *bushmaster* y la víbora de cascabel.

Medía casi un metro de largo. Muy gruesa, en proporción, y con la cabeza chata y la cabeza roma. Se vino hacia nosotros silbando y moviéndose ciegamente a derecha e izquierda, cuando los perros arrastraban a la comadreja. Sin lastimar a ésta, fue muerta de un azadazo.

Esa fue la primera víbora de la cruz que vi. Su cuerpo grueso, gris verdoso, salpicado de manchas negras y la ancha y chata cabeza con sus pétreos ojos blanquecinos, sin párpados, me produjo un estremecimiento de horror. Años después me familiarice con sus congéneres y llegué a aventurarme a levantarlas sin temor, como luego en Inglaterra lo hice con otras, mucho menos peligrosas. Lo que más me asombró fue que esta serpiente tan venenosa hubiera podido convivir en el nido con aquella familia de comadrejas. Hay que saber que éste es un animal salvaje y rapaz, de índole carnívoros, y que, por lo general, vive en los árboles.

En este mundo se agitaba mi ser: mundo dentro de los límites del viejo foso, cubierto de cuevas de ratas y entre los encantadores árboles.

Pero no solo los árboles la hacían tan fascinante, sino que había espacios abiertos y también otras formas de vegetación enormemente atractiva.

Existía un alfalfar de media hectárea, que florecía tres veces al año y, durante ese tiempo, atraía a las mariposas de toda la planicie circundante con su fragancia dulce. El campo se llenaba de ellas –rojas, negras, amarillas y blancas– revoloteando en grupos alrededor de cada espiga azul.

Crecían las cañas en otro sitio, en un gran matorral. Plantas graciosas, de casi ocho metros de altura, presentaban el aspecto del bambú. Sus largas hojas puntiagudas eran de un color azul verdoso. Las cañas eran muy valiosas para nosotros; nos sirvieron para pescar cuando fuimos lo suficientemente grandes para este deporte y las usábamos desde un principio a manera de lanzas cuando jugábamos a las batallas. Asimismo, tenían también su valor económico; la utilizaban los nativos para hacer los techos de sus viviendas, en reemplazo de la caña de bambú, que costaba mucho más, ya que debía ser importada del extranjero. Al fin del verano, después que las cañas habían florecido, se las cortaba, les arrancaban las hojas y las transportaban en atados. Quedábamos entonces privados, hasta la próxima estación, del placer de elegir las más altas y derechas para, después de cortarlas y pelarles las hojas y cortezas, fabricar las varas verdes y pulidas que usábamos en nuestro deporte.

En los espacios libres, cubiertos de una vegetación casi tan interesante como las cañas y los árboles, crecía la maleza.

Surgían la manzanilla espinosa, los *quenopodium*, los cardos ajonjeros, la mostaza silvestre, yuyo colorado, lengua de vaca, y otras plantas del país e importadas, formando densos matorrales de un metro o metro y medio de altura. Con dificultad se podía uno abrir camino a través de ellos. Se corría siempre el riesgo de tropezar con alguna víbora. No lejos, el hinojo crecía solo, como si tuviera algún misterioso poder – acaso su peculiar perfume– para mantener a distancia a las demás plantas. Formaba casi un bosquecillo y crecía hasta cuatro metros. Este sitio era mi refugio favorito, pues estaba un poco apartado y era un lugar solitario y salvaje, donde podía pasar largas horas espiando a los pájaros. A mí me gustaba el hinojo, su verde follaje y su perfume. También me agradaba su sabor; así que, cada vez que llegaba allí, frotaba las trituradas hojas en mis palmas y me ponía a masticar sus pequeños y sabrosos brotes.

El invierno traía un gran cambio en el monte. No sólo deshojaba los árboles, sino que barría todas esas hierbas, incluso el hinojo y permitía que el yuyo creciera nuevamente. Las grandes y abundantes plantas de la estación también desaparecían del jardín y alrededor de la casa, lo mismo que los arbustos de las buenas noches, con sus tallos colorados y ricos en capullos carmesíes, y los de las campanillas, con sus

grandes trompetas azules que llenaban y cubrían cada sitio apropiado, con su masa de hojas trepadoras y con abundantes flores. Mi vida, durante el invierno, consistía en un constante aguardar la llegada de la primavera: mayo, junio y julio eran los meses sin hojas, pero no enteramente sin cantos. En algún día agradable, sin viento, de resplandeciente sol, unas pocas golondrinas reaparecían sin que nadie pudiera averiguar de dónde venían, para pasar las horas, revoloteando como el “avión casero” inglés, alrededor de la casa, visitando los viejos agujeros de sus nidos bajo el tejado, y emitiendo sus pequeños sonidos vivos y rasgueantes, a modo de agua que corre por arroyo pedregoso. Cuando el sol declinaba, desaparecían para no volver, hasta que tuviéramos otro perfecto día primaveral.

En esos días de julio y en alguna suave y brumosa mañana, de pie en el terraplén del foso, escuchaba los ruidos que venían de la llanura extensa y abierta. Sonaban ya a primavera, con los constantes redobles y rítmicos gritos de los teros, empeñados en sus encuentros sociales y “bailes”, y con el canto de la cachirla que se remonta a lo alto, allí derrama sus continuas y prolongadas notas, mientras flota despaciosamente, descendiendo hacia la tierra. En agosto florecían los durazneros. Separados entre sí, los grandes y viejos árboles, parados sobre su alfombra de pasto que apenas se tocaban uno al otro con las puntas de sus ramas, parecían una gran nube de forma de montaña de exquisitas flores rosadas. Nada en el universo podría compararse en belleza a ese conjunto admirable. Entusiasta de los árboles en aquella estación, recuerdo los sentimientos que experimenté cuando una bandada de verdes cotorras llegó chillando y se posó sobre uno de los árboles cercanos adonde yo estaba. Aquellas cotorras nunca se criaron en nuestra arboleda: venían de su residencia, viejo monte a casi tres leguas de distancia, y su visita nos causaba siempre gran placer. En aquella ocasión quedé particularmente contento, porque los pájaros habían elegido, para establecerse, un árbol cercano. Tuve, sin embargo, que sufrir una contrariedad.

Como las flores cubrían espesamente las ramas, se disgustaron al no poder encontrar espacio suficiente para prenderse, sin agarrar también a las flores. Resolvieron, entonces, en su impaciencia, arrancar aquellas con sus agudos picos y las sacaron de las ramas a las que estaban adheridas, procediendo con tanta rapidez, que los pétalos cayeron en una lluvia rosada. De este modo, en medio minuto, cada pájaro dejó libre una rama desnuda donde podía sujetarse a gusto.

Había millones de flores. Solamente una que otra cuajaría y llegaría a ser durazno. Con todo, me indignó ver que aquellas aves, tan atrevidas, las cortaban. Juzgué tal conducta como una profanación criminal, aún cuando fueran pájaros quienes las cometieran.

Todavía hoy, al evocar el seductor cuadro que ofrecían los viejos durazneros florecidos, con troncos tan gruesos como el cuerpo de un hombre y los inmensos montículos o nubes de millares de flores rosadas, que hacían contraste con el azul

etéreo del cielo, no estoy seguro de haber contemplado nada tan bello. Y aún esta gran belleza no era más que la mitad del encanto que yo encontraba en los árboles.

La otra mitad radicaba en la música de los pájaros que fluía de ellos. Esa música era solamente la de una especie: el pinzoncito amarillo verdoso del campo o misto, semejante en tamaño al jilguero, aunque con un cuerpo más largo y delgado, y que se parece a éste en sus costumbres generales.

Se reúnen en otoño, forman inmensas bandadas, continúan unidos durante los meses de invierno, cantando en concierto, y no se separan hasta que llega la estación de la cría. En un país donde no había cazadores de pájaros, las bandadas de mistos superaban en número y volumen a cualquiera de los conjuntos de jilgueros que se pueden ver en Inglaterra. La que acostumbrada a frecuentar nuestro monte constaba de varios miles y semejaba a una nube que se elevaba en el espacio, para abatirse bruscamente y desvanecerse entre los pastos, donde los mistos se alimentaban de pequeñas semillas y tiernas hojas y flores. Cuando uno se acercaba al sitio donde se estacionaban, remontaban vuelo con gran zumbido de innumerables alas y, girando alrededor, se perseguían entre juegos y chirridos para caer nuevamente.

Cuando, por efecto de la aproximación de la primavera, empieza en agosto a bullirles la sangre, se detienen a intervalos en los árboles, durante la jornada. Se quedan allí, quietos, inmóviles, una hora o más, cantando todos juntos. Coincide esa época, que podríamos llamar filarmónica, con la floración de los árboles, y era invariablemente en los durazneros donde se reunían y podían verse millares de pájaros amarillos, entre los millones de botones rojos, desparramando pródigamente sus maravillosos acordes.

Uno de los más deliciosos cantos de pájaros que se oyen en Inglaterra es el concierto producido por el conjunto de varios centenares de jilgueros, a veces de mil o más, que se reúnen en septiembre y octubre, y aún más tarde, antes que esas grandes bandadas se dispersen o emigren. El efecto producido por el pequeño misto de las pampas es diferente. El jilguero posee un cantito de píos y notas quebradas, un pequeño gorjeo chirriante, y cuando una gran cantidad de ellos cantan juntos, el sonido, a la distancia de cincuenta o sesenta metros, es como el del viento entre los árboles; pero acercándose más, el conjunto de sus trinos se convierte en la combinación de miles de notas individuales, se parece a un gran concurso de estorninos a la hora del reposo, pero de carácter más musical. Se nos antoja que cientos de hadas estuvieran tocando en variados instrumentos de cuerda y viento, cada una preocupada con su propia ejecución sin atender a las de las demás.

El misto no hace píos ni gorjeos o cambios bruscos en su canto, que se compone de series de largas notas descendentes; la primera es algo ronca, pero crece más clara y brillante hacia el final. Así es como, cuando cantan miles de ellos simultáneamente,

es como si cantaran con perfección y al unísono. El efecto que esto produce al oído es el mismo que presenta a la vista un manantial o la lluvia con sus múltiples gotas, que simulan líneas grisplateadas.

Es un efecto intensamente hermoso y único entre los pájaros que tienen el hábito de cantar en gran número.

Recuerdo que en aquellos días trabajaba en nuestra casa un carpintero inglés llamado Juan, oriundo de Cumberland. Los chicos nos reíamos de su lento y pesado modo de ser. Cuando le formulábamos cualquier pregunta simple, debíamos esperar a que pusiera sus herramientas en el suelo y nos mirara cerca de medio minuto antes de contestarnos. Uno de mis hermanos mayores le había dado el apodo de “El Rústico de Cumberland”.

Un día cuando iba a escuchar el coro de mistos en el monte, me llevé una sorpresa. Encontré a Juan parado cerca de los árboles, sin hacer nada. Cuando me acerqué, se dio vuelta y me dirigió una mirada que me sorprendió en su cara vieja y embotada, mirada que tal vez alguno de mis lectores habrá notado, por causalidad, en la fisonomía de un místico en el instante de su arrobamiento. Luego exclamó: “¡Qué pajaritos! ¡Yo no he oído nada parecido!” E inmediatamente se marchó a su trabajo. Como la mayoría de los ingleses, tenía, sin duda, un algo de sentimiento poético escondido en lo íntimo de su alma.

Oíamos otros buenos conciertos de canto, de otra especie de pájaros. Se trataba de los comunes todos renegridos, de la familia troupial, exclusivamente americana, pero que se supone posee afinidades con los estorninos de Europa. Estos tordos son parásitos, como el cuco europeo, en sus hábitos de cría. Como carecen de asuntos domésticos propios que atender, viven en bandadas todo el año, y llevan una vida ociosa y vagabunda.

El macho es de un profundo color negro tornasolado y la hembra de color pardo ratón. Los tordos eran muy numerosos. Se les veía entre los árboles, en el verano, en perpetua búsqueda de nidos, en los cuales depositaban sus huevos. Encontraban su alimento sobre la tierra, en la llanura. A menudo eran tan grandes las bandadas que causaban el efecto óptico de una inmensa alfombra negra extendida sobre el verde pastizal.

En los días lluviosos no comían. Se congregaban entre las copas de los árboles y allí cantaban durante horas y horas. Su lugar favorito, en esos días, era detrás de la casa, donde los árboles crecían muy apretados y estaba protegidos por la doble fila de acacias negras y álamos de Lombardía, seguidos de otra doble fila de grandes moreras, que formaban calles, resguardadas, a su vez, por perales, manzanos y cerezos. De cualquier lado que soplara el viento, reinaba allí la calma y, en la época de las más fuertes lluvias, los pájaros se reunían a millares y desparramaban el continuo

torrente de sus armonías, que recuerdan las voces estridentes de miles de estorninos cuando se esconden entre los árboles para descansar. Pero ellas resultaban más sonoras, y diferían algo debido al peculiar cantar del tordo, que comienza con un sonido hueco y gutural, seguido de un estallido de notas claras, fuertes y tintineantes.

Estos concertistas –el misto amarillo verdoso y el tornasolado tordo– pasaban el año en nuestro monte, como muchos otros, y para hablar de ellos necesitaríamos un capítulo entero. Cuando en julio y agosto esperaba yo la inmediata primavera, venían los inmigrantes, los pájaros del norte lejano, que constituían, para mí, la mayor atracción. Antes de la llegada de éstos, ya habían caído las flores de los durazneros; el coro de los innumerables mistos se deshacía y sus componentes se diseminaban ya sobre la pampa. Espiábamos el surgir de las hojas. Después de los sauces, seguían los álamos tan queridos. Los brotes se abrían continuamente. Cuando todavía eran de color amarillo verdoso, el aire estaba impregnado de su fragancia. No satisfecho con esto, solía yo aplastar y refregar las pequeñas hojas entre mis manos y contra mi cara, para saturarnos con el delicioso y balsámico aroma en toda su fuerza. De todos los árboles, después de los durazneros, los álamos parecían sentir la nueva estación con mayor intensidad. Se me ocurría que ellos experimentaban, como yo, la influencia ejercida por el brillo del sol y lo expresaban con su fragancia, al igual que los durazneros y otros árboles con sus flores. Asimismo, lo demostraban en los nuevos sonidos que daban al viento.

El cambio tenía contornos y tonalidades de real maravilla, cuando las filas de los esbeltos árboles, que por meses habían hablado y gritado con extraño lenguaje sibilante, que llegaba hasta los alaridos cuando soplaba un ventarrón, ahora, al llenarse de hojas, emitían un gran caudal de sonidos más continuos, suaves y profundos, como el rodar de las olas sobre la ancha playa. Los otros árboles los seguían y, poco a poco, estaban plenos de follaje y dispuestos a recibir a sus extraños y hermosos huéspedes procedentes de las selvas tropicales del lejano norte.

Notable entre los recién llegados, se destacaba el pequeño churrinche, casi del tamaño de nuestro papamoscas moteado; todo de brillante color escarlata, con alas y cola negras. Este pájaro dispone de una delicada voz, que recuerda el sonido de la campana. Su color rojo brillante contra el follaje verde lo colocaba, para mí, por encima de los demás pájaros.

El picaflor también me seducía. Arribaba al mismo tiempo que el churrinche y era sorprendentemente bello, especialmente cuando, volando cerca de uno, permanecía inmóvil y como suspendido de las alas brumosas por unos pocos minutos. Sus plumas centelleaban como una serie de diminutas y esmeraldinas escamas.

El grueso del simpático ejército alado lo formaban los tiranidos y las queridas golondrinas; la golondrina casera, que se parece al “avión casero” inglés, la golondrina

purpúrea grande, la golondrina doméstica y la golondrina parda. No faltaba el cuco de pico amarillo; el cucú, como se le denomina por su grito. Año tras año yo escuchaba su profundo y misterioso llamado, que sonaba como “cu-cu, cu-cu”, hacia fines de septiembre, igual que el pequeño niño inglés escuchaba el llamado de su cuco en abril; el carácter casi humano de su sonido y el modo sobresaltado y penetrante de modular me daban la idea de que el canto era algo más que un mero reclamo de pájaro.

Más tarde, en octubre, registraba los nidos, y me complacía en el examen de aquellas frágiles plataformas, hechas con unos pocos palitos y en los que se encontraban depositados cuatro o cinco huevos ovalados, idénticos a los de la tórtola en tamaño y de un pálido color verde.

Podría referirme a más visitantes veraniegos. Pero no debo hablar de ellos. Este capítulo se prolongó ya demasiado al respecto. Mis emplumados amigos significaban tanto para mí, que me siento constantemente tentado a transformar este bosquejo de mis primeros años en un libro sobre pájaros y otras pequeñas cosas. Bastante me queda por decir acerca de los árboles y de su efecto sobre mi mente. Narraré algunas aventuras. Unas con pájaros y otras con víboras. Esos relatos ocuparán varios de los siguientes capítulos.

CAPÍTULO V

Aspecto de la verde llanura – Cardo gigante y cardo de Castilla – “Los pueblos “ de la vizcacha, el gran roedor – Montes y arboledas, que simulan islas en la llanura – Árboles plantados por los primeros colonizadores – Transformación de los colonos agricultores en ganaderos – La casa como parte del paisaje – Alimentación carnívora de los gauchos – El estío cambia la apariencia del llano – La ilusión del agua o espejismo – El cardo gigante y “un año de cardos“ – Miedo a los incendios – Incidente en uno de ellos – El “ pampero ” o viento sudoeste y la caída de los cardos – Cardos caídos y sus semillas como alimento de los animales – Un gran pampero - Tremendas piedras – Desastre ocasionado por el granizo – La muerte de Zango, el pingo viejo – Zango y su amo.

ASPECTO DE LAS PLANICIES – LAS PAMPAS

Aunque tenía seis años, era capaz de montar en pelo y andar al galope sin caerme. Invito al lector –montado, también, aunque sólo sea en un animal imaginario– a que me acompañe una legua más allá de la tranquera hasta un sitio donde la tierra se eleva un metro y medio sobre el nivel circundante. Allí, desde nuestros caballos, contemplaremos el horizonte más amplio que pudiera dominar el hombre más alto,

manteniéndose erguido. De este modo, podemos tener una mejor idea del distrito en el cual pasaron muy impresionantes años de mi vida; desde los cinco hasta los quince.

Colocados en esa situación, creada a nuestro placer, veremos alrededor una llanura chata. Su horizonte ofrécese como un perfecto anillo de color azul brumoso. Allí el azul cristal del cielo descansa sobre el nivel verde del mundo. Verde al final de otoño, invierno y primavera, es decir, de abril a noviembre. Pero no todo como un verde prado o campo sembrado. Había suaves áreas donde pastoreaban las ovejas. La superficie, sin embargo, variaba grandemente y se presentaba más o menos áspera. En algunos lugares, la tierra, hasta donde alcanzaba la vista, está cubierta por denso matorral de cardos o alcauciles silvestres, de un color verdoso o azul grisáceo, mientras en otros lugares florecía el cardo gigante, con gran variedad de hojas verdes y blancas que se elevaba, cuando estaba en flor, a dos metros o dos metros y medio de altura.

Existían otros desniveles y asperezas en la verde extensión, causados por la vizcacha, gran roedor del tamaño de una liebre, que cava profunda y extensamente la tierra. Las vizcachas hormigueaban en todo aquel distrito –donde ahora han sido prácticamente exterminadas– y vivían en pueblos llamados vizcacheras, compuestos de treinta o cuarenta cuevas inmensas, casi del tamaño de media docena de madrigueras de tejones. La tierra de estas excavaciones formaba como un pequeño promontorio. Desnuda de vegetación, aparecía en el paisaje como una mancha de arcilla coloreada, en la superficie verde. Desde el caballo, contaba el jinete de cincuenta a sesenta de esos montículos o vizcacheras en la planicie circundante.

Sobre dicha tierra visible no había cercos ni árboles, excepto –de estos últimos– los que fueran plantados en las viejas estancias. Apartados entre sí, los montes y plantíos semejabán pequeñas islas azules, esparcidas a la distancia en la gran llanura o pampa.

Eran, en su mayoría, árboles de sombra, entre los que sobresalía, como el más común, el álamo de Lombardía, que crece con mayor facilidad en aquel país. Y estos árboles, que abundaban alrededor de las estancias o ranchos en la época de mi narración, eran invariablemente antiguos y, en algunos casos, se encontraban en avanzado estado de decadencia. Es interesante conocer cómo comenzaron su existencia montes tan viejos, en un país y en una época en que no había gentes dedicada al cultivo de la arboleda.

Los primeros pobladores que levantaron sus hogares en el gran espacio libre, llamado pampa, procedían de pueblos en que la gente acostumbraba a sentarse en la sombra de los árboles, o consideraban necesarios el grano, el aceite y el vino, y cuidaban siempre las verduras en la huerta. Naturalmente, con tal criterio y tales

hábitos hicieron jardines y plantaron árboles, tanto para sombra como para recolectar fruta, en todos los lugares en que construían una casa.

Sin duda, durante dos o tres generaciones, trataron de vivir como la gente vive en los distritos rurales de España. Luego su principal negocio se convirtió en criar ganado, y como éste vagaba a su antojo en la vasta llanura y era más salvaje que doméstico, los habitantes del campo se pasaban la vida sobre el caballo, para juntar, elegir o atender el ganado vacuno o el ovino. No pudieron, en consecuencia, seguir por más tiempo arando la tierra o protegiendo sus cosechas, y las dejaron libradas a las invasiones de los insectos y pájaros y de sus propios animales. Desistieron de su aceite, del vino y del pan. Vivieron de carne solamente. Se sentaban a la sombra y comían el fruto de los árboles que habían plantado sus padres o sus abuelos, hasta que esos árboles morían de viejos o perecían destruidos por el ganado, y no quedaba más sombra ni fruta.

Así, los primeros españoles de las pampas se transformaron de agricultores en ganaderos exclusivamente, y en cazadores. Y cuando se liberaron del “yugo español”, como se decía allí, se sucedieron incesantes guerras civiles, similares a los combates entre “ cuervos y urracas”, salvo que en lugar de picos usaban cuchillos. Todo esto contribuyó a sumir a los habitantes de las pampas cada vez más profundamente en una vida ruda y salvaje.

Simultáneamente, los grupos de árboles, en su mayoría, sólo subsistieron como restos de un pasado desaparecido. A estos pequeños montes nos referiremos más adelante al describir la vida en el hogar de alguno de nuestros vecinos más cercanos. Ahora, únicamente, mencionaré las casas, con árboles o sin ellos, que formaban parte del paisaje.

Comúnmente bajas, y escasamente visibles a distancia de media legua, era necesario agacharse siempre para entrar en ellas. Construidas de ladrillo crudo o cocido, y más a menudo de paja y barro, tenían techos con espadañas o juncos. En algunas de las mejores, había un pequeño jardín y varios metros de tierra, protegidos en alguna forma contra la acción de las aves y de los animales. Crecían unas pocas hierbas, especialmente el perejil, la ruda, la salvia, el tanaceto –hierba común para la lombriz– y el marrubio, usado como depurativo. Pero no se hacían otros cultivos ni se comían otras verduras, excepto cebollas y ajos, que se compraban en los almacenes con el pan, el arroz, la yerba, el aceite, el vinagre, las papas, la canela, la pimienta, el comino y todo aquello que se pudiera conseguir, para sazonar los pasteles y para dar sabor al monótono régimen de carne de vaca, de oveja y de cerdo. Se comía, entre los animales de caza, el avestruz, el armadillo y el tinamú (la “perdiz del país”), que los muchachos agarraban con varas o corriéndolas a caballo hasta cansarlas. Patos silvestres, chorlos y aves semejantes, rara vez o nunca, porque no se podían matar sino con armas de fuego; y en cuanto al gran roedor, la vizcacha, que pululaba por

todos lados, ningún gaucho se animaba a probarla, aunque para mi gusto era mejor que el conejo.

El cambio que el verano producía en la llanura empezaba en noviembre. Al secarse, el pasto tomaba un color castaño amarillento y el cardo gigante se ponía castaño oscuro enmohecido. De noviembre a febrero, el monte de la estancia, con un fresco e inalterable verdor y sombra, se tornaba un verdadero refugio dentro de la vasta, aplastada y amarillenta llanura. Luego empezaban a secarse gradualmente las corrientes de agua y comenzaban los sedientos días para las majadas y las manadas, y para nosotros las engañosas ilusiones del espejismo. Muy temprano, en primavera, en días cálidos y calurosos, este espejismo se percibía y parecía, en su aspecto, a un caluroso día del verano inglés, cuando cerca de la superficie de la tierra se ve danzar en ondas la atmósfera como tenues lenguas de fuego ascendentes.

En la pampa, lisa y más cálida, tales aspectos e intensifican. La llamas cobran la aparición de lagunas o sabanas de agua que, rizadas por el viento, brillan bajo los rayos del sol como plata fundida. El parecido con el agua aumenta cuando hay montes o edificios en el horizonte, que a la distancia se nos antojan como oscuras islas azules o lomas. El ganado, que pasta no lejos del espectador, parece que estuviera vadeándolos, hundido hasta las rodillas o hasta la panza, en aquel líquido aparente.

El aspecto de planicie variaba durante lo que allí se llama “año de cardos”, cuando éstos, que generalmente crecen en grupos aislados, invaden por todos lados, y durante una estación entera cubren la mayor parte de los campos. Las plantas, en estos años exuberantes, crecían tan gruesas como juncos y eran más altas que de costumbre, de hasta casi tres metros. Asombraba verlas con hojas largas como la del ruibarbo y los tallos tan juntos que se tocaban entre sí.

Parado entre los cardos, en esos momentos se podía, en cierto sentido, oírlos crecer, ya que las inmensas hojas se sueltan con un brinco de su acalambrada posición, y producen un sonido chisporroteante, análogo al de las cáscaras de las semillas de retama, que se oye en Inglaterra en el mes de junio, pero más fuerte. Para el gaucho, que vive la mitad del día sobre el caballo y ama su libertad tanto como un pájaro salvaje, un “año de cardos” significaba un odiado período de restricción. Su pequeño rancho de adobe, bajo de techo, quedaba así en condiciones idénticas a la de una jaula, porque los altos cardos lo cercaban y le impedían divisar a la distancia. A caballo, estaba obligado a no apartarse del estrecho sendero del ganado y a encoger o levantar sus piernas para librarlas de las punzantes espinas. En aquellos tiempos primitivos y lejanos, el gaucho pobre llevaba por único calzado un par de espuelas de hierro.

Al final de noviembre, los cardos morían y sus innumerables tallos huecos eran tan secos y livianos como el tubo de la pluma de un pájaro, pero del grosor del doble de un

palo de escoba y de dos metros o dos metros y medio de largo. Las raíces no sólo morían, sino que también quedaban reducidas a polvo en la tierra. Podía moverse de su sitio el tallo con un dedo. No caía, porque estaba sostenido a su alrededor con otros palos y éstos por cien más y los cientos por miles y millones. Los cardos secos perjudicaban tanto como los verdes. Permanecían secos durante diciembre y enero. En los días de verano, el peligro del fuego estaba presente siempre en la mente de todos. Una chispa de cigarrillo, caída al descuido, bastaba para producir la temida llamarada. En tales momentos, la vista del humo, a la distancia, hacía que todo el que lo distinguiera montara su caballo y volara al sitio de alarma, donde se realizaría la tentativa de detener el incendio, construyendo un camino ancho entre los cardos, a cincuenta o cien metros delante del fuego.

Una de las maneras de construir este camino consistía en proceder a enlazar y matar unas cuantas ovejas de la majada más cercana. Después se las arrastraba hacia arriba y abajo, al galope, entre el denso cardal, hasta obtener el espacio necesario para que las llamas que quedaban pudieran ser apagadas a pisotones y golpes. A veces no se hallaban ovejas cerca para ese uso, o aún cuando se lograra un espacio amplio, si soplaba un viento caliente del norte llevaba una lluvia de chispas y palos ardiendo al otro lado y el fuego seguía su carrera voraz.

Presenció una de esas grandes quemazones cuando contaba alrededor de doce años. Estalló a pocas millas de casa y avanzaba en nuestra dirección. Vi a mi padre saltar a caballo y arrancar a escape hacia la inmensa fogata. Yo dediqué media hora o más para agarrar mi petiso y, por tal causa, llegué tarde al lugar de la escena. Un nuevo incendio había estallado a unas diez cuadras de distancia del principal, donde la mayor parte de la gente estaba luchando con las llamas. Corrí al segundo punto de alarma y encontré a media docena de vecinos que habían llegado en ese momento.

Antes de empezar las operaciones, vinieron hacia nosotros a todo galope unos veinte hombres que habían suspendido su trabajo en el otro incendio. Ellos habían hecho ya un contrafuego, pero al ver el nuevo incendio muy adelantado dejaron el otro y, desesperados, después de una hora de ardoroso trabajo, acudieron volando en nuestra ayuda. Cuando se acercaban, miré con asombro al jinete que iba adelante: un negro alto, en mangas de camisa, desconocido para mí. “¿Quién será este negro?”, me pregunté asombrado. De pronto oí que me gritaban en inglés: “¡Hola, hijo! ¿qué estás haciendo aquí?” oí estupefacto la voz de mi padre. ¡ Una hora de lucha con las llamas, entre la nube de negras cenizas, bajo el ardiente sol y el viento, lo había transformado en un africano de pura raza!

En los meses de diciembre y enero, cuando el desierto mundo de cardos muertos y secos como yesca continuaba en pie, amenazante y peligroso, el único deseo y esperanza de todos se concentraba en el “pampero”, viento sudoeste que durante el verano es capaz de llegar con inusitada rapidez y soplar con extraordinaria violencia.

Solía presentarse por lo general, en una tarde calurosa, después de muchos días en que el viento norte había estado enviando su soplo de fuego. Al fin., este odioso viento decrecía, y una extraña oscuridad, que no era producida por nube alguna, cubría el cielo; poco a poco, comenzaba a alzarse la tormenta, que invadía el horizonte como una oscura montaña. Poco después había cubierto la mitad del firmamento. Truenos y relámpagos venían, al mismo tiempo que caía un torrente de lluvia. Simultáneamente, se desataba el vendaval que rugía contra los encorvados árboles y sacudía las casas. En una hora o dos, tal vez, pasaría todo, y a la mañana siguiente los detestables cardos habrían desaparecido o se los encontraría diseminados por el suelo.

Después de la tormenta, se producía una sensación de bienestar en el gaucho. Ya podía montar a caballo y galopar en cualquier dirección, por la vastedad del campo, mientras la soledad se extendía por leguas y leguas delante de él. Se sentía tan feliz como el prisionero

al recobrar su libertad o como el enfermo al recuperar su vigor perdido y respirar y caminar de nuevo.

Aún hoy esto me hace estremecer, o quizás sería mejor decir que experimento las vibraciones de una viva emoción desaparecida cuando evoco el caso mío (aunque no estaba tan ligado al caballo y tan apegado a él como el gaucho) después de uno de esos grandes pamperos que dispersaban los cardos. Era un placer extraño andar al galope sobre grandes extensiones de tierra negra, oír los vasos del animal quebrando los tallos huecos y secos, que cubrían por millones la tierra, como los huesos de incontables ejércitos de enemigos muertos. Y experimentando una extraña especie de alegría morbosa, se entremezclaban en mi sentimientos, en los que existía algo de satisfecha venganza, que daba al júbilo cierto acre sabor espiritual.

Después de tal exceso de cardales –el cardo “asnal” de los criollos y el *cardus mariana* de los botánicos– parecía raro expresar que un “año de cardos” fuera una bendición en algún sentido. Era un año de angustia, es cierto, por el temor al fuego, y de zozobras, cuando los relatos de robos y otros crímenes llegaban al lugar, especialmente para las pobres mujeres, que quedaban tanto tiempo solas en sus ranchos encerradas por la densa maleza. Pero el “año de cardos” se lo llamaba un “año gordo”, puesto que los animales –ganado, caballos, ovejas y aún cerdos– pacían libremente entre las altas hojas y suaves tallos de sabor dulzón, y se ponían en excelentes condiciones.

Existían, sin embargo, dentro del “año gordo”, dos notorios inconvenientes. Los caballos disminuían en fuerzas lo que ganaban en gordura y la leche de las vacas perdía algo de su tan agradable gusto.

El tiempo mejor y más “gordo” llegaba cuando las plantas, endureciéndose, dejaban de ser apetecibles para los animales y las flores empezaban a desparramar

sus semillas. Cada flor, que en tamaño era como una taza de café, se abría en blanca masa que vertía cantidades de bolitas plateadas, y aquellas, libres de sus pesadas semillas, flotaban hacia lo alto con el viento, y todo el espacio, tan lejos como a vista podía alcanzar, se llenaba de millares y millones de bolas flotantes.

La semilla caída era tan abundante que cubría el suelo bajo las plantas muertas, pero que aún permanecían en pie. Era una semilla larga y sutil, casi del tamaño de un grano de arroz de Carolina, con un color grisáceo o gris azulado, manchada de negro. Las ovejas se daban festines con ellas; usaban sus movibles y extensibles labios superiores como un cepillo de sacar migas, para recogerlas en la boca. Los yeguarizos las tomaban en la misma forma, pero los bovinos no las aprovechaban, porque no conocían el truco o porque no podían usar eficazmente sus labios y lengua para tomar un alimento que era tan escurridizo como las migas del pan. Los cerdos, sin embargo, engordaban con él, y para las aves domésticas y silvestres resultaba mejor que para los mamíferos.

Para terminar este capítulo, voy a retroceder a una o dos páginas a propósito del “pampero”: el viento sudoeste de las pampas argentinas. Describiré la mayor de todas las grandes tormentas que he presenciado, cuando tenía siete años.

El viento que sopla allí, de este cuadrante, no es, como el viento sudoeste del Atlántico Norte de Inglaterra, caliente, cargado de la humedad de los mares tropicales, aquel gran viento que Joseph Conrad, en su *Mirror of the Sea*, ha personificado en uno de los más sublimes pasajes de la literatura moderna. En las pampas es un viento excesivamente violento, según saben todos los marineros que lo han sentido en el Atlántico, fuera del Río de la Plata. Pero es un viento frío y seco. Frecuentemente lo preceden y acompañan grandes nubes y truenos, precipitaciones de agua y granizo. La lluvia puede durar de media hora a medio día. Cuando pasa, el cielo queda limpio y le sigue un tiempo encantador.

Era un verano caluroso. Hacia la tarde, todos nosotros, niños y niñas, fuimos a dar un paseo por la llanura. Estábamos más o menos a unas tres cuadras de casa, cuando se percibió una oscuridad al sudoeste que comenzó a cubrir el cielo de aquel lado tan rápidamente que, alarmados, corrimos a refugiarnos en nuestro hogar, a toda carrera. La estupenda tormenta negra mezclada con nubes amarillentas de polvo nos ganó y, antes de que cruzáramos la tranquera, los gritos de terror de los pájaros llegaron a nuestros oídos y, volviendo la cabeza, vimos cantidad de gaviotas y chorlos volando con loca velocidad, al frente del huracán, tratando de adelantarse a él. Luego, un enjambre de grandes alcuaciles pasó como una nube sobre nosotros, y desapareció al instante. En el justo momento en que llegábamos al portón, las primeras grandes gotas nos salpicaron en forma de barro líquido. Habíamos conseguido con trabajo entrar antes que la tempestad se desencadenara con toda su furia. El cuadro imponía. Reinaban las tinieblas con negrura de noche sin luna. Se oía una espantosa mezcla de

rugidos de viento y retumbar de truenos. Surcaban el espacio enceguecedores chispeos de relámpagos y torrentes de lluvia. Más tarde, cuando lo denso de la oscuridad empezó a pasar, vimos como una cortina blanca producida por el granizo. De extraordinario tamaño, casi como huevo de gallina, pero no de la misma forma, sino chato y del grueso de una media pulgada, sus núcleos parecían pequeños bloques o cascotes de nieve comprimida.

El granizo continuó cayendo hasta que la tierra quedó de color lechoso. A pesar de su enorme tamaño, el furioso viento lo arrastró en montones de casi un metro de espesor contra las paredes de los edificios. Ya tarde, a la hora de ponerse el sol, la tormenta terminó. La luz de la mañana siguiente nos reveló el daño sufrido. Zapallos, calabazas y sandías estaban hechos pedazos. La mayor parte de las verduras y el maíz fue destruida. Los árboles frutales también habían sufrido enormemente. Cuarenta o cincuenta ovejas murieron y cientos más estaban tan maltratadas que, por espacio de muchos días, caminaban renqueando o parecían atontadas a consecuencia de los golpes recibidos en la cabeza. Tres de nuestros carneros murieron. También dejó de existir, víctima del temporal, un caballo. ¡El viejo y querido caballo, con historia para nosotros! ¡Pobre Zango! La casa entera estaba triste por su muerte. Había pertenecido, en su origen, a un oficial de caballería que le tenía extraordinario afecto, cosa rara en una tierra donde este animal era demasiado barato y los hombres, por lo regular, se mostraban descuidados y hasta crueles con ellos. El oficial había pasado años en las guerras de la Banda Oriental y había montado a Zango en todas las peleas en que interviniera. De regreso a Buenos Aires, no quiso por nada abandonar a su viejo pingo. Dos o tres años más tarde visitó a mi padre, a quien conocía muy bien y le dijo que, como había sido enviado a las provincias del norte, no sabía que hacer con el caballo.

El animal tenía veinte años y ya no le podía servir para pelear. De toda la gente que conocía, solo había un hombre a cuyo cuidado se animaría a dejarlo. “Ese hombre es usted –exclamó– y si usted acepta a Zango, y me promete cuidarlo hasta que su vida termine, quedaré contento acerca de su suerte, tan contento como lo permita el separarme de un caballo a quien he querido más que a ningún otro ser en la tierra.” Mi padre aceptó y conservó al viejo Zango, más de nueve años, hasta que lo mató el granizo. Era un animal de buena estampa, tostado oscuro, con las crines y la cola negras, pero yo lo conocí siempre flaco y envejecido; su única misión consistía para que los niños adquirieran sus primeras nociones de equitación.

Mis padres habían experimentado una gran tristeza por Zango, mucho antes de su extraña muerte. Durante años habían esperado una carta, un mensaje del oficial ausente, y, a menudo, imaginaban la alegría que experimentaría éste al regresar y encontrar vivo aún a su querido y viejo compañero de andanzas bélicas. Pero nunca

más volvió ni recibimos ninguna noticia suya, y concluimos todos al fin por creer que habría perdido la vida en aquel lugar lejano donde se libraban tantas batallas.

El mayor daño producido por el granizo, lo sufrieron los pájaros del campo. Antes de la tormenta se había presentado una inmensa cantidad de chorlos, que formaban grandes bandadas sobre la llanura. Uno de nuestros muchachos criollos montó a caballo y ofreció traernos una bolsa de ellos para comer, y, tomando la bolsa, me llevó en ancas. A una milla más o menos de distancia, encontramos gran número de pájaros muertos, todos juntos, tal como habían estado en la compactada bandada; pero mi compañero no quiso levantar ninguno. Había otros que corrían con el ala quebrada, se fue detrás de éstos, dejándome al cuidado del caballo, y agarrándolos les dio media vuelta el pescuezo y los metió en la bolsa. Cuando hubo juntado dos o tres docenas, volvió a montar y regresamos.

Más tarde, esa misma mañana, nos contaron que una persona, un niño de seis años de edad, en el rancho de uno de nuestros vecinos pobres, había perdido la vida de una manera curiosa. Estaba parado en el medio de la pieza, mirando la piedra que caía afuera, cuando una de éstas atravesó el techo de paja, lo golpeó en la cabeza y lo mató instantáneamente.

CAPÍTULO VI

Un arroyo en las pampas. - Iniciando los grandes paseos. - Aves acuáticas. -
Mi primera visión de los flamencos. - Grata y numerosa visita de palomas.
Extraña mansedumbre de estos pájaros. - Vanos ensayos para ponerles sal en la cola.
- Una cuestión de ética: ¿cuándo una mentira no es mentira? - El carancho, un
buitre-águila. - Nuestro par de caranchos. - Su nido en un árbol de durazno. -
El deseo de apoderarme de sus huevos. - Los crímenes de las aves.
Los pájaros obliganme a retirarme. - El nido derribado.

ALGUNAS AVENTURAS DE PAJAROS

Antes de que empezaran en serio mis días de jinete —cuando yo no tenía aún bastante confianza para galopar solo algunas leguas y ver el mundo por mí mismo— efectué mi primer largo paseo por la llanura. Uno de mis hermanos mayores, me invitó para acompañarlo a cierto arroyo, uno de esos lentos, superficiales y pantanosos arroyos de la pampa, que corría a media legua de nuestra casa. Para mi tranquilidad me informó y aseguró mi hermano, que no había hacienda alguna en la dirección que

llevaríamos y que tendría buen cuidado de ponernos a lejana distancia de cualquier cornúpeta que pudiéramos encontrar. Alegrementemente, accedí.

Salimos, tres de nosotros, a deleitarnos con las maravillas de aquel pequeño riachuelo, en parte cenagoso, pero a trechos, de agua corriente, En sus orillas crecían los juncos y encontrábamos grandes pájaros salvajes, desconocidos para nosotros.

Ya había visto yo ese arroyo antes, yendo con otras personas a visitar a un vecino, y cruzamos la corriente por uno de los vados. Sentí entonces el deseo de bajarme y correr sobre sus orillas húmedas, verdes y bajas. La invitación de mi hermano me permitió realizar aquel deseo.

La expedición produjo en mí intenso y dilatado placer. Tuvimos que dar muchas vueltas para evitar los pajales y los gigantescos cardos. Pronto llegamos a sitio bajo. Allí, el pasto llegaba casi siempre hasta la cintura y encontrábase lleno de flores. Parecía una pradera inglesa en junio, cuando todas las hierbas están en flor. Hermosa y fragante, la llanura aquélla resultaba demasiado extensa para ser atravesada por un chico de seis años.

Por fin llegamos a un paraje cubierto de suave césped. Poco rato después, nos hallábamos frente al arroyo, que estaba desbordado debido a recientes lluvias. Medía, en aquel momento, alrededor de cincuenta metros de ancho. Velase sorprendente cantidad de pájaros, especialmente patos silvestres, unos pocos cisnes y muchos zancudos, ibis, garzas, cucharetas y otros. Las más maravillosas de todas eran tres aves de color blanco y rosado, inmensamente altas. Solemnemente, a unos veinte metros de la orilla, vadeaban las aguas en hilera y a un metro, más o menos, una de la otra. Quedé sorprendido y encantado del bello cuadro. Mi deleite aumentó vivamente cuando el pájaro que iba delante se quedó quieto y, levantando la cabeza y con su largo cuello erguido, abrió y sacudió las alas. Una vez abiertas, éstas mostraron un magnífico color carmesí. En tales instantes, aquel pájaro fue para mí la criatura que en mayor grado se asemejaba a un ángel en la tierra.

Pregunté a mis hermanos dónde se criaban aquellas admirables aves. No pudieron contestarme. Me dijeron que nunca las habían visto antes. Más tarde supe que el flamenco no era conocido en nuestra vecindad, pues la cantidad de agua allí existente no bastaba para él. Solamente podía vérselo en bandadas, en una laguna que distaba un día de viaje desde nuestra casa.

Durante varios años no tuve oportunidad de volverlos a encontrar nuevamente, pero después los he visto ciento de veces, descansando o volando a todas las horas del día, en todos los estados de la atmósfera y en sus más hermosos aspectos. A la salida del sol, por la mañana temprano, los flamencos quedan inmóviles sobre las tranquilas aguas, con su clara imagen reflejada en ellas. Volando en bandadas, pueden ser divisados desde la alta orilla moviéndose a flor del agua azulada, en una larga línea

carmesí o formando una media luna, separados por iguales distancias y las puntas de sus alas casi tocándose. Pero el encanto de espectáculos tales, nunca igualó al que experimenté en la ocasión mencionada, cuando yo no contaba más de seis años.

Otra pequeña aventura ornitológica, que merece narrarse, me muestra más como inocente chicuelo, que a la citada edad hacía alardes de naturalista de campo, ya con considerable experiencia en materia de pájaros.

En un bello día primaveral apareció una inmensa cantidad de palomas, estableciéndose en el monte. Pertenece el numeroso conjunto a una especie común en el país, criada en nuestros árboles y en realidad en todas las arboledas o montes de la tierra: una linda paloma coloreada y con un atractivo canto lleno de tristeza. Eran en tamaño, aproximadamente, un tercio menores que las domésticas y pertenecían al género americano zenaida. Residían con nosotros todo el año y, ocasionalmente, en primavera y otoño, se las veía viajando en inmensas bandadas. Las que aparecieron aquel bello día primaveral, debían de ser forasteras y proceder de algún lugar subtropical del norte, donde no experimentaron nunca el temor al hombre. En todos los momentos en que iba al monte, las encontraba en el suelo buscando diligentemente semillas. Tan mansas y tan despreocupadas se revelaban, que intenté capturarlas con las manos.

Pero no se dejaban agarrar. Cuando, agachándome, tendía los brazos hacia ellas, escapábanse, y volando apenas uno o dos metros, volvían a asentarse, para continuar buscando y recogiendo invisibles semillitas.

Habiendo fallado mis tentativas, regresé al hogar fuertemente excitado. Me dirigí a un señor anciano, que habitaba con nosotros. Aquel excelente viejo se interesaba mucho por mí y por mi amor a los pájaros. Al encontrarlo, le conté que todo el lugar estaba inundado de palomas, las que eran sumamente mansas, pero que no se dejaban agarrar. Le pregunté si podría indicarme un procedimiento a fin de conseguir capturarlas. El se rió. Contestóme que yo debía ser un tontuelo si no sabía cómo se podía agarrar un pájaro. La solución consistía en ponerle un poco de sal sobre la cola.

"No es difícil la tarea", pensé, quedando encantado al conocer la facilidad con que podían ser cazadas las aves. Corrí al barril de la sal gruesa, la usada para hacer la salmuera destinada a conservar los cueros, y llené de ella mis bolsillos y mis manos. Yo quería cazar muchas palomas, palomas a montones.

Con la mayor prisa marché de nuevo al monte, donde había cientos que continuaron moviéndose a mi alrededor, sobre el suelo, sin preocuparse de mí. Fue alegre y estimulador momento aquel en que empecé las operaciones. No tardé, sin embargo, en percatarme de que cuando yo tiraba un puñado de sal a cualquiera de las aves, jamás caía un solo grano en su punto de destino. Caía en la tierra: a dos, tres, o cuatro pulgadas de la cola. "¡Si las palomas se quedaran quietas un minuto!", pensaba

yo. Pero las aludidas no respondían a mis aspiraciones, y creo que estuve dos horas consagrado a mi yana labor de conseguir que la sal cayera en el lugar debido. Al fin, torné al lado de mi mentor. Le confesé mi fracaso. Le solicité nuevas instrucciones. Todo lo que él me replicó, fue, que yo estaba bien encaminado y que el plan que había adoptado era el verdadero. Se requería, por lo visto, un poco más de práctica que me capacitara para dejar caer la sal en el justo lugar. Envalentonado, volví a llenar mis bolsillos y principié de nuevo. Como veía que siguiendo el plan trazado por mi consejero no progresaba, adopté el procedimiento de tomar un puñado de sal y tirarlo con fuerza directamente a la cola de las palomas. Tampoco así podía lograr el propósito; ni siquiera tocar la cola. Mi acción violenta solamente servía para asustar a las aves y hacerlas volar una docena de metros, antes de reanudar su trabajo de buscar semillas.

Luego supe que los pájaros no podían ser agarrados por tal método. Comprendí que me habían tomado el pelo. Esto me irritó y desencantó enormemente, ya que había aprendido a creer que se consideraba falta muy censurable decir una mentira. Descubrí, pues, que había mentiras graves y mentiras o falsedades leves, que no eran condenables y que podríamos llamar inocentes, aunque fueran inventadas y deliberadamente dichas para engañar, siempre que no causaran daño.

Al principio esto me disgustó, y quise saber cómo debería distinguir entre las verdaderas mentiras y las que no lo eran, y la única respuesta que me pude dar fue que para hacerlo era necesario no ser tonto.

En la siguiente aventura pasaré del amor, o la mansedumbre, de la tórtola a la ira del buitre. Puede ser anotado de paso que el nombre nativo de la paloma que yo he descrito es el de torcaza, el que supongo una degeneración de tórtola, primer nombre con que la llamaron los primitivos colonos, por su ligero parecido con la tórtola europea.

Respecto al buitre que yo conocí, no era en realidad un buitre, propiamente dicho, ni estrictamente una verdadera águila, sino como un halcón, pájaro del tamaño de una pequeña águila, de color marrón negruzco, con el cuello y el pecho blancos, sombreado con marrón y salpicado de manchas negras. Tenía también pico muy grande, de la misma forma que el águila. Sus garras no eran tan fuertes como las de ésta, ni tampoco tan débiles como las del buitre. Revestían sus costumbres los aspectos simultáneos de una y de otro.

Se alimentaba de carne muerta. También cazaba y mataba animales y pájaros, especialmente los más pequeños y débiles. Asimismo, perseguía a las aves de corral, corderos y lechones. Su comida era la misma que la de los cuervos, y su grito parecía al de éstos, por su fuerza y aspereza.

Considerando el carácter de este gran rapaz, el *poliborus tharus* de los naturalistas o el carancho de los hijos del país, resulta extraño que se permitiera anidar y vivir por

años, en nuestro monte, a un casal de ellos, Pero en aquellos tiempos la gente era singularmente tolerante, no sólo con los pájaros y animales dañinos, sino hasta con los seres de su propia especie, dotados de similares costumbres.

En los alrededores de nuestro viejo monte de duraznos, descrito en el capítulo precedente, destacábase un árbol solitario, de forma algo particular, erguido a unos cuarenta metros de los demás y en el borde de un terreno inculto, lleno de cizaña. Tratábase de un árbol grande y viejo como los otros, con un suave tronco redondo, que tenía cerca de cuatro metros y medio de altura, y desparramaba sus ramas en derredor, de modo que, en la parte alta, formaba como un paraguas invertido. En el correspondiente hueco, compuesto por el círculo de las ramas, los caranchos habían construido su inmenso nido formado por palitos, manojos de pasto, huesos desecados de oveja y otros animales, pedazos de sogas y cuero crudo y diversos objetos que ellos pudieron llevar. El nido constituía su hogar. Allí descansaban de noche. Lo visitaban algunas veces durante el día, trayendo generalmente un hueso blanquecino, un tallo de cardo u otra cosa análoga, para agregar a la pila.

Tales caranchos nunca atacaban a las gallinas. No ofendían ni molestaban, manteniéndose en la arboleda, lo más lejos posible de las casas. Se acercaban a ellas cuando se carneaba alguna res. Revoloteaban entonces en torno de la sangrienta comida, echando su penetrante mirada sobre los procedimientos y esperando la oportunidad. Llegaba ésta, cuando los bofes y demás porciones sobrantes eran arrojados por los peones a los perros. El carancho, entonces, se abalanzaba como un milano y, arrebatando la carne con el pico, la levantaba hasta una altura de veinte o treinta metros. Dejaba caer su botín, para agarrarlo de nuevo en el aire con gran destreza, entre sus garras, remontándose para comerla a su antojo. Nunca me cansaba de admirar esta hazaña del carancho que es, según creo, única en los pájaros de presa.

El enorme nido en el viejo duraznero poseía gran atracción para mí. Yo acostumbraba visitarlo a menudo. Deseaba poder subir a él alguna vez. ¡Oh! qué delicia hubiera sido llegar hasta arriba, allí, sobre el nido, y mirar hacia abajo dentro del hueco que parecía una gran palangana, forrada con lana de oveja, y ver los huevos, más grandes que los del pavo, todos jaspeados con un rojo fuerte, o blancos como crema, salpicados con roja sangre. Porque yo había visto los huevos de carancho que llevara un gaucho, y alimenté siempre la ambición de agarrarlos del nido con mis propias manos. Mi madre habíame dicho que si yo quería huevos de pájaros no debía nunca sacar más de uno del nido, a menos que fueran de especie dañina. Pero dañino, ciertamente, era el carancho, a pesar de su buena conducta en la casa. Recuerdo que en uno de los primeros paseos que di en mi petiso, vi a un par de ellos, y creo que eran los mismos vecinos nuestros, atacando furiosamente a una oveja débil y enferma. Esta

se resistía a echarse para que la mataran, pero la pareja de rapiña le golpeaba el cuello y le laceraba la cara, forcejeando por voltearla.

He visto también a una cría de lechoncitos, que habían salido al campo tras la madre, al ser atacados por cinco o seis caranchos; encontrando, al aproximarse al lugar, que habían matado a la mitad mas o menos seis creo —, y se los devoraban a alguna distancia de la cerda vieja y de los sobrevivientes de la cría.

¿Cómo podría subirme al árbol y sacar los huevos del enorme nido? He ahí una interrogación que me formulaba cotidianamente.

Cada vez que me acercaba, tenía miedo de esos pájaros, que parecían tan terriblemente salvajes y formidables. Pero mi deseo de conseguir los huevos me subyugaba. Cuando en primavera creía que estaban abandonados, iba más a menudo que nunca a observar, esperando el momento oportuno. Y una tarde, después de la puesta del sol, no vi los pájaros en ninguna parte. Pensé que la ocasión había llegado. Me arreglé para trepar por el suave tronco hasta las ramas. Acallando los insistentes latidos de mi corazón, principié la tarea de llegar a las ramas más apretadas y tracé mi ruta sobre el inmenso borde del nido. Pero, en ese momento, oí el áspero y penetrante grito del carancho, y mirando por entre las hojas en la dirección de donde procedía, noté que macho y hembra llegaban volando furiosamente, chillando de nuevo y más fuertemente a medida que se acercaban. El terror se apoderó de mí. Descendí entre las ramas y, agarrándome de la más baja, traté de balancearme y desenredarme, precipitándome al suelo.

Sufrí un buen golpe, pero caí sobre el suave césped e incorporándome rápidamente, volé al amparo del monte, para ganar la casa. Durante el rápido transcurso de la acelerada carrera, no osé mirar atrás para ver si los pájaros me seguían.

Fué ése mi único ensayo para llegar al nido de las aves de rapiña. Desde aquel día los pájaros continuaron en la pacífica posesión de él, hasta que se le ocurrió a alguien que el inmenso nido perjudicaba al árbol y que tal era la causa de su escasa producción frutal. Se resolvió entonces destruirles la vivienda para que las aves abandonaran el lugar.

En capítulo anterior, describiendo nuestros viejos durazneros, y al referirme a la época de su florecimiento, mencioné las cotorras que accidentalmente nos visitaban, las cuales tenían sus nidadas a cierta distancia. Perteneían éstas a una de las dos clases comunes de la región. En la otra especie mayor se clasifica el loro patagónico, *conarus patagonus*, o "loro barranquero" de los argentinos. En mi infancia, este pájaro abundaba en las desoladas pampas, que se extienden por cientos de millas hacia el sur de Buenos Aires.

También en la Patagonia se criaban en agujeros que excavaban en los farallones y barrancos de las costas de lagos y ríos. Tales criaderos quedaban muy lejos hacia el sur, y no los conocí, hasta que mi adolescencia pasó.

En invierno realizaban los loros una inmigración parcial hacia el norte; nos visitaban en bandadas, y alegrábanme, en mi infancia, los resonantes chillidos de aquellos viajeros. Se les oía romper el silencio, anunciando su llegada con gran algarabía, largo tiempo antes de que los expedicionarios fueran visibles en el cielo. Cuando surgían, volando a moderada altura, ¡qué extraños y hermosos semejaban con las largas alas en punta, sus colas y su plumaje verde oscuro y sombreados de amarillo, azul y rojo! ¡Cómo deseaba un acercamiento más estrecho con estos visitantes de invierno y cómo ansiaba que acamparan en nuestros árboles! Algunas veces, ellos lo hacían para descansar. Tal vez, se quedaban medio día o más en nuestro monte, y otras veces, para mi mayor felicidad, una bandada decidía permanecer con nosotros más largo tiempo, aun semanas, alimentándose en los alrededores y viniendo a posarse en los árboles a intervalos, durante el día y en la noche.

Yo acostumbraba salir en mi petiso y los seguía para contemplarlos a la hora de comer, sorprendiéndome su preferencia por las amargas semillas del zapallo silvestre.

La mencionada planta, de la que existía gran cantidad en nuestro campo, daba un fruto en forma oval, más o menos de la mitad del tamaño de un huevo de avestruz, con una corteza resistente como una concha. Los pájaros, con sus agudos picos, duros como hierro, rápidamente rompían la cáscara seca y se regalaban con las pepitas, desparramando las semillas, hasta que la tierra blanqueaba de ellas. Al aproximármeles mientras comían, los

loros se elevaban volando hacia mí, revoloteando en compacta multitud sobre mi cabeza y casi ensordeciéndome con sus coléricos gritos.

El más pequeño de estos pájaros era la cotorra, más o menos del tamaño de una torcaza, con un plumaje de rico color verde por encima y gris ceniza abajo, y que, como todos los de su especie, anidaba entre los árboles. Es ésta una de las aves más sociables que conozco. Vive todo el año en comunidad y forma grandes nidos de palitos, muy cerca uno del otro, como en una roquería". Cada nido hospeda dos o tres y hasta media docena de parejas. Cada casal tiene su cavidad propia y su entrada dentro de ese gran edificio.

El único punto donde se criaban cotorras, en nuestra vecindad, hallábase en una compacta arboleda, restos del antiguo monte de una estancia, distante alrededor de tres leguas de casa y de la que era propietario un inglés llamado Ramsdale.

Allí había una colonia, aproximadamente, de doscientas. La docena o más de árboles en las que erigieran sus viviendas, encontrábase cargados con sus grandes nidos. Contenía cada uno de éstos material suficiente para llenar un carro.

Mr. Ramsdale no era nuestro vecino inglés más inmediato, del cual hablaré en otro capítulo, ni era un hombre de quien nos preocupábamos mucho. Su mísero establecimiento no poseía ningún atractivo. La vieja y desaliñada ama de llaves criolla y los otros sirvientes, se permitían hacer todo lo que querían. Pero él era inglés y vecino, y mis padres le visitaban de vez en cuando. Yo siempre me arreglaba para ir con ellos, no por cierto para ver a Mr. Ramsdale, incapaz de decir nada a un tímido pequeñuelo y cuya tosca cara colorada parecía la de un tremendo borrachín, "Mis visitas" las dedicaba a las cotorras exclusivamente. ¡Oh! ¿Por qué no vinieron estas queridas avecillas de color verde a instalar sus simpáticos nidos en nuestros árboles? He ahí un pensamiento que constantemente se apoderaba de mí.

Y sin embargo, cuando yo visitaba a mis queridos pájaros, a ellos no les gustaba verme. Tan pronto como yo corría hacia los árboles donde estaban sus nidos, el lugar entero se alborotaba, precipitándose apresuradamente para unírse en una bandada y revolotear chillando sobre mi cabeza, durando el barullo hasta que me alejaba.

En cierta ocasión, al principio de la primavera, de vuelta de una de nuestras raras visitas a Mr. Ramsdale, fuimos testigos de un extraño suceso.

El campo hallábase cubierto por densa vegetación de cardos. Al salir de la estancia en nuestra volanta, seguimos los habituales senderos de la hacienda, por no existir caminos por allí. Como a la mitad del viaje, divisamos una cuadrilla de siete u ocho venados en una verde abra, abierta entre los grandes cardos grises. Los animales aquéllos, en lugar de proferir su sibilante grito de alarma y huir ante nuestra aproximación, quedaron en el mismo sitio, a pesar de haber pasado nosotros a cuarenta metros de ellos. La cuadrilla se componía de dos machos comprometidos en una furiosa pelea y cinco o seis hembras, que daban vueltas en torno de los dos rivales. Los venados mantenían las cabezas tan bajas, que las narices casi tocaban el suelo, mientras que con sus cornamentas enganchadas, se empujaban violentamente, consiguiendo, de tiempo en tiempo, hacer retroceder uno al otro cinco o seis metros. Luego, tras una pausa, otro violento empujón para, con las aspas siempre trabadas, girar en círculos, avanzando y retrocediendo, hasta que al fin los perdimos de vista, ocultos por el cardal.

Tamaño espectáculo nos impresionó bastante en aquella ocasión, y fué vívidamente recordado varios meses más tarde, cuando uno de nuestros vecinos gauchos nos contó algo curioso que recientemente viera.

Al pasar por el cardal en que presenciamos la pelea y en aquel mismo lugar, en el pequeño espacio verde, había encontrado el esqueleto de dos venados, con los cuernos entrelazados.

Tragedias de esta naturaleza, en el mundo de los animales salvajes, han sido descritas con frecuencia, pero ocurren raramente en las pampas, ya que los cuernos del venado nativo, *cervus campestris*, por lisos y poco dentados, no están expuestos a quedar entrelazados entre sí, como muchas otras especies.

Los venados eran comunes en nuestra comarca en aquel entonces y gustaban de los terrenos donde crecía el cardo que, en ausencia de árboles, siempre les ofrecía algún abrigo. Rara vez, cuando cabalgaba por ese lado, dejaba de encontrar algún grupo de ellos. Sus componentes, notables por su característico pelaje, permanecían inmóviles, observando al intruso entre la vasta espesura.

Aquellas rudas planicies eran, igualmente, la guarida del rhea, nuestro avestruz o ñandú. Allí, por primera vez, vi perfectamente al más grande y menos pájaro de los pájaros del continente americano. Tenía yo ocho años, cuando una tarde, al final del verano, hallándome listo para salir a caballo, fui enviado hacia el este hasta llegar al cardal, a un tercio de legua más allá del rancho del puestero. Se le necesitaba en la estancia y no pudiendo ir él a recoger la majada, recurrieron a mí, para que fuera a buscarla.

Encontré las ovejas en el lugar que me indicaron, estando ellas muy desparramadas. Algunos grupos, de una o de dos docenas, hasta ciento, eran visibles a la distancia, entre los ásperos cardos. En el sitio en que pastaban las más lejanas, encontrábase dispersa una manada de sesenta u ochenta yeguarizos, pastando también, y cuando galopé hacia allí, encontré una cantidad de rheas, comiendo junto a las ovejas y los caballos. Su plumaje gris, tan parecido en su color al de los cardos, habíame impedido verlas antes de hallarme entre ellas.

Lo más curioso es que no prestaban la más mínima atención a mi persona. Sujetando mi petiso, quedé azorado contemplándolas. particularmente a una muy grande, que estaba más cerca de mí, ocupada en picotear a su antojo el trébol que crecía entre las grandes y punzantes hojas del cardo. Me causaba la sensación de que se hallaba eligiendo cuidadosamente los mejores brotes.

¡Oh, qué grande y noble parecía ser este pájaro! ¡Cuán bello con su esponjoso plumaje gris y blanco, colgando como un pintoresco manto, puesto sobre su cuerpo! ¿Por qué eran tan mansos? ¡Cómo me sorprendía esto!

La vista de un gaucho, aun a la distancia, los hacía apartar invariablemente y huir a gran velocidad. Y yo, situado a diez o doce metros de uno y varios otros cerca de mí, no despertaba recelos en ellos, que seguían todos ocupados en examinar las hierbas y

seleccionar las más lindas hojas verdes para arrancarlas, tal como si yo no estuviera presente.

Supongo que sería porque comprendían que yo no era más que un chiquilín sobre un petiso, y en la mente del avestruz no se asociaba esta idea con la del fiero gaucho que, montado en su gran caballo, cargaba sobre ellos con propósitos siniestros.

Confiado, a mi vez, me dirigí sin ambages al que estaba más cerca. Pero el avestruz, levantando la cabeza y el cuello, se apartó cuidadosamente a unos pocos metros y empezó, de nuevo, a picotear los tréboles. Me acerqué otra vez a él poniendo entonces mi petiso al trote. Cuando estuve a dos metros, de inmediato el ñandú desplazóse de modo extraño y rompiendo en una suerte de trote bailado, pasó rozándome. Sujeté y, al volver el rostro, comprobé que había quedado diez o doce metros detrás mío, ocupado en arrancar con toda calma las hojitas del suelo. Una y otras vez más acerqué a este pájaro y a uno de sus compañeros, practicando ellos siempre la misma treta. Primero aparentaban absoluta indiferencia ante mi persona, y luego, al irme sobre ellos, con un pequeño y descuidado movimiento, colocábanse a varios metros detrás.

Pero es maravilloso ver esa misma maña del rhea cuando, perseguido y agotado en la carrera, es finalmente alcanzado por uno de los boleadores, que ha perdido tal vez las bolas, con las cuales agarra su presa, e intenta colocarse a su lado, para poder herirlo con el cuchillo. Parece una cosa fácil de hacer. El pájaro está completamente exhausto, jadeante, con las alas caídas mientras corre, y antes de que el hombre esté dentro de la distancia suficiente para asestar el golpe, un súbito movimiento pone en juego y el avestruz —como por milagro queda detrás, en lugar de estar al lado del caballo. Antes que éste, que va a toda furia, pueda ser sofrenado y haya dado vuelta, el rhea ha tenido tiempo de recobrar su carrera y ganar unos cien metros o más. Ante la instintiva treta del ñandú, los gauchos dicen: "El avestruz es el más gaucho de los animales", lo que quiere decir que el avestruz —por sus recursos y por las artimañas que despliega para salvarse, cuando es fieramente perseguido— resulta tan listo como el gaucho sabe que él mismo lo es.

CAPÍTULO VII

*Tiempos más felices. - Visitando la capital. - El viejo y el nuevo Buenos Aires. -
Vívidas impresiones. - Paseo solitario. - Cómo aprendí a andar solo. Perdido. -
La casa en que vivíamos y el río como un mar. - Calles toscas y angostas. - Filas
de postes. - Carros y ruido. - Gran fiesta en la iglesia. - Jóvenes vestidos de negro
y rojo. - Escenas del río. - Lavanderas y su lenguaje - Sus peleas con los jóvenes*

elegantes - Serenos El pasatiempo de un joven. Un perro pescador - Un distinguido caballero apedreador de pajaritos - Don Eusebio el bufón del dictador.

MI PRIMERA VISITA A BUENOS AIRES

El tiempo más feliz de mi niñez ha sido el que abarcaba ese período un poco después de los seis años, cuando poseía un petiso propio y tenía permiso para andar en él tanto tiempo y tan lejos de mi casa como quisiera. Me sucedía como a los pajaritos, que no bien empiezan a abandonar el nido, se dan cuenta rápidamente de su aptitud para volar. Mis vuelos iniciales fueron pronto interrumpidos al ir con mi madre, por primera vez, a Buenos Aires; es decir, la primera vez que recuerdo, ya que debieron haberme llevado seguramente antes, siendo muy chico, en brazos, pues nosotros vivíamos demasiado lejos de la ciudad para que un clérigo pudiera recorrer toda esa distancia, solamente para bautizar a un niño.

Buenos Aires es ahora la más rica, la más populosa ciudad de tipo europeo en Sudamérica. Lo que ella semejava en aquellos tiempos, contribuirán a expresarlo estos recuerdos de aquel lejano pasado.

Niño de inteligencia excepcionalmente impresionable, al llegar procedente de aquella gran planicie donde la gente desenvolvía su sencilla existencia campesina, cada cosa que veía en la urbe me llamaba profundamente la atención. Las visiones que más me impresionaron entonces, hállanse tan vivas en mi mente hoy como lo estuvieron siempre desde el comienzo de la respectiva percepción. Era yo un niño solitario en mis paseos por las calles, porque aunque tenía un hermano menor, a quien consideraba mi único compañero, todavía no contaba cinco años, creyéndosele demasiado chico para salir conmigo. No me importaba que nadie me acompañara. Muy pronto en mi infancia había adquirido la costumbre de andar solo, de divertirme a mi manera. Y fué después de años, cuando tenía alrededor de doce, que mi madre me manifestó la ansiedad que le causaba esta particularidad mía.

Ella la había notado al vigilar lo que hacían sus hijitos fuera de la casa. Me llamaban y buscaban. En no pocas ocasiones encontrábanme escondido, lejos, en algún lugar de nuestro monte. Acentuó mi madre su vigilancia, y tan pronto notaba mi ausencia, me seguía secretamente y me sorprendía en actitud contemplativa, durante minutos y minutos, entre los altos yuyos o bajo los árboles, con la mirada fija en el vacío.

Al principio, mi conducta la afligió mucho, pero experimentó gran alivio y hasta júbilo al descubrir que mi actitud se inspiraba en motivos que ella comprendía y sabía apreciar. Yo contemplaba cosas y seres vivientes, tal vez un insecto, mucho más a menudo un pájaro, un par de papamoscas colorados, por ejemplo, construyendo el nido de liquen en un duraznero, o alguna otra bella cosa por el estilo. Y como mi madre

también amaba todas las bellas cosas vivientes, quedó muy satisfecha al darse cuenta de que yo no era un excéntrico ni un raro como hasta entonces había estado temiendo.

La multiplicidad de las calles adquiría contornos demasiado complejos para mí cuando salía. Me perdí, a poca distancia de la casa en que nos hospedábamos, la primera vez que me aventure a salir solo. Desesperado de poder regresar al punto de partida, empecé a gritar, ocultando el rostro sobre un poste situado cerca de la vereda. Al instante me vi rodeado por una cantidad de peatones. Vino un vigilante, que llevaba chaqueta azul con botones dorados y una espada pendiente del cinturón. Tomándome del brazo, me preguntó con voz autoritaria dónde vivía, requiriéndome el nombre de la calle y el número de la casa. No pude contestarle, y asustado ante aquel hombre, que por su tremenda espada, los grandes bigotes negros y su áspera voz se me impuso, eché a correr bruscamente, encontrándome de nuevo en mi casa, con gran sorpresa y alegría, tras una carrera de seis u ocho minutos.

Nosotros vivíamos con unos amigos ingleses. Domiciliábanse cerca de la costa, o lo que se consideraba así a aquella parte de la ciudad que daba al Río de la Plata, río que parecía un mar, sin ninguna orilla visible a lo lejos. Como él, tenía sus mareas, diferenciándose solamente en el matiz de las aguas: colorado barroso, en lugar de azul o verde. La casa era cómoda. Al igual de la mayoría de las de aquella época, tenía un gran patio de baldosas rojas. Lo adornaban pequeños limoneros y arbustos, con flores de variadas clases. Las calles de la ciudad, derechas y angostas, hallábanse adoquinadas con piedras redondas, del tamaño de una pelota de fútbol. Las aceras, eran de ladrillo o baldosa y tan angostas, que apenas cabían en ellas dos personas caminando de frente. A lo largo de las veredas, de cada lado de la calle, había filas de postes, puestos a una distancia de diez metros entre uno y otro.

Tan curiosa fila de postes movía a risa a los extranjeros. Se trataba, sin duda, de restos de los tiempos antiguos, cuando se extendían sogas de cuero crudo a lo largo de las aceras, para proteger a los peatones de los caballos desbocados o del ganado arisco, traído por los gauchos, de afuera; y para librarlos de otros peligros propios de tan estrechas calles. Dado el pavimento que tenían, éstas debían haber sido las más ruidosas del mundo, a causa de la inmensa cantidad de grandes carros sin elásticos que allí circulaban. ¡Imaginaos la atronadora baraúnda causada por una larga procesión de estos carros, cuando volvían vacíos y cuando los carreros, como a menudo sucedía, apuraban sus caballos al galope, y cómo golpearían y atronarían sobre las enormes piedras redondas!

Frente a nuestra casa había una iglesia, de las más grandes entre las numerosas que contaba la ciudad, y uno de mis más prístinos recuerdos se refiere al festival anual realizado en ella el día del Santo Patrono.

La iglesia quedó abierta todo el día, pero el servicio principal debía realizarse alrededor de las tres de la tarde. A esa hora ocupó los correspondientes lugares una gran concurrencia de gente elegante. Yo vi llegar a los feligreses: parejas, familias y pequeños grupos.

Las señoras iban espléndidamente vestidas, acompañadas por sus caballeros. A la puerta de la iglesia, éstos hacían un reverente saludo y se situaban en la calle delante del templo. Allí se formaba una especie de reunión al aire libre, compuesta por todos los señores que habían ido escoltando a las damas, y que permanecían en aquel sitio hasta que terminaba el oficio. La multitud masculina, reunida en la vía pública, aumentó tanto, que se juntaron cerca de cuatrocientos a quinientos hombres, la mayoría jóvenes, todos reunidos en pequeños grupos, conversando animadamente; de modo que la calle se llenó con el fuerte y zumbante ruido de sus voces. Eran porteños los concurrentes, y pertenecían a las más altas esferas sociales. Todos vestían exactamente igual, según la moda de aquel tiempo. Sus trajes y la uniforme apariencia de tan gran cantidad de personas, la mayoría con caras jóvenes, de agradable presencia y animadas, me fascinaban. Quedé en aquel lugar, mirándolos, hasta que las grandes campanas empezaron a sonar estrepitosamente, al final del acto religioso, y la inmensa concurrencia de señoras elegantemente ataviadas, se desparramó, deshaciéndose inmediatamente la reunión masculina, retirándose los caballeros para unirse a las damas.

Los hombres usaban sombrero de copa alta y trajes de paño negro, no viéndose un sólo pantalón de otro color. Todos usaban también el chaleco de seda colorada que, en la época, se consideraba la verdadera prenda que debían usar todos los ciudadanos de la República. Asimismo, en el ojal de la solapa de la levita ostentaban una cinta escarlata. El cuadro brindaba linda vista, recordándome el conjunto una bandada de militarizados churrinches, mis pájaros favoritos, de plumaje negro u oscuro, entre el cual resaltaba su pecho colorado.

Mis paseos los efectuaba con preferencia por la ribera. Podía caminar por ella hasta una media legua o más de mi casa, al norte o al sur, sin perderme, siempre con la vasta extensión de agua a un lado, con muchos barcos grandes, que parecían oscuros a la distancia, y numerosas lanchas o chalanas que transportaban a ellos y de ellos, cargamentos de mercaderías, las que alzaban o descargaban en los carros, entrando éstos unas cuadras dentro del agua terrosa, para llegar hasta las embarcaciones. Carros de aguateros iban y regresaban por cientos, pues en aquel entonces no se disponía de agua corriente, y cada habitante debía comprar el agua barrosa, suministrada en baldes, al aguatero, en la propia puerta del respectivo domicilio.

Uno de los lugares de mayor atracción para mí era aquel en que se reunían las lavanderas, al sur de la casa en que accidentalmente residíamos. En la ancha playa se

veía algo así como una nube blanca cubriendo el suelo en un espacio de casi seis cuadras. Tal nube, cuando uno se acercaba, se resolvía en innumerables pañuelos, medias, camisas, polleras, enaguas y otras piezas de ropa interior, masculina y femenina, flotando en largas sogas y cubriendo las bajas toscas, lavadas por la marea y los parches de verdes pastos entre ellas. En aquel sitio se permitía a las lavanderas lavar en público la ropa sucia de Buenos Aires. A todo lo largo de la costa, las mujeres, en su mayoría negras, arrodillábanse al lado de los charcos, fregando y batiendo enérgicamente las piezas de vestir a ellas confiadas. Las negras, excesivamente vocingleras, me recordaban, con su fuerte charla mezclada con gritos y carcajadas, a la algazara que promovían sobre pantanosa laguna una gran cantidad de gaviotas, ibis, becasinas, gansos y demás ruidosas aves acuáticas. Aquella admirable e invariable escena animada me hizo ir allí una y otra vez. Encontraba, no obstante, que era necesario andar con prudencia entre esas mujeres, pues miraban sospechosamente a los muchachos vagabundos. Algunas veces, cuando yo escogía el camino entre las desparramadas prendas de vestir, me despedían con duras palabras.

Frecuentemente peleaban entre sí por el derecho a ciertos lugares y espacios. Entonces, súbitamente, su hilarante gritería se cambiaba en estridentes gritos coléricos y en ilimitados torrentes de injurias. Poco a poco descubrí que sus mayores enojos y peor lenguaje lo empleaban cuando ciertos jóvenes de la alta sociedad visitaban el lugar para divertirse provocando a las lavanderas. Los jóvenes se paseaban a su alrededor de modo displicente. De pronto iban en derechura a un camisón bellamente bordado y empuntillado o hacia, alguna otra delicada prenda, tendida para secar sobre el pasto o roca y deteniéndose encima de ella, con inaudita calma, procedían a sacar y encender su cigarrillo. Instantáneamente una hombruna y nada ceremoniosa negra se ponía de pie enfrentándose al audaz, desparramando un sinfín de las más sucias y mortales maldiciones. El joven, con pretendida cólera, replicaba en un lenguaje aun peor, lo que daba a ella más bríos, puesto que, entonces, todas sus amigas y enemigas que se encontraban en el lugar, suspendían el trabajo y se ponían a escuchar con los oídos bien atentos, aumentando más y más el cambio de palabrotas, hasta que los combatientes quedaban exhaustos e incapacitados para inventar nuevas y más terribles expresiones con que insultarse, terminando el ofendido joven por patear briosamente las ropas y luego, tirando el inconcluso cigarrillo a la cara de su adversaria, se retiraba arrogantemente.

Me río aún al evocar aquellas indignas injurias prodigadas en la costa. Me chocaron cuando las oí por vez primera, siendo pequeño e inocente. Aumentó mi extrañeza al enterarme de que el joven actor de cada escena solamente representaba una comedia y que la enorme cólera demostrada, que podía servir de excusa al protagonista para usar tal lenguaje, era fingida.

Otro pasatiempo favorito tenían aquellos mismos mozos ricos y ociosos. Me desagradó tanto como el relatado. Los guardianes nocturnos, llamados serenos en aquellos tiempos, me interesaban extraordinariamente. Cuando llegaba la noche, parecía que el viejo vigilante de la espada y de los botones dorados, no hacía más falta para salvaguardar la gente. Ocupaba su lugar en las calles un extraño cuerpo de hombres, de aspecto sucio, la mayor parte viejos, algunos casi decrepitos. Usaban grandes capas, algo similar al báculo y pesadas linternas de hierro, en cuyo interior ardía una vela de sebo. Me proporcionaba singular placer, cuando estaba despierto, por la noche, oír sus voces, cantando las horas. Empezaban al sonar las once. Desde la acera, al lado o debajo de la ventana, llegaba el maravilloso y prolongado arrastrar de palabras anunciando: "las on - ce - han - da - do y se - re - no". Si había nubes en el firmamento la palabra final era "ñu - bla - do". Y así, el sereno modificaba sus informes de acuerdo con el estado meteorológico. De todas las calles de la ciudad, el largo canto llegaba a mis oídos atentos con una infinita variedad de voces: la alta y penetrante, el falsete, la áspera y ronca como el graznido del cuervo, el solemne estampido del bajo y, de cuando en cuando, se oía alguna voz fina, rica, pura, que se elevaba hacia el cielo sobre todas las demás y semejaba las sonoras notas de un órgano.

Me gustaban los pobres serenos y sus cantos, y apenas mi tierno corazoncito el oír que se consideraba un distinguido deporte, para los jóvenes ricos, el salir por la noche y pelear con los buenos guardianes, despojándolos de sus báculos y linternas, que se llevaban a sus casas y guardaban como trofeos.

Disgustaba y chocaba a mi tierna mente, tanto o más que las discusiones de la ribera entre los jóvenes y las lavanderas, presenciar la enorme cantidad de pordioseros que infectaban la urbe. No eran los mendigos urbanos como nuestros graves limosneros rurales que, a caballo, con su poncho colorado, espuelas y alto sombrero de paja, llegaban a la tranquera y, una vez recibida la contribución, bendecían a los donantes y se marchaban a la próxima estancia. Los menesterosos de la ciudad, parados en las veredas, resultaban los hombres más brutales y diabólicos que he visto. Muchos de ellos, ex soldados viejos, habían servido en el ejército diez, quince o veinte años, de acuerdo con la índole del crimen por el cual fueran condenados al servicio militar. Habían sido dados de baja y destinados a vivir, como buitres, de lo que pudieran picotear. Veinte veces al día, por lo menos, se oía la puerta de hierro que comunicaba el patio con la calle, girar abriéndose, seguido por la llamada o grito del limosnero, solicitando caridad en nombre de Dios. En la calle, no se podía ir muy lejos sin encontrarse con uno de esos hombres que, audazmente, se cuadraba frente al transeúnte en la angosta vereda y pedía limosna. Si no había cambio y se le decía: "Perdón, por Dios" , miraba con ceño adusto y dejaba pasar; pero si uno parecía contrariado o disgustado, o si se le ordenaba salir del camino, o se le empujaba sin decir una palabra, él lo fulminaba con una mirada de rabia concentrada que parecía

decir: "¡Oh, no tenerte a mi merced, atado de pies y manos y yo empuñando un filoso cuchillo!" Acompañaba la mirada con una explosión de las más terribles insolencias.

Me tocó, durante mis acostumbrados paseos, cerca del agua, ser testigo de la extraña ocupación de un perro. Era a la oración y la playa hallábase desierta: carreros, pescadores y boteros, se habían ido y era yo el único ocioso que quedaba entre las toscas. La marea subía volcándose en olas bastante grandes. Tanto la novedosa vista de la marejada, como la frescura y alegría de ella, me incitaron a permanecer sobre una de las más avanzadas toscas, todavía no lavada por las aguas. Lentamente, un caballero seguido por un perro grande, llegó hasta la costa y se detuvo a una distancia de cuarenta o cincuenta metros del lugar en que yo estaba, mientras el perro, saltando sobre las chatas y resbaladizas piedras, entre pozos de agua, llegó hasta mí, y, sentándose en ese sitio, clavó la vista en el agua. Era un animal corpulento, lanudo, de cabeza redonda, con pelo color grisáceo manchado de rojo. No puedo decir a qué raza pertenecía, pero tenía algo del ovejero o del *otter hound*. Súbitamente se sumergió hasta desaparecer de mi vista. Pronto reapareció, sujetando con sus mandíbulas un gran sábalo de cerca de dos kilos de peso. Trepando sobre la tosca, dejó caer el pescado. Éste no parecía haber sufrido mucho daño, pues empezó a debatirse de la manera más vivaz. Asombrado, miré al dueño del perro; pero éste no se movió y continuó fumando su cigarro, que encendiera poco antes, sin preocuparse de lo que hacía el animal.

Una vez más, el perro se zambulló. Trajo un segundo pescado grande y lo dejó caer, como el anterior, en el mismo lugar y así, otra y otra vez introdujose en la corriente, hasta que al rato se veían cinco tremendos sábalos aleteando sobre el ribazo. Probablemente, pronto serían de nuevo llevados por el agua.

El sábalo es un pescado común en el Río de la Plata, y el mejor para comer. Parece al salmón por su rico gusto. Es aguardado ansiosamente, cuando llega del mar, por los pescadores de Buenos Aires, lo mismo que esperan nuestros pescadores al *mackerel* en las costas de Inglaterra. La tarde en que ocurrió el episodio narrado, la playa estaba solitaria y el pescado vino y anduvo por las piedras sin encontrar a nadie que lo quisiese agarrar. Ni siquiera había allí algún pobre vagabundo hambriento que se interesara por los cinco pescados que el perro había extraído. Uno por uno los vi deslizarse otra vez al agua. Oyendo el perro que su amo lo silbaba, se fué tras él.

Por muchos años después de este incidente, no pude encontrar a nadie que hubiera visto u oído hablar de perros que cazaran pescados.

Con el andar del tiempo, leyendo, encontré narraciones de perros pescadores, que desarrollaran su acción en Terranova y en otros países.

Otra extraña aventura me sucedió en la ribera. Aproximadamente a las once de la mañana, andaba yo por el Paseo costanero caminando hacia el norte y deteniéndome

de vez en cuando para mirar, sobre el murallón, las bandadas de pajaritos que acudían a comer en la costa. En uno de esos momentos puse mi atención en un mozo que, caminando delante de mí, parábase y al asomarse de vez en cuando sobre el paredón arrojaba algo a los pajaritos. Yo corrí y lo alcancé quedándome sorprendido por su admirable y distinguido aspecto. Parecíase a uno de aquellos señores que había visto reunidos en el atrio de la iglesia, y descrito en páginas anteriores. Gastaba sombrero de copa, elegante levita, pantalones negros y chaleco de seda roja. Era sumamente joven y buen mozo, con barba rizada y bigote color castaño. Sus ojos negros y brillantes observábanme con divertida curiosidad al notar la insistencia con que yo lo miraba.

En la mano izquierda llevaba su valija de gamuza y una piedra en la derecha. Miraba los pájaros, los pequeños grupos de chingolos, jilgueros amarillos, cabecitas negras, mistos y otras clases y, de vez en cuando, arrojaba una piedrita al pájaro que había señalado a unos cuarenta metros de nosotros, sobre las toscas. No lo vi francamente acertarle a ninguno, pero su puntería era asombrosa, porque casi invariablemente el proyectil arrojado de tan gran distancia a un objeto tan diminuto parecía rozar las plumas. El pájaro escapaba a la muerte por una fracción de pulgada.

Lo seguí por algún tiempo, aumentando mi asombro y curiosidad, al ver a un ser, que parecía tan superior, ocupado en semejante pasatiempo. Porque es un hecho que los argentinos no persiguen a los pajaritos. Al contrario, ellos desprecian a los extranjeros que en el país los matan y atrapan. Además, si él necesitaba pajaritos para alguna cosa ¿ por qué trataba de matarlos tirándoles piedritas? Como no me echó, sino que me miraba de vez en cuando, más bien con un modo bonachón, me aventuré a decirle que nunca conseguiría voltear un pájaro en esa forma y que sería imposible a tal distancia pegarle con una piedra tan pequeña.

"Oh, no, imposible, no", me contestó sonriendo, y caminando todavía con un ojo puesto sobre las toscas. "Sin embargo usted no ha herido a ninguno aun", me atreví a decir. Entonces él se detuvo, e introduciendo su pulgar e índice en el bolsillo del chaleco, sacó un cabecita negra muerto que colocó en mis manos.

Este pájaro era llamado "verderón" por los residentes ingleses en el Plata, nombre por el cual también lo conocían los españoles.

Es sin embargo un cabecita negra, *chrysomitris magellanica* y ostenta una cabeza como de terciopelo negro, siendo el resto de su plumaje negro, verde y amarillo brillante. Figuraba en el número de mis pájaros preferidos, pero nunca había tenido, hasta entonces, a ninguno (muerto o vivo) en mis manos; así es que su maravillosa, inimaginable hermosura, su graciosa forma y su exquisito color amarillo, semejante al de una flor, me produjeron deleite tan intenso, que con trabajo pude evitar que se me cayeran las lágrimas.

Después de mirarlo apasionadamente unos pocos minutos, acariciándolo con la yema de los dedos y abriendo las pequeñas alas negras y amarillas, miré suplicante al hombre y le rogué que me lo cediera. Se sonrió y sacudió la cabeza. No perdería tiempo conversando. Toda su energía la dedicaba a tirar piedras a otros encantadores pajaritos.

"¡Oh, señor! ¿no me lo quiere dar?", insistí, y luego con una súbita esperanza pregunté: "¿Va a venderlo?".

Rió, y tomándolo de mis manos, lo puso nuevamente en el bolsillo del chaleco. En seguida, con una agradable sonrisa y un movimiento de cabeza significativo de que la entrevista había terminado, continuó su camino.

Parado en el lugar donde me dejó y lamentando amargamente no haber conseguido el pájaro, contemplé al joven hasta que desapareció a la distancia, rumbo hacia el suburbio de Palermo. Me quedé hasta hoy en el misterio acerca de ese único caballero argentino, ciudadano de la Atenas de Sudamérica, que se entretenía matando pajaritos con minúsculas piedras. Nunca comprendí que eso pudiera ser una diversión.

Quizás él, en algún momento, habría hecho un voto de matar cabecitas negras de esa manera, o tal vez hubiera empeñado una apuesta y quisiera probar su destreza en tirar piedras. Pudiera suceder que estuviese practicando un ensayo para curar cierta misteriosa y terrible enfermedad, prescripto por algún maravilloso médico de Bagdad o Ispahán; o tal vez, y esto sería lo más probable, alguna mujer sin corazón y sin alma, de la cual estuviera enamorado, le habría impuesto esta ocupación fantástica.

Acaso el más maravilloso espectáculo que presencié durante esa visita tan extraordinaria a la capital, fué el de ver pasar al famoso don Eusebio, el bufón del presidente o dictador Rosas el "Nerón de Sudamérica", quien vivía en su palacio de Palermo, en las afueras de Buenos Aires.

Enviéronme con mis hermanas y hermano menor a pasar el día en casa de una familia angloargentina, residente al otro lado de la ciudad. Estábamos en el amplio patio, jugando con los niños de la casa, cuando alguien abrió la ventana y gritó:

"¡Don Eusebio!".

Esto no significaba nada para mí. Los niños a quienes visitábamos sabían bien que tal advertencia quería decir que, si íbamos ligero a la calle, podríamos ver al gran hombre en todo su esplendor. Por lo tanto, saltaron, tirando sus juguetes y se precipitaron hacia la puerta de salida, siguiendo nosotros detrás de ellos. Al llegar, encontramos reunida gran cantidad de curiosos, y en la calle vimos a don Eusebio con su traje de general (porque era uno de los chistes del dictador, llamar general a su bufón), todo vestido de rojo, con un enorme tricornio, adornado por inmenso penacho

de plumas coloradas. Marchaba don Eusebio con solemne dignidad, llevando la espada al costado. Doce soldados, también vestidos de rojo, formaban su escolta, caminando seis a cada lado suyo llevando en las manos los sables desnudos.

Contemplamos con alegría este espléndido espectáculo. Nos estremecimos todos, cuando uno de los niños susurró en nuestros oídos, que si alguno de los espectadores riera, insultara o hiciera cualquier manifestación, sería instantáneamente cortado en pedazos por la dicha guardia. Y era indudable que los que la formaban parecían suficientemente capaces de hacerlo.

Al gran Rosas nunca lo vi, pero era ya algo haber tenido esta momentánea visión del general Eusebio, su bufón, en vísperas de la terminación de su poderío, que duró más de veinte años, durante los cuales don Juan Manuel demostró ser uno de los más sanguinarios y originales de los caudillos y dictadores. Puedo agregar a esto, que tal vez fué el más grande de cuantos alcanzaron el poder en ese continente de repúblicas y de revoluciones.

CAPÍTULO VIII

Los retratos de nuestra sala. - El dictador que parecía un inglés. - La extraña cara de su esposa doña Encarnación. - El traidor Urquiza. El ministro de guerra; sus pavos reales y su hijo. - Regreso al hogar. - La guerra nos priva de nuestro compañero de juegos. Natalia, la esposa del puestero. - Su hijo Medardo. - El alcalde, nuestro gran hombre. Batalla de Monte Caseros. - El ejército vencido. Pedido de caballos. Principales defectos de mi padre. - Placer que le producía una tormenta de truenos. - Su ingenua confianza en los demás hombres. Soldados sublevados contra su oficial. - Fugitivo rendido y degollado. De nuevo nuestro alcalde. - Sobre el deguello. - Ferocidad y cinismo. La sensualidad sanguinaria del pueblo y su efecto en mi mente infantil. Sentimientos sobre Rosas. - El cuento o poema de un pájaro. - Vana búsqueda del perdido poema. - Historia de su autor. - La hija del dictador. — El viejo Dios Tiempo.

LA CAIDA DEL TIRANO Y SUS CONSECUENCIAS

Al final del capítulo precedente, describiendo mi único encuentro con el famoso bufón don Eusebio, en la plenitud de su gloria —escoltado por un cuerpo de guardia con las espadas desnudas y listas para cortar el pescuezo a quien no se dignara quitarse el sombrero o se riese del espectáculo—, dije que ello ocurrió en vísperas de la caída del presidente de la República o dictador, llamado "El Tirano" por sus adversarios —cuando no lo denominaban el "Nerón de Sudamérica" o el "Tigre de

Palermo"— siendo éste, el nombre. de un parque en el lado norte de Buenos Aires, donde Rosas vivía en una casa estucada de blanco, a la que llamaban "su palacio".

En ese tiempo, el retrato en colores del gran personaje, ocupaba el puesto de honor sobre la chimenea de nuestra sala. Representaba un hombre de rasgos regulares y fino perfil, con pelo y patillas castaño claro, ligeramente rubio y ojos azules. Era llamado por muchos el "Inglés", a causa de la regularidad de sus facciones y el color del pelo. El rostro, austero y hermoso del jefe supremo del país, rodeado de banderas, cañones y ramas de olivo —armas de la República—, dentro del pesado marco dorado, constituía uno de los principales adornos del cuarto, y mi padre mostrábase orgulloso de tenerlo, ya que (por razones que a tiempo diré) era admirador ferviente de Rosas, un "rosista crudo", como se llamaba a sus partidarios.

Flanqueaban otros dos al retrato de don Juan Manuel. Uno de doña Encarnación, su esposa, fallecida hacía tiempo, joven, bella y de aire orgulloso, con abundante cabello negro apilado sobre la cabeza de manera fantástica y coronado por una gran peineta de carey. Recuerdo que, de chicos, mirábamos con raro, casi misterioso sentimiento aquella cara bajo la negra cabellera; porque era hermosa, pero no dulce ni simpática, y porque ella había muerto hacía mucho tiempo y, sin embargo, más que retrato se nos antojaba una persona viva, cuyos ojos negros, de mirar duro, penetraban hasta el fondo de los nuestros. ¿Por qué aquellos ojos —salvo que se moviesen, lo que no hacían— nos miraban siempre alcanzándonos hasta cualquier lugar del cuarto? Perpetuo enigma, para simples cerebros infantiles.

Del otro lado estaba la truculenta y repulsiva imagen del capitán general Urquiza, la mano derecha del tirano, un feroz degollador como no hubo otro, quien apoyó su autoridad, por varios años, en las rebeldes provincias de arriba, pero que acababa de levantar su estandarte revolucionario contra Rosas, al cual —con la ayuda del ejército brasileño— habría de derrotar dentro de breve tiempo.

El retrato del centro nos inspiraba un temor reverencial, porque se nos había enseñado que Rosas era el hombre más grande de la República, con poder ilimitado sobre la vida y la fortuna de todos los ciudadanos, terrible en su cólera para con los malhechores y especialmente para aquellos que se rebelaran contra su autoridad. Dos retratos más de famosos hombres de la República de aquella época, adornaban la sala. Cerca de Urquiza estaba el general Oribe, comandante del ejército mandado por Rosas contra Montevideo, quien mantuvo el sitio de esa ciudad por espacio de diez años. Del otro lado, cerca de doña Encarnación, se hallaba el del ministro de guerra, cara que no nos atraía, porque no estaba coloreada como la del dictador ni había en ella ningún romance o misterio como en la de su fallecida esposa, aunque servía para traer toda esta gente retratada a nuestro pequeño mundo contemporáneo y para hacernos comprender que eran la representación de hombres y mujeres reales. Porque sucedía que aquel ministro de guerra resultaba en cierto modo vecino nuestro, ya que

poseía una estancia a la que él iba algunas veces, a tres leguas de la nuestra, en aquella parte de la llanura al este de nuestra casa, que ya he descripto anteriormente y que estaba cubierta con una densa espesura del gris azulado "cardo de Castilla".

Como la mayoría de las estancias de aquel tiempo, la suya era una casa larga y baja, de ladrillos, con techo de paja, rodeada de una quinta cercada, con sus calles de centenarios álamos de Lombardía, visibles a gran distancia, y muchas viejas acacias, duraznos, membrillos y cerezos. Dedicábase el establecimiento a la cría de caballos y ganado, pero, a esos animales, su propietario los consideraba de menor importancia que a los pavos reales; aves por las cuales sentía tan grande predilección, que no pareciéndole suficientes las que tenía, compraba siempre más y más para mandar a la estancia, hasta que todo el lugar se inundó de pavos. Pero como el señor hacendado y ministro de guerra los quería para sí solo, había prohibido la venta, no pudiendo nadie de la casa dar ni siquiera un huevo de la hermosa gallinácea.

La propiedad estaba a cargo de un mayordomo, buen hombre que, como se diera cuenta de que a nosotros nos gustaban mucho las plumas del pavo real para decorar las habitaciones, nos mandaba enormes atados en el tiempo del desplume.

Otra cosa curiosa de aquella estancia, era un gran cuarto destinado a exhibición de trofeos enviados desde Buenos Aires por el lujo mayor del señor ministro.

He dicho en el capítulo anterior cuál era el pasatiempo favorito de los jóvenes aristocráticos en Buenos Aires: pelear con los serenos y arrebatárles sus bastones y linternas. Pues bien, el primogénito de nuestro ministro era campeón en el mencionado deporte y, de tiempo en tiempo, consignaba a la estancia tal cantidad de aquellos trofeos, que las paredes del cuarto aludido estaban cubiertas de bastones y de linternas colgadas.

Una o dos veces, siendo muy niño, tuve el singular privilegio de tratar con ese joven y de mirarlo con tan intensa curiosidad, que su imagen me quedó grabada en la memoria hasta hoy. De figura delgada y graciosa, de rasgos finos, tenía una cara a la española: muy alargada, ojos azul-grisáceos y cabello y bigote de color castaño claro. Cara hermosa, sin duda, pero que chocaba por su expresión impaciente y audaz, casi diría diabólica.

Estaba yo de nuevo en mi casa, entre mis amados pájaros del monte, contento de trocar la ciudad ruidosa y polvorienta por la dulce y verde soledad de la gran llanura, brillando con las falsas aguas del espejismo, desparramada alrededor de nuestro sombrío oasis. Si bien la guerra, durante el breve período de mi corta vida y aun muchos años antes de mi nacimiento, no había visitado nuestra provincia, gracias a Rosas el tirano —el hombre de sangre y de hierro—, llegaba entonces; mas por ello no fué menos dulce y agradable la claridad del sol que yo disfrutaba a mi regreso. Nuestros mayores, ciertamente, se mostraban ansiosos. Pero lo estaban por asuntos

que no preocupaban a los niños, y por lo tanto, no nos importaban. Poco a poco, aunque pequeños, nos dimos cuenta sin embargo del trastorno que representaba para la comarca. Lo palpábamos también, porque nos privaba de la compañía del muchacho criollo, nuestro amigo y guardián durante los primeros paseos a caballo por el campo. Este muchacho, Medardo, o Dardo, tenía quince años y era hijo ilegítimo de Natalia, la criolla con la cual nuestro puestero inglés se había casado. ¿Por qué había trabado semejante unión nuestro puestero? Ese acto fué un perpetuo misterio y el asombro de todos los que conocían el genio de aquella mujer. El recuerdo de la pobre Natalia, o doña Nata, como la llamaban, tiempo ha muerta y devuelta al polvo de la lejana pampa, atribuía todavía mi espíritu. Asáltame el penoso sentimiento de que, al bosquejar su retrato en este libro, estoy realizando una acción mezquina.

Era ella excesivamente flaca, descuidada y aun sucia en su persona. Usaba zapatillas, sin medias. Llevaba viejo batón azul de algodón ordinario y un gran pañuelo de colores, o un pedazo de percal atado a la cabeza en forma de turbante. El color de su rostro evocaba el del pergamino amarillento y tenía la piel pegada sobre los pequeños rasgos huesudos y aguileños. Hubiera parecido la cara de un cadáver, o de una momia, si no fuera por los ojos profundamente hundidos, de color negro azabache, ardiendo con un fuego de inquietud en las órbitas. Predominaba algo de nota trémula y extrañamente patética en su voz fina y de alto diapasón, como si hablara con esfuerzo en medio de comprimidos sollozos. Traía a la mente el grito lúgubre de algún pájaro de los bañados.

La voz y la cara mostraban claramente su ansiedad. Vivía en un constante estado de agitación, causada lo mismo por cualquier asunto trivial que por un trastorno serio. Cuando nuestra majada "se entreveraba" con la de un vecino y cuatro o cinco mil ovejas debían ser apartadas una por una, de acuerdo con sus "señales", o cuando su marido venía a casa borracho y caía del caballo en la puerta, en vez de desmontar de la manera común, Natalia se ponía casi fuera de sí, retorciendo sus manos, chillando y gritando que no podía soportar por más tiempo semejante conducta del marido y que pronto carecerían de todo, hasta del techo bajo el cual vivir.

¡Pobre la Nata! Nos inspiraba tanta piedad como repulsión; siendo imposible no admirar sus esfuerzos para dirigir a su insensible y descarriado esposo por el verdadero camino. Sobresalía su intenso amor, casi de animal salvaje, por sus hijos, los tres caras sucias que parecían ingleses, surgidos de su extravagante matrimonio y a los que se agregaba Dardo, el primogénito, hijo del viento.

También Dardo presentaba líneas que lo convertían en personaje interesante. Pequeño o bajo, para su edad, era grueso y ofrecía una rara madurez en su apariencia. La cabeza redonda, los ojos ampliamente abiertos y espantosamente brillantes y sus rasgos aquilinos, le imprimían el aspecto de un gavilán. Era también maduro en inteligencia y conocía toda la ciencia del caballo que posee el gaucho hecho y derecho.

Al mismo tiempo, se trocaba en un niño por su amor al juego y a las chacotas. Nada le gustaba tanto como servirnos de compañero de entretenimientos. Pero él tenía su trabajo, que consistía en cuidar la majada cuando los servicios del puestero se requerían en otra parte. La tarea le resultaba fácil de hacer a caballo, especialmente en verano, cuando por largas horas las ovejas permanecían inmóviles sobre la llanura.

Dardo, que nos estaba enseñando a nadar, nos invitaba a ir al arroyo. Utilizábamos indistintamente dos, que quedaban por igual a una hora de galope desde casa. Allí elegía buenos sitios para el baño. Pero siempre, antes de salir pedía permiso a su madre.

Montando mi petiso, yo lo seguía al puesto, harto convencido de que el permiso le sería negado. "No, no vas a ir hoy, no debes pensar en semejante cosa —exclamaba Natalia—. ¡ le prohíbo que lleves los niños hoy al arroyo!".

Entonces Dardo, volviendo la cabeza y taloneando el caballo exclamaba: "¡Oh, caram - bam - bam - ba!". La madre, viéndolo irse, salía corriendo detrás de nosotros, gritando: "¡No me carambamees! No vas a ir al arroyo. ¡Te lo prohíbo! ¡Sé que si vas allí hoy sucederá una terrible desgracia! Haceme caso, Dardo, no seas mandinga, ¡no vayas hoy a bañarte!".

Y los gritos continuaban hasta que, rompiendo a galopar, nos poníamos fuera del alcance de ellos. Entonces, Dardo decía: "Ahora vamos a buscar a los otros y nos dirigiremos al arroyo". "Ustedes saben —agregaba— que mi madre me hizo arrodillar delante del crucifijo y me impuso una promesa: la de que nunca llevaría a ustedes al arroyo sin pedirle su consentimiento. Esto lo he hecho; pero jamás le prometí obedecer sus órdenes. Así es que todo está bien".

Estas y otras aventuras divertidas en las pampas, fueron bruscamente interrumpidas por la guerra. Una mañana, un montón de gente se dirigió a nuestra casa desde el rancho del puestero. Cuando se acercaron los componentes de aquel grupo, reconocimos a nuestro viejo alcalde que venía a caballo como el jefe del grupo. Detrás de él caminaba doña Nata, llevando de la mano a Medardo. Luego seguían algunos a pie y por último cerraban la comitiva cuatro jinetes, viejos gauchos, secuaces del alcalde, armados de sus más o menos flamíferas espadas.

¿Qué asunto de tan transcendental importancia impulsaba a dicho conglomerado en dirección a nuestra casa?

El alcalde, don Amaro Avalos, no era sólo el representante de la "autoridad" en nuestros pagos (oficial de policía, insignificante magistrado de mala muerte y varias otras cosas por el estilo), sino que era un gran viejo en sí mismo, y se destaca agrandado en mi mente al asociarlo a la memoria de los viejos gauchos patriarcales de nuestra vecindad.

Alto, de casi un metro ochenta, sumamente digno en sus maneras, con largo cabello y barba de una blancura plateada, usaba nuestro alcalde el traje "campero" con gran profusión de ornamentos de plata, incluyendo tremendas espuelas, que pesaban cerca de dos kilos y rebenque con pesado mango del mismo metal. Por lo general, montaba un obscuro grandote, que combinaba admirablemente con su figura y el color escarlata y plateado de su indumento.

Don Amaro fué conducido a la sala, seguido por sus acompañantes. Después que todos se sentaron, inclusive los cuatro gauchos viejos que llevaban espadas, el alcalde se dirigió a mis padres, informándoles del objeto de la visita. "Había recibido una orden imperativa de sus superiores de tomar al instante —exclamó textualmente— y enviar al cuartel general doce muchachos más, como reclutas, para el ejército, de aquella su pequeña sección del distrito".

Ahora bien: la mayoría de los jóvenes había sido ya reclutada o desaparecido de la vecindad, para librarse del servicio. De ahí que, a fin de obtener los doce requeridos, veíase compelido a utilizar muchachos de la edad de Medardo y tendría que ir éste, por lo tanto. Pero Natalia se oponía a que le quitasen su hijo y tras de gastar muchas palabras, tratando de convencerla para que se sometiera y con objeto de darle una satisfacción, el alcalde había consentido, por último, en acompañarla a la casa de sus patrones y discutir de nuevo con ellos el asunto.

Fué un largo discurso, pronunciado con gran dignidad. Antes de que terminara, la desesperada madre saltó y, arrodillándose delante de mis padres, empezó con su salvaje y trémula voz a gritar implorando compasión. Rogó que la ayudaran a salvar su hijo de tan terrible destino. "¿Qué sería de él —clamaba—, un niño de tan pocos años, arrebatado de su casa, del cuidado de su madre, y arrojado entre una turba de viejos insensibles y de endiablados asesinos, ladrones y criminales de diversa especie, sacados todos de las cárceles del país para servir en el ejército?"

Suscitaba honda pena verla de rodillas retorciéndose las manos. Impresionaba escuchar sus lamentables gritos. Repitióse el emotivo espectáculo múltiples veces, mientras la cuestión se discutía entre el alcalde y mis padres. La Nata lloraba y pedía con tal pasión, y ponía tal desesperación en su voz y en sus palabras, que todos los que se hallaban en el cuarto estaban conmovidos hasta las lágrimas.

Aquella madre parecía un animal salvaje tratando de salvar su prole de los cazadores. "¡Nunca —exclamó mi madre, cuando pasó la lucha— había sufrido una hora más dolorosa y terrible!" Y la lucha había sido en vano, pues Dardo fué separado de nosotros.

Una mañana, algunas semanas más tarde, el lejano rugir de los cañones llegó a nuestros oídos. Nos participaron qué se estaba librando una gran batalla ³ y que el

3 La batalla de Monte Caseros, el 3 de febrero de 1852. -N. del T. -

mismo Rosas encontrábase al frente de su ejército, pequeña fuerza de veinticinco mil hombres, reunidos con gran apuro para oponerse a los cuarenta mil argentinos y brasileños que mandaba el traidor Urquiza. Durante varias horas, en aquel angustioso día, continuó el sordo ruido de las detonaciones. Sentíanse como truenos distantes y, por la tarde, llegaron las noticias de la derrota del ejército defensor de don Juan Manuel y de la marcha del enemigo sobre la ciudad de Buenos Aires. Al día siguiente, desde el amanecer hasta la noche, estuvimos en medio de un incesante pasar de hombres derrotados, que huían hacia el sur en pequeñas partidas de dos o tres, hasta media docena y de algunas más grandes gavillas, todos con sus uniformes rojos y armados con lanzas, carabinas y anchos sables. Muchas de las partidas arreaban gran número de caballos.

Mi padre fué advertido por los vecinos de que corríamos gran peligro, ya que esos hombres estaban fuera de la ley y no trepidarían en saquear y matar, durante su retirada, robando seguramente todos los caballos que pudieran. Como precaución, él había escondido los suyos dentro del monte. No pensaba hacer nada más. "Oh, no — dijo— ' no nos harán ningún daño". Todos quedamos fuera de casa, dejando abiertas, durante el día, tanto la tranquera del frente como las puertas y las ventanas. De vez en cuando, una partida que venia con las cabalgaduras cansadas, se acercaba pidiendo, a gritos y sin desmontar, caballos de fresco. Siempre mi padre salía, hablaba con ellos sonriente y alegre y, después de haberles asegurado que no tenía ningún animal para darles, se quedaba al lado de los visitantes hasta que éstos lentamente y de mala gana proseguían su camino.

Cerca de las tres de la tarde, quizá la hora más calurosa de aquel día, un grupo de diez hombres se acercó al galope en medio de gran polvareda. Los jinetes pasaron la tranquera y sujetaron las riendas delante del corredor. Mi padre, como de costumbre, salió a su encuentro. Ellos le pidieron caballos, expresándose en alta y amenazadora voz.

Dentro de la casa estábamos todos reunidos en la amplia sala, esperando el resultado final, en un estado de intensa ansiedad. No se había hecho ningún preparativo a fin de resistir. No contábamos con medio alguno de defensa en el caso de un repentino ataque. Espiábamos la actitud de los recién llegados, desde el interior, en sitio bastante oscuro para que nuestros peligrosos visitantes no pudieran ver que los allí reunidos éramos solamente mujeres y niños y un solo hombre. Este, que se encontraba de visita, habíase ocultado en el rincón más apartado del cuarto. Sentóse en un sillón temblando y pálido como un cadáver, con una espada desenvainada en la mano. El nos explicó, después, cuando hubo pasado el peligro, "que afortunadamente era un excelente espadachin y que habiendo encontrado el arma en el cuarto, habría dado buena cuenta de los diez facinerosos, si hubiesen intentado entrar.

Mi padre contestó a los diez hombres lo mismo que a sus predecesores, asegurándoles que no disponía de ningún caballo para complacerles.

Mientras el episodio se desarrollaba, los que estábamos adentro pudimos observar que uno de los diez hombres era un oficial. Se trataba de un mozo lampiño, como de veintiuno a veintidós años, de cara singularmente atractiva. El no tomó parte alguna en los acontecimientos, sino que desde su caballo limitóse a guardar silencio, mirando a los demás con rara expresión, mezcla de ansiedad y desprecio.

Sólo él permanecía desarmado, circunstancia que nos chocó, extrañándonos sobremanera. Los otros eran veteranos, de mediana edad o viejos con barbas grises; vestían chaquetas, chiripaes y gorras escarlatas, del tipo entonces en boga, esto es, en forma de bote dado vuelta, con un pico como cuerno en la frente y, debajo del pico, una placa de metal en la cual se hallaba grabado el número de su regimiento.

Los hombres se manifestaron sorprendidos de que se les rehusaran los caballos y exteriorizaron llanamente que no creían en las excusas. Mi padre movió la cabeza sonriendo. Uno de los hombres, entonces, pidió agua para apagar su sed.

Alguien de la casa llevó una gran jarra de agua fresca y mí padre la alcanzó al visitante. El hombre bebió. En seguida pasó la jarra a los camaradas, quienes la hicieron circular, y una vez dada toda la vuelta la devolvieron, renovando el pedido de caballos en tono amenazador.

Habían dejado un poco de agua en la jarra. Mi padre comenzó a derramarla en forma de fino chorro, haciendo pequeños círculos y figuras sobre el seco piso de tierra. Nuevamente meneó la cabeza y amablemente les sonrió.

Entonces, uno de los hombres, mirándolo fijamente se inclinó. y, de pronto, cerrando con violencia la mano en el puño de su sable, lo hizo sonar, desnudándolo a medias. Este conminador ademán resultó un completo fracaso. Su único efecto consistió en hacer que mi padre sonriera más bonachonamente que antes, como si la broma practicada lo hubiera en verdad divertido.

El no estaba, sin embargo, representando una comedia. Aquellos gestos constituían su habitual modo de ser. Resulta curioso tener que decir de un hombre que sus más elevadas o más brillantes cualidades no traducían sino defectos. Aparte de aquellas particularidades, no pasaba de ser una persona común, sin nada que lo distinguiera de sus vecinos, con excepción, tal vez, de que no tenía la ansiedad de enriquecerse y de que era más servicial o más afectuoso que la generalidad de ellos.

El sentido del peligro, el instinto de la propia conservación que suponemos universal, no existía en él. Tan extraordinario defecto sobresaltaba a mi madre, produciéndole en ocasiones tremendos disgustos.

En los cálidos veranos estábamos expuestos a grandes tormentas de truenos y de violencia asombrosa. Cuando los truenos y los relámpagos se sucedían y revelábanse más terroríficos para todos, mi padre se quedaba parado, fuera de casa, mirando calmamente al cielo, como si los enceguecedores resplandores y los estallidos de los truenos que parecían sacudir el mundo, tuvieran para su cerebro algún efecto sedante, como la música.

Un día, antes de caer la tarde, alguien trajo la noticia de que no se podían encontrar los caballos de silla. Mi padre, con sus anteojos de larga vista en la mano, subió la escalera de madera del mirador que estaba en el tejado del gran edificio como galpón y que se usaba para guardar lana. El mirador se hallaba tan elevado que, estando sobre él, se podía divisar aun por encima de las copas de los altos árboles del monte. Para proteger al observador había una alta barandilla de madera a su alrededor y en ésta encontrábase amarrada la enhiesta y larga asta de la bandera.

Cuando llegó al mirador se desencadenó una pavorosa tormenta. Los deslumbrantes, casi continuos relámpagos, semejaban estar no sólo en la negra nube sobre la casa, sino en todo su contorno. Estallido tras estallido, los truenos hacían vibrar las puertas y las ventanas, dando la sensación de que se sacudían en sus quicios. Mientras, arriba, sobre nosotros, en medio del terrible tumulto, columbrábase su figura, erguida, tan imperturbable como siempre.

No contento con encontrarse en el alto mirador, se trepó sobre la baranda. Parado sobre ella, con la espalda apoyada contra el asta, inspeccionaba la gran llanura y con sus anteojos buscaba, frío y sereno, los caballos perdidos.

Mi madre, con el rostro lívido de terror, lo miraba y todos los de casa nos encontrábamos asustados, temiendo por momentos que un rayo lo alcanzara y lo arrojara fulminado a tierra.

Poseía una confianza de niño en la absoluta buena fe de toda gente con quien entraba en relaciones comerciales y, siendo las cosas de este mundo de manera muy distinta, no tardó en ser inevitablemente llevado a la ruina.

En ocasión de la visita conminatoria de los diez soldados requiriendo caballos, la apacible conducta de mi padre, resultado de su temeridad ingénita, sirvió muy bien a él y a la casa. Los militares aquéllos se engañaron, pues no podrían imaginarse que él hubiese obrado en esa forma, si no hubiera sido porque estaba protegido por hombres bien armados, con buenos rifles, que desde el interior habrían hecho fuego al menor movimiento hostil de su parte.

De pronto el enfurruñado interlocutor de la tropa, con un grito de "¡Vamos!" dió vuelta su caballo. Seguido de sus compañeros, se alejó al galope. Todos nos apuramos a salir y, desde el reparo de álamos y acacias negras, que crecían al lado del foso,

observamos sus movimientos, y vimos que, cuando se alejaron unas pocas cuadras, el joven oficial desarmado apartóse de ellos, arrancando a la mayor velocidad que pudo imprimir a su cabalgadura.

Los otros lo siguieron rápidamente, tratando de alcanzarlo, y por último, desaparecieron de la vista, en dirección a la casa del alcalde, situada aproximadamente a una media legua de distancia de la nuestra.

Habitaba el funcionario en un rancho largo y de techo bajo, sin árboles, y que no podía verse desde nuestro observatorio por ocultarlo una laguna pantanosa cubierta de crecidos juncos.

Mientras permanecíamos, forzando nuestros ojos, para conocer el epílogo de la correría y después que el fugitivo y sus perseguidores hubieron desaparecido entre el ganado y los caballos que pastaban en la llanura, la tragedia continuó desenvolviéndose en las más penosas circunstancias.

El joven oficial, cuya casa estaba a más de un día de jornada de nuestro pago, había visitado el vecindario en otra ocasión y se acordó que tenía parientes allí. Al huir de los hombres, adivinando que ellos pensaban asesinarlo, trató de ganar la vivienda del viejo alcalde. Consiguió tomar la delantera a sus perseguidores, hasta que llegó a la tranquera. Arrojándose del caballo, se introdujo apresuradamente en las habitaciones. Encontró al alcalde, rodeado de las mujeres de la casa y de la vecindad, y dirigiéndose a él e invocando la condición de sobrino suyo, le pidió que le protegiera.

El alcalde no era en realidad su tío, pero sí primo hermano de la madre. Fué un espantoso momento; los nueve miserables, armados, gritaban desde afuera, exigiendo que se les devolviese el prisionero. Amenazaban con quemar el rancho y matar a todos sus moradores, si no se accedía a sus pretensiones.

El viejo alcalde, de pie en medio del cuarto, estaba rodeado de una cantidad de mujeres y niños, contándose entre las primeras sus dos hermosas hijas, de veintiuno y veintidós años, respectivamente. Desmayándose de miedo, éstas clamaban que las salvara. Entretanto, el joven oficial, de rodillas, le imploraba por la memoria de su madre y por la madre de Dios y por todo lo más sagrado, que se rehusase a entregarlo. Lo iban a matar.

El viejo no pudo hacer frente a la situación. Temblaba y sollozaba angustiosamente. Por fin balbuceó que no podía protegerlo, que él debía salvar a sus propias hijas y a las esposas y a las hijas de sus vecinos, que se habían refugiado allí.

Los hombres de armas, oyendo estos argumentos, llegaron a la puerta, entraron y, agarrando al joven, lo condujeron afuera. Haciéndolo montar nuevamente, le dieron orden de seguirlos. Retrocedieron como un tercio de legua del camino que habían hecho, volviendo hacia nuestra casa. Por allá lo derribaron del caballo y lo degollaron.

Al día siguiente, un mulatillo que cuidaba la majada y que hacía los mandados del alcalde, acercóseme y me dijo que si montaba mi petiso y quería ir con él, me mostraría algo. No era nada extraño que este muchacho ofreciera mostrarme algo, que generalmente resultaba ser un nido de pájaros, descubrimiento que nos interesaba enormemente a ambos.

Monté, pues, encantado y lo seguí. El disuelto ejército había cesado de pasar por nuestro camino, y nos reincorporábamos a la vida tranquila y libre en la gran planicie.

Galopamos diez o doce cuerdas, y sujetando el caballo y señalando el pastizal que había a nuestros pies, me hizo ver una gran mancha de sangre sobre el corto y seco pasto.

"Aquí —me dijo— fué donde ellos degollaron al pobre oficial. El cuerpo lo llevó el alcalde a su casa, donde quedó toda la noche, para enterrarlo al otro día en el pueblo cercano, que dista unas dos leguas y media".

El crimen fué, durante algunos días, el tema de las conversaciones por las tristes circunstancias que lo rodeaban, especialmente agravadas, porque el viejo alcalde, tan respetado y querido por todos, había faltado de tan desagradable modo a su deber, no intentando nada que pudiera salvar a su joven pariente.

Pero el hecho en sí, de que los soldados hubiesen degollado a su joven oficial, no sorprendió a nadie por ser común, en caso de derrota, en aquella época, que los hombres amotinados asesinaran a sus superiores jerárquicos.

No era tampoco el degüello una simple costumbre o algo convencional. Para el viejo soldado significaba la única forma satisfactoria de terminar, el día de la derrota, con el adversario, el prisionero de guerra o el oficial que había sido su tirano. Su sentimiento era similar al del hombre inspirado por el instinto de la caza en su modalidad primitiva, como lo describe Richard Jefferies. Matar las criaturas con balas, a distancia, no le daba satisfacción; el matador debía sentir los temblores de la víctima y ver la sangre chorrear de sus manos.

El lector se sonríe ante la idea del suave Richard Jefferies, matando ganado cimarrón a la manera paleolítica. Este sentimiento, o deseo, que describe con tanta pasión en su *Story of my heart*, ese resabio del pasado, no es raro en el corazón de los cazadores. Si nosotros fuéramos alguna vez a desaparecer de nuestra civilización, me imagino que volveríamos alegremente al primitivo método.

Igualmente, en aquellos oscuros días de la República Argentina, durante el medio siglo de lucha civil que siguió a la sacudida del "yugo español", como entonces se decía, la gente de las llanuras había desarrollado una ferocidad asombrosa y gustaba matar un hombre, no con balas, sino de una manera que le hiciera saber y sentir que lo estaba real y verdaderamente matando.

Durante mi niñez, aquellos espantosos hechos no me impresionaron, porque no fui testigo de ellos. Después que hube visto aquellas manchas de sangre sobre el pasto, el asunto se borró de mi memoria. Pero como el tiempo transcurrió y oí más y más detalles y comentarios, respecto al doloroso suceso, empecé a darme cuenta. Ya mayor, comencé a ir por las casas de los hijos del país y anduve entre los gauchos, en sus reuniones, en el rodeo, en la yerra, en las carreras y en otras ocasiones, oía los diálogos y las narraciones de aquellos hombres, la mayor parte de cuyas vidas transcurrieron en el ejército, y por lo común en guerrillas. Con asombrosa frecuencia la conversación recaía en los episodios del degüello.

No gastar pólvora con los prisioneros constituía en aquella época una ley tradicional en el ejército argentino. El gaucho veterano, práctico en el cuchillo, gozaba en obedecerla. "Era como un consuelo —les oía decir yo— tener como víctima a un joven, poseedor de un buen pescuezo, después del desfile de duras y flacas gargantas". Con una persona de la clase por ellos preferida, no se apuraban para terminar la operación. La realizaban en forma lujuriosa, deleitándose.

Darwin, alabando al gaucho en su *Voyage of a Naturalist*, escribe: "Si un gaucho os cortara el cuello, lo efectuaría como un caballero", y aunque niño, comprendí que el gaucho ejecutaba tal faena como una criatura infernal, regocijándose así con su crueldad, hija del medio guerrero en que actuaba. Escucharía todo lo que su cautivo pudiera decirle para ablandarlo, todas sus plegarias y ruegos, para después responderle: "Ah, amigo (o amiguito, o hermano), tus palabras me traspasan el corazón. Yo te perdonaría, por consideración a tu pobre madre, que te crió con sus pechos, y por tu propio bien. He concebido, en el escaso tiempo que nos tratamos, una gran amistad por ti; pero tu hermoso y blanco cuello es tu ruina. ¿Cómo sería posible que me privara del placer de cortar semejante garganta, tan bien formada, tan suave, y tan flexible? ¡Piensa en la vista de la caliente y roja sangre cayendo de esa blanca columna!"

Y así seguiría, blandiendo la acerada hoja delante de los ojos de su víctima, hasta el final. Cuando les oía relatar semejantes cosas —y estoy citando sus mismas palabras, que recuerdo perfectamente— riendo, deleitándose con semejantes conversaciones sentía tal repugnancia y odio que, después, la sola vista de esos hombres bastaba para producirme sensación de náusea. Me causaban el mismo efecto que el ocasionado, en los días de la canícula, por una osamenta putrefacta de algún animal grande, al que, sin advertirlo, nos acercáramos demasiado.

Estos sentimientos sobre el degüello surgieron en mí por grados, formándose mi juicio sobre ellos largo tiempo después de haber contemplado aquel charco de sangre en el pasto. De igual manera, tardé en comprender el significado de la caída del tirano y de los principales cambios efectuados en el país.

La gente hallábase en perpetuo conflicto en lo que atañía al carácter de don Juan Manuel de Rosas. Lo aborrecían muchos, tal vez la mayoría de los ciudadanos argentinos. Otros estaban a su lado y lo elogiaban, aun muchos años después que hubo desaparecido de la escena. Entre los admiradores figuraba la mayor parte de los ingleses residentes en el país. Mi padre pertenecía a ese número. Naturalmente, yo participaba de sus ideas, y llegué a creer que toda la sangre derramada durante un cuarto de siglo, todas las anomalías criminales y demás crueldades practicadas por Rosas, no podían ser medidas con el mismo rasero que los crímenes cometidos por un ciudadano cualquiera, sino, más bien, que propendían al bien del país, con el evidente resultado de que en Buenos Aires y en nuestra provincia entera habíamos gozado por mucho tiempo de paz y prosperidad. Por desgracia, todo esto terminó con la caída del dictador, comenzando para la República un largo período en el que se sucedieron estallidos revolucionarios, derramamientos de sangre y anarquía.

Factores de que yo coincidiera con la alta opinión que sobre Rosas tenía mi padre, fueron también las numerosas historias que conocí acerca de don Juan Manuel y que despertaron mi imaginación infantil y de adolescente.

Muchas de tales narraciones se referían a sus aventuras cuando él se disfrazaba con humildes trajes y rondaba la ciudad por las noches, frecuentando los barrios pobres, donde trababa conocimiento con los habitantes de sus ranchos. La mayoría de los relatos carecían de veracidad, siendo inventados, y no merecen ser reproducidos aquí; pero había y hay una leyenda de la cual debo decir algo. Se refiere a la historia de un pájaro y por ello excitó enormemente mi interés.

A menudo, nuestros vecinos gauchos, cuando yo hablaba con ellos sobre pájaros —sabiendo que ese tema me interesaba más que cualquier otro— preguntábanme si yo había oído alguna vez la canción o el cuento del benteveo, pájaro muy común en el país, que tiene el lomo marrón y la parte de abajo de color amarillo azufrado, luciendo una cresta o copete, y ostentando en la cabeza listas blancas y negras.

Es un poco más grande que nuestro "carnicero". Al igual que éste es rapaz en sus costumbres. La cara rayada y su largo pico, como el martín pescador, le imprimen un peculiar aspecto de sabio y astuto. El efecto es aumentado por el largo y trisilábico canto, constantemente articulado por el ave. De dicho canto deriva su nombre de bienteveo. El está siempre comunicándonos que se halla presente y que ha puesto sus ojos encima de nosotros, por lo cual debemos ser más cuidadosos en nuestras acciones.

El bienteveo, necesito decirlo, era uno de mis alados favoritos, motivo por el cual pedí a mis amigos gauchos que me refirieran el cuento, que tanto comentaban. Sin embargo, no conseguí una completa narración. Muchos hombres lo habían oído. Ninguno recordaba el poema entero. Únicamente me podían decir que se trataba de un

relato muy largo. Más adelante colegí que era algo así como la historia de la vida de ese pájaro y sus aventuras entre sus congéneres. Deduje que el bienteveo siempre estaba tramando picardías y cayendo en apuros, pero que invariablemente escapaba del castigo.

De todo lo que pude oír saqué en consecuencia que pertenecía aquel cuento al tipo del de Reynar el zorro, o al de los relatos gauchos referentes al peludo, explicando cómo este singular animalito siempre consigue engañar a sus perseguidores, especialmente al zorro, que se considera a sí mismo el más inteligente de todos los animales y tiene a su honesto y torpe vecino, el peludo, como a un zonzo de nacimiento.

Los viejos gauchos me informaban de que veinte o más años atrás, había gente que recitaba con frecuencia "relaciones", en las que encontrábase incluida la historia entera del bienteveo. Buenos payadores abundaban también en mis tiempos. En los bailes había siempre uno o dos, que divertían con largos cantos o recitados en los intervalos. Repetidamente procuré indagar entre muchos de los que poseían mayor talento. No encontré ninguno que supiera la famosa balada del bienteveo, y al final abandoné la búsqueda.

En lo que concordaban todas las historias que oí, era en que un hombre acusado de un grave crimen, condenado a sufrir la última pena, mientras aguardaba por largo tiempo su cumplimiento en la cárcel de la capital, se entretuvo en componer la historia del bienteveo. Considerándola bien hecha, regaló el manuscrito al carcelero, en reconocimiento de varios servicios que éste le dispensara.

Aquel condenado carecía de dinero y de amigos que se interesaran en su favor; pero, ya he manifestado, que, a la sazón, no se fusilaba a un criminal inmediatamente de dictada la fatal sentencia.

Las autoridades preferían esperar, hasta que hubiese una docena o más para ejecutarlos. Entonces se les sacaba de la prisión y se les ponía en fila contra el muro exterior, colocando en frente un piquete de soldados armados de fusiles. Los soldados, después de cumplir su cometido, cargaban de nuevo sus armas y aproximándose a los caídos, les aplicaban el "tiro de gracia" a quienes parecían tener aún vida, Y tal porvenir esperaba a nuestro prisionero.

Mientras tanto, el poema circulaba. Lo leían con inmensa fruición varias personas de las que constituían las autoridades. Una de ellas disfrutaba del privilegio de acercarse al dictador, y pensando que podía proporcionar a éste una pequeña distracción, tomó el poema y se lo leyó. Rosas quedó tan encantado de aquella lectura, que perdonó al condenado y ordenó su libertad.

Todo esto, supongo, debió haber sucedido, por lo menos, veinte años antes de que yo naciera. Llegué empero a la conclusión, de que el poema nunca fué impreso, porque de ser así, hubiera llegado a mis manos. Creyendo que algunas copias pudieran encontrarse en poder de los payadores, continué buscándolo

CAPÍTULO IX

Hogares en La vasta y verde llanura. - Relaciones con nuestros vecinos. Atracción de los pájaros. - Los álamos y 1a anciana dueña de casa. Cómo trató a San Antonio. La rara familia Barboza. - El hombre sanguinario. - Grandes peleadores. - Barboza, payador. - Fuerte altercado sin pelea. - La yerra. - Doña Lucía del Ombú. - Una fiesta. Barboza canta y es insultado por El Rengo. - Rehusa pelearlo. - Dos clases de peleadores. - Un pobre angelito a caballo. - Mis sentimientos por Angelita. - Incapacidad de los niños para expresar su simpatía. Disputa con un amigo. - Perdurable imagen de una niña.

NUESTROS VECINOS DE LOS ALAMOS

Ya describí el aspecto del llano, de las huertas y de los montes, y me referí a las estancias, comparándolas a lomas o isletas de árboles, que se veían azules a la distancia, en aquel campo liso e inmenso como el mar. Algunas de ellas estaban a varias leguas y eran apenas visibles en el horizonte. Otras, se encontraban más cercanas. La más próxima de todas hallábase a sólo media legua de la nuestra, en la otra orilla del pequeño arroyo, al cual me dirigí en aquel paseo que me permitió experimentar la sorpresa y el encanto de ver por primera vez a los flamencos. Aquella estancia ostentaba la denominación de "Los Alamos", nombre bien aplicable a la mayoría de los establecimientos rurales que tenían árboles alrededor de las casas, pues, invariablemente, todos lucían altos álamos de Lombardía, en largas hileras, sobresaliendo entre los demás y formando un punto de referencia en el distrito.

Cuando inicié mis excursiones a caballo, empecé también a tener trato con los vecinos más cercanos. Al principio me costaba algún trabajo. De niño, me sentía excesivamente tímido en presencia de los extraños y además me inspiraban gran

temor los bravos perros caseros, que solían abalanzarse sobre cualquier persona que se acercase a la tranquera. Pero una casa con huerta o monte, apasionábame, ya que donde había árboles anidaban los pájaros, y muy pronto descubrí que algunas veces era posible encontrar aves de distinta clase en una arboleda inmediata a la nuestra.

Paulatina experiencia me persuadió de que la gente se mostraba invariablemente amistosa y gentil con los niños, aunque éstos fueran hijos de extranjeros y herejes. Por otra parte, los perros —a pesar de sus ladridos y de su furia— nunca intentaron realmente derribarme del caballo y hacerme pedazos. De esta manera —pensando exclusivamente en los pájaros y siempre en su busca— me relacioné con algunos vecinos y al conocerlos mejor, año tras año, en no pocos casos, me interesé de tal modo que puedo traer a colación ahora sus idiosincrasias, trazar sus vidas y costumbres

y decir cómo llegué, no teniendo yo aún siete años de edad, a establecer mi vinculación con ellos.

Cuando salía, encaminábame frecuentemente rumbo a "Los Alamos". Se encontraba la mencionada estancia al oeste de la nuestra o —como dirían los gauchos— "del lado donde el sol se pone".

Detrás de su monte, encerrado dentro de la hilera de altos álamos, se encontraba aquel riacho, concurrido por los pájaros que tanto me seducían. El correr del agua nunca dejaba de causarme júbilo. Engolfábame placentero en los olores que percibía en ese lugar verde y húmedo; olores de tierra, hierba, pescado, flores y aun de pájaros. Atraíame, especialmente, el olor almizclado despedido en días calurosos por las bandadas de los lustrosos ibis.

Vivía allí, en la casa, una señora vieja llamada doña Pascuala a quien nunca vi sin el cigarro en los labios. Era blanco su cabello, y mil arrugas surcábanle la cara de color habano. Tenía los ojos burlones y la voz alta. Poseía cualidades varoniles de mando. Los vecinos la estimaban como a una mujer buena y discreta. En mi ánimo, no obstante, suscitaba vago recelo. Por eso evitaba su casa, aunque siempre estuviera ansioso por asomarme al monte, para observar los pájaros y descubrir sus nidos. Cada vez que doña Pascuala me veía, no me largaba sin inquirir minuciosamente mi vida y milagros, formulándome un mundo de interrogaciones respecto a mi familia, no omitiendo preguntarme cómo estaban mis padres y mis hermanos, qué hacían, y si era cierto que tomábamos café por la mañana para desayunarnos. Quería saber, asimismo, si era verdad que a todos nosotros, incluso a las niñas se nos enseñaría, cuando fuésemos grandes, a leer el calendario.

Recuerdo que una vez soportamos una larga temporada de lluvias, y la parte baja de "Los Alamos" comenzó a inundarse. Hizo entonces doña Pascuala, cortés visita a mi madre. Aseguró que la lluvia no duraría mucho más. Ella había tomado la estatuita de

San Antonio, su santo favorito, que ocupaba preferente lugar en el dormitorio, y atándole una piola a sus piernas la había dejado colgada dentro del pozo, con la cabeza sumergida en el agua. Indignábase porque su patrono, después de toda la devoción que ella le dedicara, y de las velas y flores, la tratara tan mal anegando "Los Alamos". Estaba bien que San Antonio se divirtiera, promoviendo lluvias durante días enteros y semanas seguidas, para averiguar si los hombres se ahogaban o eran capaces de volverse ranas a fin de salvarse. Pero ahora ella vería si a él le gustaba estarse allí, con la cabeza dentro del agua, hasta que el tiempo cambiase.

Cuatro años después, al cumplir yo los diez, doña Pascuala se mudó. La reemplazó en "Los Alamos" una familia de apellido Barboza ¡Qué personas raras la componían! Media docena de hermanos y de hermanas; uno o dos casados, y otro, el jefe de la tribu o familia, era un hombre grandote, de cuarenta años aproximadamente, cuyos fieros ojos de águila brillaban bajo unas cejas negras y frondosas, como penachos de plumas. Su gloria consistía en una inmensa barba, negra como ala de cuervo, de la que parecía estar muy orgulloso. Por lo común, se le veía manoseándola deliberadamente, primero con una mano y después con las dos, partiéndola al medio y tendiéndola luego sobre el pecho, para desplegar su magnificencia. Usaba en la parte delantera de la cintura, el cuchillo o facón de hoja curva, del largo de dos tercios de una espada y con la empuñadura por el mismo estilo de ésta.

Le acompañaba la fama de gran peleador. Con ella llegó a nuestra vecindad. En aquel tiempo, mis hermanos y yo, incitada nuestra curiosidad por las versiones circulantes, empezamos a interesarnos por este gauchito. Un duelo entre dos hombres esgrimiendo facones, los ponchos envueltos sobre el brazo izquierdo, a modo de escudo, constituía un espectáculo que nos hacía estremecer. Yo había ya presenciado varios encuentros de esa naturaleza; pero se trataba de peleas de poca trascendencia y de escasa importancia, comparadas con los encuentros de reputados "cuchilleros" acerca de los cuales nos llegaban noticias de vez en cuando. Esperábamos que, teniendo entre nosotros a uno de los grandes de verdad, nos sería posible la suerte de asistir a una verdadera pelea. Confiábamos en que, tarde o temprano, algún campeón habría de aparecer para desafiar a nuestro hombre, o tal vez alguno de nuestros vecinos se levantaría para disputarle su pretensión de ser el mandón. Pero nada de esto sucedió, aunque en dos ocasiones creí que el momento tan deseado había llegado.

La primera vez fué en una gran reunión de gauchos. Se le pidió a Barboza, y gentilmente accedió, que cantara una décima, composición poética dividida en cuatro estrofas de diez versos. Como Barboza era cantor, pero no guitarrista, hubo que buscarle acompañante. Un forastero apareció al instante; afirmando que él acompañaba a cualquiera y en cualquier tonada que se le pidiese. Paisano alto, de voz fuerte, conversador y desconocido de todos los presentes, estaba de paso, y viendo

una reunión en el rancho se había acercado a participar, dispuesto a dar una mano en el trabajo o en los juegos que pudieran tener lugar. Tomando la guitarra, se sentó al lado de Barboza y empezó a templar el instrumento y a discutir respecto al aire que había de tocar, quedando esto arreglado rápidamente.

Debo decir que Barboza, no obstante su fama originada por sus décimas y por sus sanguinarios duelos, distaba de poseer el arte de combinar los sonidos de agradable manera. Su voz, extraordinariamente áspera, semejava la de un carancho, cuando, en la época de cría, hace retumbar el monte con su prolongado y metálico chillido. Lo interesante de su canto estribaba en las originales palabras que narraban algunas de sus aventuras, mezcladas con ideas y sentimientos de cosas en general condensadoras de su filosofía de la vida. Probablemente, si yo tuviera ahora un borrador de esas composiciones, me darían la impresión de algo horriblemente bárbaro. Sin embargo, lamento no haber anotado algunas, de las que sólo puedo recordar contadas líneas.

La décima que empezó Barboza aquel día referíase a sus aventuras juveniles, y meneando el cuerpo de lado a lado y agachándose hasta que la barba le cubrió las rodillas, comenzó con su ronca voz:

En el año mil ochocientos cuarenta cuando citaron a todos los enrolados....

Pero he aquí que lo interrumpió el guitarrista; golpeando fuertemente las cuerdas con la palma de la mano y poniéndose en pie gritó: "¡No, no, nada de eso! ¿Por qué me canta del año 1840, ese año maldito? ¡No sigo acompañando! Ni lo escucho, ni permito que nadie cante de ese año, ni de ese hecho en mi presencia .

Naturalmente, todos experimentamos honda sorpresa. Lo primero que se nos ocurrió pensar fué "¿Qué pasará ahora?" Seguramente iba a correr sangre y yo estaba allí para verlo. ¡Qué envidia me tendrían mis hermanos mayores!

Barboza se levantó furiosamente indignado y echando mano a su facón exclamó: "¿Quién se atreve a prohibirme a mí, Basilio Barboza, que cante acerca del año mil ochocientos cuarenta?" "¡Yo se lo prohíbo! —gritó el forastero con furor y golpeándose el pecho—. ¿Sabe lo que es para mí oír esa fecha, ese año fatal? Es como si me infiriesen una puñalada. Yo era un muchacho entonces, y cuando terminaron los quince años de mi esclavitud y miseria ¡Ya no me quedaba techo donde abrigarme, ni padre, ni madre, ni tierra, ni hacienda!"

Todos en seguida se dieron cuenta del caso de este pobre hombre semienloquecido por el repentino recuerdo de su vida malgastada y perdida. No parecía bien, a los concurrentes, que derramara su sangre y quizás muriera por tal causa. Repentinamente se precipitaron varios, interponiéndose entre él y su antagonista, empujándolo a varios metros. Luego, uno del montón, hombre ya viejo,

prorrumpió: "¿ Cree usted, amigo, que es el único en esta reunión que perdió su libertad y todo lo que poseía en esta tierra, en ese año fatal? Yo también sufrí como usted". "¡Y yo!" "¡Y yo !", gritaron otros. Mientras esta ruidosa demostración se prolongaba, algunos de los que estaban inmediatos al forastero, empezaron a preguntarle si sabía quién era el hombre a quien prohibiera cantar sobre el 1840. ¿No había oído hablar nunca de Barboza, el célebre peleador, que había muerto a tantos?

Tal vez había oído y no quería morir todavía. Por lo menos cambió de actitud. Se hizo más razonable. Hasta se disculpó. Aceptó Barboza galantemente su afirmación de que no deseaba provocar una riña. Y al fin, no sucedió nada.

El segundo episodio ocurrió unos dos años después, período largo, durante el cual realizáronse muchos duelos a cuchillo en nuestra vecindad; pero Barboza no se había comprometido en ninguno de ellos, ni nadie se había presentado a disputarle su supremacía.

Suele suceder, entre los gauchos, que cuando uno de ellos ha demostrado su habilidad y valor, matando a alguno de sus adversarios, se le permita en lo sucesivo vivir en paz.

Un día hallábame presente en el rodeo de una pequeña estancia, a pocas leguas de casa, perteneciente a cierta anciana, a quien conceptuaba a la sazón como a la persona de más edad en el mundo.

Aquella viejecita caminaba sosteniéndose con dos bastones, inclinada casi a medio cuerpo, con los ojos descoloridos y casi ciegos, fijos en el suelo. Tenía cuatro nietas que vivían con ella y que no eran del todo feas. A la mayor la llamaban Antonia, joven corpulenta, de voz gruesa, y la conocían por la Yegua Blanca, debido a su cutis niveo y a su gran estatura. No era, pues, extraño que la yerra en esa estancia atrajese a todos los hombres y a la juventud de varias leguas a la redonda, para servir a la venerable doña Lucía del Ombú. Apodábasela así porque había un gran ombú solitario a cien metros de donde vivía, el que era un mojón bien conocido en los alrededores. También existían unos seis sauces llorones cerca de la casa, que carecía de huerta y de jardín, y no estaba rodeada por zanja ni cerco de ninguna clase. El antiguo rancho de barro, con su techo de paja, se levantaba en la desnuda planicie. Era uno de esos destartados establecimientos en ruinas, con poca hacienda, de manera que, al mediodía, el trabajo había quedado terminado. Los hombres, en número de cincuenta más o menos, se dirigieron a la casa para almorzar.

A causa de lo caluroso del día, y de carecer de bastante lugar en el interior del rancho, las mesas fueron instaladas a la sombra de los sauces. Allí se nos obsequió con asado, puchero, vino y grandes fuentes de arroz con leche — arroz hervido en leche, con azúcar y canela. Después del comino, la canela es la especia más preferida por el gaucho, siendo capaz de cabalgar leguas en su busca.

Terminado el almuerzo y retiradas las mesas, los presentes tomaron asiento en los bancos, en las sillas y en los ponchos tendidos en el suelo. Se fumó y se conversó. Consiguióse una guitarra y estando Barboza presente, rodeado como de costumbre por un grupo de amigos y de admiradores, todos deseando oírle hablar y aplaudiendo sus salidas con carcajadas, solicitósele, naturalmente, que cantara. El acompañante en este caso fué Goyo Montes, un gaucho bajo, fornido, de ojos azules que resaltaban en su cara roja, y la canción elegida fué La Lechera.

Mientras se templaba la guitarra y Barboza empezaba a balancearse, cesó la conversación; un gaucho de nombre Marcos, pero de apodo El Rengo, se incorporó al grupo que rodeaba a Barboza y, sentándose sobre una mesa, puso el pie cojo encima de un banco.

El Rengo era un ser extraño, de rasgos aguileños, ojos oscuros y penetrantes, y cabello largo y negro. Cuando joven se había distinguido entre los demás gauchos como audaz domador, por sus descabelladas aventuras y sus peleas. Un accidente lo dejó renco por el resto de su vida y, al mismo tiempo, lo salvó de que lo engancharan en el ejército. Sucedió que, apartando en un rodeo, fue despedido del caballo y embestido por un toro, que le clavó los cuernos en una cadera. A partir de tal accidente, Marcos convirtiéndose en un hombre pacífico, querido y respetado por todos como buen vecino y buen compañero. Se le admiraba, particularmente, por su manera graciosa de hablar, lo que ocurría por lo general

cuando había tomado unos tragos. Los ojos y la cara se le iluminaban y mantenía a los que lo escuchaban en continuas carcajadas con sus ocurrencias, pero siempre se mofaba mordazmente de alguno. Esto servía para recordar que algo del espíritu peligroso de su juventud sobrevivía aun.

En esos momentos se ponía cargoso, burlón y despreocupado. No bien se sentó sobre la mesa, inició, sonriente y en tono bajo, una serie de hirientes comentarios respecto al cantor y a la tonada. "Si — dijo —, La Lechera es una bella canción, pero otro nombre le hubiera sido más apropiado. Cualquiera puede imaginar cuál será éste. Las palabras son más importantes que la tonada, porque tenemos delante nuestro, no a un tierno cantor, a un jilguero en su jaula, sino a un gallo, un gallo de riña con su cresta y cola y un par de espuelas bien afiladas en las patas. Atención, caballeros, está por aletear y cantar".

Yo estaba apoyado en la mesa sobre la cual Marcos permanecía sentado. Empecé a creer que era ése un sitio peligroso para mi, dado que, seguramente, cada palabra era oída por Barboza. Sin embargo, él no hizo caso, y continuó como si ninguna burla se hubiera dicho, lanzando una de sus atroces décimas autobiográficas y filosóficas, En la primera estrofa mencionó que había realizado once muertes, pero usando de una licencia poética, lo cantó así:

Seis muertes he hecho y cinco son once.

Terminada la estrofa, Marcos reanudó sus comentarios. "Deseo saber —exclamó— por qué dice once. No es un número apropiado en este caso. Uno más se necesita para completar la docena. Aquel que descansa en el undécimo no ha completado su tarea y no debe jactarse de lo que ha efectuado. Aquí estoy yo a sus órdenes. Aquí estoy a su mandato. Acá tiene una vida que no vale nada y que está esperando que alguno se la venga a quitar siempre que se sienta capaz de ello".

Las precedentes frases implicaban un desafío directo, y resultó extraño que no le siguiera ninguna acción furiosa, ni relumbrara el acero, ni que la sangre salpicara la mesa y los bancos. No se notó tampoco la menor señal de emoción en la cara del cantor, ni el menor estremecimiento o cambio de modulación en su voz. Y siguió así el cuadro hasta el final; estrofas de Barboza llenas de alabanzas para sí mismo y observaciones injuriosas de parte de Marcos. Al terminar la décima, unos veinte hombres se habían colocado entre los dos, para que no se pelearan.

Había entre los presentes un gaucho viejo que se tomaba un interés especial por mi y por mis conocimientos relativos a los pájaros. Solía hablarme, exponiéndome la filosofía gaucha, de manera paternal. Encontrándome con él un día después, le observé que Barboza no era merecedor del calificativo de guapo. Yo lo conceptuaba un cobarde. "No —me dijo—, no es cobarde. El pudo haber dado muerte a Marcos, pero lo consideró un error, ya que con ello no podía agregar nada a su reputación y probablemente lo hubiera hecho antipático ante el vecindario". "Eso está bien —le contesté—; pero ¿cómo podía cualquiera que no fuese un collón tolerar que se le insultara y desafiara públicamente, sin enojarse y echarse sobre su enemigo?"

Sonrió el viejo y contestó que yo era un muchacho ignorante y que comprendería las cosas mejor algún día, cuando conociese algunos otros "guapos". "Existen hombres —añadió— de temperamento impetuoso, que darían muerte a cualquiera por causas nimias; por una palabra imprudente o fuera de lugar. Otros, en cambio, de carácter más tranquilo, cuya ambición era la de ser grandes peleadores, reñían y mataban, no porque odiasen o tuvieran rabia a la víctima, sino por la fama que su triunfo les merecía. Pertenece Barboza a esta clase. Cuando él peleaba era para matar y no se dejaba arrastrar a la lucha por cualquiera persona insignificante, o cualquier tonto que se le ocurriera desafiarlo".

Así me habló mi mentor, pero no me convenció del todo. La familia Barboza parecía enorgullecerse de su rareza y de la reputación de peleador que tenía el hermano protector y jefe. No hay duda, que éste era incalificablemente perverso y a pesar de que yo estaba acostumbrado a tales tipos desde mi infancia y no los encontraba muy diferentes a los demás hombres, Barboza, con sus ojos feroces y penetrantes, su tremenda barba y melena, me inquietaba, y por consiguiente dejé de ir

a "Los Alamos". Profesaba aversión por todos los de la tribu, con excepción de una niña como de ocho años, hija de una de las hermanas solteras, según se decía en el pago. Nunca descubrí cuál de esas mujeres altas, de caras pálidas y de cejas levantadas, y a quienes la niña denominaba tías, era su madre. Solía verla casi todos los días. A pesar de ser una criatura se mantenía a caballo desde la mañana hasta la noche, montada en pelo y como muchacho, volando por el campo, ya arriando las tropillas o cuidando la majada cuando se alejaba demasiado, o las vacas, para finalmente ir de chasqui a la vecindad o traer los "vicios" de la pulpería. Me parece verla todavía, a galope tendido, descalza, sin medias, con un vestido de percal liviano, el pelo negro suelto, flotando sobre sus hombros. Llamaba la atención la blancura de su hermosa cara, que parecía tallada en alabastro, sin pecas ni rastros de quemadura a pesar del sol y del viento ardiente al que continuamente estaba expuesta. Era también extremadamente delgada y sumamente formal para sus cortos años. Jamás reía y rara vez sonreía. Se llamaba Angela y le decían Angelita, afectuoso diminutivo, aunque dudo que existiera para ella el afecto que el vocablo encerraba.

Ante mis ojos de niño, era una beldad, rodeada por simpática aureola, y deseaba tener el don de expresarle algo que la hiciera reír y olvidar, aunque fuese por un instante, sus muchas preocupaciones y ansiedades, que la hacían tan seria para su poca edad. Nada adecuado se me ocurrió nunca, y si se me hubiera ocurrido, probablemente no se lo hubiera dicho.

Los niños son siempre más inexpresivos cuanto más profundos son sus sentimientos. Por mucho que lo deseen, no pueden expresar su cariño o simpatía. Algunas veces, de manera vacilante, se atreven a pronunciar algunas palabras de esta naturaleza a otro niño o compañero; pero ante una niña, por más compasión que les produzca, se quedan mudos. No olvido que, cuando yo tenía nueve años, tuve una gresca por asunto harto trivial, con uno de mis más allegados amigos, muchacho de mi edad, quien con sus padres solía ir, una vez por año, desde Buenos Aires a pasar un mes con nosotros. Durante tres días enteros no nos hablamos una palabra ni nos hicimos caso, mientras antes habíamos sido inseparables. Luego él se acercó y extendiéndome la mano, me dijo:

"Seamos amigos". Yo le tomé la mano que me ofreció, y jamás me sentí tan agradecido como en esa ocasión, justamente porque al acercarse él primero, evitóme la angustia de tener que dirigirle aquellas dos palabras, salidas generosamente de sus labios. Ahora ese muchacho, es decir, la parte material de él, ha quedado reducido a un puñado de cenizas. Está en paz, hace ya mucho tiempo. Pero puedo creer que si la otra parte espiritual se hallara por casualidad en la pieza en que escribo, mirando por encima de mis hombros las líneas que trazo, lanzaría una carcajada, tanto como sería capaz de hacerlo un espectro, ante la evocación que acabo de realizar, y me diría que tuvo que usar de todo su coraje para decidirse a emitir tan simples palabras.

Y así fué cómo nunca le dije nada a la bella y pálida Angelita, y con el tiempo, ella desapareció de mi vida con toda su tribu, incluso el sanguinario tío, dejando grabada su perdurable imagen en mi mente, de la que nunca se borró por completo una cierta inquietud al recordarla.

CAPÍTULO X

"La Casa Antigua", estancia de nuestro vecino inglés más cercano. Viejos álamos de Lombardía. - Cardos espinosos o alcachofas silvestres. Mr. Royd, un inglés criador de ovinos - Dificultades para la fabricación de queso de oveja. - La esposa criolla del señor Royd. - Sirvientes negros. - Las dos hijas: un contraste pronunciado. - La niña blanca de ojos azules y su morocha compañera. - Una familia feliz. - Nuestras visitas a "La Casa Antigua". Comidas magníficas. - Estanislao y su amor por la vida libre. - Los Royd nos devuelven la visita. - Un carruaje de fabricación casera. - Primitivo medio gaucho de transporte. Disolución de un hogar.

NUESTRO VECINO INGLÉS MÁS CERCANO

Una de las más importantes estancias de nuestra vecindad se llamaba "La Casa Antigua", y en efecto, era una asaz vieja residencia para aquellos sitios. Los árboles que la rodeaban hallábanse muy desarrollados y su aspecto denotaba su mucha edad. Claro está que al hablar de antigüedad en la pampa, nos referimos a cosas y sucesos de cien a doscientos años y no de muchos cientos o miles como ocurre en Europa. Aludir a tres centurias en tales lugares de Sudamérica, equivale a remontarse a tiempos prehistóricos. Los álamos de Lombardía, existentes en "La Casa Antigua" y plantados en largas hileras, eran los más grandes que yo había visto. Muy altos, muchos ya parecían estarse muriendo de viejos, ostentando sus troncos áspera y resquebrajada corteza. Los demás árboles de sombra, eran también muy antiguos y nudosos; muchos de ellos a punto de secarse. La casa, construida de adobe, con techo de paja y con ancho corredor, sostenido sobre postes o pilastras de madera, no poseía sin embargo tan vetusto aspecto.

"La Casa Antigua" encontrábase situada a legua y media de nuestra propiedad, pero tal distancia simulaba reducirse a la mitad, debido a la gran altura de sus árboles, que la hacían surgir grande y notable en la vasta llanura. El campo, a su alrededor,

encontrábase cubierto por una espesa vegetación de cardos. Esta planta no es sino la alcachofa europea vuelta silvestre y con características algo distintas, debido a la diferencia del suelo y del clima. Sus hojas grandes, de corte pronunciado, tienen un color gris verdoso pálido. El tronco encuéntrase cubierto de pelusa blanca y las hojas y las ramas poseen largas espinas amarillentas. Crecen como arbustos, muy inmediatos uno al otro, con exclusión de pasto u otras plantas y producen flores del tamaño de la cabeza de un niño, en tallos de un metro o metro y medio de altura. Los troncos, que son tan gruesos como la muñeca de un hombre, usábanse, cuando se secaban, para hacer fuego. Realmente no existía en el país otro combustible, por aquel tiempo, con excepción de la bosta seca de las vacas o el estiércol existente en los corrales de ovejas. A fines del verano, en febrero, quienes juntaban la leña, recolectaban los cardos, con las manos y brazos protegidos con guantes de cuero de oveja. En esa época, nuestros peones solían traer grandes carradas y las apilaban, formando parvas elevadas, para utilizarlas durante todo el año.

Los campos de cardales no se prestan para la cría de ovejas y los de "La Casa Antigua" revestían tal naturaleza. El arrendatario era un inglés llamado George Royd, y en opinión de los vecinos, había cometido un grave error —que tal vez le ocasionaría consecuencias desastrosas— al invertir su capital en lanares finos, para ponerlos en semejante campo. Dicho juicio llegó a mi conocimiento algún tiempo después. Por el momento sabía que él era nuestro vecino inglés más próximo y por este motivo, más apreciado que cualquier otro. Teníamos, es verdad, otros vecinos británicos pues a quienes vivían a medio día de viaje a caballo, se les consideraba vecinos en aquellos "pagos" —, ingleses, galenses, irlandeses y escoceses, pero no pertenecían al tipo de Mr. Royd.

No obstante su cómoda posición (algunos, dueños de grandes propiedades) procedían casi sin excepción de la clase trabajadora y de la clase media de sus respectivos países y sólo manifestaban interés por sus propios negocios. Poseía Mr. Royd características distintas a dicho núcleo. Tendría cuarenta y cinco años cuando yo contaba siete. Bien parecido, elegante, afeitado, con ojos azul claro y pelo castaño, atraía por su esmerada educación. Se complacía en relacionarse con personas de su clase y de su nacionalidad, con las cuales pudiera conversar en su propio idioma. No había ningún inglés en su estancia. De carácter afable, gustaba 'de las diversiones, reía tan franca, como discretamente y causaba placer oír sus carcajadas.

Entusiasta aficionado a la cría de ovejas, siempre acariciaba grandes proyectos, alimentando invariablemente gran esperanza en sus resultados. Una de sus ideas predilectas consistía en que la fabricación de los quesos de leche de oveja le permitiría imponer el precio que se le ocurriera. Por lo tanto, no reparó en obstáculos y empezó a elaborarlos, venciendo grandes dificultades, dado que las ovejas debían ser "amansadas" previamente al ordeño, resultando muy escaso el rendimiento comparado

con el de las ovejas de ciertos lugares de Francia y de otros países, donde les ha sido extraída la leche, durante muchas generaciones, lo cual redundó en el mayor tamaño de sus ubres. Lo peor de todo estribaba en que los paisanos dedicados a las faenas de tambo, consideraban denigrante ordeñar ovejas. "¿Por qué no ordeñar las gatas?", preguntaban con desprecio. Sin embargo, consiguió hacer sus quesos y bastante buenos, mucho más ricos que los quesos criollos de vaca. Pero como las dificultades resultaban demasiado numerosas, para poderlos fabricar en cantidad suficiente con destino al mercado, resolvió Mr. Royd suspender provisionalmente el negocio.

Desgraciadamente, el señor Royd carecía de personas que lo secundasen en sus proyectos o le aconsejaran y convencieran de ejecutar algo más práctico. Su familia nunca podía ser otra cosa sino una carga y un estorbo para él, en la lucha por la vida.

Su temperamento romántico y demasiado vehemente, le ocasionó la ruina, convirtiéndolo en el marido de su mujer y haciéndole soñar con una fortuna hecha a base de quesos. de oveja.

La esposa era argentina: señora de sangre española, de buena familia y nacida y criada en la ciudad. Se encontraron en Buenos Aires cuando estaban en la época más floreciente y emotiva de sus vidas. Se casaron a pesar de la oposición de los padres de ella y de las grandes dificultades que existían para la unión, entre una católica y un hereje, en aquellos tiempos religiosos. De niña, aquella señora había sido hermosa. Entonces, cuando yo la conocí, a los cuarenta años de edad, era gruesa, con el cutis excesivamente blanco, el pelo y las pestañas negras y los ojos también negros como de terciopelo, Tal la doña Mercedes que yo vi. No se ocupaba en los quehaceres de la casa. Jamás salía de paseo, a pie o a caballo. Se pasaba todo el tiempo en un confortable sillón, siempre bien vestida, y en los días de calor no olvidaba nunca el abanico. Aun me parece oír el ruido de aquella prenda, cuando jugaba con ella, produciendo una sucesión de ondeos, con gracia y ritmo, cual un acompañamiento del torrente sin fin de su conversación.

Persona muy locuaz, para ayudar a hacer la charla más viva, tenía siempre dos o tres loros chillones, en perchas colocadas muy cerca de ella. Le gustaba hallarse rodeada de todas las mujeres de la casa: de sus dos hijas y de la servidumbre, compuesta de cuatro o cinco negras puras, ordinarias, gordas, no del todo mal parecidas, sonrientes, de edad mediana y por lo general vestidas de blanco. Todas las sirvientas permanecían solteras, pero dos o tres de ellas eran madres de unos cuantos negritos, que solían verse jugando y revolcándose en la tierra inmediata al departamento del personal doméstico, el cual ocupaba una fila de piezas al fondo de la casa.

La hija mayor de los esposos Royd, Eulodia, tendría unos quince años en la época que la recuerdo. Alta, delgada, bonita, con el pelo negro azulado, ojos también negros,

labios de color coral y cutis notablemente blanco sin rastro de color rosado. Indudablemente, había sido así la madre, cuando el galante e impresionable joven George Royd la había conocido, perdiendo su corazón y su alma. La hermana menor, de unos ocho años en esa época, contrastaba con Eulodia, pareciéndose al padre. Por su color y por su aspecto, tenía el tipo de una inglesa angelical, con cabello largo dorado, formando rulos, ojos azules purísimos y un rostro que parecía pétalo de rosa silvestre. Adelina era su nombre y, para nosotros, Adelina resultaba el ser más hermoso del mundo, especialmente cuando se la veía con su compañera Liberata, chica de su misma edad y estatura, hija de una de las negras sirvientas. Se habían hecho camaradas desde la cuna, y, por eso, Liberata fué destinada a ser en la casa la compañera constante de Adelina, usando, también, bonitos vestidos. Aquella sonrosada mulatita, de rojos labios y ojos negros con reflejos dorados —ojos denominados de carey, en América—, tenía el pelo crespo, con tinte de hierro viejo, suelto como un vellón alrededor de su cabecita; sus rasgos refinados movían a suponer que su padre había sido un hombre singularmente hermoso e indudablemente blanco.

Inseparables, con excepción de las horas de las comidas —en que la morenita debía reunirse con los suyos—, constituían Adelina y Liberata un verdadero cuadro, cuando paradas ambas junto a la silla de la patrona, los brazos entrelazados alrededor de su cuello, mostraban sus tan diferentes tipos de belleza: la una, hermosa y llamativa bajó su morena tez; la otra, blanca, rubia y con los ojos celestes, como las flores del nomeolvides.

Adelina fué siempre la mimada del padre, quien se mostraba también muy cariñoso con toda su gente, incluyendo su negra servidumbre. Le correspondían todos, transcurriendo la vida en "La Casa Antigua", al parecer, muy feliz y armoniosamente.

Evocando este recuerdo a través del tiempo, me parece que aquélla constituía una de las más extraordinarias familias; la colección de seres más incongruentes que es posible reunir, algo así como una familia "feliz" zoológicamente hablando. No lo parecía así en aquel entonces, cuando en cualquier rancho de las pampas encontrábase uno con personas cuyas vidas e idiosincrasias hubieran sido consideradas, en países civilizados, como sumamente raras y hasta increíbles.

Los niños celebrábamos como fiesta mayor y día de gran júbilo aquel en que, una vez por mes, nos acomodaban en un birlocho y nos llevaban nuestros padres a pasar la jornada en "La Casa Antigua". No conocíamos almuerzo más suculento que el que allí se servía. Se preocupaba Mr. Royd de la cocina con verdadero afán. La preparación de platos raros y deliciosos le satisfacía en extremo. La servidumbre había sido tan bien enseñada en este arte, que nos quedábamos sorprendidos ante la profusión y riqueza de su comida. La equiparábamos nosotros con las meriendas y festines tan minuciosamente descritos en Las mil y una noches, especialmente aquella cena de muchos platos, ofrecida por Barmecide a su hambriento huésped, la que siguió a la

primera, imaginaria y atormentadora. Sorprendía que un criador de ovejas, en una tierra semisalvaje, lejos de zonas urbanas, pudiera ofrecer semejantes delicias a sus visitas.

Después del almuerzo todavía disfrutaba yo de mi mejor momento, cuando podía apartarme para ir en busca de Estanislao, un paisanito tan entusiasta por la vida salvaje, que dedicaba más tiempo a correr avestruces que a atender sus quehaceres. "Cuando veo un avestruz —solía decir— dejo mi majada y todo trabajo, cualquiera que sea. Prefiero perder mi puesto a dejar escapar un ñandú". Nunca perdió, empero, su puesto, ya que, al parecer, nadie podía hacer nada malo en esa estancia, sin ser perdonado por el amo. Luego, Estanislao —aquel corpulento muchacho, en su indumentaria gaucha, con rojo pañuelo atado a la cabeza, en lugar de sombrero, y su crespada melena negra, cayéndole sobre el cuello y hombros—, solía llevarme al monte para mostrarme algún nido que había encontrado o cualquier pájaro raro que anduviese por allí.

Al anochechar subíamos de nuevo al birlocho. Realizábamos el viaje de regreso a nuestro hogar, y cuando llegaba el día en que el señor Royd nos devolvía la visita, amontonaba la familia en el carruaje que construyera hábilmente con sus propias manos, sin ser nuestro vecino carrocerero ni carpintero. Tenía su especial vehículo cuatro ruedas de madera macizas de un metro de diámetro. Los costados, también de madera, medían un metro y medio de alto. Carecía de elásticos y de asientos. Ataba dos caballos a su larga lanza y Estanislao, que montaba uno de ellos, arrancaba a todo galope, arrastrando el aparato entre tumbos y barquinazos, sobre aquella llanura, sin el menor rastro de caminos. La gruesa señora y las demás personas de la familia se libraban de perecer por los golpes, apilando colchones, almohadas y almohadones en el interior del "coche". Este constituía el más raro y primitivo medio de transporte que he visto en mi vida, con excepción del usado comúnmente por el gaucho, para llevar de visita a su mujer a la casa de algún vecino, cuando ella estaba en mal estado" o era demasiado miedosa para montar a caballo.

Utilizaba entonces un cuero de yegua, seco y bien estaqueado, arrastrado por un lazo sujeto a su caballo, generalmente a la sobrecincha del apero. Un banco o almohadón, se colocaba en el centro del cuero, a modo de asiento. Una vez que ella se instalaba, el jinete, rebenque en mano, salía al galope, arrastrando el estrambótico medio de transporte, cuya vista llenaba de asombro a los extranjeros.

Duró nuestra afectuosa e íntima relación con la familia Royd, hasta que yo tuve doce años, época en que terminó algo repentinamente. El señor Royd, que parecía siempre uno de los hombres más contentos y felices que conocíamos, cayó súbitamente en un estado de profunda melancolía. Nadie podía adivinar la causa; al cabo de un tiempo se le pudo persuadir de que fuera a Buenos Aires a visitar a los amigos y consultar un médico. Se fué solo y se alojó en casa de una familia

angloporteña, también amiga nuestra. Poco después, llegó la triste noticia de que se había suicidado, degollándose con una navaja de afeitar.

Más tarde su mujer y sus hijas se fueron de "La Casa Antigua", y al poco tiempo doña Mercedes escribió a mi madre diciéndole que habían quedado sin un centavo. Las majadas y demás bienes debían ser vendidos por cuenta de los acreedores, y ella y sus hijas se encontraban viviendo de la caridad de parientes que no disponían de muchos 'medios tampoco. Su única esperanza radicaba en que las niñas, siendo buenas mozas como eran, llegaran a casarse con hombres de posición. Respecto a su marido — el amable y despreocupado George Royd, el elegante muchacho inglés que la había festejado tantos años atrás—, doña Mercedes emitía un juicio despiadado: consideraba su encuentro con él como una gran calamidad, y expresaba que, al matarse Mr. Royd y dejar a su mujer e hijas en la pobreza, había cometido un crimen imperdonable. Así termina la historia de nuestro vecino inglés más cercano, y tal fué la oración fúnebre que la señora viuda, de regalada vida, consagró a su memoria.

CAPÍTULO XI

"La Tapera", estancia criolla. - Don Gregorio Gándara. - Su apariencia grotesca y su extraña carcajada. La esposa de Gándara; sus costumbres y sus animalitos mimados. - Repulsión por los perros pelados. Las hijas de Gándara. Avestruz javorito. - En el monte de duraznos. La manada de yeguas overas. - Temperamento imperioso de Gándara. Los caballos de su silla. Sensación en las reuniones gauchas. - El festejante de la hija menor. - Contrae matrimonio en nuestra casa. El cura y el almuerzo de bodas. - Demetrio abandonada por su esposo.

EL CRIADOR DE OVEROS

Parándonos en la tranquera de nuestra casa, mirábamos hacia el norte sobre el llano. Dejando vagar nuestros ojos en dirección al oeste de los altos álamos de Lombardía, pertenecientes a "La Casa Antigua", veíamos luego un nuevo grupo o isla de árboles, azules a la distancia, indicando el sitio de otro establecimiento de campo. Este era la estancia denominada "La Tapera". Con su dueño mantuvimos inalterables y nunca interrumpidas relaciones amistosas, durante los años que vivimos en aquel pago. Era él, don Gregorio Gándara, argentino, y como el señor Royd, muy entusiasta de sus propias empresas. Parecíasele también, en ser casado con una mujer gorda e indolente, que se dedicaba a criar loros y otros animales regalones. Al igual que Mr. Royd, tenía dos hijas y carecía de hijos varones. Y ahí terminaba la semejanza. Difícilmente encontraríase, en los demás aspectos, dos hombres de mayor desigualdad, en apariencia, carácter y fortuna. Don Gregorio era una persona de figura

extraordinaria. Su cuerpo, en forma de barril, con las piernas cortas y arqueadas y la cabeza grande y redonda, semejaba una pelota hecha de un bloque de madera de color oscuro, con cara humana, de aspecto tosco y dos grandes orejas, talladas de manera ruda.

Su cabello crespo crecía en forma de motas negras, dando a su cráneo la apariencia de estar hecho en relieve, como la cabeza de un retriever lanudo. Los grandes ojos, de color castaño, eran sumamente salientes y de penetrante mirada, ofreciendo, en conjunto, una expresión de pesadez, análoga a la de un sapo. En ocasiones se reía, y su risa resultaba, para nosotros niños, cosa de lo más grotesco y divertida.

Cuando lo veíamos llegar de visita, desmontando de su caballo, magníficamente aperado, que ataba al palenque, los niños abandonábamos nuestros juegos y alegremente entrábamos en la casa, para allí, distribuyéndonos en sillas y taburetes, permanecer silenciosos y atentos, aguardando la célebre risa de don Gregorio. Hablaba de modo sorprendente y enfático, casi haciéndonos saltar cuando aprobaba lo que otro había dicho y que él apoyaba con su repentino y fuerte sí-sí-si-si-si.

Emitía, cuando hablaba, sus frases atropelladamente, las que resonaban como furiosos ladridos. Y cuando, por casualidad, decía algo que despertara su fácil jocosidad, le causaba la risa una especie de ataque. Echábase hacia atrás en la silla, cerraba los ojos, y abriendo todo lo que le daba su tremenda boca, aspiraba con fuerza, produciendo un sonido semejante a un aullido o silbido prolongado, hasta que sus pulmones se llenaban con exceso, impidiendo más aspiraciones y obligándole a expulsar el aire precipitadamente. Tal maniobra la acompañaba de una especie de grito de animal salvaje, algo parecido al alarido de un zorro. Inmediatamente, antes de que este alarido se extinguiera, su rostro recobraba la gravedad anterior y la profunda fijeza en la mirada.

Al gran placer que nos proporcionaba aquel espectáculo, hallábase mezclada la pena de no poder expansionarnos en el acto, pues nuestro padre se disgustaba sólo con observarnos propensos a estallar de risa, lo cual juzgaba grave ofensa a nuestro huésped de honor. Mientras estábamos en la pieza, no nos atrevíamos a cambiar miradas, ni aun a sonreírnos. Pero después de haber visto y oído su maravillosa carcajada, nos escabullíamos y, yéndonos a un lugar apartado, nos sentábamos en círculo y tratábamos de imitarla, encontrando en ello un delicioso pasatiempo.

Sabiendo ya montar a caballo, iba yo a veces, por la tarde, de visita —con mi madre y hermana— a "La Tapera". Nos esperaba allí la señora de Gándara, la mujer más grande y gorda de la vecindad, que le llevaba toda la cabeza y los hombros en altura a su redondeado marido.

No era ella, como doña Mercedes, una mujer de cuna ni tampoco persona educada. Se le asemejaba, no obstante, en sus hábitos y gustos. Sentábase siempre en grande y cómoda silla de junco, afuera o adentro de la casa. A sus lados encontrábanse, invariablemente, cuatro perros pelados; uno, en sus anchas faldas; otro, sobre un cuero de oveja, y los otros dos, sobre alfombritas. Los tres situados en el suelo, esperaban con paciencia el respectivo turno, para ocupar el abrigado regazo, cuando llegara el momento de mudar de sitio al último favorecido. Yo profesaba invencible aversión a estos perros, con lustrosos pellejos azul oscuro, como la cabeza de un negro anciano, y sus blancas y ralas patillas. Estos tiesos y blancos pelos de la cara, y sus opacos y parpadeantes ojos, les imprimían cierta semejanza con los viejos africanos, haciéndolos mucho más repulsivos.

Las dos hijas, ambas ya mujeres, se llamaban Marcelina y Demetria. Grande la primera, morena, alegre y gorda como su madre. Con mejores facciones la otra, el cutis pálido aceitunado, ojos oscuros y melancólicos, con una voz suave y triste y un aire que la hacía aparecer como perteneciente a una familia y raza diferentes. Las hijas nos servían mate, bebida que en mi niñez no me agradaba, pero que en esa casa se imponía tomarlo, porque no había chocolate, ni té para las visitas. En el tiempo de la fruta, me gustaba escaparme al monte. Como en nuestra propia casa, los viejos árboles de durazno crecían en el centro de la arboleda. En el resto, destacábanse hileras de álamos de Lombardia y otros árboles de sombra. Paseaba por la casa un avestruz guacho, y durante todo el tiempo que permanecíamos dentro, o sentados en el corredor, él se quedaba cerca de nosotros. Tan pronto, empero, como nos dirigíamos al monte, nos seguía. Poseía las características de un perro regalón y no podía soportar que lo dejaran solo, o en la poco simpática sociedad de otros animales domésticos: perros, gatos, gallinas, pavos y gansos. Consideraba a los hombres y a las mujeres, como a los únicos compañeros apropiados para un ñandú. No se le permitía entrar en las habitaciones, debido a su mala costumbre de tragar cosas de metal: tijeras, cucharas, dedales, horquillas, monedas de cobre y otros objetos por el estilo, que arrebatava cuando nadie lo veía. En la huerta, cuando nosotros comíamos duraznos, hacia él lo mismo, y si no alcanzaba su altura para agarrarlos, nos pedía a nosotros —en su lenguaje sin palabras— que lo hiciéramos. Nos servía de gran diversión suministrarle media docena o más simultáneamente, y luego, cuando los engullía con rapidez, observar el curso de la fruta que, como larga hilera de pelotones grandes y redondos, descendían lentamente por su largo cuello y desaparecían, uno por uno, a medida que pasaban al buche.

El gran negocio de Gándara, era la cría de caballos. Por lo general tenía como mil yeguas de vientre, contando de este modo con manadas de tres mil cabezas, overas en su casi totalidad.

El gaucho, desde el más pobre hasta el más poderoso propietario de tierras y ganado, tiene o tenía en aquella época la fantasía de que los caballos de su silla fueran de un solo pelo. Por lo general, todos tenían su "tropilla", compuesta de media o una docena de animales. Les gustaba que fueran lo más semejantes posibles. Así, de este modo, unos tenían alazanes; otros, zainos, doradillos, tordillos plateados o azafranados, cebrunos, gateados, pangarés, oscuros, blancos u overos. En algunas estancias, el ganado vacuno también presentaba un solo color. Yo recuerdo una propiedad donde la hacienda, hasta el número de seis mil cabezas, era toda negra. La manía de nuestro vecino eran los overos, y tan fuerte era ella, que no admitía en sus manadas ningún animal yeguarizo de un solo pelo, a pesar de que criaba para la venta y de que los overos no eran tan preferidos como los caballos de capa normal. Habría procedido mejor, si, insistiendo en un único pelaje, hubiera producido tordillos negros, pangarés, alazanes, gateados o cebrunos, todos pelos favoritos; o mejor aún, que no se hubiera limitado a un color especial. Los padrillos eran todos overos, pero muchas de las yeguas eran blancas, habiendo descubierto que podría tener tan buenos, si no mejores resultados, con yeguas lo mismo blancas que overas. Nadie discutía a Gándara su gusto por estos caballos. Al contrario, él y sus multicolores manadas motivaban admiración. Sin embargo, su ambición de gozar del monopolio de los overos originaba a veces incidencias enojosas. Vendía solamente potrillos castrados de no más de dos años, pero nunca una yegua, a menos que fuera para la matanza. En esos tiempos, los semisalvajes caballos de las pampas se mataban anualmente en gran número, solamente para sacarles el cuero y la grasa. Si Gándara encontraba una yegua blanca u overa en la caballada de un vecino, no descansaba hasta que la adquiría. Dando el doble de su precio en dinero o caballos, raramente encontraba dificultad en obtener lo que deseaba. De vez en cuando, algún gaucho pobre, que tenía solamente unos pocos animales, rehusaba deshacerse de su yegua overa, ya fuera por orgullo o por testarudez, como diría un norteamericano, o tal vez por simple cariño al animal. Esto irritaba profundamente a don Gregorio, surgiendo a la superficie lo más negro de la intimidad de su alma. "¿Qué es lo que querés, entonces? —vociferaba desde su caballo, gesticulando violentamente con su brazo derecho—. ¿No te he ofrecido bastante? ¡Escuchá! ¿Qué diferencia hay entre una yegua blanca, para vos, pobre desgraciado y una de cualquier otro pelo? Si tu tropilla debe ser de un solo pelo, decime cuál preferís. ¿Oscuro?, ¿tostado?, ¿bayo?, ¿alazán?, ¿o qué? Mirá, tendrás dos potrillos de dos años a cambio de tu yegua. ¿Podrías hacer un negocio mejor? ¿Te han tratado alguna vez más generosamente? Sí rehusás será por despecho, y yo sabré cómo tratarte. Cuando pierdas tus animales y estés arruinado, cuando tus hijos se encuentren enfermos, atacados de fiebre y tu china muerta de hambre, no vengás a mí por caballos, dinero, carne o remedios, pues me tendrás por enemigo en lugar de amigo".

En esa forma, comentábase, era cómo se enfurecía y amenazaba en cada ocasión que algún vecino pobre se oponía a su deseo. Tanto amaba don Gregorio a sus caballos que pasaba la mayor parte del día montado recorriendo sus manadas, en las que nunca faltaba el orgulloso padrillo overo. Vivía constantemente esperando y acechando con ansioso interés el nacimiento de una nueva cría. Si resultaba que el producto no era overo, no le preocupaba más, ni le importaba cuán hermoso pudiera ser su pelo, ni las buenas formas que ofreciese. Tan pronto como podía, se deshacía de él, pero si el recién nacido resultaba del pelo preferido, regocijábase sobremanera, y si mostraba algo extraordinario en el color de su capa, quedaba pendiente de él, concluyendo, al fin, por reservárselo para su silla. De ahí que contara tres o cuatro veces el número de "montados" que necesitaba. Hallándose uno con Gándara todos los días durante una o dos semanas, se le advertía cada vez un caballo diferente y con frecuencia una sorpresa por las variaciones de su color.

Había algo de fantástico en esa pasión. Hace recordar al famoso molinero de Newhaven, del siglo XVIII, descrito por Mark Anthony Lower en su libro sobre las extrañas costumbres y caracteres raros de Sussex, en los tiempos de antaño. El molinero visitaba a caballo, semanalmente, a sus clientes de los pueblos y aldeas vecinas. Siendo su caballo originariamente blanco, solía pintarlo de azul, verde, amarillo, anaranjado, morado o rojo. Toda la aldea salía a observar el extraordinario animal del molinero y apostaba sobre el color predominante en su próxima visita. Los caballos de Gándara ostentaban un colorido extraño, por naturaleza y por la ayuda de la selección artificial. Recuerdo que en mi infancia me parecían muy hermosos. A veces eran overos negros, zainos overos, castaños overos, overos tordillos plateados u overos rosados; pero el punto principal estribaba en la combinación agradable y en el matiz de los tintes oscuros. Algunos de sus ejemplares escogidos eran tordillos azafranados o azulejos; otros, más hermosos aún, gateados overos o lobunos overos, y los mejores de todos, quizá de un tinte tostado metálico entremezclado con blanco, pelo que los nativos le llaman bronce o bronceado que nunca he visto en Inglaterra. Los caballos de este pelo tienen las orillas y las puntas de las orejas de color negro, y el hocico, las ranillas, las crines y la cola también de color negro. Ignoro si alguna vez consiguió producir uno color carey.

El orgullo de Gándara, exhibido en los caballos que montaba, raras flores escogidas de su jardín equino, se demostraba en la manera con que él los aperaba, con cabezadas, frenos y demás arneses de brillante plata, mientras el jinete descuidaba su propio traje, llevando un sombrero antiquísimo y sucio, botas sin lustrar y el viejo poncho indio, ya gastado, sobre su vestimenta gaucha. Quizás uno de los momentos más felices de su vida lo experimentaba cuando, llegando a unas carreras, yerra u otra reunión del paisanaje del pago, todos los ojos se dirigían hacia él.

Desmontando, maneaba el caballo, amarraba sus resplandecientes riendas al arzón trasero del recado, y lo dejaba tascando su gran freno criollo y sacudiendo su adornada cabeza; mientras la gente se agrupaba alrededor para admirar el extraño pelaje del animal, como si hubiera sido un Pegaso recién descendido de los cielos y que se detuviera un rato colocándose en exposición entre los caballos de la tierra.

Mis últimas impresiones de "La Tapera" se relacionan más con Demetria que con los overos. No tenía por cierto una figura elegante, cosa natural en una hija del grotesco don Gregorio. Su rostro, empero, como ya lo he dicho, atraía por el color y la expresión suave y pensativa. Hija de un hombre que poseía tantos animales, no le faltaban pretendientes. En esos tiempos pasados, el joven ocioso, alegre, bien vestido y jugador, era siempre el primero y más afortunado galanteador de una niña; pero en "La Tapera" los jóvenes enamorados tenían que contar con uno que, aun cuando parezca increíble en un gaucho, odiaba el juego y reservaba una mirada hostil y aterradora para los que se le aproximaban. Eventualmente, Demetria se comprometió con un forastero que consiguió persuadir al padre, quien lo creyó excelente persona y con aptitudes para poder mantener a la esposa.

Sucedió que el sacerdote más cercano, en esa parte del distrito, vivía a gran distancia, y para llegar hasta él y su pequeña iglesia con techo de paja, había que atravesar un cañadón de más de media legua de ancho y en cuyo barro el caballo se hundía hasta la barriga, por lo menos una docena de veces, antes de cruzarlo. En tales circunstancias, la familia Gándara, no pudiendo ir hasta donde estaba el cura, resolvió convencerlo de que fuese él quien viniera a impartir las bendiciones nupciales. Juzgando que "La Tapera" no constituía lugar bastante apropiado para efectuar tan importante ceremonia, mis padres invitaron a los esposos Gándara para realizar el matrimonio de su hija en nuestra casa. El sacerdote llegó a caballo, al mediodía, bajo la acción de un calor sofocante, causado, todo salpicado de barro y de muy mal humor. Tampoco le gustaba el tener que unir a dichos jóvenes en el hogar de unos herejes, condenados a terrible futuro, cuando sus rebeldes vidas terminaran. Sin embargo, realizó el oficio, y luego recobró su buen humor, poniéndose bastante alegre y locuaz en el comedor, estimulándole el gran almuerzo de bodas en el que abundaba el vino.

Durante aquel almuerzo, observé a menudo y por largo rato la cara de los recién casados, compadeciéndome de nuestra delicada y dócil Demetria. No me gustaba que se hubiera entregado al hombre aquél. No era sin embargo éste mal parecido. Vestía bien su traje gaucho, pero como era extrañamente silencioso y parecía estar preocupado todo el tiempo, no conquistó nuestra simpatía. Nunca lo volví a ver. Pronto se descubrió que era un tahur y que no poseía otra habilidad para vivir que la del manejo de los naipes, obligando a don Gregorio, en un arrebató de cólera, a mandarlo de vuelta a sus pagos, lo que hizo rápidamente, dejando a la pobre Demetria en poder de sus progenitores.

A raíz de este desgraciado incidente, don Gregorio compró una casa en Buenos Aires para su señora y sus hijas. De esa manera, ellas podrían ir a pasarse allá un mes o más, cuando quisieran, y tuve ocasión de visitarlas una o dos veces, en mis viajes a la ciudad. Don Gregorio se hubiera encontrado fuera de su elemento en la capital, encerrado en una pieza para él estrecha o balanceándose penosamente con sus piernas cambadas, sobre las toscas piedras de las entonces angostas calles. El no comprendía otra vida que no fuera la de estar montado sobre uno de sus overos, en la extensa y verde llanura, vigilando sus queridos animales.

CAPÍTULO XII

La estancia "Cañada Seca". - Terrenos bajos. - Inundaciones. - Don Anastasio, gaucho exquisito. - Un hombre muy respetado. - Parientes pobres. - Afición a los cerdos.. Salvación milagrosa. - Encanto de los campos verdes y bajos. Los macachines. - Bulbo de gusto dulce. Belleza del césped florecido. - Sitio preferido por los chorlos. - Las boleadoras. - Adquiero experiencia en la caza de chorlos. La censura de un gaucho. - Nuestro lugar de juegos en verano. - Laguna en invierno. - El venenoso escuerzo ceratophrys. - Ejecución vocal de éste. - Guerra a los batracios. - Gran batalla en la laguna. - Su resultado.

EL JEFE DE UNA CASA EN DECADENCIA

Me corresponde, ahora, referirme al penúltimo de la media docena de nuestros vecinos inmediatos, escogido como el más típico de los pequeños estancieros, componentes de una categoría de propietarios de tierras, y ganaderos ya entonces en decadencia y que, en la actualidad, van desapareciendo rápidamente. Se llamaba don Anastasio Buenavida, y asumía carácter de persona original en el minúsculo ambiente en que actuaba. Era uno de nuestros vecinos más cercanos, hallándose su estancia a una media legua más o menos de la nuestra, hacia el sur. Como la mayoría de estos antiguos establecimientos, se trataba de un edificio largo y bajo, con techo de paja, encontrándose próximos los corrales para la hacienda y las ovejas y una antigua arboleda de sombra, bordeada con hileras de altos álamos de Lombardía. Todo el lugar tenía un aspecto ruinoso y abandonado, encontrándose la tierra cubierta de yuyos, de huesos blanqueados y de otros desperdicios, habiendo sido destruidas también las empalizadas y zanjas, de modo que el ganado quedaba en libertad para restregarse en los troncos de los árboles y roer la corteza. Denominábase la estancia "Cañada Seca", por un lento y turbio arroyo que invariablemente se secaba en verano. En invierno,

después de fuertes precipitaciones, rebalsaba sus bajas riberas y, en estaciones muy lluviosas, estos derrames formaban un solo bañado entre "Cañada Seca" y nuestra casa. Con júbilo recibíamos los niños la estación de las lluvias. La vista de las grandes porciones de agua clara y de poca profundidad, con el césped de color verde vivo abajo, nos excitaba alegremente proporcionándonos días venturosos.

Don Anastasio Buenavida era un hombre de mediana edad, soltero, profundamente respetado por sus vecinos. Le consideraban algunos como persona de suma importancia. Tanto oí en su encomio que, durante mi infancia, tuve por él un sentimiento de reverencia que duró años y no se desvaneció totalmente hasta que, ya adolescente, empecé a fundar y desarrollar mis propias opiniones. Hombre bastante menudo, apenas medía poco más de un metro y cuarenta y cinco de altura. Era delgado, con una cintura fina, con manos chicas y pies diminutos como de mujer. El color de su pequeña cara ovalada semejaba el de un viejo pergamino. Tenía ojos grandes, oscuros y patéticos, bigote negro perfectamente formado y una larga y negra cabellera, que usaba en bucles simétricos caídos hasta los hombros. En su indumento demostraba su gusto refinado. Usaba el pintoresco traje gaucho: camisa o blusa de fina tela negra profusamente decorada con botones de plata, pliegues, tablas y bordados de color rojo y verde, y chiripá —prenda esta última que se usaba en vez de pantalones— de fina lana amarilla o color vicuña, blancos calzoncillos cribados (asomándose por debajo del chiripá) del más fino hilo y con flecos y encajes, según se usaban en esta prenda.

Llevaba siempre bien lustradas las botas y su poncho azul lucía forro punzo.

El arreglo de su tocado, desde los bucles al traje, debía tomarle a don Anastasio un par de horas cada mañana. Ocupaba en seguida su asiento en la sala, sorbiendo mate amargo. Interviniendo de cuando en cuando, en la conversación general, hablaba siempre en tono poco elevado, pero tan reposado como solemne. Acostumbraba comentar el estado del tiempo, la falta o la superabundancia de agua, según la época, el estado de sus animales y la condición del pasto. Realmente, repetía lugares comunes, los que, procediendo de él, adquirían relieve y trascendencia. Todos escuchaban sus palabras con la más profunda atención y respeto, actitud muy lógica, ya que la mayoría de los que estaban sentados a su alrededor, tomando mate, figuraban entre los parientes pobres que comían gracias a su generosidad.

Don Anastasio era el último de una larga serie de estancieros con antepasados ricos en campos y haciendas, pero que, de generación en generación, veían agotarse su grandeza de otrora. La propiedad de "Cañada Seca" disminuía a medida que se vendían las tierras; quedábale ya muy poco campo. El ganado vacuno y ovino y los caballos, escaseaban. Disponía apenas de una pequeña majada de ovejas para proveer de carne a la casa. Sus parientes menesterosos, que vivían esparcidos por el distrito, sabían que no solamente podían contar con su generosidad, sino también que

era un hombre sumamente débil y de corazón blando, a pesar de sus aparatosos modales. A muchos de los más necesitados les había permitido construir sus ranchos en la estancia y mantener unos pocos animales para su sostenimiento. Casi todos habían hecho sus viviendas detrás del monte, lo más aproximado posible a la de don Anastasio, poseyendo, tal conjunto de poblaciones, el aspecto de una aldea. Todos los parientes ejercían el derecho a la cocina o living-room, que, por lo general, estaba ocupado por ellos —especialmente por las mujeres— charlando, dando chupadas a interminables mates y escuchando atentamente, llenas de admiración, las sabias palabras que salían a intervalos de los labios del jefe de la familia o tribu.

Don Anastasio, con sus rizos y demás cuidados de tocador, resultaba una persona totalmente ineficaz, incolora y afeminada, en perfecto contraste con su feo y mal vestido vecino Gándara, quien, aunque tenía forma de barril, poseía una vigorosa inteligencia. Sin embargo, él también gustaba de los animales, lo cual le distinguía de los demás estancieros y hasta lo hacía parecer a Gándara, pero en forma ridícula. Mientras Gándara se dedicaba a la cría de caballos overos, don Anastasio revelaba y practicaba su predilección por los cerdos. Se habría parecido a Gándara, si los porcinos hubieran sido de buena clase; pero, en verdad, no sucedía así y no merecían ni ser engordados para la venta. A ninguna persona se le ocurriría comprar semejantes animales. Perteneían a la cría de chanchos salvajes, descendientes originariamente del cerdo europeo, importado por los primeros colonos españoles y que, tras dos o tres siglos de vida agreste, habían cambiado bastante de la índole de sus progenitores. Este cerdo cimarrón, llamado barraco, en la lengua del país, era un tercio más pequeño que el animal doméstico, con patas de mayor longitud y cabeza más puntiaguda y de un color uniforme rojo herrumbrado. Entre centenares, no vi uno solo, siquiera, con manchas negras o blancas.

Creo que en período anterior al de don Anastasio, algunos de estos chanchos cimarrones habían sido mantenidos como una curiosidad en la estancia. Cuando él se hizo cargo de ella, dejó que aumentaran y vagaran en piaras por todas partes, causando mucho daño al hozar gran cantidad de hectáreas del mejor campo de pastoreo, en busca de gorgojos, lombrices, grillos, culebras, raíces y bulbos de su agrado. Esto era su único alimento cuando no encontraban osamentas de vacas, caballos u ovejas, de las que se nutrían en compañía de los perros y caranchos. No permitía don Anastasio que sus cerdos fueran muertos. Probablemente, empero, sus parientes pobres y "agregados" salían de vez en cuando, por la noche, para darles caza, cuando escaseaba la carne de vaca o de oveja. Yo nunca probé ni intenté probar su carne. El gaucho gusta, con preferencia, de los dos animales de carne más sabrosa en las pampas: el avestruz y el peludo. Estos los podía yo conseguir y gozaba comiéndolos, a pesar de que, frecuentemente, mis amigos ingleses me decían que eran demasiado fuertes para sus estómagos; pero la sola idea de comer la carne del cerdo salvaje originábame una sensación de asco.

Un día, cuando teñía yo ocho años, galopaba hacia mi casa por un lugar solitario, situado a una legua y media de distancia de nuestro hogar. Iba por un camino angosto, a través de espesa vegetación de gigantescos cardos, de dos metros o más de altura, cuando de improviso vi un montón grande y redondo de plantas de cardo que habían sido arrancadas enteras y formaban un refugio bastante alto contra el ardiente sol. Cuando me acerqué, un fuerte y salvaje gruñido y el grito de muchos pequeños lechoncitos me detuvo. De aquel montón salió furiosa y se abalanzó sobre mi una chancha colorada, con el manifiesto propósito de atacarme. El petiso pegó una espantada desacomodándose, pero por suerte, instintivamente, yo me había asegurado de las crines con ambas manos. Merced a un violento esfuerzo, conseguí volver a poner una pierna sobre el caballo. Rápidamente dejamos el peligroso enemigo detrás. Entonces, recordando todo lo que se me dijera sobre la ferocidad de estos barracos, pensé que había escapado milagrosamente de un serio peligro, ya que si hubiera caído del caballo, la bestia salvaje habríame dominado y de peligro, ya que si hubiera caído del caballo, la bestia salvaje habríame dominado y de seguro muerto en un par de minutos; hallándose, probablemente, desesperada de hambre y de sed, en ese caluroso y solitario sitio, con una cantidad de crías para alimentar, no habría demorado mucho en devorarme, con huesos y botas inclusive.

Semejante conjetura me indujo a reflexionar respecto al efecto de mi desaparición, a la terrible ansiedad de mi madre y a lo que habrían imaginado y hecho. Deducirían, por la llegada del petiso, que habría caído en alguna parte. Me buscarían por los alrededores, especialmente en todos los puntos agrestes y solitarios, donde anidaban las aves; en terrenos donde los cardos florecían más y en los extensos juncales de los pantanos, pero no hubieran dado conmigo. Por último, cuando la búsqueda se hubiera terminado, algún gaucho, cruzando el cardal por un sendero de hacienda, divisaría un pedazo de paño, un trozo de traje de niño y sólo entonces el secreto de mi final se habría descubierto.

Nunca me gustaron los chanchos colorados por la manera como hozaban y destruían la hermosa y verde superficie de la tierra, con sus hocicos duros como hierros, y por el olor fuerte y desagradable que despedían. Tras la aventura con la chancha, dicha sensación fué de mucha mayor intensidad. Admirábame, cada vez más, de que aquella alma hermosa de don Anastasio guardara cariño a bestias tan detestables.

En primavera y a principios del verano, las tierras bajas que rodeaban la "Cañada Seca" se trocaban en sitios agradables a la vista y para cabalgar, siempre que los chanchos con sus hozaduras no los hubieran desfigurado. Si se hallaban libres de la invasión porcina, conservaban su verde brillante, mientras que los terrenos más altos mostrábanse resecos y de color marrón. Más tarde, también al sucederse las lluvias, se ponían hermosos con las brillantes y pequeñas flores amarillas, llamadas macachines.

Estas eran las primeras flores silvestres que aparecían en el campo. Nos atraían con el mismo interés y encanto que revisten para el niño, en Inglaterra, la frutilla, la hiedra silvestre, la celidonia y otras flores tempranas. Nuestro placer por esas primeras flores amarillas aumentaba porque las podíamos masticar, gustándonos su sabor agrio. Además comíamos su bulbo redondo y pequeño, del tamaño de la avellana, de color blanco perla y que proporcionaba a nuestro paladar el gusto del agua azucarada; tenue dulzura, suficiente para hacernos desenterrar los bulbos con los cuchillos de la mesa. Los niños aprecian los objetos, no sólo por su belleza, sino también por su sabor. El macachín era de la estructura de la acedera silvestre, lo mismo la flor que las hojas. Más pequeñas éstas, crecían cerca de la tierra, ya que la planta prosperaba mejor donde el pasto estaba corto, donde habían pacido las ovejas, formando un césped liso como el de nuestras praderas gredosas.

Las flores no crecían aglomeradas, por el estilo del diente de león, originando manchas de un amarillo brillante, sino a una distancia de dos a tres pulgadas. Producía cada frágil tallo una flor sola, que se alzaba a unos diez centímetros sobre el césped. Tan finos eran los tallos, que el menor soplo del viento movía las flores y así constituía un bello espectáculo, que a menudo me retenía quieto en medio del campo, mirando a mi alrededor, por cientos de metros, la alfombra verde de pasto que estaba abundantemente salpicada con miles de pequeñas flores amarillas, todas inclinadas por la corriente leve del aire.

Los chorlos preferían también los terrenos verdes y planos cuando venían, en septiembre, procedentes de su lugar de origen, a muchos miles de millas de distancia, en las regiones árticas. Más tarde, durante la estación, cuando escaseaba el agua, marchaban a otra parte. Venían en bandadas. Eran estimados para ser comidos y especialmente le gustaban a mi padre. Sólo podíamos conseguirlos, empero, cuando uno de mis hermanos mayores —el deportista de la familia— salía a cazarlos. Como yo era muy pequeño, no se me permitía usar escopeta. Sin embargo, como sabía tirar las boleadoras, ejercicio que me habían enseñado los pequeños niños criollos, con quienes a veces jugaba, creí poder procurarme algunos de esos pájaros, valiéndome de aquel conocimiento. Las bolas usadas para este objeto son hechas con una cuerda de dos metros de largo, construida con finos tientos de cuero de potro, torcido o trenzado y una bola en cada extremo; una del tamaño de un huevo de gallina y la otra más chica que la mitad de ésta. La bola pequeña se sujeta en la mano. Se hace girar la otra tres o cuatro veces en el aire, y las boleadoras son entonces lanzadas sobre el animal o pájaro que se desea capturar.

Muchas horas pasé, durante varios días consecutivos, persiguiendo a las bandadas con mi petiso, lanzándoles las boleadoras, sin lograr agarrar más que un pájaro. Mis procedimientos, sin duda, divertían a las gentes de la estancia, quienes, frecuentemente, se sentaban afuera, tomando su eterno mate. Quizás a don Anastasio

no le gustaba mi tarea, ya que él me parecía una especie de San Francisco con respecto a los animales inferiores, según lo comprobaba el hecho de que, indudablemente, amaba sus abominables puercos. La última vez que invertí mis vanos esfuerzos en conseguir atrapar algún chorlo, sucedió que un tremendo gaucho barbudo, con el sombrero echado a la nuca, que venía de la casa montando un caballo grandote y pasaba a una distancia aproximada de treinta metros, de repente detuvo su cabalgadura y volviéndose, vino hacia mi al galope, hasta que ya muy cerca, me gritó: "¿ Por qué venís aquí, inglesito, a asustar y espantar a los pajaritos de Dios? ¿No sabés que no dañan a nadie y está mal herirlos?" Y con esto, se alejó.

Yo quedé furioso por haber sido retado por un gaucho ignorante y ruin, quien, como la mayor parte de los de su clase, diría mentiras, trampearía en el juego, robaría, además de otras cosas malas, sin ningún remordimiento. También me pareció divertido oír que al chorlo, que yo quería para comer, le llamaran "pajarito de Dios", como si fuera reyezuelo, golondrina o colibrí, o el querido y pequeño picaflor de los juncales. Experimenté vergüenza, no obstante, y abandoné la caza.

El más cercano de los lugares bajos, verdes y húmedos, que he descripto como situado al sur, entre nuestra casa y la "Cañada Seca", encontrábase a veinte minutos de nuestra tranquera. Era un área llana, de forma ovalada y de cincuenta hectáreas, que conservaba su verde vivo y su frescura en enero, cuando el terreno de los alrededores mantenía el color marrón mohoso. Lo elegíamos como sitio delicioso para corretear y jugar, y a pesar de que los chorlos no llegaban hasta allí, lo visitaban en cambio, durante el verano, pequeñas bandadas del bonito batitú, que tiene los hábitos del chorlo, que anida también en las regiones árticas y pasa la mitad del año en el sur de Sudamérica. La verde área citada se inundaba después de fuertes lluvias. Convertíase a la sazón en vasta laguna, a pesar de que el agua no tenía más de un metro de profundidad, y en las enunciadas épocas estaba infestada por un animal grande y venenoso, parecido a la rana, llamado. escuerzo por el vulgo, pero que los naturalistas han colocado dentro de una familia bien diferente a la de los batracios, llamándolo *ceratophrys ornata*. En su forma, se parece a la rana, pero es más abultado y con la cabeza más grande. Es del tamaño del puño de un hombre, verde vivo, con marcas negras y simétricas en el dorso y con el pecho amarillo. De aspecto terrible, tal batracio se devora las ranas comunes, tragándose las vivas, justamente como la hamadryada se traga otras serpientes, venenosas o no, y como el cribo de la Martinica, serpiente grande no venenosa, que mata y se traga la mortal *fer de lance*.

En verano no temíamos a estos animales, que se entierran en el suelo, donde duermen durante la temporada seca y calurosa, saliendo en tiempo de humedad. Nunca conocí un lugar donde estos bichos fueran más abundantes que en aquella laguna invernal. Durante la noche, en tiempos de inundaciones, permanecíamos en vela escuchando sus conciertos. El *ceratophrys croa* cuando está enojado; es el más

cruel de los batracios y se enfurece si uno se le acerca. Sus primeros esfuerzos para cantar suenan como un profundo y áspero graznido prolongado? pero a medida que pasa el tiempo, gradualmente adquieren noche tras noche, un sonido menos ronco, más sostenido y de más alcance. Había siempre gran variedad en los tonos. Mientras algunos continuaban bajos y ásperos — el sonido más desagradable de la naturaleza —, otros eran más claros y bastantes musicales. Entre la gran cantidad había siempre algunos del esparcido coro que sobresalían de todos los otros con notas altas y prolongadas, semejantes a un órgano.

Escuchando su variada actuación, una noche que estábamos en cama, mi hermano el deportista propuso que a la mañana siguiente arrastráramos a la laguna uno de los bebederos de la hacienda, para echarlo dentro de ella e ir en busca de estos peligrosos animales tan aborrecidos y matarlos con nuestras chuzas. No era imposible el proyecto, puesto que los animales se podían ver entonces nadando o flotando en la superficie y desde nuestra embarcación también los podríamos notar a medida que se movieran sobre el fondo verde.

Al efecto, a la mañana siguiente después del desayuno, salimos sin comunicar nuestro plan a nadie, y con gran trabajo arrastramos la batea al agua. Era un objeto en forma de cajón, como de seis metros de largo, setenta centímetros de ancho en el fondo y noventa en la parte de arriba. También estábamos provistos de tres jabalinas o chuzas, de la vasta armería de mi hermano, una para cada uno de nosotros.

En esos días había él estado leyendo un tratado de historia antigua, y excitado con la relación de guerras, en las cuales se peleaba cuerpo a cuerpo, abandonó fusiles y pistolas, poniéndose con frenético celo a fabricar viejas armas: arcos y flechas, picas, hachas y jabalinas. Estas últimas eran palos, como de dos metros de largo, hechos con esmero, de madera de pino — no hay duda de que había sobornado al carpintero para que se los hiciera teniendo en la punta viejas hojas de cuchillo, de unos quince centímetros de largo, terriblemente afiladas. Tan formidables armas no se precisaban para nuestro objeto. Habrían sido útiles si hubiéramos ido contra los feroces y poderosos chanchos de don Anastasio, pero así lo mandaba él y, para su alocada y belicosa imaginación, los animales en forma de sapo significaban guerreros de alguna tribu hostil, que se nos enfrentaba, no recuerdo si de Asia o Africa, y a la que debíamos exterminar.

Tan pronto como nos introdujimos en nuestro largo bote, de armazón tosca, se volcó y caímos todos al agua. Fué ese el primero de una docena de trastornos y nuevos baños que sufrimos durante el día. Sin embargo, conseguimos navegar alrededor de la laguna y cruzaría dos o tres veces de lado a lado. matando a chuzazos setenta u ochenta de nuestros enemigos.

Cuando el corto día de invierno tocaba a su término, y todos nos sentíamos envarados, fríos y medio muertos de hambre, nuestro comandante pensó que sería conveniente terminar la gran batalla y la terrible matanza de los salvajes enemigos, encaminándonos penosamente a casa, con las ropas empapadas y los zapatos cloqueantes. Llegamos demasiado cansados para darle mucha importancia al sermón que nos esperaba, contentos de ponernos ropa seca y sentarnos a comer y tomar té. Nos acomodamos luego al lado del fuego, tan cerca como pudimos, hasta que todos empezamos a estornudar, a sentir la garganta dolorida y la cara ardiendo. Finalmente, cuando afiebrados y tiritando de frío, nos fuimos a la cama, no pudimos dormir; y he aquí que el gran coro nocturno seguía como de costumbre. A pesar de la gran matanza, no habían disminuido los enemigos. Por el contrario, parecía que ellos festejaban una gran victoria; especialmente, cuando muy alto, sobre las profundas y ásperas notas, se oían los agudos sonidos de los directores de aquella orquesta.

¡Cómo hubiera deseado entonces —agitado y ardiendo de fiebre en la cama— haberme sublevado y rehusado, desde un principio, a tomar parte en las aventuras de tal jornada! Erademasiado niño para haber resistido. Una y otra vez, cuando atravesé los batracios con mi lanza, experimenté tremendo disgusto y horror. Y en semejantes horas de insomnio, con tan terrible canto repercutiendo en mis oídos, recordaba todos los episodios del día y me consideraba víctima de una pesadilla.

CAPÍTULO XIII

El gran viejo de las pampas. - El patriarca don Evaristo Peñalva. La primera vez que vi su estancia. - Descripción de don Evaristo. El esposo de seis mujeres. - Cómo era de estimado y querido por todos. Al dejar mi casa perdí de vista a don Evaristo. - Lo encuentro nuevamente siete años después. - Su salud quebrantada. - Su primera esposa y su hija Cipriana. - La tragedia de Cipriana. - Don Evaristo muere. Rumbo ignorado de su familia.

UN PATRIARCA DE LAS PAMPAS

Los patriarcas eran bastante comunes en el país de mi nacimiento hombres ancianos, graves y respetables, con imponentes barbas, dueños de tierra, hacienda y numerosos caballos, aunque muchos de ellos no pudieran deletrear sus propios nombres. No faltaban ejemplares varonilmente hermosos, con facciones regulares, descendientes de buenas y antiguas familias españolas, que colonizaron las extensas pampas en el siglo diecisiete y a principios del dieciocho. Creo no haberme referido a ninguno de esta especie en los capítulos anteriores, salvo que lo fuera el postrer de los

nombrados personajes: don Anastasio Buenavida, el de los cabellos enrulados como tirabuzón y de la 'extraña afición por los cerdos.

Ciertamente, él pertenecía a la antigua clase de propietarios. Sus facciones refinadas y sus delicadas y pequeñas manos y pies, evidenciaban su ascendencia. Mas las señales de degeneración resultaban igualmente visibles. Bastaba reparar en su persona afeminada y frívola, para no incluirlo con propiedad entre los patriarcas. Su feo y grotesco vecino, el de los caballos overos, puede considerarse más como uno de ellos. Ya describí las personas que vivían cerca de nosotros, los vecinos inmediatos propiamente hablando, con quienes me relacioné desde la infancia. Pude seguir su suerte a medida que yo crecía, hallándome así en condiciones de contar sus historias completas. Los patriarcas, aquellos magníficos estancieros gauchos, que logré conocer, se encontraban diseminados por toda la región. Con excepción de uno, no los traté íntimamente desde la niñez. Prefiero, a llenar este capítulo con sus retratos, ocuparlo por entero con el que mejor conocí: don Evaristo Peñalva.

No recuerdo ahora, exactamente, cuándo lo vi por vez primera. Me parece que no tenía yo seis años, aunque estaba muy cerca de tal edad. En el capítulo sobre mis iniciales aventuras con los pájaros, he descripto mi primer paseo largo por la llanura, cuando dos de mis hermanos me llevaron a un riacho algo distante, donde quedé encantado al divisar los flamencos. Después de esto, mientras estábamos parados a la orilla del arroyo, que tenía un ancho como de doscientos metros en ese punto, habiéndose rebalsado sus bordes, uno de mis hermanos mayores me señaló una casa techada de junco, situada a seis u ocho cuadras al otro lado del agua, y me informó que allí se encontraba la estancia de don Evaristo Peñalva, quien era considerado uno de los principales estancieros del lugar.

El aspecto de aquella población, tal como la contemplé ese día, no se ha borrado de mi memoria. Veo la larga y chata casa de adobe, alzándose sobre la llanura sin árboles, con sólo tres vetustas acacias, medio secas y torcidas, creciendo cerca de ella; un poco más distante se divisaba el corral para la hacienda y otro destinado a las ovejas. La casa exhibía aspecto tan pobre, desnudo y triste, sin jardín ni sombra, que cualquier pequeño niño inglés se habría sonreído algo incrédulo al comunicársele que constituía la residencia de uno de los principales propietarios de la zona.

A caballo y libre del temor al vacaje bravo, de agudos cuernos, pasaba yo buena parte del tiempo por los campos, donde encontrábame con otros niños, que me llevaban a sus casas y me presentaban a sus familias. De esta manera, llegué a visitar esa solitaria estancia y conocí en ella a todos sus moradores, incluyendo al mismo don Evaristo, el amo y señor. En esa fecha, era Peñalva hombre de edad mediana, regular estatura, muy blanco, de largo pelo negro y barba entera, nariz recta, frente pura y ancha y grandes ojos oscuros. Lento y prudente en todos sus movimientos, serio, distinguido y ceremonioso en sus modales y lenguaje, sabíase, que no obstante su

altivo continente, tenía carácter noble y apacible, mostrándose afable con todos, hasta con los pequeños, traviosos por naturaleza e inoportunos para con los mayores.

Y así fué que, a pesar de ser yo un niño muy pequeño y tímido, completamente extraño a la casa, logré enterarme de que no había por qué temer a don Evaristo.

Espero que el lector, olvidado ya de todo lo que aprendió sobre la vida doméstica de los patriarcas en la antigüedad, no se sentirá disgustado con el señor Peñalva, cuando yo empiece por informarle de que era el marido de seis mujeres. Todas vivían con él, en la misma casa. La primera, única con la que se le permitiera casarse por la iglesia, era tan vieja o quizá más que él; bastante arrugada, madre de varios hijos e hijas, algunos casados; Las otras evidenciaban diversas edades, siendo mellizas las dos más jóvenes, como de treinta años, llamándose ambas Ascensión, porque habían nacido en tal día del calendario. Tanto se identificaban estas dos Ascensiones, en cara y figura, que un día, siendo mayorcito, fui a la casa y encontrando a una de ellas, comencé a contarle algo. Estaba hablando cuando la llamaron. Más tarde, creyendo encontrarme al lado de la misma Ascensión, continué mi relato, prosiguiéndolo donde éste había quedado. Sólo cuando noté su mirada de sorpresa y curiosidad, pude comprender que estaba hablando con la hermana de aquella con quien antes conversara.

¿Cómo consideraban los vecinos a este hombre con sus seis mujeres? Lo estimaban y apreciaban las personas más humildes y las de su posición social. Si cualquiera de aquéllos, sin distinción de categoría, pasaba un apuro o una aflicción, o sufría alguna herida o enfermedad, se dirigía a don Evaristo en busca, según el caso de consejo, asistencia o remedios, y si la enfermedad asumía extrema gravedad, le llamaban para que fuese a escribir su última voluntad y testamento. Dominaba don Evaristo las letras y gozaba reputación de hombre leído entre los gauchos. Lo consideraban mejor que a cualquier otro convecino que ostentara el título de doctor.

Recuerdo que su remedio para la culebrilla, dolencia muy común y peligrosa en esa región, se consideraba infalible. El mal consistía en una erupción parecida a la erisipela, que salía en medio del cuerpo, extendiéndose alrededor de la cintura, hasta formar un perfecto círculo. "Si la banda no está completa, puedo curar el mal", exclamaba don Evaristo. Mandaba entonces a alguno que se procurara en el arroyo un sapo de buen tamaño, y haciendo que el paciente se desnudara, tomaba pluma y tinta y escribía en la piel, con letras gruesas, en el espacio entre las dos puntas de la región inflamada, las palabras: "En el nombre del Padre, etc." Realizado esto, tomaba el sapo en sus manos y, suavemente, lo frotaba por la parte enferma. El animal, enojadísimo por este tratamiento, se hinchaba casi a punto de reventar, derramando una secreción lechosa por su averrugada piel. ¡Y con sólo este procedimiento el paciente mejoraba!.

Así pues, de agradecerle a un personaje como aquél, el tener seis mujeres en vez de una, nada más justo y propio que las tuviera. Nadie podía, por este motivo, atreverse a negar su bondad, su sabiduría y su fe religiosa. Podría añadirse que don Evaristo, como Enrique VIII, que también tuvo seis mujeres, no dejaba de ser un hombre virtuoso. La única diferencia estribaba en que, cuando deseaba el señor Peñalva una nueva cónyuge, no se deshacía de ninguna de las otras incluidas en su elenco marital.

Perdí de vista a don Evaristo cuando yo contaba dieciséis años, al irnos a vivir a otro pago, como a diez leguas de nuestro antiguo hogar. Hallábase el señor Peñalva, justamente entonces, al final del período medio de la vida y ya con unas pocas canas que asomaban en su negra barba. Continuaba siendo todavía un hombre fuerte y más niños seguían agregándose a su numerosa familia. Posteriormente, oí que él había adquirido una segunda estancia, la cual distaba un día largo de viaje a caballo, de la primera, y que algunas de sus mujeres y niños habían emigrado a ella, repartiendo él su tiempo entre los dos establecimientos. Su gente no se encontraba enteramente separada una de otra. De vez en cuando, algunos de los integrantes de aquella extensa y entrelazada familia efectuaban el largo viaje, para visitar a los ausentes y, de este modo, tenía lugar un cambio de visitas entre ellos. Aunque parezca increíble, en esencia componían, o aparentaban componer, una familia unida.

Siete años transcurrieron... Un día, regresando a casa, de la frontera sur, con sólo dos caballos, uno se cansó, obligándome a dejarlo en el camino. Me alojé esa noche en una pequeña pulpería, donde fui hospitalariamente atendido por el patrón, quien resultó ser inglés. Había vivido éste tanto tiempo entre los gauchos, por haber abandonado su país muy joven, que casi había olvidado su propio idioma. Muchas veces, durante la noche, intentó hablar en inglés, utilizando la oportunidad de recordar la lengua materna, pero después de una o dos frases, le faltaba la palabra requerida y veíase obligado a pronunciarla en español, reanudando la conversación en este idioma hasta que, advirtiendo el cambio, tornaba al inglés.

Charlando amistosamente de sobremesa, manifesté la intención de madrugar para cubrir algunas leguas con la fresca, dado que el tiempo estaba muy caluroso y tenía que contemplar mi único caballo. Díjome entonces el pulpero que sentía mucho no poder proporcionarme otro animal, pero que en una de las estancias que cruzaría a la mañana siguiente indudablemente encontraría uno. Agregó que, en una hora y media o dos, podría llegar a "La Paja Brava", donde había cantidad de caballos de silla.

Realmente me satisfizo la noticia. "La Paja Brava" era el nombre de la estancia que mi antiguo amigo y vecino don Evaristo comprara varios años antes y seguramente me encontraría allí con alguien de la familia que me diera un caballo y lo que pudiera necesitar.

Cuando al otro día fui acercándome a la casa, recordé el antiguo hogar de los Peñalva, a muchas leguas de distancia. Más solitaria y triste, en apariencia, se presentaba "La Paja Brava", en la que no crecía ni siquiera una acacia para hacerla menos desolada. La llanura, a su alrededor, hasta donde abarcaba la vista, era absolutamente plana y sin árboles. El corto pasto amarilleaba, quemado por el sol de enero, mientras en un jagüel, a media milla de distancia, la hacienda se arremolinaba en gran número, mugiendo de sed y levantando nubes de polvo en su esfuerzo para acercarse al bebedero.

Encontré al mismo don Evaristo en la casa, y con él, a la primera y más vieja de sus mujeres y varios de los niños ya crecidos. Observé, con tristeza, el cambio operado en mi antiguo amigo. Había envejecido mucho en siete años, Su cara era blanca como el alabastro y la espesa barba y su larga cabellera hallábanse muy canosas. Sufría el señor Peñalva de un mal interno y pasaba la mayor parte del día en la gran cocina, sentado en una silla de hamaca. Manteníase lumbre permanente en el fogón, instalado en el centro del piso de tierra. Las mujeres servían mate, haciendo su trabajo silenciosamente y hablando muy de tarde en tarde. Sin cesar, hombres jóvenes y muchachos grandes entraban y salían de a uno o dos a la vez para tomar mate, fumar y dar las noticias, cómo estaba el jagüel, cuánto tiempo duraría el agua, el aspecto de la hacienda, los caballos extraviados y así sucesivamente.

La mujer también había envejecido, Su cara morena y angustiada, se había cubierto de pequeñas arrugas entrelazadas. El cambio más grande, sin duda, fué el de la hija mayor, Cipriana, que constantemente vivía ahora en "La Paja Brava". Su madre, que tenía una leve corriente de sangre africana en las venas, hábale transmitido a su hija, una mujer alta, con pelo sin lustre y crespo, de un color hierro forjado, boca grande y voluptuosa, cutis moreno pálido y ojos oscuros y melancólicos.

Yo recordaba que ella no había sido siempre triste. La evocaba en todo su esplendor, imponente en su apostura simpática, con los ojos brillantes de intenso fuego y pasión. A pesar de sus facciones toscas y de su cutis moreno, poseía en la época pretérita una especie de extraña y salvaje belleza, que atraía a los hombres. Desgraciadamente, depositó sus afectos en un arrogante gaucho joven, que, aun cuando sin bienes ni hacienda, tenía una linda apariencia, especialmente cuando montado, caballo y caballero, resplandecían de plata. La última vez que la vi fué en verano, un domingo por la mañana, cruzando un cardal de diez pies de altura en plena florescencia y que llenaba el aire con su perfume. Allí, en sitio abierto y hermoso, habíame desmontado para observar un halcón, animado por la esperanza de encontrar su nido entre los cardos cercanos, cuando vi dos personas que venían al galope largo por una angosta senda, cerciorándome, al llegar ellos donde yo estaba, que eran Cipriana, vestida de blanco, montada en un doradillo de gran alzada, precedida por su amante. Al verme diéronme los "buenos días" y siguieron galopando, riéndose

alegremente del inesperado encuentro. Y yo la evoco ahora, surgiendo espléndida y atractiva, con aquel vestido blanco, plena de vida y excitación, bajo los rayos del ardiente sol, con la cara sonrosada por el calor y cabalgando su brioso pingo. Estaba realmente espléndida aquella mañana.

Pero Cipriana se entregó demasiado a su novio, y no habiendo congeniado, comenzaron las desavenencias, hasta que aquél, un buen día, se marchó para no volver más. Era muy duro para ella tener que enfrentarse con sus vecinos. De ahí que se fuera con su madre a vivir a la nueva estancia. Aun hoy, transcurrido tanto tiempo, me causa pena recordarla y revivir su imagen en mi mente, tal como la vi en aquella casual visita a "La Paja Brava".

Todas las tardes, durante mi corta permanencia en el establecimiento, después que se cebaba el mate y quedaba un largo intervalo antes de la noche, salía Cipriana por la tranquera, a una distancia de cincuenta o sesenta metros, hasta el lugar donde un viejo tronco yacía tumbado sobre terreno inculto, en el que crecían las ortigas, las bardanas y el yuyo colorado, y allí, sentada, el mentón descansando en la mano, fijaba su vista en el polvoriento camino, distante algunas cuadras, e inmóvil en aquella abatida actitud, se dejaba estar alrededor de una hora. Si se la observaba atentamente, notábase que sus labios se movían y, al aproximarse, podía oírse su velada voz conversando consigo misma, sin sacar la vista de la huella y pareciendo no darse cuenta de nada de lo que la rodeaba. Pasado el acceso o sueño, se levantaba y volvía, a la casa. Tornaba muy tranquila a sus tareas. Con las otras mujeres preparaba la gran comida del día —la tardía cena, compuesta de carne asada y cocida— para cuando todos los hombres hubieran regresado del campo.

Ha sido aquélla la última vez que vi a Cipriana. Cuál fué su fin, nunca lo supe, ni lo que hicieron los sucesores con "La Paja Brava", después de la muerte de don Evaristo, quien se reunió con sus antepasados un año después de mi visita. Solamente sé que el viejo lugar en que de niño lo conocí, donde pastoreaban sus vacas y sus tropillas, y el arroyo, lleno de garzas, cucharetas, cisnes de cuello negro y bandadas de lustrosos ibis grandes y azules, de resonante gritar, está ahora en poder de extranjeros que destruyen todas las aves silvestres y siembran cereales para los mercados de Europa.

CAPÍTULO XIV

Un árbol favorito para trepar. - El deseo de volar. - Pájaros remontadores. - Halcón peregrino. - El palomar y los pasteles de pichones. Pillaje del halcón. - Magnífica hazaña aérea. - Un oculto enemigo del palomar. - Un lechuzón en el altillo. - Mi padre y los pájaros. Una flor extraña. - El nido de la lechuza. - Visita del lechuzón.

EL PALOMAR

Lindando con el foso, al final del terreno circuido por éste, crecía un gran sauce colorado, que ya mencioné en un capítulo anterior como el segundo árbol del monte en tamaño, Tenía el tronco grueso y redondo, ramas extendidas y horizontales y áspera corteza. Por su forma, durante la época en que el fino follaje desaparecía, semejábame más a una vieja encina que a un sauce colorado. Fué mi árbol favorito una vez que hube aprendido el difícil arte de trepar. Se hallaba distante de la casa, entre un yuyal y en sitio que nadie visitaba, circunstancia que lo hacía ideal para mí. Cuando me sentía dominado por el salvaje humor arbóreo, trepaba al sauce para buscar en lo alto una buena rama firme donde pasar una hora contemplando el bello espectáculo de la vasta y verde llanura, de las majadas y rodeos pastoreando, de las casas y de los montes de álamos que se veían a lo lejos. También en aquel árbol experimenté por primera vez el deseo de tener alas. Soñé con el placer que causaría subir en círculo hacia arriba, a una gran altura y flotar en el aire sin esfuerzo, como la gaviota, como la lechuza, como el halcón y como otras grandes aves de la tierra y del agua. Pero, desde el momento en que tal idea empezó a gustarme, al que envidiaba preferentemente era el gran chajá que habitaba entonces en todos los pantanos de nuestra vecindad. Ave tan grande o más que un ganso y casi tan pesada como yo, cuando deseaba volar, se alzaba del suelo con gran trabajo y a medida que se elevaba a mayor altura aparecía de un tamaño no superior al de la calandria o al de la cachirla. Continuaba, a esa enorme elevación, planeando y dando vueltas y vueltas en grandes círculos, durante horas, lanzando a intervalos gritos llenos de júbilo, que, para los que estábamos abajo, revestían el sonido de una trompeta celestial. Yo anhelaba alzarme de la tierra como ese pesado pájaro y ascender alto, muy alto, hasta que el aire azul me mantuviera flotando, balanceándome todo el día como él, sin trabajo y sin esfuerzo. Tan seductor afán lo sustenté toda mi vida. Sin embargo, nunca he querido volar en globo o aeroplano, porque en uno u otro aparato estaría ligado a una máquina sin tener voluntad o alma propia. Mi deseo ha sido satisfecho sólo muy raras veces, en sueños, experimentando el fenómeno llamado de levitación, según el cual uno se eleva y flota sobre la tierra, como la pelusa de la flor del cardo llevada por el viento.

Mi sauce favorito constituía la guarida preferida de un halcón peregrino, hembra grande y hermosa, que pasaba algunos meses del año entre nosotros y cotidianamente descansaba en él durante horas. Resultaba un árbol ideal para ese pájaro, no solamente porque estaba en lugar tranquilo, donde podía permanecer con seguridad durante las horas calurosas, sino también por el atractivo del gran número de palomas que teníamos. El palomar, edificio redondo en forma de torre, blanqueado por fuera y con una pequeña puerta que siempre estaba cerrada con llave, hallábase frecuentemente ocupado por cuatrocientas o quinientas aves.

Nada nos costaba mantenerlas y nunca se les daba de comer. Ellas se procuraban la subsistencia en la llanura. Siendo grandes voladoras, y acostumbradas a los peligros del campo abierto —en el que abundaban los pájaros de presa— se alejaban en grupos de una docena o más, a sus distantes comederos. Cuando salíamos a caballo, nos encontrábamos con tales bandadas a muchas cuadras de nuestra casa y sabíamos que nos pertenecían porque nadie más en el vecindario tenía palomas. Eran muy apreciadas, especialmente por mi padre, quien prefería un pichón asado a las chuletas de cordero para el almuerzo y mucho le agradaba el pastel de pichones. Una o dos veces por semana, según la estación, se sacaban del palomar —para ser puestos en un pastel de tamaño gigantesco— dieciocho o veinte pichones, listos para dejar el nido, y éste era, por lo general, el mejor plato que podíamos ofrecer cuando teníamos invitados.

El halcón, en las temporadas que pasaba en nuestra vecindad, atacaba todos los días a las palomas. Mi padre, a pesar de que esta pillería le disgustaba, no hacía nada para evitarla. Acaso pensara que uno o dos pájaros al día no importaba mucho, ya que disponíamos de tantos. El halcón tenía por costumbre —después de dormitar algunas horas en el sauce— volar hacia arriba, En la altura describía círculos sobre las casas. Las palomas, poseídas de pánico, se remontaban como una nube para escapar de su implacable enemigo. Y esto era exactamente lo que él quería que hicieran. Tan pronto como subían a la altura requerida, se echaba sobre la presa y escogía la víctima, derribándola con un golpe de sus garras lacerantes. La paloma se desplomaba como una piedra y el halcón, después de una pausa en el aire, caía tras ella y la cogía en sus garras, antes de que tocara la copa de los árboles, llevándosela campo afuera, para comerla con comodidad. Aquel espectáculo magnífico, a pesar de que lo presenciaba a menudo, siempre me excitaba.

Un día, mi padre fué al galpón, construcción grande en forma de granero, que se usaba para guardar leña, cueros y cerda, y viéndole subir la escalera lo seguí. Era un lugar inmenso. Sólo había en él, a un lado, una gran cantidad de cajones vacíos y al otro, barriles que habían contenido harina. Mi padre empezó a caminar entre los cajones. Luego me llamó para ver un pichón, aparentemente recién muerto, que había encontrado en uno de ellos. "¿Cómo pudo llegar hasta aquí?", se preguntó. "Las ratas, sin duda —agregó—, pero ¡qué extraño!" Parecía increíble que un ratón, por grande que fuese, hubiera podido escalar el palomar, matar un pichón, arrastrarlo a una distancia de veinticinco metros; después, subir con él al piso alto y por último, en pos de tanto trabajo, abandonarlo sin comérselo. El asombro aumentó cuando empezó a encontrar más pichones —todos casi en la edad de dejar el nido— y solamente uno o dos, sobre seis, a medio comer.

Había pues, un enemigo del palomar que salía de noche y mataba en silencio, sin ser visto por nadie, siendo diez veces más destructivo que el halcón, que sólo arrebatava un pichón por día, a la vista de todo el mundo y en una forma magnífica.

Lo dejé reflexionando sobre el misterio, aumentando su ira contra las ratas y me volví para explorar los barriles vacíos parados en el otro lado del galpón.

"¡Otro pichón !" grité de repente, lleno de orgullo con el descubrimiento, sacando el pájaro del fondo. Mi padre vino hacia mí y empezó a examinar el animalito muerto, cada vez más enojado. Luego grité con júbilo, de nuevo: "¡ Otro pichón !" y otro y otro hasta cinco veces. "¡Ratas, ratas! —exclamó—, ¡Matar todos estos pichones y arrastrarlos hasta aquí nada más que para ponerlos en barriles vacíos! ¿Quién ha visto semejante cosa?". No usó lenguaje más fuerte. Como la maravillosa y sensata hija del vicario, descrita por Marjory Fleming, "él nunca pronunció una sola maldición", porque no entraba tal lenguaje en su modo de ser, pero se volvió lleno de cólera hacia los cajones.

Mientras, continué mis tareas investigadoras. Prosiguiéndolas, al mirar el interior de un barril vacío, sufrí uno de los mayores sobresaltos que he experimentado. Abajo, en el fondo de éste, había una gran lechuza pintarrajeada de marrón y amarillo, de una clase que nunca había visto; parada, sujetaba en sus garras un pichón muerto y los ojos asustados dirigíanse hacia mí. ¡Qué cara! Un disco redondo y gris, con líneas negras que, como los rayos de una rueda, salían del centro donde tenía el pico, y los ojos abiertos, de mirada fija y color anaranjado. La cabeza estaba coronada por un par de orejas o plumas en forma de cuernos. Por unos pocos momentos nos miramos mutuamente, y yo, armándome de valor grité: "¡Padre, una lechuza!". Aunque nunca había visto otra igual, sabía que lo era. Hasta ese momento, no había conocido otra lechuza, exceptuando las de las vizcacheras, pájaro pequeño de color gris y blanco, medio diurno en sus hábitos, con un bonito canto semejante al de la paloma cuando sobrevuela la casa de noche.

Rápidamente mi padre vino corriendo hacia donde yo estaba llevando una barra de hierro en la mano. Dirigiendo su mirada al contenido del barril, inició enérgico ataque contra el pájaro. "¡Este es, entonces, el criminal —gritó—. ¡Esta es la rata que ha estado destruyendo mis aves a montones! Ahora me las va a pagar". Y golpeándola con la barra, ínterin el ave forcejeaba para levantarse y escapar, consiguió matarla. Fué aquélla la primera y única vez que vi a mi padre matar a un pájaro. Solamente su excesiva cólera contra el ladrón de sus preciosos pichones, lo impulsó a realizar algo tan contrario a su idiosincrasia. Permitía que matasen pichones, patos silvestres, chorlos, agachadizas, chorlitos, perdices y varios más que le gustaba comer, pero la muerte tenía que ser dada por otros; y sólo lo toleraba siempre que el acto respondiera a la necesidad de la mesa. Por eso disculpaba al halcón y hasta dejó que, por muchos

años, un casal de caranchos —pájaros que destruyen aves caseras, corderos recién nacidos y lechoncitos— tuvieran su gran nido en un viejo árbol de durazno.

Nunca lo vi más enojado que cuando uno de nuestros visitantes y huésped, salió con su escopeta y, haciendo un disparo, derribó una golondrina.

Guardo perenne memoria de mi primer encuentro con el lechuzón, especie vagabunda, familiarmente conocida en Inglaterra con el nombre de "lechuza de octubre". Habita en toda Europa, Asia, Africa, América, Australia y en muchas islas del Atlántico y Pacífico. Ninguna otra familia de pájaros ocupa tan vasta extensión. Sin embargo, nadie en casa podía explicarme algo acerca de ella. Limitábase a decirme que se trataba de un lechuzón, lo que yo ya sabía. Algunos meses más tarde conseguí nuevos datos, cuando empecé a vagar por la llanura, jinete en mi petiso.

Uno de los sitios a que más me sentía inclinado en ese entonces —cuando mis giras se reducían a una pequeña zona— consistía en determinado pedazo de terreno, situado en un bajo, como a media legua de casa, y el cual, debido a la humedad, ostentaba siempre vívido color verde. En primavera, presentábase a modo de una pradera de Inglaterra, perfecto jardín de flores silvestres. En virtud de su tendencia a inundarse en los inviernos lluviosos, era esquivado por las vizcachas, los grandes roedores que hacen sus guaridas o aldeas en inmensas madrigueras por toda la planicie. Allí iba yo en busca de las flores encantadoras que no se encontraban en otros lugares. Una de ellas —la favorita, especialmente por su deliciosa fragancia— era el pequeño lirio, llamado por los nativos lágrima de la Virgen. También allí, una hectárea, aproximadamente, estaba cubierta por lindas plantas de aspecto peculiar, con exclusión completa de altos yuyos y otras hierbas. Crecían en pequeños montones como arbustos, y cada planta se componía de veinte o treinta tallos de una rigidez de madera y más o menos de ochenta centímetros de altura. Los tallos hallábanse densamente cubiertos con hojas redondas, suaves al tacto como el terciopelo y de un verde tan oscuro que, a una pequeña distancia, parecían casi negras, resaltando sobre el verde brillante del césped. Su hermosura destacábalas en la estación de su florescencia, cuando cada tallo producía su docena o más de flores, creciendo separadamente entre las hojas, de tamaño y forma como la flor del escaramujo, con pétalos de un hermoso y puro amarillo. Creciendo las flores unidas al tallo, para cogerlas precisábase cortar éste hasta la raíz con todas sus hojas y flores, lo que hacía yo a veces para llevárselas a mi madre, quien tenía gran aprecio por las flores silvestres. Pero, tan pronto como salía yo con un atado de tallos florecidos en la mano, los hermosos y delicados pétalos empezaban a caer y, antes de estar a mitad del camino de nuestra casa, no quedaba uno solo. Tan extrema fragilidad o sensibilidad, me sugería la idea de que esta flor era, más que una mera flor, algo así como un ser sensible, y que poseía una percepción que la obligaba a dejar caer sus pétalos brillantes y morir cuando se la removía de la raíz y del suelo de origen.

Un día cabalgaba yo lentamente entre aquellos montones de hojas verde botella, cuando una gran lechuga, de color amarillo marrón, se levantó a un metro de las patas del caballo. Al instante la reconocí como de la misma clase a la que pertenecía nuestro misterioso destructor de pichones. Y allí mismo, en el suelo, donde se había elevado, encontrábase el nido, que era tan sólo una pequeña depresión rellena con unos pocos pastos secos, que le servían de forro y donde hallábanse depositados cinco huevos blancos y redondos. A partir de entonces, fui un asiduo visitante de las lechuzas. Durante tres veranos anidaron en el mismo sitio, a pesar de la inquietud que sufrían por mi culpa. Vi a sus pequeñuelos, de raro aspecto, revestidos de pelo suave y blanco. Sus cabezas, largas y angostas, les hacían parecer más a las aves acuáticas que a las lechuzas de redondas y chatas caras. Me familiaricé con ellas.

Más tarde llegué a conocer mejor aún al lechuzón. Transcurrió un año, o varios, sin ver uno. De repente se presentaron en gran cantidad. Observé, luego, que sucedía siempre esto cuando existía un notable aumento de cuises y de otros pequeños roedores. Las lechuzas de toda la comarca parecían tener —de un modo misterioso— conocimiento de la abundancia de éstos y se apresuraban a aprovecharse. En dichos períodos se las podía ver por las tardes, antes de ponerse el sol, en busca de presa, inspeccionando el pastizal como aves de rapiña y dejándose caer súbitamente, a ratos, mientras que, al cerrar la noche, resonaban sus solemnes graznidos como el ladrar de un mastín a gran distancia.

Al describir el palomar, he mencionado nuestro famoso pastel de pichones. Séame permitido incluir, en este capítulo, un relato más detallado de nuestra manera de vivir con respecto a la alimentación, tema fascinante para muchos. Los psicólogos nos expresan una triste verdad cuando manifiestan que el gusto, siendo de nuestros cinco sentidos el más bajo y menos intelectual, es incapaz de registrar impresiones en la mente. Por lo tanto, no podemos evocar sabores desvanecidos, como podemos hacerlo con imágenes y sonidos de tiempos pretéritos. Los olores también, cuando dejamos de sentirlos, se desvanecen y no vuelven; así solamente nos acordamos de la calle de naranjos en flor, por donde anduvimos una vez y de las camadas de tomillo silvestre y poleo al sentarnos en el pasto, así como de los campos en los cuales florecían las habas y la alfalfa, satisfaciéndonos y alimentando cuerpo y alma con sus deliciosos perfumes. De la misma manera, podemos recordar las buenas cosas que consumíamos muchos años atrás, cosas que no podemos comer ahora, porque no somos capaces de digerir y asimilar. Es como revivir peligrosas aventuras pasadas, en los días intrépidos de nuestra juventud, cuando gustábamos del peligro por el simple placer de correrlo. Así teníamos, por ejemplo, la ensalada de papas frías, en tajadas, con cebollas, empapadas en aceite y vinagre, plato soberbio con carne fiambre. También nos deleitaban las tortitas de harina de maíz, servidas con almíbar a la hora del desayuno, y aun paladeábamos otras no muy digestivas. Por lo general, se servía un desayuno, almuerzo a mediodía, té a la tarde con pan caliente, scones y duraznos

en conserva, y una cena fría a última hora. Para desayuno nos daban igualmente costillas de cordero, café y cosas hechas con maíz. Los huevos abundaban: de gallina, de pato, de ganso y de aves silvestres; patos salvajes y chorlos, en la respectiva estación. En primavera —de agosto a octubre— teníamos, de vez en cuando, para el desayuno, algún huevo de avestruz presentado en forma de inmensa tortilla, el que resultaba un plato exquisito. El procedimiento criollo de pasar una varilla de hierro al rojo a través del huevo y enterrarlo luego en las cenizas calientes para terminar de cocinarlo, no nos gustaba. Desde el fin de julio hasta el fin de septiembre, nos banquetábamos con huevos de tero. La apariencia y el sabor equivalían exactamente al de los huevos de nuestra avefría, siendo más grandes los de la hembra del tero argentino, pájaro mayor que su pariente europeo. En aquellos lejanos días, las aves abundaban excesivamente por todas las pampas donde pastoreaban las ovejas. Por aquellos años, contábase pocos cazadores de aves silvestres. A nadie se le ocurría matar un tero para comer. El país no había sido invadido por inmigrantes europeos destructores de pájaros, especialmente por italianos. Fuera de la zona de ovinos, en campos dedicados a la cría de vacas —donde los duros pastos autóctonos permanecían intactos— el tero escaseaba.

Recuerdo que una mañana, cuando yo tenía trece años, salí después del desayuno a buscar huevos de tero, exactamente en la época en que las aves anidaban, cuando todos los huevos que uno encontraba eran prácticamente recién puestos.

Mi procedimiento, el mismo usado por los muchachos del campo, consistía en ir fijándome dónde se alzaban los teros mientras galopaba. Era necesario practicar este método para tener feliz éxito, pues, en muchos casos, se veía que las avecillas se elevaban en varios puntos a un mismo tiempo y se imponían la complicada labor de anotar y guardar en la memoria los sitios exactos, para visitarlos sucesivamente y encontrar los nidos. El método inglés de salir y dividir en cuadrados el terreno en busca de ellos —en los sitios probables donde anidan las aves— resultaba muy lento para nosotros.

Los nidos que encontré aquella mañana contenían uno o dos y a veces tres huevos; difícilmente cuatro. Antes de mediodía, había regresado con sesenta y cuatro huevos en la bolsa. Ese fué el número mayor que recogí en una sola vez.

Nuestra comida consistía en carne cocida o asada, zapallo, choclos en la estación y batatas, además de los otros vegetales comunes y de las verduras. Budines de harina de maíz y de zapallo, y tortas, figuraban entre nuestros platos habituales, pero concedíamos preferencia al pastel de durazno, hecho como una torta de manzanas tapada con masa, que se preparaba desde mediados de febrero hasta abril, y aun en mayo, cuando maduraba la variedad tardía que llamábamos "duraznos de invierno".

Mi madre, inteligente y económica dueña de casa, hacía más uso de esa fruta que cualquier otra señora, residente en el país, que poseyera un monte de duraznos. Sus duraznos en conserva, que nos duraban todo el año, adquirieron excelente fama en el vecindario. Esa conserva de duraznos se encontraba en la mayoría de los hogares ingleses, pero nuestra casa era la única en que se hacían escabechados", Yo creo que ella fué quien inventó ese modo de aderezarlos. Ignoro si tal sistema ha sido imitado. Sólo sé que los teníamos siempre en nuestra mesa y que tanto nosotros como los de afuera los preferíamos a cualquier otra cosa.

Viene a mi memoria un incidente divertido respecto a nuestros duraznos "escabechados". Lo relataré justamente, porque sirve para presentar a otro de nuestros antiguos vecinos criollos. Nunca pensé en él, cuando describía a los tipos precedentemente analizados, por no estar tan cerca de nosotros y haberlo visto muy poco a él y a su gente. Llamábase Ventura Gutiérrez y se titulaba "estanciero". Le quedaba, empero, muy poca tierra y prácticamente, ninguna hacienda, pues no merecían ser designadas como tal unas pocas vacas, ovejas y caballos. Su fortuna hacía tiempo que venía desmoronándose. Casi no le quedaba nada de ella. No obstante, disponía de un espíritu valeroso, tenía un modo de ser gentil y alegre y se vestía bien, a la moda europea, con pantalones, saco y chaleco. Esta última prenda de vestir era de raso color azul subido. Hablaba sin cesar de sus posesiones, su casa, sus árboles, sus animales, su señora y sus hijas. Gozaba de gran popularidad en el pago, sin duda porque era el padre de cuatro hijas muy bien parecidas y casaderas. Como tenía la casa abierta, su cocina encontrábase siempre llena de visitas, concurriendo, por lo general, hombres jóvenes, que tomaban mate durante horas seguidas y resultaban agradables a las niñas.

Uno de los rasgos más divertidos de don Ventura —es decir, para nosotros los jóvenes— estribaba en su sonora voz. Opino que, en aquella época, los estancieros y ganaderos levantaban la voz según su importancia en la comunidad. Por eso, cuando varios gauchos galopaban por la llanura, persiguiendo caballos, apartando o marcando ganado, el que actuaba de jefe de la pandilla daba sus órdenes con toda la fuerza de que era capaz.

Probablemente ha sido de esta manera que los estancieros y las personas con autoridad han adquirido el hábito de gritar en todo momento. Así, pues, festejamos la visita de don Ventura a mí padre y nos alegramos la vez que consintió en quedarse a comer con nosotros. Nos gustaba oír su conversación en tono tan alto.

Mis padres se disculparon por no tener más que carne fría, pierna de cordero, perdices en escabeche, pastel frío y así sucesivamente. "Verdaderamente — replicó — el hombre de campo rara vez come carne fría. La gente acostumbra a tenerla en su casa, por lo general, cuando hay chicos, pues cuando un niño tiene hambre y llora, su madre le da un hueso con algo de carne, lo mismo que en otros países donde el pan es

común, se le da un pedazo de éste. No obstante, la probaría". Observó que había otras cosas sobre la mesa. "¿Y qué es esto?", gritó, apuntando dramáticamente a una fuente con duraznos picados, grandes y de un color muy verde. Al oír la respuesta, exteriorizó su sorpresa. "¡Duraznos, duraznos en invierno! ¡Esto sí que es extraño!", prorrumpió.

Se le explicó que se trataba de duraznos en vinagre y que se acostumbraba a comerlos en nuestra casa a la hora de cenar. Probó uno con el cordero. Aseguré en seguida a mis padres que nunca en su vida había comido algo tan bueno, tan sabroso, tan rico. Debido a los duraznos, o a que el cordero fuera distinto a los otros, la verdad era que nunca había gustado un plato semejante. Quería saber cómo se hacía el escabechado. Se le explicó que se agarraba fruta grande, sana, a medio madurar (cuando el dedo deja una señal en el durazno, está demasiado maduro). Los duraznos escogidos eran lavados y secados. Puestos después en un barril, se les cubría con vinagre hirviendo y se les ponía un puñado de clavos de olor. Se tapaba el barril y así se les dejaba por un par de meses. Transcurrido ese tiempo, la fruta quedaba debidamente escabechada. Se preparaban dos o tres barriles llenos en cada estación y nos duraban todo el año.

Implicaba una revelación —exclamó— sintiendo que él y los suyos no hubieran poseído este secreto antes, El también tenía un monte de duraznos y cuando maduraba la fruta, su familia ayudada por todos los vecinos —se regalaba desde la mañana hasta la noche con ella, y escasamente dejaban lugar en el estómago para el asado, cuando llegaba la hora de comer. En muy pocas semanas —casi en días— la fruta se había terminado y tenían que lamentarlo. ¡No volverían a disponer de más duraznos hasta pasados doce meses! Todo aquello había de cambiar. Daría órdenes a su mujer y a sus hijas para que escabecharan duraznos; una bordelesa entera, o dos, o tres, si una no fuera suficiente. El las proveería de bastantes litros de vinagre y de clavos de olor a montones. Y cuando tuvieran los duraznos así preparados, comerían cordero frío, como cena, todos los días del año y gozaría de la vida como hasta entonces nunca lo hiciera.

Su programa duraznero nos divirtió mucho. Sabíamos que el pobre don Ventura, a pesar de su fuerte voz de mando, carecía de autoridad en la casa. En ella gobernaba su mujer, cooperada por el consejo de cuatro hijas casaderas, cuyo principal objeto en la vida se reducía a los pequeños bailes, a otras diversiones y a conseguir novios que tuvieran bastante coraje para casarse con ellas, o, en último término, para llevárselas de la casa.

CAPÍTULO XV

Mi amor por las aves. - Mamíferos en nuestro nuevo hogar. Cómo se inculca a la infancia el temor a las víboras. - Colonia de víboras en la casa. - Coordinación de silbidos. - Pelechos de víboras. - Una salvadora de serpientes. - Nuestros vecinos los Blake.

LA SERPIENTE Y EL NIÑO

No es raro que un niño se sienta más profundamente impresionado a la vista de una culebra que a la de cualquier otro animal. Tal es por lo menos mi experiencia.

Ciertamente, los pájaros me producían mayor placer que otros animales; y esto también es común en todos los niños. Pienso que la razón se halla no solamente en la belleza de los pájaros, sino también en la intensidad de vida que ellos demuestran; una vida tan vívida, tan brillante, como para hacer que otros seres —como los reptiles y los mamíferos— parezcan en comparación una pobre cosa. Los pájaros significaban para mí, más que todos; pero los mamíferos atraíanme también grandemente. Me hablado ya de las ratas, de las comadreas y de los peludos, así como de la vizcacha; gran roedor que cavaba sus madrigueras en la planicie. Una de mis primeras emociones la causó el terrible clamor que hacían por la noche aquellos animales, cuando se asustaban súbitamente por un fuerte ruido, como el retumbar del trueno. Cuando teníamos visitas de la ciudad, especialmente personas que eran extrañas a la región y no conocían a la vizcacha, las llevábamos, después de comer, a poca distancia de casa en plena obscuridad y silencio. Luego de permanecer inmóviles por algunos minutos para que la quietud resultase absoluta, disparábamos un tiro de fusil. A los dos o tres segundos de producirse la detonación, oíase un bullicio extraordinario: el clamor salvaje de cientos y miles de alaridos que salían de todas partes de la llanura, alaridos que parecían venir de múltiples y diversas especies de animales. La variedad presentábase completa, oyéndose desde los más bajos y profundos sonidos, hasta los gritos y chillidos agudos, como de aves de penetrantes voces. Nuestros visitantes quedaban atónitos.

Nos impresionaba profunda y penosamente el zorrino. Pequeño e intrépido, con toda osadía se acercaba a la casa por las tardes. Generalmente andaban varios juntos, y como los perros los vieran y atacaran, se defendían despidiendo un líquido de espantoso mal olor, que descargaban sobre sus adversarios. Cuando el viento llevaba semejantes ondas al interior de nuestro hogar, por las puertas y ventanas abiertas, causaban tanto desagrado, que la gente, casi mareada, se trasladaba a otra habitación o se dirigía al exterior del edificio, escapando a los malhadados efluvios.

Otro animal que a nosotros nos parecía muy lindo era el venado. También despedía fuerte olor, aunque no tan repugnante como el del zorrino. Lo vi por primera vez a la edad de cinco años, cuando nos mudamos a la nueva casa, desde donde acompañábamos algunas veces a nuestros padres en sus visitas a vecinos que se

hallaban a leguas de distancia. Siempre encontrábamos cuadrillas de venados en los campos en que más florecían los cardos silvestres. Nos complacía arrimarnos a ellos y contemplar sus amarillas siluetas destacándose entre el cardal verde-grisáceo, mirándonos inmóviles, para súbitamente girar y huir a escape, prorrumpiendo en un grito sibilante, al propio tiempo que el viento nos traía a las narices su tufo almizclado.

Pero existía algo en la serpiente, que producía un efecto muy distinto y más poderoso que el originado por un ave o por un mamífero. Su presencia siempre inspiraba temor, y a pesar de haberla visto a menudo, no podíamos sustraernos a dicha sensación. Esta —sin duda, a mi juicio— la habíamos heredado de nuestros mayores, quienes miraban a las víboras como animales de mortíferos efectos. En mi infancia ignoraba que la mayoría no causaba daño y que resultaba tan insensato matarlas como matar aves inofensivas y hermosas. Habíanme aconsejado que, cuando viera una víbora, retrocediera y huyese. Cuando fuera ya crecido, correspondería que buscara un palo largo y la matase. Además se me previno que era muy difícil hacerlo, pues muchas personas creen que la víbora no muere verdaderamente hasta que el sol se pone. Por eso cada vez que yo mataba una (y para hacerla impotente hasta la puesta del sol) necesitábase que la machacara con el palo ya mencionado.

Con esta enseñanza, no era extraño que, aun siendo yo un niño, me convirtiera en perseguidor de víboras.

Abundaban en nuestro alrededor culebras de siete u ocho clases diferentes, verdes entre el pasto verde; amarillas y pintadas de obscuro en las partes secas y áridas y entre las hierbas marchitas, de modo que difícilmente se las descubría. A veces se introducían en las piezas. En todas las habitaciones existía algún nido o colonia de culebras, en los antiguos y anchos cimientos de la casa y debajo de los pisos. Durante el invierno vegetaban allí enredadas, juntas en montón, y durante las noches de verano, cuando estaban en su vivienda reposando enroscadas o deslizándose como fantasmas por sus aposentos subterráneos, me quedaba despierto y las escuchaba horas y horas seguidas. Porque aunque lo ignoren ciertos ofideólogos de gabinete, la verdad es que las serpientes no permanecen todas tan mudas como muchos creen. Entre ellas la *philodryas aestivus*, hermosa e inofensiva culebra de casi un metro de largo, toda manchada como de tinta negra sobre un fondo verde vivo, no sólo emitía determinado sonido cuando reposaba en su guarida sin ser molestada, sino que, varias de ellas, sostenían conversaciones entre sí, las que me parecían eternas, porque no podía dormirme hasta que ellas terminaban. Semejante conversación parecía un silbido prolongado, es cierto, pero con modulaciones y variaciones considerables; un silbido largo, seguido por sonidos como golpes, que se oían claramente, a la manera del tictac de un reloj. Después de diez, veinte o treinta golpes, notábase otro silbido, similar a extenso y exhalante suspiro, a veces, como un temblor como el de una hoja seca vibrando rápidamente con el viento. Tan pronto terminaba uno, otro empezaba, y así

seguía, pregunta y respuesta, estrofa y antistrofa, y a intervalos, varias voces se unían en coro bajo y misterioso, mientras yo, despierto en mi cama, escuchaba temblando. La pieza hallábase a oscuras y para mi imaginación excitada, las serpientes no se quedaban mucho tiempo debajo del piso, sino que salían afuera deslizándose de aquí para allá en nuestro dormitorio, con las cabezas erguidas, entregadas a una danza mística. Frecuentemente, horrorizábame al pensar que mis pies desnudos podrían tocar aquellos cuerpos viscosos si yo sacara una pierna y la dejara colgar a un lado de mi cama, o si decidiese levantarme.

"Estoy encerrado en una pieza oscura, con la vela apagada", exclamó patéticamente el viejo agricultor Fleming, cuando oyó que su hermosa hija Dahlia se había escapado clandestinamente, a lejano país, con un amante desconocido. "Yo he oído hablar de la clase de temor que se siente, en el caso de colocar los dedos sobre cortantes cuchillos y si doy un paso, si sigo pensando en ello y tiento mi camino, sé que me cortaré y sangraré . Solamente en un país relativamente sin víboras podían nacer tales fantasías y usarse tales metáforas; sin víboras y altamente civilizado, en donde las hojas afiladas de Sheffield son baratas y abundantes.

En países más rústicos, donde abundan los ofidios como en la India y Sudamérica, en la obscuridad, uno teme el frío anillo viviente y el colmillo rápido y mortal.

Las serpientes revestían contornos terribles para mí en ese período. Pero cualquier cosa terrible y peligrosa —o con esa reputación— posee atracción irresistible, ya sea para el niño como para el hombre, y por eso constituía placer haber visto una culebra en mis correrías del día, a pesar de que me sobresaltaba. También en el verano producíame vivo placer encontrar el pelecho del temido y astuto animal. Sin ser la serpiente misma, resultaba el facsímil de ella, aunque muerta y disecada, perfecta, desde la máscara segmentada con los brillantes ojos faltos de vista hasta la punta de la cola fina como un látigo. Yo lo podía manosear, manosearlo como si fuera el ofidio, pero sin el peligro del diente venenoso o de la picadura de la lengua. Es cierto que carecía de color, pero era de un brillante plateado, suave al tacto como el raso, crujiendo cuando se le estrujaba, con un sonido que, para la fantasía sobresaltada, traía a la memoria el peligroso y viviente silbido que surgía entre los pastos resechos. Yo apretaba mi presa con inmenso regocijo, como si hubiera recogido una extraña pluma, desprendida al pasar, del ala de uno de los ángeles, que, aunque caídos, se les juzga siempre hermosos... Y aumentaba más mi satisfacción, cuando, exhibiendo mi tesoro en casa, la primera visión de él causaba visible excitación y exclamaciones de alarma.

Cuando mi coraje y fuerza adquirieron caracteres propios, naturalmente empecé a tomar parte activa en la persecución de las serpientes. ¿Acaso no era yo también de la simiente de Eva? No puedo decir cuándo empezaron a cambiar mis sentimientos hacia nuestros castigados enemigos. Un incidente que presencié en aquel tiempo, cuando yo no pasaba de los ocho años, ejerció sobre mí una gran influencia, haciéndome pensar

acerca de un tópico que no considerara antes suficientemente importante como para dedicarle reflexiones.

Andaba por la huerta caminando detrás de un grupo de personas mayores, casi todas visitas, cuando se produjo entre los que iban adelante gritos repentinos, gestos de alarma y una súbita retirada, todo porque descubrieron una víbora echada en el camino y a la que casi pisaron. Uno de los hombres, el primero en encontrar un palo o quizás el más guapo, corrió adelante y en el preciso momento en que se proponía dar el golpe mortal, una de las señoras le sujetó el brazo impidiéndole moverse. Entonces, agachándose con rapidez, aquella señora tomó el reptil en sus manos y, retirándose un poco, dejólo caer entre el yuyal inmediato, tan verde como su lustroso pellejo y tan frío como él al tacto. Aunque esto sucedió en lejana época, quedó ese episodio tan vivo en mi mente, que me parece hubiera sucedido ayer.

Volvió la señora hacia nosotros, por entre los árboles de la huerta, con la cara resplandeciente de júbilo por haber salvado al reptil de una muerte segura. Su regreso fué saludado con ruidosas y simultáneas exclamaciones de horror y de admiración, a las cuales ella sólo contestó con una sonrisa, preguntando: "¿Por qué matarla?" Pero ¿por qué me pareció tan contenta, tan inocentemente contenta, como si hubiera realizado algo meritorio y no una mala acción? Mi mente infantil quedó preocupada con la pregunta. No hallé respuesta entonces. Sin embargo, creo que el incidente dió frutos más tarde, impulsándome a la reflexión de si no era mejor perdonar que matar; no solamente para el animal perdonado, sino también para la propia alma.

La mujer que efectuó aquel acto extraordinario dejó caer con su gesto una diminuta semilla en la conciencia de un niño. Ella y su marido, un hombre llamado Mathew Blake, nuestros segundos vecinos ingleses más cercanos, vivían a una buena distancia de los Royd y no solíamos visitarlos mucho. Para mí, ellos no tenían nada interesante, ni tampoco los alrededores de su morada, ya que no poseían familia ni otra gente consigo, sino sólo peones del país. Sobre todo, carecían de montes donde se pudieran encontrar pájaros. Eran típicos ingleses de la clase media más baja, que no leían libros y que conversaban únicamente sobre sus asuntos y los de sus vecinos. Mr. Blake, hombre muy grande, que tenía un metro ochenta y seis de talla, gozaba de robusta contextura. En su cara redonda y roja, rasurada, con excepción de las patillas, se destacaban sus ojos insípidos de azul claro.

Invariablemente vestía de negro, siendo la ropa (hecha en la casa) demasiado grande para él. Sus anchos pantalones hallábanse metidos dentro de sus altas botas. Mr. Blake no era para nosotros más que un hombre enorme, serio, algo silencioso, que prescindía de los niños. Rudo y pesado, hablaba muy mal el español. Sus vecinos tenían buen concepto de él y le juzgaban como persona respetable y digna. Sin amigos íntimos, figuraba entre esos sujetos desgraciados, no raros en el medio inglés, que

parecen encontrarse parados detrás de una muralla y, aunque lo desean, les escasea la fuerza indispensable para acercarse y mezclarse con sus semejantes.

Creo que contaba de cuarenta y cinco a cincuenta años cuando yo tenía ocho. Su señora parecía mayor y era baja, sin gracia y algo encorvada. Usaba gorra de sol, una bata y una pollera vieja, hecha por ella misma. Tenía pelo fino de un color amarillo grisáceo, ojos azul pálido y a pesar del color rosado de sus mejillas, causado por el sol, su cara ofrecía aspecto marchito y cansado. Pero aventajando a su gigantesco marido, se sentía feliz mezclándose con sus semejantes. Amaba los animales: caballos, perros, gatos y aun a cualquier bestia salvaje que encontrara en su camino.

Los Blake, casados hacia un cuarto de siglo, habían pasado más de dos décadas de su vida solitaria —sin hijos— en un rancho construido de adobe, criando ovejas en la pampa. Poco a poco habían acumulado una pequeña fortuna, poseyendo entonces cerca de una legua cuadrada de tierra, con veinticinco a treinta mil ovejas, habiéndose edificado una casa de ladrillos grande y fea, en la cual vivían. Así se habían asegurado el premio, en procura del cual se trasladaran a tantos miles de leguas de su país y trabajado múltiples años. No eran felices empero. El pobre Mr. Blake, separado de sus semejantes por la consabida muralla —que presentía siempre delante de sí— había encontrado compañía en la botella, viéndolo cada vez menos sus vecinos. Cuando su señora venía a nuestra casa a fin de quedarse dos o tres días, "para cambiar de aires" —aunque la suya distaba sólo un par de horas de viaje a caballo— era probablemente porque su marido, muy borracho, se había puesto inaguantable. Recuerdo que siempre llegaba muy triste y deprimida, pero luego de estar algunas horas entre nosotros recobraba su vivacidad y se ponía alegre y locuaz. Por las tardes, cuando hacíamos música, a veces consentía después de hacerse rogar mucho, en cantar algo. Los jóvenes nos llenábamos de júbilo al conocer su resolución. Poseía Mrs. Blake una voz débil y quebrada, que siempre en las notas altas originaba el falsete. Su canción favorita era Hogar, dulce hogar y su interpretación, con esa voz lamentosa y quebrada, era para nosotros una fiesta tan grande, como la extraña risa de nuestro grotesco vecino Gándara. He ahí cuanto puedo decir de ella. Sin embargo, cuando evoco aquel episodio de la víbora en la huerta, no me parece tan fea, y su voz me suena bastante dulce.

CAPÍTULO XVI

Nuevos sentimientos sobre las víboras. - Las comunes del país. - Lugar árido. - Descubrimiento de una gran víbora negra. - Acechando su reaparición. - Viéndola entrar en la cueva. - El deseo de volverla a ver. Vana búsqueda. - Observando un

*murciélago. - La serpiente negra reaparece a mis pies. - Emociones y conjeturas.
- Melanosis. - Mi hermana menor y la extraña víbora. - Misterio solucionado.*

EL MISTERIO DE UNA SERPIENTE

Fue solamente después del episodio relatado en el último capítulo y tras de descubrir que la serpiente no resultaba infaliblemente peligrosa para los seres humanos, y luego de saber que, por lo tanto, aquellos reptiles no debían ser eliminados de inmediato y machacados, por temor de que sobrevivieran y se escaparan antes de la puesta del sol, cuando empecé a estimar su singular belleza. Algún tiempo más tarde, tuve una aventura que me produjo nueva sensación: la de algo sobrenatural que existía en la serpiente y que parece haber sido universal entre los pueblos de primitiva cultura, sobreviviendo aún en algunos países salvajes o semisalvajes, entre otros el Indostán, herederos de antiguas civilizaciones.

Las víboras con las cuales me familiarizara desde niño hasta aquel entonces, tenían un tamaño relativamente pequeño, siendo la mayor de mi conocimiento, la víbora de la cruz, descrita en uno de los iniciales capítulos de este libro. El ejemplar más grande de estos ofidios que encontré, medía menos de un metro treinta de largo, pero su cuerpo era grueso como el de todas las víboras de cueva. Además, había la culebra verde y negra, mencionada en el precedente capítulo, habitante común de la casa, la que raras veces excedía del metro, y otra del mismo género, más común en el campo. En pocas ocasiones hacía yo un paseo a pie o a caballo sin verla. En tamaño y forma se parece a nuestra generalizada culebra de los pastos y fué antiguamente clasificada por los naturalistas, dentro del mismo género, con el nombre de coronella. Muy hermosa, su cuerpo de un pálido verde gris manchado de negro, hállase decorado con dos líneas paralelas de rojo brillante, que se extienden desde el cuello hasta la delgada punta de la cola. De las otras, la más interesante era una culebra menor, de brillante colorido y vientre con fajas alternadas de color carmesí y azul vivo. A esta culebra la consideraban todos como excesivamente venenosa y muy temible por su irascibilidad y por la costumbre que tenía de venir hacia uno silbando fuertemente, con la cabeza y el cuello erguidos, hasta golpear nuestras piernas. Pero tales actitudes constituían toda una vana ostentación de su parte. Carecía de ponzoña y no podía hacer más daño, al picar, que un pichón de paloma que en el nido se hincha y golpea con su suave pico a una mano intrusa.

Cierto día hallé en mi recorrido una culebra desconocida para mí. Nunca había oído hablar de la existencia de semejante ejemplar en nuestro distrito, e imagino que su presencia habría llamado fuertemente la atención a cualquiera y en cualquier país, aun en los que abundan las culebras grandes. El sitio, en nuestro monte, donde la encontré, sirvió también para hacer su hallazgo doblemente impresionante.

Existía, en ese tiempo, un pequeño pedazo de terreno sin cultivar —como una media hectárea— donde no había árboles y en el que no crecía nada de lo que se sembraba. Estaba al final de la arboleda, cerca del espeso matorral de hinojo y del gran sauce colorado a orillas del foso a que precedentemente me referí. Este terreno había sido arado y removido varias veces, plantado con árboles y arbustos de varias clases, que se suponía crecerían en cualquier parte. Pero éstos no prosperaron, secándose, de lo que no hay que admirarse, pues el terreno abundaba en arcilla dura y blanca, muy semejante a la arcilla para loza. Mas, a pesar de que los árboles se negaban a desarrollarse allí, siempre estaba revestido de una vegetación propia. Todas las malezas rudas crecían y cubrían el área estéril, formando un pastizal que llegaba hasta las rodillas de un hombre. Las hierbas, de tallos delgados como alambre y flores y hojas de apariencia enfermiza, morían en el verano, mucho antes de su tiempo. Aquel estéril pedazo de terreno atraíame grandemente en la infancia. Lo visitaba todos los días, vagando entre los yuyos moribundos, a través de los cuales blanqueaba la arcilla, apareciendo por entre los tallos color marrón. Agradábame tanto el cuadro como el de los campos de alfalfa, azules y fragantes en su tiempo de florecencia, e invadidos por las mariposas.

Un día caluroso de diciembre, encontrándome parado, perfectamente quieto, por algunos minutos, sentí un leve sonido, algo así como un crujido cerca de mis pies y, mirando hacia abajo, vi la cabeza y el cuello de una gran serpiente negra que se movía lentamente a mi lado. En uno o dos segundos la cabeza chata se había perdido de vista entre la tupida hierba. El largo cuerpo continuaba, no obstante, deslizándose paulatinamente, tanto que apenas parecía moverse, y como el reptil debía medir no menos de dos metros de longitud, demoró mucho tiempo en pasar, mientras yo lo miraba, paralizado de terror y no atreviéndome a efectuar el menor movimiento. A pesar de su larga dimensión, no se trataba de una culebra gruesa, y al arrastrarse sobre la tierra blanquecina ofrecía el aspecto de una corriente color negra como el carbón, que se deslizara junto a mí, una corriente no de agua u otro líquido, sino de un elemento como el mercurio, que avanzaba en forma de soga. Al fin desapareció. Retrocediendo huí del terreno, pensando que jamás volvería a exponerme o a aproximarme a tan terrible y peligroso lugar, a despecho del encanto que revistiera para mí.

Y con todo, a pesar de las terroríficas prevenciones, renové la aventura, prescindiendo absolutamente de todo temor. La imagen de aquella serpiente negra y misteriosa quedó fija en mi mente, manteniéndola desde que me despertaba por la mañana hasta que me dormía a la noche. No obstante, nunca dije una palabra a nadie. Guardaba el secreto. Yo sabía que era un secreto peligroso, pero no quería que me prohibieran visitar el sitio otra vez. Había desaparecido mi primera impresión y no podía alejar el deseo de ver de nuevo al extraño ofidio. Renové las visitas día tras día, permaneciendo en las cercanías del terreno estéril, observando y escuchando. La

serpiente negra no aparecía. Y un día me arriesgué, aunque con miedo y temblando, a introducirme entre las hierbas; como no encontrara nada, seguí avanzando paso a paso, hasta que estuve justamente en el centro del terreno lleno de malezas. Quedé allí durante largo rato esperando y observando. Quería verla una vez más y había determinado que, inmediatamente que apareciera, huiría con rapidez. Sucedió que cuando estaba en este punto céntrico oí de nuevo el sonido leve, idéntico al crujido que algunos días antes me causara un escalofrío. Y allí, a diez centímetros de mis pies, aparecieron la cabeza y el cuello.

Permanecí inmóvil. Intentar la fuga habría sido fatal. Las hierbas eran más ralas en ese sitio y la negra cabeza y todo el cuerpo podían seguirse con la vista. Como a un metro de distancia existía un hoyo cuya circunferencia semejaba el borde de una taza, y la serpiente, poniendo la cabeza en ese hoyo —despacio, muy despacio— se introdujo, mientras yo esperaba a que todo el cuerpo, hasta la punta de la cola, desapareciera y a que todo el peligro pasase.

Había, pues, visto mi maravilloso animal, mi serpiente negra, distinta a cualquier otra serpiente del país, y si bien dominábame aún la agitación que me produjo la primera sensación de terror, sentía también dicha en ella, y me decidí a visitar el sitio nuevamente. No obstante el miedo, después de tres o cuatro días volví. Pensando en la culebra, llegué a la conclusión de que el hoyo donde se había refugiado constituía la guarida donde vivía, que ella andaba a menudo en busca de presa y podía oír pasos a una distancia considerable. Cuando yo caminaba por aquel sitio mis pasos la molestaban y por tal causa marchaba directamente a su cueva a fin de escapar a un posible peligro. Se me ocurrió que si yo iba al centro del terreno y me estacionaba cerca del hoyo, con seguridad la encontraría. Sería difícil verla de otro modo, ya que no resultaría posible averiguar en qué dirección había salido en busca de alimento. No. Era sin embargo demasiado peligroso el ensayo. La serpiente podía venirse sobre mí repentinamente y enojarse al encontrar un niño alrededor de su guarida. Empero, no pudiendo admitir que la hubiese visto por última vez, día tras día continué visitando el lugar, y, penetrando algunos metros dentro del pastizal, deteníame y escrutaba, experimentando al menor sonido del crujir de un insecto o al caer una hoja, una sensación de inmenso placer, aunque el negro y majestuoso ofidio no apareciese.

Una tarde, en mi ansia e impaciencia, penetré por entre los yuyos, yendo derecho al centro del terreno y contemplé la cueva con mezcla de placer y de miedo. ¿La encontraría allí como en la ocasión anterior? ¿Vendría? Detuve la respiración, agucé la vista y el oído en vano, y como la esperanza y el temor de su aparición se fueron gradualmente extinguendo, abandoné el lugar amargamente desilusionado, dirigiéndome hacia un punto como a cincuenta metros más allá, donde crecían unas moreras, en la bajada del terraplén dentro del foso.

Mirando hacia arriba, entre la masa de hojas grandes que se amontonaban sobre mi cabeza, divisé un murciélago suspendido de una rama. Los murciélagos, en aquella parte del mundo, en esa ilimitada llanura donde no existen cavernas, ni antiguos edificios u otros lugares oscuros donde poder esconderse durante el día, toleran mejor la luz brillante que en otros países. No salen afuera hasta la tarde, y durante el día permanecen ocultos y colgados de un gajo, descansando entre el denso follaje hasta que obscurece.

Contemplando aquel murciélago, envuelto en sus alas de color negro y amarillo que le servían de manto, olvidé mi desilusión, olvidé la serpiente, y hallábame tan ensimismado, que no me preocupé de la presión o más bien de un dolor sordo, experimentado sobre la parte superior de mi pie derecho, Pero la sensación aumentó, haciéndose muy extraña y pareciéndome que tuviera un, objeto pesado, algo como una barra de hierro, y al mirar hacia abajo, ¡cercioréme con horror que la grande y negra culebra arrastraba su largo cuerpo a través de mi empeine! No me atreví a moverme. Miraba fascinado aquel cuerpo lustroso, negro y cilíndrico, que se arrastraba vagarosamente sobre mi zapato. Había salido de la fosa que estaba cribada en sus taludes de cuevas de ratones y probablemente había estado allí dándoles caza, cuando mis pisadas, al llamarle la atención, hicieron que se dirigiera a su guarida. Yendo derechamente a ella se encontró con mi pie, y en vez de dar la vuelta, reptó por encima de él. En pos del primer espasmo de terror, comprendí que estaba perfectamente exento de todo peligro, que ella no se volvería hacia mí mientras permaneciera quieto y que luego se perdería de vista. Esta fué la última vez que pude contemplarla, siendo en vano que espiera, con la esperanza de verla aparecer los días subsiguientes.

Pero aquel último encuentro había dejado en mí la sensación de un ser misterioso, peligroso en ocasiones cuando se le atacaba u ofendía y capaz en algunos casos de causar la muerte con un golpe súbito, pero, inofensivo y aun amistoso, para quienes lo consideraban con cariño y reverencia en lugar de odio. Es en parte el sentimiento del hindú respecto a la cobra que habita su casa y que puede algún día, accidentalmente, causar su muerte, pero que no lo hace por no ser nunca hostigada.

Posiblemente, algo de dichos sentimientos respecto a las serpientes ha predominado en mí. Con el andar del tiempo, a medida que mi curiosidad hacia todos los animales salvajes aumentaba, cuando los observaba procurando adaptarme al concepto del naturalista, el misterio de la gran culebra negra exigía una explicación. Parecía imposible creer que semejante especie de culebra, de tan gran tamaño y de un color tan negro como el azabache, pudiera existir en un país habitado, sin ser conocida. Sin embargo, ninguna de las personas a quienes interrogué sobre el particular habían visto u oído algo referente a tal ofidio. Obtuve en deducción de que ella era la única de su clase en el país. Eventualmente oí hablar del fenómeno de la melanosis en los animales, menos raro quizás en las culebras que en las otras clases, creyendo., muy

satisfecho, que el problema estaba en parte resuelto. Mi serpiente era ella misma negra, pero con ciertas particularidades. No pertenecía a ninguna de las especies comunes que yo conocía, ni era una serpiente de cuerpo grueso y obtuso, como la venenosa víbora de cueva, la máxima víbora inglesa. A pesar de que en la forma se parecía a dos de nuestras inofensivas especies, alcanzaba un tamaño doblemente mayor que los ejemplares que de ellas he visto. Entonces recordé que, dos años antes de mi descubrimiento de la culebra negra, nuestra casa había sido visitada por una víbora grande y desconocida, que medía cuatro o seis centímetros sobre dos metros de largo y era igual, en la forma, a la que tanto me preocupaba. El color de esta rara e inoportuna visita, era un gris verdoso pálido, con numerosas manchas oscuras pequeñas y grandes. La historia de su aparición merece ser relatada.

Tenía yo una hermanita que empezaba con dificultad a dar sus primeros pasos, habiendo dejado de gatear recientemente. Un día de verano, colocáronla sobre una pequeña alfombra debajo de un árbol, distante unos veinticinco metros de la puerta de la sala. Allí quedó sola, entreteniéndose con sus muñecas y juguetes. Después de media hora, apareció en la puerta del cuarto donde estaba trabajando mi madre, y parada, con los ojos muy abiertos y moviendo sus manecitas como apuntando al sitio de donde venía, pronunció la misteriosa y alarmante palabra "cuco", vocablo maravilloso que las madres de Sudamérica enseñan a sus niños desde que comienzan a caminar y que es muy útil en un país desierto y escasamente poblado, donde son tan comunes los animales que muerden o pican.

Los chicos, cuando inician sus primeras correrías gateando o ensayando pasos, se sienten ansiosos por investigar, careciendo del instinto natural del peligro. Tómese como ejemplo el caso de la gigantesca araña peluda, de color marrón, que abunda con exceso en verano. Posee la costumbre de ambular, como si siempre buscara algo, "algo que no puede encontrar". En sus andanzas, entra por la puerta abierta y se pasea por la pieza. A la vista de este animal, el niño se levanta o es levantado precipitadamente, al grito de "cuco", siendo la intrusa muerta de un escobazo y barrida afuera. "Cuco" significa peligro y los gestos de terror y la expresión de la niñera o de la madre, al usar la palabra, se inculca en la mente infantil, y cuando ese sonido o palabra es oído, hay una reacción inmediata, como en el caso de una nota de advertencia o grito proferido por un ave, en virtud del cual los pichones vuelan o se agachan y esconden.

Los gestos de la criatura y la palabra que usó, hicieron que nuestra madre corriera al sitio donde había estado, y —con horror— vió una enorme serpiente enroscada en medio de la alfombra. Sus gritos atrajeron a mi padre, quien, tomando un gran bastón, prontamente la mató.

La niña, decían todos, había escapado milagrosamente. Nunca había visto una culebra y no podía intuitivamente percatarse del peligro o "cuco" Se supuso que si

hubiera hecho algún gesto o intentado empujarla cuando ésta fué a la alfombra, el reptil la habría picado.

Recordando el incidente, llegué a la conclusión de que aquella serpiente desconocida, que había sido muerta porque quería compartir la alfombra con mi hermanita y la serpiente negra de otrora, pertenecían a una misma especie, posiblemente eran macho y hembra, y se habían desviado lejos de su punto de procedencia o bien se contaban entre los últimos sobrevivientes de una colonia de su clase en nuestra estancia. Hasta después de doce o catorce años, no llegué a la confirmación de mi conjetura. A una distancia de cerca de quince leguas de nuestra casa (o, para mejor decir, del hogar de mi niñez) donde ya no vivía, encontré una culebra nueva para mí —la *phylodrias scotti* de los naturalistas—, culebra argentina bastante común. La reconocí como de igual especie a la que hallamos enroscada sobre la alfombra de mi hermanita. Algunos de los ejemplares que medí excedían de los dos metros.

CAPÍTULO XVII

La facultad anímica. - El animismo de un niño y su persistencia. Imposibilidad de ver nuestro pasado, como realmente fué. - Historia de la niñez de Sergio Aksakoff - El deleite de la naturaleza en la infancia. - Primeras insinuaciones de animismo. - Cómo me afectaron. Sentimiento inspirado por las flores. - Una flor y mi madre. - Historia de una flor. - El animismo relacionado con los árboles. - Las acacias en noche de luna. - Animismo y adoración de la naturaleza. - La emoción anímica. - Cowper y el roble de Yardley. - El temor a la naturaleza en los religiosos. - Cristianismo panteísta. - Inglaterra y su culto por la naturaleza. - Sentimientos por ésta. - El panteísmo y la emoción animística en las poesías de Wordsworth.

EL ANIMISMO DE UN NIÑO

Los recuerdos concernientes a las víboras y, en modo particular, la perseverante imagen de la serpiente negra, que tan viva emoción me causó, sugiérenme la idea de acometer brevemente un tema que no ha sido mencionado en mi narración. Me refiero al animismo, o sea, al sentido de algo en la naturaleza, que para el hombre culto o civilizado no existe y que, en el niño hijo de éste, si se admite que lo tiene, es sólo pálida supervivencia de una fase de la mente primitiva. Y por animismo no quiero significar la teoría de un alma existente en la naturaleza, sino la tendencia, impulso o instinto, en el que se originan los mitos, para "animar" todas las cosas: la proyección de nosotros mismos dentro de la naturaleza, la facultad y la comprensión de una inteligencia como la nuestra, pero más poderosa, en todas las cosas visibles. Persiste y vive en muchos de nosotros más de lo que queremos creer o más de lo que sabemos,

especialmente en aquellos que nacieron y se criaron en un ambiente rural, donde hay sierras, bosques, rocas, arroyos y cascadas. Reúnen éstas las condiciones que le son más favorables, las escenas que tienen "asociaciones heredadas" para nosotros, como ha dicho Herbert Spencer. En las grandes ciudades y en todos los sitios poblados, donde la naturaleza ha sido dominada hasta parecer formar parte de la obra del hombre, casi tan artificial como los edificios que habita, él se marchita y muere tan temprano en la vida, que sus débiles insinuaciones se olvidan pronto, llegando a creer que nunca las hemos experimentado.

Parece increíble que tales sentimientos sobrevivan en algún hombre, o que hubiera alguna época, desde su infancia, en que pudo mirar este mundo visible como algo más de lo que es realmente: el proscenio donde ha sido llamado a representar su corto pero importante papel, teniendo como fondo un escenario azul y verde. Sin embargo, sé que en mí, viejo como soy, esta misma facultad primitiva, que se manifestó en los primeros años, todavía persiste y en aquella época era tan poderosa que casi temo decir cuán hondamente me conmovía.

Es difícil, imposible me han dicho, que alguien recuerde su niñez tal como fué. No pudo haber sido lo que parece a la mente adulta, desde que nunca dejaremos de ser lo que somos, por muy grande que sea nuestra evolución. Al volver atrás, debemos llevar con nosotros nuestras presentes personalidades, habiendo tomado la mente un diferente colorido, reflejado en nuestro pasado. El poeta ha invertido el orden de las cosas, cuando nos expresa que venimos arrastrando nubes de gloria que se evaporan y se pierden, a medida que avanzamos en nuestro camino. La verdad es que, a menos que pertenezcamos a la orden de aquellos que se cristalizan o pierden sus almas en la travesía, las nubes se reúnen alrededor nuestro a medida que adelantamos y como dominadores de nubes caminamos adelante hasta el verdadero final.

Otra dificultad, para los que escriben respecto de su infancia, estriba en que el inconsciente artístico penetra clandestinamente o se infiltra, para borrar líneas impropias y manchas o para retocar, colorear, sombrear y -falsear él cuadro.- El pobre desdichado autobiógrafo, naturalmente, desea hacer su 'personalidad tan interesante para el lector como le parece a él mismo. Yo siento esto con vehemencia leyendo las reminiscencias de los primeros años de otros hombres. Hay, empero, algunas notables excepciones. Juzgo como la mejor que conozco La historia de mi infancia, escrita por Sergio Aksakoff. En ella, el retrato no fué falsificado, simplemente porque el carácter, gusto y pasiones de su temprana adolescencia, el intenso amor por su madre, por la naturaleza, por todo lo silvestre y por el deporte, continuaron en él sin variar hasta el fin, conservándolo con un corazón de niño, capaz, después de largos años, de revivir mentalmente el pasado, de pintarlo con sus verdaderos frescos y originales colores.

Yo puedo afirmar de mí mismo, respecto a tal facultad y emoción primitiva — sentido de lo sobrenatural, en las cosas naturales, como lo he llamado— que estoy

sobre terreno seguro y por la misma razón, la sensación no ha dejado nunca de sobrevivir y agregaré (probablemente disgustando a algún severo lector ortodoxo) que estas cosas, triviales para muchos, no deseo dejarlas a un lado.

No puedo recordar las primeras manifestaciones de la sensación. Sólo sé que mi memoria me lleva hacia un tiempo en que yo era inconsciente de tal elemento en la naturaleza, y el deleite que experimentaba en todas las cosas naturales resultaba simplemente físico. Me regocijaba disfrutando de los colores, de los olores y de los sonidos, del gusto y del tacto. Hacíame feliz el azul del cielo, el verdor del campo, el brillo de la luz del sol en el agua, el sabor de la leche, el de la fruta, el de la miel; las emanaciones de la tierra seca o húmeda, las caricias del viento y el repiqueteo de la lluvia, el aroma de las hierbas y de las flores, el solo roce de la brizna de pasto. Embriagábanme de placer ciertos sonidos y perfumes y, sobre todo, ciertos colores en las flores, en el plumaje y en los huevos de las aves, como la lustrosa cáscara purpúrea del huevo de la perdiz. Cuando, cabalgando por la llanura, divisaba un parche de verbenas escarlatas, en plena florecencia, cubriendo las plantas en un área de varios metros la superficie de la tierra húmeda y verde, abundantemente salpicada con las brillantes flores, me tiraba al suelo con un grito de júbilo, para acostarme entre ellas y deleitar mi vista con tan brillantes matices.

Creo que no fué hasta mí octavo año de existencia cuando empecé a ser claramente Consciente de algo más que de este mero deleite infantil de la naturaleza. Podía haberlo tenido desde la infancia. No lo sé. Pero cuando comencé a conocerlo verdaderamente fié cual si una mano hubiera dejado caer, de modo furtivo, algo en mi dulce cáliz que le proporcionara nuevo sabor. Apoderábanse de mí pequeños estremecimientos, a menudo simplemente de placer y otras veces de sobresalto. En ocasiones, se pronunciaban tanto, que me asustaban.

El espectáculo de una magnífica puesta de sol superaba, a veces, más de lo que podía tolerar, y deseaba esconderme. Si la sensación despertada surgía provocada por la vista de un pequeño y bello o singular objeto, tal como una flor, su solo efecto intensificaba la belleza del objeto. Muchas flores me lo producían en un grado menor, y a medida que crecía y el sentido animístico perdía su intensidad, aquellas flores también perdieron su magia y vinieron a quedar como si nunca la hubieran tenido, no faltando otras en las que aquel encanto siempre persistió. A una de éstas me referiré a renglón seguido.

Contaba yo unos nueve años de edad, cuando, yendo un día a caballo, encontré, a una legua de casa, cierta flor nueva para mí. La planta, de poco más de treinta centímetros de alto, crecía al amparo de grandes cardos silvestres. Tenía tres tallos revestidos con hojas largas, angostas y puntiagudas, afelpadas y suaves al tacto, como las hojas de nuestro gran gordolobo y de color verde pálido. Los tres tallos estaban coronados con racimos de flores, siendo éstas un poco más grandes que las de la

valeriana roja, de un color punzó no muy pronunciado y de una forma peculiar, pues cada pequeño pétalo puntiagudo tenía un pliegue o torcedura en la punta. Aun cuando de muy notable apariencia, no alcanzaba a la belleza de muchas otras flores del campo. Sin embargo, ejercía una extraordinaria fascinación en mí y desde el instante de su descubrimiento se convirtió en una de mis flores sagradas. A partir de entonces anduve siempre al acecho de ella y, por lo general, encontraba tres o cuatro plantas en una temporada, pero nunca más de una en el mismo lugar, distante varias millas una de otra.

Cuando la descubrí, llevé un gajito a mi madre. Quedé singularmente desilusionado al ver que ella la miró sólo como a una flor bonita que veía por primera vez. Esperé oír de los labios maternos cualquier palabra que me revelara por qué yo la admiraba tanto. Parecía que no significaba más para mi buena madre que otras flores y aun menos que alguna de aquellas que particularmente le gustaban, tales como el fragante lirio llamado lágrimas de la Virgen o la perfumada verbena. Era raro que mi madre, la única que siempre sabía lo que pasaba en mi mente y que amaba todas las cosas bellas, especialmente las flores, hubiera dejado de ver lo que yo había encontrado en ésta.

Años más tarde, después que ella murió, siendo yo casi un hombre y viviendo en otra parte, descubrí que teníamos como vecino a un caballero belga, que era botánico. No pude hallar un ejemplar de mi planta para mostrársela, pero le suministré una minuciosa idea de ella, describiéndosela como una planta anual, con raíces muy grandes, duras y permanentes. Le dije que cuando se quebraba el tallo largaba un espeso jugo lechoso y que producía sus semillas amarillas en una vara cilíndrica y puntiaguda, cubierta de plumón plateado brillante. También se la dibujé. Afortunadamente, la encontró en sus libros. Esta planta se conocía desde hacía treinta años. El descubridor, que resultó ser inglés, había mandado semillas y raíces a las sociedades científicas del extranjero, con las que mantenía correspondencia, siendo la especie llamada con su nombre y encontrándosele ya, por aquel entonces, en jardines botánicos de Europa.

Toda esta información no bastaba para satisfacerme. Los libros no decían nada sobre el descubridor, de modo que inquirí de mi padre si había él conocido u oído hablar de un inglés así apellidado:

"Sí", me respondió, lo había conocido. Se trataba de un comerciante de Buenos Aires, hombre simpático y muy amable, soltero y algo así como un misántropo, siempre metido en su casa, donde vivía solo, pasando todos sus fines de semana y días festivos vagando por los campos con el vasculum en busca de plantas raras. Había muerto hacía largo tiempo: veinte o veinticinco años atrás. Sentí realmente su desaparición. Me persiguió desde entonces el deseo de encontrar su última morada, para plantar en su tumba la flor que llevaba su nombre. Seguramente, cuando él la

descubrió, habría sufrido el mismo sentimiento que yo experimenté cuando la, vi por vez primera, y que nunca pude describir, Y tal vez la presencia de esas raíces profundas, imperecederas, cerca de sus huesos y de la flor a la luz del sol sobre la tumba, le aportara un hermoso recuerdo en sus sueños, si es que alguna vez un sueño le visitó en su largo dormir sin despertar. No hay duda que en, casos semejantes, Cuando la primera impresión y la emoción que la acompaña perduran a través de la vida, cambia algo la sensación con el tiempo; la imaginación ha trabajado sobre ella y surtido su efecto. Sin embargo, la duración de la imagen y de la emoción sirve para mostrar de qué modo poderoso la mente fué afectada en el primer instante.

He relatado este caso por las interesantes circunstancias con él relacionadas, pero existían otras flores que me producían sentimiento similar. Cuando las recuerdo traen a mi memoria la emoción inicial. Yo viajaría gustoso muchas leguas, cualquier día, para ver de nuevo alguna de ellas. -La sensación, sin embargo, era provocada más poderosamente por los árboles que por la más sobrenatural de mis flores. Variaba en poder según el tiempo, el lugar y la apariencia de aquéllos, y afectábame - con mayor intensidad en las noches de luna. Frecuentemente, después que comencé a experimentar de manera consciente, solía apartarme para encontrarla y me escurría de la casa solo, en el período de la luna llena, deteniéndome, silencioso e inmóvil, cerca de un grupo de grandes árboles, mirando su oscuro y verde follaje argentado por los rayos del astro. -En tales momentos el sentido de misterio crecía hasta que la sensación de deleite se trocaba en terror y el terror aumentaba hasta que no lo podía soportar más. Apresuradamente escapaba, para recuperar el sentido de la realidad y de la seguridad, dentro de la casa, donde había luz y compañía. No obstante, a la noche siguiente escabullíame de nuevo e iba al sitio donde el efecto era más fuerte, generalmente entre las e grandes acacias blancas, que daban el nombre de "Las Acacias" a nuestra morada.

El follaje suelto y como plumas, en noches de plenilunio, ostentaba un peculiar aspecto blanquecino, que hacía que ese árbol pareciera más intensamente vivo que los otros, consciente de mi presencia y como si me estuviese observando.

Nunca hablé de estos sentimientos a terceras personas, ni aún a mi madre, a pesar de que ella estaba siempre en perfecta armonía conmigo respecto a mi amor por la naturaleza. La razón de aquel silencio estribaba, creo, en mi incapacidad para expresar con palabras lo que sentía. Me imagino que sería interesante describir la sensación experimentada en esa noche de luna, entre los árboles, como una impresión similar a la suscitada en quien recibiera la visita de un ser sobrenatural y estuviese perfectamente convencido de que estaba allí, en su presencia, a pesar de su silencio e invisibilidad, mirándolo fijamente y adivinando cada pensamiento suyo. Se estremecería hasta la médula, pero sin atemorizarse, sabiendo que no adoptaría forma visible, ni pronunciaría una palabra.

Esta facultad o instinto del albor de la mente es, o siempre me pareció, esencialmente de carácter místico. Constituye, sin duda, la base de toda adoración a la naturaleza, desde el fetichismo hasta las más altas manifestaciones del panteísmo. Significaba para mí, en aquellos tempranos días, más que todas las enseñanzas religiosas que me inculcara mi madre. Todo aquello que ella me dijo, sobre nuestras relaciones con el ser supremo, lo creí implícitamente, como todo lo demás que me enseñó, en la misma forma que creía que dos y dos sumaban cuatro y que el mundo era redondo, a pesar de su apariencia plana, que anda por el espacio y gira alrededor del sol, en vez de estar quieto y con aquel astro dando vueltas alrededor suyo, como uno podría suponer. Aparte del hecho de que los poderes celestiales me podrían salvar, al fin, de la extinción, lo que representaba un gran consuelo, estas enseñanzas no me tocaban el corazón, como era tocado y estremecido por algo más cercano, más íntimo en la naturaleza, no solamente en árboles iluminados por la luna o en una flor o serpiente, sino en ciertos exquisitos momentos y caprichos y en ciertos aspectos de la naturaleza: en cada hierba y en todas las cosas, animadas o inanimadas.

No es mi propósito crear la impresión de que soy un ser peculiar en este asunto. Por el contrario, es mi creencia que el instinto animístico, si una facultad mental puede llamarse así, existe y persiste en muchas personas y que yo difiero de otras solamente en mirarlo con fijeza, tomándolo por lo que es y también en exhibírselo al lector, desnudo y sin la expresiva hoja de parra, para usar una frase baconiana. Cuando el religioso Cowper confiesa en las primeras líneas de su alocución al famoso roble de Yardley, que el sentido de temor y de reverencia que le inspiraba, lo hubiera hecho inclinarse ante él y adorarlo, a no ser por la feliz circunstancia de que su mente se hallaba iluminada por el conocimiento de la verdad, no hace más Cowper que decir lo que muchos sienten, sin que, en la mayoría de los casos, reconozcan la emoción por lo que es: el sentido de lo sobrenatural en la naturaleza. Y si han crecido, según el caso de Cowper, con la imagen de una deidad antropomórfica implacable en sus mentes — un espíritu que está siempre celosamente acechándolos, para notar qué rumbo toman sus vagabundos pensamientos— ellos, rigurosamente, reprimen el instintivo sentimiento, como una tentación del malo, o como un pensamiento ilícito nacido de su propio pecado. Sin embargo, no es raro encontrarse —en determinados instantes— con personas que parecen capaces de reconocer su fe en la religión, revelada por su emoción animística. Por ejemplo, uno de los más apreciados recuerdos de una vieja amiga mía, recientemente fallecida, lo constituían sus visitas, unos sesenta o más años atrás, a una gran casa de campo, donde ella se encontraba con mucha de la gente distinguida de aquel tiempo y del dueño de casa, entonces un anciano, jefe de antigua y respetable familia y que tenía verdadera reverencia por sus árboles. Su mayor placer consistía en ir, al caer la tarde, a contemplar los grandiosos árboles de su parque y antes de retirarse los visitaba uno por uno y apoyando su mano en la corteza susurrábales las buenas noches. Estaba convencido —según lo confió a su joven

huésped, que solía acompañarlo en aquellas caminatas vespertinas— de que los árboles poseían un alma, y que conocían y alentaban su cariño por ellos.

Nada hay de sorprendente para mí en cuanto precede. Solamente lo relato aquí porque la persona que poseía y fomentaba dicho sentimiento y creencia pertenecía al cristianismo ortodoxo, evidenciando su convicción profundamente religiosa y porque mi misma informante, también muy religiosa, gustaba recordar a ese antiguo amigo de su juventud, especialmente por su cariño hacia los árboles, que ella también compartía, creyendo, como con frecuencia me decía, que los árboles —y todas las cosas que viven y crecen— tienen alma. Lo que me ha sorprendido es que una forma de culto a los árboles todavía existe entre unos pocos habitantes de algunas de las pequeñas y rústicas aldeas de ciertos distritos apartados de Inglaterra. No supervivencias, como los cantos populares del manzano y las ceremonias del oeste, que hace tiempo ya han dejado de tener sentido, sino algo vivo, que posee significado para la mente: una supervivencia tal como la que nuestros antropólogos buscan empeñosamente entre las bárbaras y salvajes tribus.

El animismo, que persiste en el adulto en esta era científica, ha sido tan influenciado y deformado por la cruda luz que apenas se le reconoce en lo que algo ligera y vagamente se llama "sentimiento de la naturaleza", habiéndose entrelazado con el sentimiento estético. Puede delinearse en una gran parte de nuestra literatura poética y, particularmente, desde la aparición de las Baladas líricas, que puso fin al convencionalismo artístico del siglo XVIII e hizo libre al poeta, para expresar lo que verdaderamente sentía.

Pero el sentimiento, ya sea expresado o no, estaba siempre allí. Antes del período clásico, encontramos en Traherne una poesía claramente animística, con cristianismo injertado en ella. El panteísmo de Wordsworth es un sutilizado animismo. Hay momentos en que su sentimiento recuerda el de un niño o el de un salvaje, que está convencido de que la flor goza del aire que respira.

Debo pedir disculpas al lector por haberme excedido en mi tema, ya que no soy literato, ni católico en mis gustos literarios, y en tales temas puedo solamente exteriorizar lo que siento. La supervivencia del sentido del misterio o de lo sobrenatural en la naturaleza viene a ser para mí, en nuestra literatura poética, como aquel ingrediente de una ensalada que "anima el conjunto". La ausencia de esa emoción me hizo casi intolerable una gran parte de la literatura poética del siglo XVIII de modo que hubiera deseado que el pequeño gran hombre que dominó su época (y que hasta hace pocos meses aun tenía un discípulo en Mr. Courthope) hubiera llegado a su ocaso, aun en su juventud, dejándonos Windsor Forest como único monumento y suficiente título para la inmortalidad.

CAPÍTULO XVIII

Recordando a Mr. Trigg. - Su sucesor, el padre O'Kee fe. - Apacible autoridad de éste y su afición por la pesca. - Pretende O'Keefe ayudar a mi hermano en sus estudios. - Felices tardes de pesca. - De cómo había estado O'Keefe preparando su propia salvación. - Cerriles nuevamente. - Nuestro semanario "El Cofre de Lata". - Las imperativas exigencias del editor. - Mi hermanito menor se rebela. - Destrucción de "El Cofre de Lata". - Lo que su pérdida significó para mí.

EL NUEVO MAESTRO

El relato concerniente a nuestros días de clase, bajo la tutela de Mr. Trigg, fué hecho tan al comienzo de esta narración, que acaso el lector retenga muy pocas de aquellas impresiones. Significaba Mr. Trigg, para nosotros, en modesta escala, una especie de Jekyll y Hyde. Se nos presentaba amable en algunas ocasiones, hosco y truculento en otras. Tamaña dualidad de genio hacía que nos preguntáramos, fuera de clase y en la mesa, ¿es éste nuestro profesor? Cuando nos hallábamos en clase, inquiríamos a la inversa: ¿es éste Mr. Trigg? Como ya he manifestado, se le había prohibido imponernos castigos corporales. La transgresión del mencionado precepto constituyó el motivo de su despido, ya que, según he referido, en uno de sus acostumbrados momentos de mal genio nos aplicó brutalmente la fusta.

Cuando él se fué, no se nos permitió, muy a pesar nuestro, retornar al estado primitivo de pequeños salvajes. Nuestra madre nos señaló ciertas restricciones y estudios tomando o tratando de tomar la nueva carga sobre sí. En consecuencia, debíamos volver a los libros de estudio y pasar tres o cuatro horas todas las mañanas con ella en el aula, aunque, generalmente, quedábamos solos, pues constantemente la reclamaban los quehaceres domésticos. Cuando se encontraba llenando sus funciones magisteriales, dedicaba parte del tiempo a pequeños comentarios y consejos, alternados con las lecciones, pues —como vivíamos en un extraño ambiente moral, donde los hechos al margen de la ley eran comunes, y la diferencia entre el mal y el bien resultaba difícil de distinguir— se preocupaba más de las necesidades de nuestro espíritu que de las intelectuales.

Mis dos hermanos mayores no asistían a estas clases. Se habían percatado, hacía tiempo, que les sería más provechoso convertirse en autodidactos. Por otra parte, la tarea de mantenernos aplicados al estudio a los cuatro menores superaba las fuerzas de mi madre, quien simpatizaba demasiado con nuestra impaciencia ante el encierro, cuando el sol, el aire y el trinar de los pájaros nos invitaban insistentemente a salir para gozar de la vida y divertirnos a nuestro antojo.

En aquella época se halló inesperadamente al sucesor de Mr. Trigg —un verdadero maestro— en la persona del padre O’Keefe, cura irlandés, sin grey ni ocupación.

En una de las visitas periódicas que mi padre realizaba a Buenos Aires, algunos de sus amigos le recomendaron al buen sacerdote, que, después de vagar por el mundo, había sido impulsado a este país por los vaivenes de su existencia, y ansiaba conseguir un sitio retirado donde permanecer a la espera de alguna oportunidad para ejercer su ministerio. Como se encontraba escaso de fondos, aceptó agradecido el cargo de maestro, que —según expresó— le convendría muy bien por una temporada.

El padre O’Keefe poseía características distintas a las de Mr. Trigg. Hombre grandote, con negras vestimentas clericales (algo raídas y amarillentas) tenía una tremenda cabeza y la cara en proporción a ella; todo de un profundo color rosado. Generalmente ostentaba una barba de varios días. De rostro inconfundiblemente irlandés, no pertenecía al tipo gorila tan común entre los curas irlandeses de origen rural, con que se tropieza a cada paso en las calle de Dublín. Procedía, muy posiblemente, de una clase superior, ya que se destacaba la delicadeza de sus facciones. Hombre pesado, además de grande, era menos divertido que Mr. Trigg. Carecía también de su facilidad de palabra fuera de clase. En ésta no se mostraba tan exigente ni tiránico como su antecesor, condiciones que comprobamos con alegría. Al contrario, dentro y fuera de dase, se reveló siempre el mismo: atractivo y plácido de genio; de humor suave y bastante distraído. Se olvidaba de las horas del trabajo escolar, vagando por los jardines y por la huerta, donde poníase a conversar con los peones, y cuando a la larga descubrió que tal costumbre desagradaba a mi padre, nos pidió que le recordáramos la hora de la tarea docente. Es casi innecesario agregar que el hallarlo para tales efectos nos demandaba bastante tiempo. No fué un profesor muy efectivo, porque no sabia ser severo, ni siquiera medianamente firme, y jamás nos castigaba en forma alguna.

Cuando no aprendíamos nuestros deberes, bondadoso con nosotros, trataba de conformarnos, afirmando que habíamos hecho lo posible y que más no podía esperarse de nuestro esfuerzo y de nuestra capacidad.

Por otra parte, siempre mostrábase dispuesto a buscar cualquier pretexto para darnos asueto en la tarde. Pronto descubrimos que tenía excesiva afición por la pesca, siendo capaz de pasarse horas enteras —disfrutando de perfecta felicidad— con la caña en la mano y eso aunque no existiera pez que picara. De consiguiente, cualquier día agradable, de los que invitan a pasear, le manifestábamos que se trataba de un día perfecto para pescar, pidiéndole nos concediera la tarde libre. Luego, durante el almuerzo, expresaba a nuestros padres que nosotros habíamos trabajado con mucha dedicación por la mañana y que seria un error cansar demasiado nuestras jóvenes mentes, lo que afianzaba con proverbios al respecto, aconsejando por fin, que en lugar

de obligarnos a volver por la tarde a clase, se nos permitiera dar una vuelta por el campo. Siempre salía airoso y no bien terminábamos el almuerzo, ensillábamos nuestros caballos, sin olvidar, ciertamente, de traer uno para el padre O'Keefe.

El segundo de mis hermanos mayores, el deportista y peleador, jefe y maestro de todas nuestras travesuras y paseos, se había consagrado al estudio de las matemáticas con su acostumbrado entusiasmo, entusiasmo que desplegaba en toda materia o ejercicio que ocupara su atención, fuese esgrima, boxeo, tiro, caza, etc. Al enterarse de que se habían contratado los servicios del padre O'Keefe, inquirió si el nuevo profesor podría cooperar al mejor éxito de sus estudios matemáticos. El cura contestó favorablemente, asegurando que le sería grato ayudar al joven a solucionar las dificultades. Consecuentemente, se convino que mi hermano daría una hora de clase por la mañana temprano, antes de comenzar las nuestras, y, además, un par de horas en la noche. No tardamos en notar que dichas clases no se desarrollaban en forma satisfactoria. Si bien el sacerdote salía de ellas con su acostumbrada placidez y sonrisa, mi hermano, por el contrario, se retiraba cejijunto, y en cuanto llegaba a su cuarto arrojaba los libros con violencia y — empleando un lenguaje poco moderado — calificaba a O'Keefe de farsante. Afirmaba que sabía tanto de cálculo infinitesimal como un gaucho o un indio. Luego, tomando el asunto a chacota, se reía de las pretensiones del sacerdote, aseverando que sólo estaba habilitado para enseñar el abecedario a pequeñuelos. Agregaba, que más le hubiese gustado que el cura pretendiera tener conocimientos en el arte varonil del boxeo a fin de hacer algunas vueltas con él. Le hubiera complacido adornar de moretones multicolores su cara de embaucador.

No tardaron en ser suspendidas las clases de matemáticas, pero siempre que se proyectaba una cabalgata, mi hermano abandonaba sus libros y encabezaba la partida. El paseo hasta el arroyo, según él, nos brindaba la oportunidad de practicar la equitación y la esgrima de la lanza. Del cañaveral cortaba varios ejemplares rectos, que luego, al llegar al río, aprovechábamos para pescar. Emprendíamos la marcha con O'Keefe a la vanguardia, completamente ensimismado en sus propios pensamientos, mientras nosotros le seguíamos a unos cien metros de distancia. Formados en línea, comenzábamos con nuestros ejercicios. De tanto en tanto perseguíamos al enemigo: O'Keefe. A la voz de nuestro comandante, cargábamos velozmente lanzando un grito y, al llegar a unos cuarenta metros del enemigo, impelíamos nuestras lanzas, de manera que cayeran cerca de las patas de su cabalgadura. En esta forma acometíamos una veintena de veces antes de llegar al arroyo, sin que él sepercata nunca de ello, ni siquiera cuando su caballo coceaba ante la lluvia de lanzas.

Gozamos de las ventajas del sistema O'Keefe aproximadamente un año. De pronto, en su usual forma despreocupada, sin dejar traslucir la marcha de sus cuestiones privadas, declaró la necesidad de entrevistarse con cierta persona, sobre cierto asunto particular... Desde entonces, no volvimos a verlo. Pero incidentalmente,

recibíamos informes de sus andanzas y proceder, de lo cual dedujimos que — durante su permanencia con nosotros y aun durante unos meses anteriores— había estado gestando su propia salvación, tranquilamente, de acuerdo con el complicado sistema que había ideado. Antes de venir a nuestro hogar, vivió en un establecimiento sacerdotal de la capital. Rondando por el palacio del obispo, se dedicó a tramitar la obtención de algún beneficio o destino. Cansado al fin de su vana espera, habíase retirado discretamente de la cofradía, poniéndose en contacto con uno de los pastores protestantes, a quien le insinuó que hacía tiempo padecía de ciertos escrúpulos, entendiendo que su conciencia requería un poco más de libertad que la permitida por la Madre Iglesia, lo que lo había inducido a contemplar con envidia la otra iglesia a cuyos fieles se les acordaba mayor amplitud de acción y de criterio. Sin embargo, manteníase indeciso y, en consecuencia, le interesaría sostener correspondencia sobre asuntos de tanta importancia con algún militante de la otra fe. Esta carta suya mereció cálida acogida y contestación. A ella siguió voluminosa correspondencia y varias entrevistas con diversos clérigos, anglicanos o episcopales no recuerdo bien. También se puso al habla con presbiterianos, luteranos y metodistas, todos con capilla propia en la ciudad. Es posible que hubiera tratado un poco con todos y cada uno de ellos. Aguardó, después, el año transcurrido entre nosotros y durante el cual se entretuvo enseñando a los pequeñuelos, suavizando, a su modo, el camino de las matemáticas para mi hermano y... pescando.

Pero las autoridades eclesiásticas no se habían desembarazado de él y recibían frecuentemente sus noticias, las cuales no resultaban muy gratas. Les manifestaba que había llegado como sacerdote católico romano, a un país de su comunión y que se encontraba como un forastero en tierra extraña. Había esperado, pacientemente, durante varios meses, sin obtener más que promesas y desaires, mientras que a cualquier cura ambicioso y avariento, llegado de España o de Italia, se le recibía amablemente y se le ubicaba de inmediato. Luego, cuando su paciencia y sus escasos fondos se hallaban agotados, la casualidad lo había llevado entre personas ajenas a la fe católica, quienes, no obstante, lo acogieron afablemente. Se sentía humillado y entristecido al comparar la hospitalidad desinteresada y la caridad cristiana, demostrada por aquellos extraños, con el tratamiento que le acordaban sus cofrades de menor, igual o superior jerarquía.

Probablemente haya dicho algo más que esto. Por fin, se le invitó a predicar en una o dos de las capillas protestantes de la ciudad. No se animó a efectuarlo. No le abandonó la sensatez, y, oportunamente, obtuvo su recompensa.

Volvimos a nuestra existencia de antes, es decir, a vivir a nuestro antojo. Mis progenitores pensaron, seguramente, que pasaríamos nuestra vida en el campo, dedicados a la cría de vacunos y lanares, y si alguno de nosotros, como en el caso de

mi hermano el matemático, tenía otras predisposiciones, las desarrollaría por su propio esfuerzo, guiándole su sentido común y sus dotes naturales.

Por mi parte, no sentía inclinación por los libros, que significaban lecciones y deberes, siéndome, por lo tanto, repugnantes. No me convencía fácilmente de que alguien los leyera por placer.

Aunque parezca raro, la única tentativa por mejorar nuestro intelecto en el aludido período provino del segundo de nuestros hermanos mayores, a pesar de que parecía desdeñar nuestra mentalidad infantil y la mía en particular. Un día nos comunicó que abrigaba una gran idea y que nos la iba a exponer. Se refirió a una familia compuesta en su casi totalidad de niños varones que, como nosotros, habitaba en un país inculto y solitario, sin colegio, ni maestros, ni diarios. Aquellos muchachos se entretenían redactando un periódico semanal exclusivamente hecho por y para ellos. Cada uno depositaba su contribución en un elegante jarrón azul, que servía de adorno sobre un estante. El más inteligente de los hermanos seleccionaba los trabajos y transcribía los mejores en una hoja grande. Esta quedaba, así, constituida en el órgano de publicidad, hebdomadario, que titulaban *El Jarrón Azul*, y que leían con deleite todos los de la casa.

Mi hermano propuso que acometiésemos la misma labor que aquellos varones, reservándose, naturalmente, el cargo de editor y comprometiéndose a redactar la mayor parte del periódico, el cual ocuparía dos o cuatro hojas de papel en cuarto, escrito con su hermosa caligrafía y apareciendo indefectiblemente los sábados.

Accedimos gustosos. Como el título nos había llamado la atención y despertado simpatías, nos pusimos a revolver en vano el hogar paterno en procura de un jarrón azul. Tuvimos que darnos por satisfechos con una lata cubierta por tapa de madera y que poseía cerradura. De su llave se incautó el flamante editor. Las colaboraciones se echaban por una rendija hecha por el carpintero en aquel primitivo y tosco mueble, imprimiendo al improvisado adminículo las características del buzón. Pusimos por título al semanario *El Cofre de Lata*. Nuestro director nos indicó que escribiéramos sobre los acontecimientos de la semana respecto a cualquier suceso o cosa que nos llamara la atención, pero aconsejándonos que no incurriéramos en la indiscreción de tratar asuntos o temas que no fueran de nuestro dominio. Yo debía ocuparme de los pájaros, en mérito a que no pasaba semana sin que les contara una historia interesante de alguna extraña avecilla, cuya existencia y especie había descubierto. En consecuencia, se me autorizó a que escribiese desarrollando el mencionado tema, en el mismo tono maravilloso de mis narraciones verbales.

Iniciamos nuestra tarea con gran entusiasmo, intentando, por primera vez en nuestra vida, el propósito de expresar los pensamientos por medio de la palabra

escrita. Todo transcurrió sin tropiezos por algunos días, al cabo de los cuales nos reunió nuestro editor y líder para hacernos una importante comunicación.

Comenzó por mostrarnos una copia en limpio del número programa que preparaba (aunque no nos permitió acercarnos al original) al solo efecto de que pudiéramos apreciar el esmero que le estaba dedicando. Añadió que no podría continuar empleando tanto tiempo como exigía la tarea, ni suministrar el papel, sin recibir de todos nosotros un pequeño concurso monetario. Solamente necesitaría unos centavos semanales de nuestra pequeña renta, cuya falta sin duda no habríamos de notar. Todos otorgamos nuestra aprobación, excepto el hermanito menor, quien tendría unos siete años. Se le amenazó con eliminarlo como redactor "Perfectamente — exclamó —, no contribuiré". Sin éxito ensayamos quebrar su obstinada resistencia; pero no quiso conceder un cobre ni mantener relaciones con *El Cofre de Lata*.

Entonces se desencadenó la ira de nuestro editor y jefe, quien dijo que, no obstante tener escrito ya su artículo de fondo, redactaría otro concluyente para desenmascarar a quien había tratado de hacer fracasar el periódico. Lo exhibiría como al insecto más vil, jamás visto sobre la tierra. Ante tal filípica, mi hermanito prorrumpió en llanto. "Reserva tus miserables lágrimas hasta la aparición del periódico —gritó el otro— pues entonces tendrás sobrada razón para ellas, ya que llevarás un estigma en la frente y todos te señalarán desdeñosamente con el dedo, asombrándose de haber guardado consideración hasta ese instante a tan despreciable persona".

El niño no pudo soportar el rudo golpe moral. Salió precipitadamente de la habitación. Nosotros nos reímos, y el editor, aun encolerizado, también participó de nuestro regocijo, orgulloso de la aplastante repercusión de sus palabras.

Aquella tarde el hermanito menor no se unió a nuestros juegos. Se ocultó para espiar los movimientos del enemigo, que, sin duda, ya se habría entregado —según su exaltada imaginación— a la tarea de escribir el fulminante artículo, en mérito del cual quedaría la pobre criatura marcada para el resto de su vida. A su debido tiempo, el editor, terminado su cometido, salió. Montando a caballo, se alejó al galope. El pequeño aprovechó la oportunidad para abandonar su puesto de acecho y penetrar en la habitación, posesionándose del cofre, que se llevó a la carpintería. Allí con el auxilio del martillo y del formón, lo abrió. Extrayendo el contenido, destrozó los papeles, diseminándolos. Cuando volvió el segundo de mis hermanos y descubrió lo sucedido, presa de fuerte ira, se puso a la busca y captura del minúsculo rebelde que había osado destruir su trabajo. No le fué posible atraparlo, porque en el momento oportuno, el perseguido buscó el amparo y la protección de nuestros padres. Estos, tras de investigar el origen del incidente, dictaminaron: que el muchacho grande carecía del derecho de perseguir al menor. Nuestro jefe y editor en cierne, aparecía como el principal culpable de lo sucedido. Se había excedido en su lenguaje, tan desmedidamente, que el menor lo tomó con toda seriedad. Y, si realmente pensó que

el artículo de *El Cofre de Lata* le iba a ser en tal grado desdorado, ¿quién podría culparle de haberlo destruido?

He ahí el epílogo de *El Cofre de Lata*. Nunca se habló de empezarlo de nuevo, ni mi hermano volvió a mencionarlo. Años más tarde pensé lo lamentable que fué para mí este fracaso. Creo, en virtud de la experiencia posterior, que si el periódico hubiera durado, aunque hubiera sido pocas semanas, habría yo adquirido la costumbre de anotar mis observaciones, hábito sin el cual las más exactas de éstas y la memoria más feliz, de nada sirven al naturalista. Así, pues, a causa de la destrucción de *El Cofre de Lata*, perdí la mayor parte del resultado de mi labor de seis años de vida en continuo contacto con la naturaleza, ya que, únicamente otros seis años después de la rebeldía de mi hermanito, pude advertir la conveniencia y hasta lo indispensable que resulta el anotar todo detalle interesante que se observa.

CAPÍTULO XIX

Nuestro tercer y último maestro - Multiplicidad de su talento.- - Debi-lidad y fracaso. - El hermano "importante". - Fraternal diferencia en todo menos en la voz. - Extraño encuentro - Jack el Matador: su vida y su carácter. - Contienda brava. - Mi hermano requiere ins-trucciones de Jack. - Contraste entre el modo de pelear de los gauchos y el de Jack. - Simulacro de riña a cuchillo. - Una herida y sus consecuencias. - La mirada de Jack. - Estudios ornitológicos. - Proyectada broma de mis hermanos mayores.

HERMANOS

La desaparición del sacerdote nos dejó, más menos, donde estábamos antes de que asomara su gran fisonomía en nuestro horizonte. De cualquier manera, la ilustración recibida de él no había sido mucha. Después, durante bastante tiempo, vivimos en eternas vacaciones, hasta que apareció un tercer maestro en escena: otro forastero más, en un país extraño, donde cayera en desgracia y que estaba dispuesto a pasar su ociosidad educándonos.

Al igual que en el caso de O'Keefe, los amigos que el bondadoso y crédulo padre tenía en la ciudad le endosaron este caballero de quien querían desprenderse. Se lo presentaron como el hombre que necesitaba, bien nacido y educado, etc., pero que había sido bastante desequilibrado. En consecuencia, precisábase alejarlo de las tentaciones de la ciudad, y sosegarlo en un hogar apacible y tranquilo como el nuestro. Aunque sorprenda el caso, resultó el candidato mejor que sus recomendaciones. Hablase educado en un buen colegio y comenzado el estudio de una carrera. Lingüista y músico, le adornaban gustos literarios.

Conocía bien las ciencias y era, además, muy buen matemático... Excuso decir que a mi hermano el estudioso le pareció un ángel bajado del cielo, sin defectos, porque al blasón de matemático se sumaba el de ser un consumado esgrimista y boxeador.

Así fué que ambos no tardaron en cimentar fuerte amistad. Trabajaban con ahinco. Releían los textos. Estudiaban. Luego se retiraban diariamente al monte, una o dos horas, con objeto de practicar la esgrima o de boxear y tirar con el rifle o la pistola. Dedicóse, también con empeño, al más modesto trabajo de enseñarnos a los menores, consiguiendo infundirnos determinado entusiasmo. Eramos, dijo, simplemente pequeños salvajes, muy ignorantes, a pesar de lo cual él había penetrado a través de la espesa corteza que embotaba nuestra mente, deduciendo con agrado que no carecíamos de capacidad, y que si nosotros cooperábamos a sus esfuerzos, dedicándonos de corazón y alma a estudiar, pasaríamos oportunamente del estado larval al de mariposas multicolores.

De suma elocuencia, parecía haber triunfado de la debilidad, o lo que fuere, que le había hecho fracasar antaño. Pero llegó el tiempo en que pidió un caballo y salió para un largo paseo. Comenzó por visitar la estancia de unos ingleses vecinos, donde bebió con desenfado el vino y licores que generosamente se le ofrecieron.

Conclusión: regresó a casa delirando como un loco. Le causaba pésimos trastornos la bebida. A cada exceso, seguían días de arrepentimiento y de melancolía. Después... el olvido, y a emprender de nuevo el buen camino. Esto nos trastornaba bastante a todos, especialmente a mi madre, quien leyó unas cartas que —en un momento de amargura, y conmovido por sus palabras— le había mostrado. Cartas patéticas de una pobre madre a su hijo único y adorado, perdido para siempre en un país lejano.

Las tristes súplicas maternas fomentaron las ansias de mi madre tendientes a lograr su reforma. Estos esfuerzos ayudaron, por algún tiempo, al feliz éxito con que nuestro maestro hizo frente a su debilidad. Pero era el suyo un temperamento asaz confiado. Al poco tiempo, creyéndose definitivamente curado, juzgó llegado el momento de ocuparse en algo más provechoso. Con una idea brillante en su cerebro, nos abandonó, volviendo a la ciudad, a fin de poner en ejecución su pensamiento. Pero ¡ ay! no habían transcurrido muchos meses, cuando —a pesar de haber empezado seriamente a trabajar, disponiendo de amigos, de dinero y de toda probabilidad de triunfo— volvió a caer en el vicio. Y aquella vez su descenso fué tan sin esperanza, que sus amigos lo embarcaron, ignoro si con destino al interior o para su patria. Nunca más supe de él.

En tal forma terminó la última tentativa que realizó mi padre para educarnos en casa. Y tampoco pudo enviarnos a la ciudad. El único colegio inglés para varones,

dirigido por un delicado y enfermizo caballero británico, constituía el foco de todas las fiebres y demás enfermedades propias de la juventud enclaustrada en un local malsano.

Las familias inglesas pudientes enviaban en aquel tiempo los hijos a Inglaterra para su educación; pero ello resultaba muy costoso y nosotros no poseíamos suficiente dinero para seguir tal rumbo. Más adelante, se tuvo que efectuar una excepción con mi hermano mayor, quien, no deseando dedicarse a la cría de lanares ni a otra ocupación de las habituales en las pampas, habíase empeñado en cursar sus estudios en el extranjero.

Por aquella época de mi vida consideraba yo a dicho hermano como persona tan importante, que tendré que dedicarle aún mayor espacio en el presente capítulo que en el anterior. Sin embargo, no era mi hermano favorito. Como me llevaba cinco años, se asociaba, naturalmente, con uno mayor que yo, mientras que a los dos menores se nos dejaba jugar juntos, a nuestra infantil manera. Con mi hermano menor por único compañero, se prolongó mi niñez, y cuando yo contaba diez años, el mayor me parecía un mozo. Los cuatro no teníamos más rasgo común que la voz, siendo distintos en carácter y en apariencia. La voz heredada de nuestro padre era el único lazo evidente de parentesco. Pero creo que en igual forma, en el fondo de nuestras personalidades tan diversas, había una recóndita calidad, un algo del espíritu que nos aunaba, y esto me parece que lo habíamos heredado de nuestra madre.

Respecto a la voz, relataré una anécdota de aquella época, es decir, cuando transcurría mi décimo año de vida. Mi hermano fué un día a Buenos Aires, donde llegó al anochecer y dejó su caballo en la caballeriza de costumbre. Al salir habló con el peón, dándole instrucciones. No bien lo hizo, oyó una voz débil tras la puerta entreabierta de una pieza obscura, que daba sobre el patio. La voz decía: "¡Ahí habla un Hudson! ¿Padre o hijo, cuál es?" Mi hermano penetró en la pieza exclamando: "Sí, soy Edwin Hudson, ¿quién es usted?" "¡Oh, cuánto me alegro de verte por aquí! replicáronle —. ¡ Soy tu viejo amigo Jack", y así se produjo un dichoso encuentro entre el muchacho de dieciséis años y el canoso y abatido peleador y vagabundo, conocido en toda nuestra región por Jack el Matador, además de otros temibles apodos, tanto en inglés como en castellano.

Ahora se hallaba solo, sin amigos ni plata, enfermo y postrado en un catre, que el caballerizo le había facilitado en su pieza. Mi hermano regresó entristecido por la penosa situación del pobre Jack, aunque contento de haberle podido prestar alguna ayuda.

Jack el Matador pertenecía al número de esos ingleses extraños, que solían encontrarse en aquellos tiempos, y que se adaptaba a la vida gaucha, cuando el gaucho era más libre y vivía más al margen de la ley que ahora, lo cual jamás volverá a

sucedier, salvo que esas vastas llanuras se despoblaron en lo futuro y volvieran a ser como hace medio siglo.

El azar lo había conducido a tan lejanas regiones durante su juventud. Gustándole la sencilla vida de los nativos, se había acriollado, adoptando su vestimenta e idioma. Fué domador, tropero y muchas otras cosas. Igualmente y como cualquier otro gaucho, sabía fabricar con cuero crudo sus riendas, rebenques y otros arreos, lo mismo que lazos y boleadoras.

Cuando no trabajaba, jugaba y bebía como los demás, y también peleaba. En esto último, no obstante, se diferenciaba del gaucho. Jack había podido asociarse con los nativos, pero no identificarse con ellos. La estampa del extranjero, del inglés, nunca pudo borrarse del todo. Retenía cierta dignidad —una reserva casi rígida en sus modales— que lo distinguía de los otros y que lo hubiera convertido en blanco de graciosos y "compadres", entre los compañeros, a no ser por su orgullo y por su implacable habilidad en la defensa de su integridad personal.

No podía soportar que se burlaran despectivamente de él por ser "gringo". A causa de su idiosincrasia, se vió envuelto en un sinnúmero de altercados, de los cuales se desprendió, como desagradable conclusión, que cuando peleaba lo hacia a muerte. Considerábase tal proceder de muy mala ética. Aunque muchos hombres morían en duelo, el gaucho entiende que ésa no es la intención del combate, sino, más bien, vencer al adversario marcándolo y conquistando, en esa forma, fama y gloria de valiente. Jack, en consecuencia, les irritaba y deseaban deshacerse de él. No tardó en darles buen pretexto. Mató, en duelo criollo, a un famoso peleador, que tenía muchos parientes y amigos, algunos de los cuales resolvieron vengar la muerte. Una noche se juntaron nueve hombres y llegaron al rancho donde Jack dormía. Permaneciendo dos de ellos en la puerta, para cortarle la retirada, los otros irrumpieron en la habitación con sus facones en la mano. Jack se despertó al abrirse la puerta, y, adivinando la causa de la visita, manoteó el cuchillo que tenía bajo la almohada, saltando como un gato de la cama. Entonces comenzó una extraña y sangrienta lucha. Un hombre desmido, provisto de simple arma de hoja corta, luchaba contra siete armados de tremendos facones, dentro de minúscula habitación oscura como boca de lobo. Jack les aventajaba, en razón de que sus pies descalzos no producían ruido en el piso de tierra, y además, porque conocía la exacta ubicación de los escasos muebles. Poseía, por otra parte, una agilidad asombrosa. La intensa falta de luz también le favorecía. No pudieron los atacantes evitar el herirse entre sí. Resultado: tres murieron y los otros cuatro quedaron heridos, más o menos gravemente. Desde entonces Jack pudo vivir entre el paisanaje como un pacífico y tranquilo miembro de la sociedad, siempre que no se burlaran del "gringo".

Mi hermano, naturalmente, consideraba a Jack como a uno de los más grandes héroes. En cuanto sabía que se hallaba por el pago, montaba a caballo e iba en su

busca, pasando horas enteras en su compañía, haciéndole relatar aquella terrible pelea que sostuvo en las tinieblas contra tantos enemigos. Una de las consecuencias de aquella amistad, fué la de sentirse descontento de sus conocimientos del arte del boxeo. Pensaba que hacía muy bien adiestrándose en el florete y el boxeo, así como también en convertirse en buen tirador, pero que, viviendo entre gente que usaba solamente el cuchillo, si por casualidad fuera atacado y careciera de pistola u otra arma de fuego, se encontraría en una situación desagradable. Por lo tanto, opinaba que debía practicar el manejo del facón. Quería, pues, que Jack (quien había obtenido tanto éxito empleando tal medio de defensa) le enseñara su manejo. Jack meneó la cabeza. Si su joven amigo deseaba aprender el método gaucho, le sería fácil, El gaucho envolvía su poncho en el brazo izquierdo a manera de escudo y blandía con la derecha su facón, arma de hoja parecida a la de una espada y con ese en el cabo.

El floreo del facón implicaba todo un arte impresionante, cuando dos rivales de fama se enfrentaban, y sus armas, reflejando el sol, parecían dos ruedas resplandecientes o espejos giratorios. El objetivo de cada hombre era encontrar la oportunidad de marcar la cara de su adversario con un veloz tajo. Jack conceptuaba como bonito tal espectáculo, pero entendía también, que se reducía a mero juego y jamás quiso practicarlo. El no reñía por inclinación. Le gustaba vivir entre los gauchos y ser uno de ellos, pero no para pelear. Hombres había que nunca habían sostenido una riña ni habían sido desafiados. El anhelaba hacer lo propio. Jamás cargó una pistola; llevaba sólo el cuchillo, un cuchillo corto, de trabajo y no para querellas. Pero cuando se percató de que, a pesar de todo, tenía que pelear o de lo contrario vivir sufriendo y despreciado, blanco obligado de todas las pullas de los pendencieros, comenzó a luchar en una forma tan personal y espontánea, que no le era posible enseñar a otro. En el momento de peligro, cuando relucían los cuchillos, se transformaba todo su ser. Saltaba como un objeto de goma de un lado a otro, no quedando quieto en el mismo sitio ni por una fracción de segundo. Poseía la elasticidad del felino, pareciendo un resorte de acero — como ustedes quieran —, pero lo cierto es que era algo que giraba alrededor de su contrario, quien de pronto lo juzgaba a su alcance y de pronto advertía que se le había escurrido diez metros. Cuando amagaba un golpe por un lado, lo daba por otro, en tal forma que, a los dos minutos, el rival, ofuscado, tiraba a ciegas. Al presentársele la oportunidad, no trataba de herir o marcar al contendiente, sino que le hundía el cuchillo en el corazón con toda fuerza. En esa forma combatía y mataba, y en esa forma, también, había logrado su anhelo de vivir en paz, hasta la vejez, sin que ningún guapo le dijera: "¿Se considera todavía un matador de hombres?, pucsü entonces máteme y compruebe su derecho al título". Tampoco se atrevían a llamarlo "gringo".

Mi hermano no se disuadía del propósito de aprender a defenderse cuchillo en mano. A menudo salía al monte, donde practicaba durante una hora, eligiendo cualquier árbol por adversario, tratando de imitar el arte espontáneo de Jack, saltando

de acá para allá en torno de su enemigo y tirándole golpes fatales. Como el árbol se quedaba inmóvil y tampoco disponía de cuchillo para defenderse, no le resultó la práctica muy satisfactoria. Así fué que un buen día nos propuso, a mí y a mi hermanito menor, sostener una lucha armados de arma blanca, para comprobar si adelantaba. Fuimos al otro extremo del monte, donde no podíamos ser vistos, y sacando tres cuchillos muy grandes, con hojas como las empleadas por los carniceros, nos indicó que le atacáramos con todas nuestras fuerzas, haciendo lo posible por herirlo, ínterin él se limitaría únicamente a la defensa. Al principio nos resistimos, recordándole que nos había castigado terriblemente con los guantes y el florete, y que sería mucho peor con los cuchillos, pues nos destrozaría. No pensaba lastimarnos, dijo. Hallábase absolutamente seguro de que no existía peligro alguno para nosotros, ni creía por un momento que pudiéramos alcanzarlo, a pesar de nuestros esfuerzos. Consiguió convencernos y quitándonos los sacos, los envolvimos en la zurda, a lo gaucho, atacándolo con todo brío mientras él bailaba, saltaba y volaba a lo Jack el Matador, utilizando su facón únicamente en la defensa, haciendo lo posible por desarmarnos, pero en una de esas intentonas, se le fué la mano, hiriéndome en el brazo derecho tres pulgadas por abajo del hombro. Brotó la sangre y me tiñó la manga. Terminó la pelea. Desesperado, él corrió hasta la casa, volviendo rápidamente con una jarra de agua, una esponja, una toalla y lienzos para vendarme la herida. Me había inferido un tajo profundo cuya cicatriz aun conservo. Todas las mañanas al lavarme, me fijo en ella, y evoco aquella peripecia lejana.

Al fin consiguió detener la sangre y vendándome fuertemente el brazo, exclamó desconcertado: "Claro que ahora todos tendrán que saberlo". "¿Por qué? —respondí. Mi brazo ya no sangra y nadie se dará cuenta. Si notan que no lo uso, podré decir que me he golpeado".

Esto lo tranquilizó y, agradecido por mi actitud, me palmeó la espalda, alabando mi hombría. Era la primera vez que hacía tal cosa. Ser ponderado por él equivalía a tan raro y precioso don, que me enorgulleció, al extremo de convencerme de mi eficacia como "cuchillero". Cuando todo rastro de sangre hubo desaparecido, regresamos a casa y durante la cena estuve más conversador y alegre que de costumbre, no solamente para alejar sospechas, sino también para probar a mi hermano que podía sobrellevar los reveses con fortaleza.

Sin duda le divirtió mi comportamiento, pero no se rió de mí. Quizá porque se sentía demasiado contento de no haber sido descubierto.

No se repitieron los duelos criollos, a pesar de que al cicatrizar la herida, mi hermano volvió sobre el asunto dos o tres veces, pretendiendo convencerme de que nos sería sumamente útil saber defendernos, ya que estábamos obligados a convivir con gente que sacaba el cuchillo con la misma facilidad con que un gato saca las uñas.

Tampoco sirvieron para despertar mi entusiasmo el recuento de las gloriosas y sangrientas hazañas de Jack el Matador. Aunque éste tenía modales quietos y suaves como el que más, nunca pude evitar una curiosa vacilación, una emoción desagradable en su presencia, especialmente cuando me miraba con sus bellos ojos color gris claro y vivos como los de un muchacho, pero con expresión que imponía, por lo penetrante y concentrada, recordándome la mirada del felino, que se mantiene inmóvil, pronto para lanzarse sobre el ratón o el pajarito.

Con todo, la pelea y su consecuente herida tuvieron para mí el resultado feliz de que mi hermano fuera menos prepotente, empezando hasta a tomar cierto interés en mis gustos y en mi genio solitario.

Un pequeño incidente, relacionado con un pájaro, hizo resaltar este nuevo interés de manera muy agradable para mí. Le conté a él y a mi hermano mayor que había notado un detalle interesante y que éste me permitió realizar cierto descubrimiento. Nuestra especie más común era el tordo, parásito que ponía sus huevos en los nidos de otras aves. Su color era purpúreo oscuro y lustroso, casi negro. Al observar dos de estos pájaros, que pasaban volando, noté que tenían una pintita color castaño debajo del ala, lo cual denotaba que no pertenecían a la misma variedad. Recordé, entonces, que había oído un trino singular proferido por lo que yo creía el tordo común y que, sin embargo, era distinto a cualquier nota habitual de este pájaro. Siguiendo tal indicio llegaba a la conclusión de que existía, en nuestro monte, un pájaro análogo al tordo en tamaño, color y aspecto general, pero de otra especie.

Pareció entretenerlos mi hallazgo. Pocos días después me interrogaron minuciosamente sobre si había recogido alguna otra nota particular entre los pájaros. Mostráronse desencantados cuando les respondí que carecía de novedades. Nada nuevo tenía que contarles.

Al día siguiente, mi hermano me confesó que, juntamente con el mayor, habían tramado una broma. Habiendo conseguido un tordo, le pintaron la cola de color escarlata subido. Soltáronlo luego, en la esperanza de que yo lo encontraría en mis paseos por el monte mientras observaba los pájaros, y que me maravillaría al hallarme frente a otra especie más de tordo purpúreo y de cola escarlata, diferenciado del común por esta última característica.

Sin embargo, después de reflexionar, se alegraba de que no lo hubiera encontrado, privándoles del placer de burlarse de mí. Se manifestó, a la sazón, avergonzado por haber querido hacerme aquella broma de mal gusto.

CAPÍTULO XX

Visitando los bañados. - Juncales y pajonales. - Abundante vida alada. Metrópoli de las gallaretas. - Espantándolas. - Colonias de garzas y dormilones. La guarida del halcón caracolero. - Hermoso jacaná y sus huevos. - Colonia de varilleros. - Música de aves. - El duraznillo, planta acuática. . Nido y huevos del varillero. - Recordando una belleza desaparecida. - Juegos con los gauchitos. - Herido por un mal muchacho. - El consejo del puestero. - Obtengo mi revancha a traición. - ¿Bien o mal? - Boleadas de avestruces.

CAZANDO PÁJAROS EN LOS BAÑADOS

Me pasaba casi todas las horas del día al aire libre. Si no estaba observando los pájaros en nuestro monte o vigilando la majada, que pacía a unas cuadras de la casa —en ausencia del puestero o de su chico—, salía al campo con mi hermanito menor a buscar huevos o con otros propósitos infantiles.

Durante la primavera y el verano frecuentábamos las lagunas y bailados, lugares muy atractivos para mí por la abundancia de aves que en ellos se guarecían. Había cuatro lagunas, todas en distintas direcciones, ubicadas aproximadamente a una legua de nuestra casa. Eran pequeños lagos de poca profundidad, que abarcaban trescientos o cuatrocientos acres cada uno, con un poco de agua libre en el centro y el resto cubierto por grandes pajonales e inmensos juncales. Estos se prestaban para nuestras exploraciones, cuando el agua no pasaba de la cincha del caballo. Los lustrosos tallos redondos y oscuros, coronados por penachos marrón claro, se elevaban por encima de nuestras cabezas cuando obligábamos a las cabalgaduras a internarse. Ahí hallábanse los criaderos de unas avecillas que tenían sus nidos hermosamente contruidos a cerca de sesenta centímetros sobre el nivel del agua, sujetos a uno, dos o tres juncos.

También allí descubrimos los nidos de varias especies grandes: mirasoles, garzas, brujas, biguás y, ocasionalmente, del halcón. Esas aves construyen sus nidos en los árboles, en lugares boscosos; pero en las pampas desnudas, anidan en los juncales. La cuarta laguna no tenía ni pajonal ni juncal y estaba casi totalmente cubierta por una exuberante vegetación de camalotes, planta que, a la distancia, parece almizcleña silvestre o mimulus, por sus masas de hojas verde claro y brillantes flores amarillas. Además me fascinaba por la gran abundancia de pájaros, algunos de ellos de especies que no se criaban entre los juncales. Era más bien la metrópoli de las gallaretas, que antes y después de la época de cría se congregaban en bandadas de centenares sobre las orillas, dando, con sus oscuros cuerpos, un aspecto raro al verde y húmedo césped. Me parecía la reproducción, en modesta escala, de una escena que presenciara en otras oportunidades: un rodeo de dos o tres mil vacunos negros, paciando sobre la vasta llanura, los cuales pertenecían a un importante establecimiento que sólo los criaba de ese pelaje. Siempre nos agradaba dar con una bandada de

gallaretas asoleándose a cierta distancia de las márgenes. Castigando nuestros caballos cargábamos sobre las mismas, a fin de presenciar su terrorífica y apresurada fuga hacia la laguna, que cruzaban casi al nivel del agua que tocaban apenas con las patas, levantando denso goterío a su paso. Las gallaretas existían en todas partes, pero aquella laguna constituía el único sitio vecino, donde se criaba la garza. Allí podíamos encontrar centenares de nidos, algunos con huevos y muchos otros que resultaban nidos falsos, siendo imposible distinguirlos, hasta no quitarles los yuyos húmedos que los cubrían.

Otro pájaro que difícilmente se encontraba en distinto lugar, era la becasina moteada, de verdoso pico corvo. Tiene costumbres muy perezosas; se levanta del suelo únicamente cuando casi se le pisa, y luego sale volando en una forma errática como ave nocturna, para descender nuevamente y esconderse a corta distancia. Los paisanos le llaman "dormilón". En uno de los extremos de la laguna, donde el terreno era pantanoso, habíase formado una verdadera colonia de estas raras aves; a cada paso se nos salían casi de debajo de las patas del caballo y si desmontábamos, hallábamos el pequeño nido sobre la tierra húmeda, escondido entre el pasto, y en el cual siempre había dos huevos con pintas oscuras, tan compactas, que parecían completamente negros.

Existían, asimismo, otras lagunas, pero a mayor distancia que las citadas, por cuyo motivo sólo las visitábamos muy de tarde en tarde, debiendo describir una de ellas en particular, porque allí había ciertas especies que no se criaban en otras partes.

Era más pequeña y menos profunda que aquellas a las que precedentemente me he referido, razón por la cual las aves grandes, como la cigüeña, el tuyuyú, el chajá, la bandurria, el ibis rojo de América y la espátula rosada, podían vadearía en todas direcciones, sin mojarse las plumas. Era una de aquellas lagunas que se van secando paulatinamente, y estaba cubierta en gran parte, con camalotes entreverados con juncos y pajonales. Siendo la única en nuestra comarca donde se reproducía el caracol grande, había atraído al pájaro que se alimenta de ellos —el halcón caracolero—, ave de color pizarra, muy parecida al gavilán por su tamaño y vuelo. Pero como se alimenta exclusivamente de caracoles, vive en paz y armonía con los otros habitantes plumíferos del bañado. Siempre se mantenía una colonia de unos cincuenta de estos grandes halcones en ese lugar.

Un pájaro aun más interesante era el jacaná, según se cataloga en los libros, al que llaman "ya-sa-ná" los indios del Paraguay. Se trata de un ave curiosa, parecida a la gallineta y que se la juzga emparentada con la familia de los chorlos. De color negro y marrón rojizo, las plumas de sus alas lucen un brillante verde-amarillento. Tiene dedos enormemente largos, púas en las alas y barbas amarillas.

Allí vi por primera vez tan extraña ave, e imaginad mi gran alegría al encontrar igualmente su nido durante tres veranos consecutivos, conteniendo tres o cuatro huevos color arcilla, con pintas castaño-rojizo.

Además, allí se criaban el hermoso tero real y otras variedades demasiado numerosas para citar. Mi mayor placer fué también ver en ese sitio al pájaro que apreciaba sobre todos los otros que he mencionado: el varillero, una especie de pecho colorado, del tamaño del tordo común y, al igual que él, de un color purpúreo uniforme, pero con un copete de plumas castaño. Amaba a dicho pájaro por su canto de delicada ternura en sus trinos. A veces, en primavera y verano, grandes bandadas de pechos colorados visitaban nuestro monte; posándose en cantidades sobre un árbol, cantaban todos juntos, produciendo una música maravillosa y bella como de centenares de cascabelitos sonando armónicamente y a un tiempo.

Fué en las inmediaciones de esta laguna donde hallé sus nidales; un lugar en el que había de trescientos a cuatrocientos nidos cercanos entre sí, nidos que —con los huevos y las plantas que los soportaban y los solícitos pájaros purpúreos volando a su alrededor— brindaban un cuadro de hermosura encantadora. Aquel nidal estaba en lugar bajo y pantanoso. donde crecía una planta semiacuática denominada corrientemente duraznillo.

Posee la citada planta un solo tallo blanco, leñoso en apariencia, de dos a tres pies de alto y un poco más grueso que el dedo mayor, culminando en una corona similar a palmera de largas hojas sueltas y lanceoladas, pareciéndose al ailanthus, el que tiene un tronco delgado y perfectamente blanco. Las flores solanáceas son color púrpura y dan frutos del tamaño de una cereza, negra como el azabache y en racimos de tres a cinco o seis.

En tal bosque de pequeñas palmeras, colgaban los nidos sujetos a los troncos, en los cuales dos o tres crecían simultáneamente. Recuerdo aquella clase de nido largo y profundo, hábilmente construido y entretejido con hojas secas del pajonal. Los huevos eran blanco-azulados, como leche descremada, con pintas negras en la base. Tan encantadora parte del bañado, con su bosque de primorosos árboles en miniatura, donde los sociables varilleros cantaban y tejían sus nidos y criaban sus pichones en sociedad, será ahora —atrévome a afirmarlo— un inmenso campo de maíz, alfalfa o lino. Los que hoy trabajan y viven allí, no sabrán nada de los hermosos huéspedes anteriores, ni habrán visto jamás, ni oído hablar, del pecho colorado con su plumaje púrpuro, su copete castaño y su delicado y trémulo canto. Cuando evoco las simpáticas escenas del pasado, y rememoro esos campos de juncos y de flores con sus variadas y diversas especies de pájaros silvestres —la nube de relucientes alas, los gritos que regocijaban el corazón, el goce que todo eso representó para mí en la mocedad, alégrome al pensar que nunca más los volveré a ver, y que terminaré mi vida a miles

de millas de distancia, manteniendo hasta el último momento en mi espíritu la imagen de una belleza que ha desaparecido de la tierra.

Mi hermano mayor nos acompañaba, a veces, cuando íbamos a buscar huevos a las lagunas o cuando salíamos a caballo en dirección a los dos o tres arroyos, para bañarnos y pescar. No compartía, empero, nuestros juegos y pasatiempos con los .hijos de los gauchos, a los que consideraba sus inferiores. Nosotros organizábamos carreras con nuestros petisos, y cuando las había en la vecindad, mi padre nos facilitaba algún dinero para poder participar en las de los muchachos. Rara vez ganábamos cuando había apuestas. Los paisanitos eran demasiado mañosos, apelando a toda clase de tretas para vencernos, aun cuando nuestras cabalgaduras fueran superiores a las suyas. También cazábamos perdices y, en ocasiones, simulábamos combates a lanza, con cañas que cortábamos del cañaveral.

Estos juegos se caracterizaban por su brusquedad, y un día, en que estábamos armados de verdes y flexibles ramas de álamo en lugar de las cañas, sosteniendo una pelea a la carrera, uno de los muchachos se enojó conmigo por cualquier fútil motivo y, quedándose atrás, se me acercó solapadamente por la espalda y me dió tan formidable golpe en la cabeza y en el rostro con su vara, que me derribó. Los demás, siguiéronlo a la carrera, dejándome solo. Montando mi petiso, regresé a casa llorando de dolor y de rabia. Los golpes habían sido dirigidos a la cabeza; pero la vara flexible se había doblado sobre mi cara, desde la frente hasta el mentón, despellejándome. Por el camino tropecé con nuestro puestero, contándole lo sucedido. Le manifesté que iría a quejarme a los padres del muchacho, pero él me aconsejó que no lo hiciese. Agregó que tenía que aprender a defenderme solo y que si alguno me causaba un daño y deseaba su castigo, yo mismo debería infligírselo. Si hacia aspavientos y me quejaba, se reirían de mí. A mi alevoso agresor no le harían nada. "¿Qué iba a hacer —le pregunte— si el otro era mayor y más fuerte que yo, y llevaba además un pesado rebenque y cuchillo?" "¡Ah!, no te apurés para hacerlo —me replicó—. Esperá una buena oportunidad, aunque tengás que aguardar días y, cuando llegue, debés hacerle a él lo que te hizo a vos. No le des ningún aviso, simplemente voltealo del caballo y quedarás a mano".

Como éste era un buen hombre, respetado por todos, celebré que su sabiduría y amistad me sugirieran un procedimiento tan sencillo y fácil. Secándome las lágrimas, volví a casa donde me lavé la cara. Al interrogárseme cómo me había herido de tal manera que llegaba a desfígurarme, contesté que no era nada. Dos días más tarde, mi enemigo apareció por la estancia. Reconocí su voz en la tranquera y, atisbando, lo divisé a caballo. Su conciencia culpable le acusaba. Temía bajarse, pero vacilaba entre el recelo de lo que podría sucederle por lo que me había hecho y el ansia de saber mi estado de ánimo al cabo de dos días. Me fui a la pila de leña y elegí una caña de bambú, de unos seis metros, no tan pesada como para no sostenerla con facilidad y

llevándola a manera de lanza, marché hacia la tranquera empezando a revolverla en cuanto me acerqué, con la sonrisa en los labios. "¿Qué vas a hacer con esa caña?", me gritó nervioso. "Espera y verás —le respondí—. Es algo para hacerte reír . Entonces, después de revolver la caña una media docena de veces más, la dejé caer repentinamente con toda mi fuerza sobre la cabeza del paisanito, haciendo exactamente lo que me había aconsejado el puestero, pues cayó limpito del caballo.

Pero el golpe no lo había aturcido y levantándose furioso y dando alaridos, desenvainó el cuchillo para matarme. Yo, por razones estratégicas, retrocedí con bastante prisa, y como sus gritos atrajeran pronto a varias personas hacia el lugar, recobrando el coraje volví y le dije en tono triunfal: "Ahora estamos a mano".

Entonces llamaron a mi padre para que nos juzgara. Mi progenitor —después de oír ambos alegatos— se sonrió, expresando que no necesitaba expedirse, pues ya habíamos arreglado el asunto entre los dos y no quedaba nada pendiente. Me reí y mi enemigo, echándome una mirada feroz, montó a caballo y se alejó sin pronunciar palabra.

Esto fué solamente porque aun le dolía el golpe en la cabeza. Cuando torné a encontrarle, fuimos de nuevo buenos amigos. Más de una vez, durante mi vida, al reconstruir mentalmente ese episodio, me pregunté si procedí bien al seguir el consejo del puestero. ¿Hubiera sido mejor, al salir a su encuentro con la caña de bambú y al preguntarme él qué iba a hacer con ella, que me hubiera acercado mostrándole la peladura que me cruzaba la cara, desde la barba a la sien, cubierta con una costra negra, y decirle: "Esta es la marca del golpe que me diste anteayer, cuando me volteaste del caballo. Ves que está en el lado derecho del rostro. Ahora toma la caña y dame otro golpe en el izquierdo"? Tolstoi —mi autor preferido, entre paréntesis— hubiera contestado: "Sí, verdaderamente hubiera sido mejor para ti. Mejor para tu alma". Sin embargo, todavía me pregunto: ¿Hubiera sido mejor? Y si el incidente volviera a mi memoria, un segundo antes de mi desaparición de este mundo, todavía estaría en duda.

Uno de nuestros pasatiempos favoritos en aquella época —el único que hacíamos a pie con los chicos nativos— era la boleada del avestruz. Para este juego habíamos fabricado boleadoras, diferentes a las que usa el cazador, avezado en la caza del verdadero avestruz o rhea. Las bolas, en lugar de ser de plomo, eran de madera liviana, para no lastimarnos. Generalmente, el muchacho más veloz hacía de avestruz, alejándose y vagando por la llanura, a imitación de éste, haciendo como que comía el trébol, caminando en posición encorvada, dando corriditas y moviendo los brazos como si fueran alas e irguiéndose para imitar el zumbido hueco que produce el ñandú macho cuando llama la cuadrilla.

Luego, los boleadores entraban en acción. Comenzaba la caza. El seudo avestruz corría presurosamente haciendo gambetas procurando disimularse detrás de los cardos, arrojándose al suelo para levantarse cuando oía los gritos de los perseguidores que se acercaban y volviendo a correr. Por momentos, las boleadoras volaban por el aire. El las esquivaba hasta que, al final, alguna de ellas se le enredaba en las piernas, echándolo por tierra. Entonces los cazadores lo rodeaban y, sacando los cuchillos, empezaban las operaciones, imitando el acto de cortarle la cabeza. Después hacían como que se dividían el cuerpo, quitándole la pechuga y los alones, que son los mejores trozos para comer, hablando mientras tanto de la condición y edad del ave. En seguida venía la parte más interesante o sea el momento de abrir el buche y de examinar su variado contenido. Más adelante se oía un grito de regocijo cuando uno de los muchachos afirmaba que había realizado un descubrimiento importante —una gran moneda de plata, un patacón— armándose una discusión y, a veces, hasta una pelea, luchando y revolcándose en el pasto para conquistar la moneda imaginaria.

Terminada la incidencia, el avestruz muerto se levantaba y se unía a los cazadores, mientras que el muchacho que lo había cazado, se trocaba en falso avestruz y la caza empezaba de nuevo.

Cuando se realizaba el juego, siempre me elegían como primer ñandú. En ese tiempo yo corría y saltaba más que cualquiera de los compañeros, aun cuando me llevaran tres o cuatro años de edad. Sin embargo, estos juegos —carreras a caballo, simulacros de peleas, boleadas del avestruz y otros— no me daban una satisfacción inmutable. Apenas se terminaban, volvía con una especie de sensación de alivio a mis paseos solitarios y a la observación de los pájaros, deseando que llegara el día en que mi despótico hermano me dejara usar una escopeta y practicar el único deporte que deseaba: la caza de patos silvestres. Pronto llegó ese día, y servirá de tema al capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXI

Mi hermano el deportista y la armería. - Acompáñole en sus cacerías. - Los chorlos. - Cazando patos. - Nuestro castigo. - Aprendo a tirar. - La primera escopeta. - Iniciándome en la caza. - Mi táctica con los patos. - Defecto de mi arma. - Empleo del trabuco. - Se termina la munición. - Aventura con un pato picazo. - Pólvora gruesa y munición casera. - Peligro de guerra. - Preparados para la defensa. - Alejamiento del peligro. - Mi hermano abandona el hogar.

AVENTURAS DE CAZA

He dicho que no se me permitió cazar con armas de fuego hasta los diez años de edad. El afán de hacerlo lo abrigaba desde tiempo atrás. No contaba más que siete, cuando ya deseaba ser más grande, o por lo menos, más fornido, para poder salir, al igual que mi hermano, con una escopeta y dedicarme a cazar pájaros mayores. Cuando recurría a él con tal propósito, el requerido se negaba terminantemente. Allí concluían mis tentativas.

Virtualmente, se había convertido aquel hermano en guardián de todas las armas de la casa. Estas se componían de tres escopetas, un rifle, un viejo mosquete de chispa marca Tower, sin duda caído de las manos de algún soldado británico, muerto en uno de los combates callejeros que tuvieron lugar en Buenos Aires en mil ochocientos seis o mil ochocientos siete, un par de pistolas de caballería y un impresionante y formidable trabuco con boca tan amplia como el platillo de una taza de té. A su cuidado se hallaban también los sables. A nuestros vecinos nativos todo esto les parecía una asombrosa colección de armas, porque en esos días ellos no poseían las de fuego, salvo en casos excepcionales, cuando algún soldado desertor dejábales abandonada su carabina. Conseguida ésta, la mantenían bien escondida, a fin de que las autoridades no la encontrasen si procedían a la búsqueda correspondiente.

Ya que no podía cazar, acompañaba yo a mi hermano en sus expediciones para cuidarle el caballo y recoger los pájaros heridos o muertos. Le quedaba profundamente agradecido si me toleraba servirle en tan humilde forma.

Tuvimos juntos algunas aventuras bastante interesantes. Un día de verano volvió él apresuradamente a casa en busca de su escopeta, pues había visto posarse a una inmensa bandada de chorlos pampa, en un lugar distante diez cuadras de nuestra casa. Con el arma y una bolsa para traer la caza, montó el petiso, conduciéndome en ancas; porque nuestros petisos estaban acostumbrados a llevar dos y hasta tres de nosotros si era necesario. Encontramos las aves donde las viera asentarse; miles de ellas iban de un lado al otro, muy ocupadas, buscando sustento sobre la tierra húmeda.

El pájaro del cual hablo es el *charadrius dominicana*, que se cría en la América Septentrional y emigra en agosto y septiembre a los llanos del Plata y de la Patagonia, cubriendo así unas 16.000 millas cada año. En apariencia, se asemeja tanto a nuestro chorlo, *charadrius pluvialis*, que es difícil distinguirlos entre sí. Se trataba de pájaros muy mansos. Todas nuestras aves silvestres eran demasiado apacibles, aunque no exageradamente "mansitas" como las encontró Alejandro Selkirk en su isla; la del poeta, no la del verdadero Selkirk.

Estando los pájaros tan diseminados, lo que correspondía hacer era echarse a tierra y tirar colocando el caño de la escopeta al nivel de la bandada. El resultado fué que la munición entró entre ésta, a unos 30 ó 40 metros, matando 39 pájaros, que

metimos en la bolsa. Subiendo al petiso volvimos a casa a todo galope. Ibamos en pelo y como el lomo del animal se inclinaba hacia adelante, nos fuimos corriendo más y más hasta que estuvimos casi sobre el pescuezo. Yo le gritaba a mi hermano que lo sofrenara, pero él tenía la escopeta en una mano y la bolsa en la otra y había perdido las riendas. El petiso, sin embargo, pareció haber entendido, pues se paró de golpe a orillas de un charco de agua de lluvia, al cual fuimos a parar de narices. Cuando levanté la cabeza, vi la bolsa de pájaros a mi lado y la escopeta debajo del agua a poca distancia. Unos tres metros más allá, mi hermano acababa de levantarse, De su largo cabello chorreaba el agua y su rostro expresaba el asombro. Pero como el charco se hallaba limpio y blando su fondo de pasto, no nos lastimamos.

Sin embargo, en ocasiones, las cosas resultaban más serias. En una de ellas nos convenció a mí y a mi hermanito el menor de que le acompañáramos en una proyectada y secreta expedición que había planeado. Debíamos partir a caballo, antes del amanecer, para llegar a uno de los bañados que distaba unas veinte cuadras de casa. Cazaríamos muchos patos y regresaríamos a la hora del desayuno. Lo esencial era mantener el plan en reserva para que todo saliera bien, pues la gran cantidad de aves que traeríamos de vuelta nos haría perdonar la escapada.

Al anochecer, en vez de soltar nuestros petisos como de costumbre, los atamos en el monte y a eso de las tres de la mañana salimos cautelosamente de la casa y emprendimos nuestra aventura. La mañana era de invierno, nebulosa y fría cuando aclaró. Los patos estaban excesivamente ariscos a esas horas. En vano perseguíamos las bandadas. Mi hermano las acechaba en los pajonales, con el agua más arriba de las rodillas. No pudo, empero, cazar ni un pato, y al fin tuvimos que regresar con las manos vacías y hacer frente a la tormenta. Llegamos a las diez y media, mojados, hambrientos y cariacontecidos, hallando a todos los de casa alarmados a causa de nuestra desaparición. Cuando notaron nuestra ausencia, uno de los peones declaró que nos había visto llevar los caballos para esconderlos en el monte a poco de obscurecer. Se presumió que nos habíamos escapado, que marchábamos hacia el sur, donde era menos poblado y los animales salvajes más abundantes, en busca de nuevas y más excitantes aventuras. Quedaron muy tranquilos al vernos regresar, pero como no traíamos aves para aplacarlos, no nos perdonaron del todo. Como castigo tuvimos que quedarnos sin desayuno, siendo además nuestro capitán severamente amonestado y prohibiéndosele el uso de la escopeta en lo futuro.

Nos pareció un castigo demasiado fuerte. Durante los días siguientes la vida antojósenos mansa e insípida. Pronto y muy a satisfacción nuestra, la prohibición fué levantada. Impidiéndonos el uso de las escopetas, mi padre se castigaba a sí mismo tanto como a nosotros, pues nunca gozaba bien de una comida —desayuno, almuerzo o cena— si no había sobre la mesa algún pato, chorlo o becasina. El pato al horno, frío, era su plato favorito y no se sentía completamente contento si carecía de él.

No era yo feliz y no lo podía ser, mientras no se me permitiera cazar. Es cierto que constituía un privilegio el que mi hermano consintiera en que yo lo acompañara. Me parecía, no obstante, que a la edad de diez años era yo lo suficientemente crecido como para manejar una escopeta. Había cabalgado desde los seis, y en algunos ejercicios no le iba muy a la zaga, aunque, cuando practicábamos con el florete o con los guantes, me castigaba de modo harto cruel. Lo consideraba mi guía y mi filósofo. Se había hecho más amigo mío desde aquella pelea en que empleamos los cuchillos y desde el episodio del tordo. A pesar de todo, aun conseguía disimular su cariño y cuando me rebelaba contra su tiranía, me retaba duramente.

Pero ese tiempo, un viejo amigo de la familia que se interesaba por mí y deseaba hacer algo para alentar mi gusto por la historia natural, me regaló un juego de dibujos trazados a pluma. Cábeme afirmar que no había nada en aquellos dibujos que ilustrara o ampliase mis estudios e inclinaciones. Predominaban, en la mayoría, trabajos arquitectónicos de edificios, hechos por el autor mismo; casas, iglesias, castillos, etc. Pero mi hermano se enamoró de tales dibujos, y quiso obtener su posesión. No podía estar contento mientras no los tuviera, y continuamente ofrecíame algo de su propiedad a trueque. Yo, aunque me cansé pronto de los dibujos, rehusaba desprenderme de ellos, fuese porque la ansiedad fraterna para poseerlos les daba a mi parecer un valor ficticio o porque me regocijaba poder proporcionarle algo de fastidio en cambio de tantas penas que me causaba.

Finalmente, un día —hallándome todavía firme— se ofreció, repentinamente, a enseñarme a tirar con escopeta y a permitirme el uso de una de ellas a cambio de los dibujos. Casi no podía creer en mi buena fortuna. Me hubiera producido menos sorpresa si me hubiera ofrecido su caballo con el apero completo.

En cuanto obraron en su poder los dibujos, me llevó a nuestra armería y me dió una lección, completamente innecesaria, en el arte de cargar un fusil: primero, tanta pólvora; después, un taco bien apisonado con la vieja baqueta; luego, tanta munición y un segundo taco y apisonamiento, y por último, el consabido fulminante en la chimenea.

En seguida me llevó al monte. Viendo dos palomitas posadas en un árbol, me dió orden de que hiciera fuego. Disparé y una cayó muerta. Esto completó mi educación, pues declaró que en adelante no necesitaba perder más tiempo instruyéndome. La escopeta que me dió era de un solo caño. Se trataba de un antiguo fusil de chispa, convertido a fulminante; algo modernizado, ostentaba culata de madera negra, dura como hierro y con incrustaciones de plata. Cuando la erguí y la puse a mi lado, observé que se elevaba dos pulgadas más que yo. Pero resultaba liviana y me sirvió bien. Al final le cobré tanto afecto como a un ser viviente. Para mí, verdaderamente, lo era, y depositaba gran fe en su inteligencia.

Mi gran ambición estribaba en cazar patos. Mi hermano los prefería a cualquier otra cosa. Se les estimaba tanto y tanto se le alababa cuando volvía con algunos en el morral, que yo juzgaba que tal caza constituía la empresa más grande que podría acometer.

Los patos eran bastante comunes y muy variados en la vecindad. Ignoro en qué país se pueden encontrar clases tan diferentes. No había menos de cinco especies de cercetas. La más común era de color marrón oscuro con motas negras. También abundaba el pato gris pálido, con plumaje hermosamente pincelado y rayado de pardo y negro. Después teníamos la cerceta de alas azules, o pato colorado, de los criollos, un pato marrón rojizo que se encuentra desde la Patagonia hasta California; el pato de collar, con pecho color salmón y collar de terciopelo negro; el pato portugués, de hermoso color marrón aceitunado y terciopelo negro, con pico y patas rojos.

Había otros dos patos "coliagudos", uno de los cuales era la especie más abundante en el país; existía la mareca, un pato zambullidor; un pato cuchara, con plumaje colorado, cabeza y pescuezo grises y alas azules, y dos especies de silbón, con patas largas.

A otra especie común pertenecía el picazo, que ahora se ve en los estanques de Inglaterra; y a veces se presentaba el arisco pato criollo, que los paisanos denominaban pato real aunque era un visitante extraño tan al sur.

Igualmente teníamos gansos y cisnes. Los gansos o avutardas del estrecho de Magallanes que venían en invierno —es decir, en el invierno argentino, de mayo a agosto— y dos clases de cisnes; el de cuello negro y de carne negra (que no es ave de mesa) y el cisne blanco o coscoroba, tan bueno para comer como el mejor del mundo. Lo curioso es que esta ave, desde el descubrimiento de América, ha sido conocida por los nativos como un ganso, y recién después de tres siglos nuestros ornitólogos científicos han hecho el descubrimiento de que es un eslabón entre el ganso y el cisne, teniendo más de aquél que de éste. Es una hermosa ave blanca, con pico y patas de un color rojo subido, las alas de puntas negras, y prorrumpe un grito fuerte y armonioso compuesto de tres notas, prolongando la última con inflexión decreciente.

Estas eran las aves que buscábamos en invierno, pero podíamos conseguir caza durante todo el año. Ni bien los patos se diseminaban en parejas para reproducirse, aparecía en escena otra población volátil que llegaba de sus lugares de origen, en las regiones ártica y subártica: varias clases de chorlos, agachones, becasas, chorlitos y curlanes, huéspedes de las especies nórdicas que pasaban el invierno en las pampas resacas por el sol del verano.

Mi primer ensayo en la caza del pato se efectuó en una laguna inmediata a nuestro hogar y donde encontré una yunta de cucharas alimentándose en su forma característica, es decir, con la cabeza sumergida en el agua, de poca profundidad allí.

Ansiando no fracasar en mi primera tentativa, me tendí en el suelo, arrastrándome como culebra unos sesenta metros hasta llegar a unos veinte del paraje donde ellos se encontraban y desde aquel punto tiré, matando uno.

Ese primer pato, así obtenido, me causó gran alegría. Dado el éxito de mi táctica, continué en la misma forma, limitándome a yuntas o pequeñas bandadas de tres o cuatro aves, cuando —después de arrastrarme con paciencia, largas distancias, por el pasto— podía acercarme a ellos lo bastante. De esta manera cacé overos, cucharones y, finalmente, el noble picazo, que se estimaba sobre todos los demás para comer.

Mi hermano, siempre afanoso por cazarlos en gran número, invariablemente se alejaba de casa buscando las grandes bandadas.

Menospreciaba mi táctica cinegética. Sin embargo, a veces, le fastidiaba descubrir al regreso de una expedición en que se había pasado todo el día, que yo había logrado tantas piezas como él, a pesar de no haberme alejado más de unas cuadras de nuestro hogar.

A los pocos meses de iniciarme en el nuevo deporte, comencé a experimentar trastornos con mi amada escopeta por una debilidad que se le había producido en el cerrojo, achaque imputable a la vejez, y que los armeros de Buenos Aires nunca pudieron arreglar definitivamente. Cada vez que esto sucedía se me permitía enviarla para su compostura en la carreta que periódicamente iba a la ciudad. Entonces me quedaba sin ella ocho o diez días.

En una de esas oportunidades, se presentó una bandada de cucharas en un charquito de agua de lluvia, cerca del monte y como a doce metros de la zanja que lo circundaba. Los patos siempre parecían ser excepcionalmente mansos cuando me encontraba sin escopeta, pero la audacia de ellos, aquel día, sobrepasaba a la que yo podía soportar. Corrí a casa. Saqué el viejo trabuco que jamás se me había prohibido usar, seguramente porque a nadie se le hubiera ocurrido como posible emplear semejante monstruo. Pero estaba desesperado y cargándolo por primera (y última) vez, salí en busca de los patos. Había oído en cierta oportunidad que sería imposible obtenerlos con trabuco, salvo que uno se colocase a unos diez metros de ellos, debido a la gran dispersión de la munición de esta arma.

Bien; deslizándome por el fondo del zanjón, que por suerte no tenía agua en ese momento, pensaba yo que podría aproximarme a los patos todo lo que me placiese y liquidarlos a todos de un tiro. Cuando llegué a la altura del charco, me arrastré por la herbosa orilla exterior y, apoyando el pesado caño en tierra, hice fuego a distancia de unos quince metros. Erré lamentablemente y el retroceso fué tan tremendo, que me largó de espaldas al fondo del foso. Pasaron varios días antes de que me calmara el dolor del hombro.

Por esta época sucedió un período de disturbios y de escasez en la región. Había guerra, y la ciudad de donde obteníamos nuestras provisiones estaba sitiada por un ejército de las provincias "de arriba", que bajara para quebrar el poder y humillar el orgullo de Buenos Aires. Nuestros mayores echaban de menos su té y café, pero nuestra ansiedad obedecía más que todo a que la pólvora y perdigones pronto se nos terminarían. Mi hermano advertíame constantemente que gastara menos, a pesar de que él disparaba seis más que yo, sin conseguir mayor número de aves. Al fin llegó el día en que únicamente quedaban las municiones indispensables para llenar una cartuchera, y sabiendo yo que se proponía salir de caza, entré secretamente en la armería y cargué sigilosamente mi escopeta. Pensaba él ir ese día en busca de avutardas, y, como era de figurarse, se alzó con todos los perdigones. Cuando hubo partido, salí con mi escopeta. Estando resuelto a obtener el máximo, con mi única carga, no me dejé tentar por las pequeñas bandadas de patos que hallé en las lagunas cercanas, aun cuando parecían mansitos. Al fin, a unas dos millas de casa, encontré una bandada regular de picazos, a orillas de un arroyo pantanoso. Día tranquilo y tibio de medio invierno, los patos dormitaban sobre la orilla verdosa, en un hermoso montón, y como el terreno circundante estaba cubierto por alto pasto, vi que me sería posible acercarme a ellos. Dejando mi petiso a buena distancia, me eché panza a tierra y empecé mi gateada larga y laboriosa, logrando aproximarme a unos veinticinco metros de la bandada. Jamás se me presentaría una oportunidad mejor. Mientras espiaba entre el pasto, regocijábame con lo que iba a suceder: mi hermano, allá lejos, disparándole en vano a los cautelosos gansos, y su regreso y disgusto al ver el montón de nobles picazos obtenidos todos cerca de casa de un solo tiro. Apreté el gatillo en el mismo momento en que los patos, divisando mi gorra, levantaban sus largos cuellos en señal de alarma. ¡Pum! Se levantaron con fuerte ruido de alas, no quedando ninguno. Vanamente miraba yo la bandada, pensando que alguno de los pájaros que debía haber herido, pronto, vacilante, caería a tierra. Sin embargo, nada de esto ocurrió. Volví a casa tan perplejo como desengañado. Más tarde regresó mi hermano con una avutarda y tres o cuatro patos, preguntándome si había tenido suerte. Le conté mi triste historia, la que le hizo reír estruendosamente, diciéndome que él había tenido la precaución de extraer la munición del caño de mi escopeta, antes de partir. Agregó que, adivinándome la maña, no quiso permitir que malgastara los pocos perdigones que nos quedaban.

En esos días nuestras cacerías de patos se llevaban a cabo con grandes dificultades. Buscamos munición, recorriendo todas las casas en varias leguas a la redonda. Adquirimos, por fin, una cantidad de pólvora muy gruesa, con granos casi del tamaño del alpiste. Nos dijeron que era pólvora de cañón. Para usarla tuvimos que pulverizarla sobre un platillo de lata, valiéndonos de botellas de vidrio o barro cocido, como de rodillos. Perdigones, no pudimos hallar. Tuvimos que fabricarlos nosotros

cortando planchas de plomo, en pequeños pedazos cuadrados, con un cuchillo y martillo.

Eventualmente, la guerra civil que tanto había durado, se volvió inesperadamente peligrosa para nosotros, haciéndonos pensar en cosas mas serias que los patos.

He dicho que la ciudad estaba sitiada por un ejército de las provincias; pero en las fronteras del sur de Buenos Aires, los sitiados tenían su gran amigo en un estanciero de esas comarcas, muy influyente entre los indios, quien reunió un ejército de los mismos, sedientos de botín, a los que se agregó gran número de gauchos, la mayoría criminales y desertores, que venían de todas partes del país para ponerse bajo la protección de aquel buen hombre.

Tal horda de ladrones y bandidos avanzaba sobre la ciudad, para levantar el sitio, llegándonos cada día rumores alarmantes —no podíamos saber si verídicos o falsos— de las depredaciones que cometían a su paso. Como el buen hombre que los comandaba no era soldado, no existía ni sombra de disciplina. La tropa —se decía— procedía a su antojo, desparramándose por la comarca, entregada al saqueo, incendio y matanza de ganado. Desgraciadamente, nuestra casa estaba sobre el camino real, que conducía al sur, desde la capital. Que el peligro era cierto y muy grande, podíamos comprobarlo en las caras ansiosas de nuestros mayores y, por otra parte, no se hablaba más que del ejército que avanzaba y de todo lo que debíamos temer.

En esta crisis, mi hermano segundo tomó sobre sí los preparativos para la defensa del hogar. El mayor estaba encerrado en la ciudad sitiada, pero los tres restantes resolvimos oponer una buena resistencia, y nos pusimos a trabajar, limpiando y reluciendo nuestras armas de fuego: el mosquete Tower, el terrible trabuco, las tres escopetas de caño doble o simple, las dos grandes pistolas y un viejo revólver. Juntamos todo el plomo disponible en la casa, e hicimos proyectiles con dos moldes, uno para balas de onza y el otro para balas chicas, tres por onza. Fundíamos el plomo en una fogata encendida detrás del galpón. Un día, a pesar de nuestras precauciones, nos descubrieron rodeados de hileras y pirámides de relucientes balas, conociéndose nuestro.

CAPÍTULO XXII

El libro. - El saladero o matadero y sus emanaciones. - Cerco de cráneos vacunos. - Ciudad pestilente. - Agua de río y de aljibe. - Días de lasitud. - Nuevas escenas. - De regreso. - Tifus. - Mi primera salida. - Reflexiones sobre mi cumpleaños. - Lo que le pedía a la vida. Mentalidad de muchacho. - La decisión de mi hermano. - Fin de nuestras mil y una noches. - Período de lecturas. - Epílogo desastroso.

FIN DE LA INFANCIA

He sido más extenso de lo que me propuse cuando decidí compilar los recuerdos y las impresiones de los primeros tiempos de mi existencia. Necesito, a pesar de eso, escribir un capítulo o dos más, para redondear el libro. Puedo lograr tal objeto solamente pasando por alto tres años de mi vida, y llegando, de golpe, a la edad de quince, que fué la época de grandes acontecimientos y profundos cambios físicos y mentales que, en la práctica, pusieron fin al feliz período de mi infancia.

Repasando las precedentes páginas, observo que, en varias ocasiones, he intercalado algún incidente en capítulo o grupo que no le corresponde, presentándolo como sucedido un año o más antes o después del verdadero en que ocurrió. Semejantes pequeños errores de la memoria, no merecen la pena de ser rectificadas a esta altura. Mientras la incidencia se halle bien recordada y delineada, no importa mucho la circunstancia de mis seis, siete u ocho años de edad en aquel entonces. Encuentro, además, que he omitido muchos detalles y episodios que tal vez merecieran un lugar; escenas y acontecimientos que se evocan con claridad, pero que, desgraciadamente, no se recordaron en el momento oportuno y fueron relegados al olvido.

Describiré ahora una de esas escenas pasadas por alto, involuntariamente, cuando traté mi primera visita a Buenos Aires, y que, colocada aquí servirá muy bien como introducción al presente capítulo.

Por aquel entonces, y hasta el año setenta del pasado siglo, estaban situados en la parte sur de la capital, los famosos saladeros y mataderos, donde la hacienda gorda vacuna, yeguariza y ovina, procedente de todas partes del país, era faenada a diario para proveer de carne a la ciudad o para hacer charqui, destinado a la exportación al Brasil, donde se empleaba como alimento para los esclavos. La mayoría de los animales, empero, incluso los yeguarizos, se mataban solamente con el objeto de aprovechar su cuero y el sebo. Ocupaban los saladeros una legua cuadrada o más, donde había grandes corrales de palos a pique muy juntos, divisándose algunas construcciones bajas, esparcidas aquí y allá. A tal sitio conducían interminables majadas de ovejas, caballos semi o completamente cerriles y ganado de aspecto peligroso, por sus grandes guampas. Iban en grupos desde cien a mil animales envueltos en una nube de polvo, dando mugidos o balidos, que se mezclaban con la furiosa gritería de los troperos, quienes galopaban de un lado a otro arreándolos.

Cuando la cantidad era demasiado grande para efectuar la matanza dentro de los galpones, solían sacrificarse centenares de cabezas, al aire libre, a la vieja y bárbara usanza gaucha. Cada animal era enlazado, desjarretado y degollado. El espectáculo resultaba repugnante y horrible, con el consecuente acompañamiento de los feroces

gritos de los matarifes y los agonizantes bramidos de las bestias torturadas. Donde el animal caía, se le mataba, quitándosele el cuero y una porción de la carne y de la grasa. El resto quedaba abandonado. Lo devoraban los perros vagabundos, los chimangos y la ruidosa e infaltable multitud de gaviotas de cabeza negra.

La sangre, tan abundantemente derramada a diario, mezclándose con la tierra, había formado una costra de quince centímetros de espesor. El lector imaginará el olor de semejante costra, al que se unía el de la inmensa cantidad de desperdicios, carne y huesos, amontonados por todas partes. Las escenas más horribles — las peores del Infierno del Dante, por ejemplo — pueden hacerse visibles con el que alguien llamó "ojo interior". También se nos pueden transmitir sonidos en una descripción realista. No pasa así con los olores. El lector creerá, pues, sólo bajo mi palabra, que este tufo imposible de ser reflejado por la pluma, resultaba seguramente la peor emanación que jamás se haya conocido sobre la tierra, siempre que no acepte por verídicos "los humos con olor a pescado", del cuento de Tobit, merced a los cuales este antiguo héroe se defendió en su retirada del diablo que lo perseguía.

Era el olor de carroña, de carne putrefacta; de la vieja y siempre refrescada costra de tierra y sangre coagulada. Parecía un olor curiosamente substancial y estable. Los viajeros que llegaban, o se alejaban de la ciudad por el camino real del sur, paralelo al matadero, apretábanse las narices y galopaban furiosamente hasta verse libres del abominable hedor.

Extraordinaria peculiaridad de las quintas o huertas y montes cultivados en la vecindad de los mataderos, la constituían sus paredes o cercos. Llevábase a cabo la construcción empleando en toda ella cráneos de vaca, formando siete, ocho o nueve filas de alto, sobrepuestos como ladrillos y con las astas hacia afuera. Centenares de miles de cráneos se habían utilizado de esta manera. Algunos de los cercos más antiguos y extensos estaban coronados por pasto verde. Enredaderas y flores silvestres brotaban entre las cavidades de los huesos, ofreciendo un aspecto extrañamente pintoresco, aunque un tanto macabro. Detrás de aquellos raros cercos existía, generalmente, una hilera de álamos de Lombardía.

Como los huesos aun no se aprovechaban, como se utilizan hoy, quedaban tirados y las personas que necesitaban cercos, en zonas sin piedra y donde los ladrillos y la madera costaban dinero, hallaban en ellos adecuado sustituto.

La abominación que he descripto, era sólo una de las muchas que había en esa ciudad de malos olores, ciudad populosa, levantada en una llanura, sin cloacas ni agua, salvo la que vendían en baldes los aguateros, teniendo cada balde una media libra de arcilla en suspensión. Es cierto que las mejores casas disponían de aljibes o cisternas debajo del patio, donde se recogía el agua de lluvia de las azoteas. Recuerdo bien esa

agua. Siempre contenía uno o dos y hasta seis bichitos rojos, larvas de mosquitos, en cada vaso. No obstante, el consumidor la tomaba sin pestañear: ¡bichitos y todo!.

Los enunciados detalles servirán para dar una idea del estado sanitario de la capital, estado que continuó hasta el año 1870, en que Buenos Aires llegó a constituir la ciudad más pestífera del globo y las autoridades se vieron obligadas a traer ingenieros de Inglaterra con el propósito de evitar el exterminio de sus habitantes.

Cuando transcurría mi décimoquinto año de vida, antes de efectuarse esos cambios y cuando las grandes olas de fiebre amarilla y cólera pertenecían todavía al futuro, pasé cuatro o cinco semanas en la ciudad, gozando plenamente de escenas — para mí sorprendentes— de aquella nueva vida.

Después de un corto tiempo, comencé a sentirme pesado y lánguido, estado que se iba acentuando de día en día, hasta convertirse casi en doloroso el esfuerzo para visitar mis lugares favoritos, entre ellos el gran Mercado del Sur, en el cual se veían centenares de pájaros enjaulados, predominando las cotorras, los cardenales y los obispos; las orillas del río, donde me entretenía pescando desde las toscas las plateadas mojarritas, y más lejos aún las quintas y los jardines de las barrancas, donde, por primera vez, me deleité contemplando los naranjales, cargados de dorada fruta que asomaba entre el brillante y lustroso follaje verde, y los viejos olivares con sus aceitunas negras en forma de huevitos, confundidos con las hojas grises.

El estado de lasitud persistía. Creía yo que ello era debido a mis paseos pedestres, caminando sobre una calzada de piedras, en lugar de andar a caballo por el verde césped. Jamás se me ocurrió que podría ser otra la causa: que estaba respirando una atmósfera pestilente y que su veneno minaba mi organismo.

Salí de la ciudad en diligencia haciendo noche en casa de unos amigos, debiendo emprender la marcha hacia mi hogar a la mañana siguiente. Tenía que recorrer nueve leguas, cortando campo a caballo, y, apenas emprendí la marcha, noté que recobraba el espíritu perdido. Me sentía bien e indeciblemente feliz, otra vez sobre la ancha llanura verde, inhalando el aire puro como una poción de vida eterna. Era otoño, y el campo que se extendía a mi alrededor tan lejos como alcanzaba la vista, poseía un verde húmedo brillante, cubierto por el cielo azul cristalino, en el cual flotaban relucientes nubes blancas. Semejante estado de salud persistió durante toda mi cabalgata y por uno o dos días después de mi regreso al hogar, durante los cuales visité otra vez mis lugares favoritos de la heredad, dichoso al hallarme de nuevo entre mis amados pájaros y árboles.

Luego volvió la odiosa sensación de postración que había padecido en la ciudad, perdiendo poco a poco todo mi vigor y todo interés por la vida. Durante una quincena pasé el tiempo vagando tristemente por la casa, hasta que llegó una temporada de

heladas, con un viento frío y cortante, notificándonos la entrada del invierno, que en aquellas latitudes suele ser muy frío.

Un día, después de almorzar temprano, mi madre y mis hermanas fuéronse en la volanta de visita a una estancia vecina, dejándome solo. Mis hermanos hallábanse ausentes. En la galería —el lugar más cómodo que pude hallar, por estar resguardado y donde el sol penetraba caliente y brillante— traté de arrellanarme, colocando mi silla contra la pared, al lado de una pila de bolsas de avena, o cosa parecida, que me guarecía del viento.

Como la casa estaba silenciosa y el sol me bañaba plácidamente, no tardé en quedarme dormido. Luego comenzó a oscurecer y la temperatura se tornó muy fría, a pesar de lo cual no me desperté. Cuando regresó mi madre e inquirió por mí, no pudieron hallarme. Al fin, todos los de la casa salieron con faroles a buscarme por el monte. A las diez de la noche todavía seguían en mi busca, cuando alguien —que cruzó la galería— me encontró sin sentido y con alta temperatura.

Era el temido tifus, enfermedad casi olvidada en Europa y por cierto, en todo país civilizado, pero no rara —en aquella época— en la ciudad pestilente. Lo maravilloso fué que sobreviví, en un lugar sin médicos ni farmacéuticos, con la única pericia de mi madre como enfermera y su conocimiento de las drogas que formaban nuestro botiquín. Me cuidó día y noche, durante las tres semanas que duró la fiebre. Cuando ésta me dejó, quedaba de mí sólo la sombra de lo que había sido, estaba mudo⁴.

Ni siquiera un pequeño sí o no podía articular a pesar de mis esfuerzos, llegándose a la conclusión de que jamás volvería a tener el uso de la palabra; sin embargo, después de una quincena, recuperé por fortuna la facultad perdida, produciendo ello emocionante júbilo a mi madre.

El invierno ya llegaba a su término cuando un día —hacia fines de julio— salí por primera vez de la casa, hecho un esqueleto, no pareciendo el mismo de antes. Inolvidable día aquel, de sol brillante y de fuerte viento, día que jamás se borrará de mi memoria. El efecto del aire y del sol, el olor de la tierra y el aroma de las flores tempranas, el canto de las aves silvestres, el verde intenso del tierno pasto, y la vasta cúpula de cristal del cielo por encima, cual fuertes gotas de potente licor, reavivaban la sangre en mis venas. ¡Oh, qué alegría indecible e inmensa la de encontrarse vivo en vez de muerto; la de posar mis pies todavía sobre la tierra, y la de gozar otra vez del aire y de la luz del sol! Pero el placer era superior a lo que mis fuerzas podían resistir. El viento frío me penetraba como agujas de hielo. Mis sentidos se ofuscaron y hubiera caído al suelo si mi hermano mayor no me hubiese sostenido en sus brazos llevándome a casa.

⁴ Es relativamente frecuente que después de pasar la tifoidea en los niños, éstos queden sin poder hablar, aunque siempre recuperan la palabra al cabo de algún tiempo. — N.delT

No obstante haberme desvanecido, me sentía poseído de la pasada felicidad. Cotidianamente ganaba fuerzas, hasta que un día —a principios de agosto— recordé repentinamente que cumplía años. En tropel entraron en mi cuarto mis hermanas y hermanos. Me llevaban regalos que habían tenido la precaución de conseguir de antemano, y con ellos acompañaban sus fraternales y conmovedoras felicitaciones por mi restablecimiento.

¡Quince años! Día el más memorable de mi vida. Aquella tarde comencé a pensar en mí mismo y mis pensamientos adquirieron contornos extraños y muy tristes para mí. ¿Qué era yo? ¿Para qué estaba en el mundo? ¿Qué deseaba? ¿Qué sería de mí? ¿Lograría la realización de mis deseos? ¿Formaría mi propio destino, como lo hicieran mis hermanos mayores?

Por vez primera semejantes preguntas acudían a mi mente y me sentía asustado de ellas. Sin embargo, en virtud de tales preguntas, llegaba la verdadera conciencia de que careciera hasta entonces. Había vivido hasta allí en un paraíso, llenos los sentidos de vívidas impresiones. Todos los pensamientos me invadían saturados de emoción, y en semejante estado mental la reflexión sensata era imposible. Ni aun la idea de la muerte —que había venido a mí como una sorpresa— me había conducido a la meditación.

La muerte era más que una idea, una persona, un monstruoso ser que asaltárame en mi sonriente paraíso, infligiéndome herida de daga envenenada en la carne. Había sido curado por el convencimiento de la inmortalidad del alma. Sólo un pensamiento me turbaba seriamente: el de que no podía continuar siempre siendo un muchacho.

Pasar a la adolescencia y hacerme más adelante un hombre, no era tan malo como morir. Contemplaba, no obstante, aquella transformación como un cambio penoso. El eterno y maravilloso deleite que ascendía hasta el arrobamiento y que existía en mi mente de niño, se habría de marchitar y de esfumar, siendo reemplazado, en un futuro no lejano, por la dura y pequeña satisfacción que los hombres tienen en sus tareas, en el diario intercambio con los otros hombres, en el comer, en el beber y en el dormir.

Nunca había podido pensar en esa edad de los quince años sin los más sutiles temores, y ahora estaba en ese límite del camino que a mí tan temible me parecía.

¿Qué deseaba entonces? ¿Qué quería yo tener? Si hubiera sido capaz de expresar lo que sentía, habría replicado: Sólo quiero conservar lo que poseo. Levantarme cada mañana y mirar el cielo y la tierra verde toda mojada de rocío, días tras día, año tras año. Esperar durante junio y julio a que llegue la primavera para sentir la misma vieja y dulce sorpresa de gozar con la aparición de cada flor familiar, con cada insecto que nace, con cada pájaro que torna. Escuchar, en éxtasis delicioso, las notas salvajes del chorlo dorado, que una vez más regresa a la gran llanura volando en

bandadas que se suceden todo el día. ¡Oh! ¡Aquellos salvajes y hermosos gritos del chorro! Yo podría exclamar con el celebrado poeta persa Hafis: "¡Si después de mil años, esos sonidos flotasen sobre mi tumba, mis huesos se levantarían y en su júbilo inusitado bailarían en el sepulcro!" ¡Tregar a los árboles y poner mi mano en el caliente y profundo nido de los bienteveos y palpar sus huevos tibios, los cinco huevos de color crema, largos y puntiagudos, con pintas y salpicaduras color chocolate en su parte más ancha! ¡Recostarme sobre la verdosa orilla, con el agua azul entre los altos juncos, y yo escuchando los misteriosos sonidos del viento y el murmullo escondido de las gallinetas, gallaretas y batitúes conversando entre ellos con extraños tonos de voz humana; posar mi mirada y saciarme a la vista de las flores del camalote entre la masa flotante de verdes hojas húmedas, la flor grande como una alamandía, del más puro y divino color amarillo, y que, cuando se corta, derrama sus hermosos pétalos, dejando únicamente un verde tallo en la mano! ¡Qué dicha! ¡Montar a caballo en las calientes tardes del verano, cuando toda la tierra brilla con ilusiones de agua, y mirar los caballos y el ganado a montones cubriendo la llanura en las aguadas; visitar las guaridas de los grandes pájaros, a esa hora tranquila y cálida, y ver cigüeñas, bandurrias, garzas moras, garzas blancas de deslumbrante blancura y flamencos de color rosado, parados en las aguas playas, donde sus siluetas inmóviles se reflejan! ¡Quedarme tirado de espaldas sobre el tostado pasto de enero, contemplando el ancho cielo blanco y azul, poblado de millares y millones de panaderos de flor de cardo, siempre flotando en el aire, mirar y mirar, hasta que ellos se convirtieran para mí en seres vivientes, y yo, en arrobamiento del alma, flotar entre ellos en ese inmenso y luminoso vacío!

Y a la sazón, me parecía que estaba en camino de perder todo esto; la alegre emoción que convirtiera mi mundo en un reino encantado, de una naturaleza al mismo tiempo natural y sobrenatural. A mi entender, habrían de decaer y disminuir, imperceptiblemente, de día en día y de año en año, mientras me sumiera más y más en la insípida ocupación de la vida, hasta que se perdiera tan efectivamente como si hubiera dejado de ver, oír y palpar, y mi cuerpo caliente estuviera frío y duro como la muerte y —como los muertos y los vivos— yo no tendría conciencia de ni pérdida.

Tal estado no era único ni singular, según he leído y oído. Otros muchachos lo conocen. También me he encontrado ocasionalmente con uno, que, en íntimo momento de confianza me confesó que a veces estuvo preocupado por todo lo que iba a perder. Pero dudo que jamás haya sentido más que yo una situación análoga. Dudo también si semejante estado de ánimo será tan común y acentuado entre los muchachos ingleses al considerar sus condiciones de vida. El confinamiento es odioso para todo ser, desde el escarabajo o la lombriz hasta el águila, o, subiendo más en la escala, el orangután o el hombre. Es sentido más agudamente por los jóvenes, en todo caso en nuestra especie, y el niño británico sufre más la restricción cuando el llamado de la naturaleza, los instintos de juego y de aventuras son más apremiantes. Es

natural, pues, que espere con impaciencia el tiempo de la libertad que él ingenuamente imagina. Vale decir, cuando termine su adolescencia y se halle libre de maestros.

Volviendo a mi propio caso, no sabía, ni podía saber, que era excepcional. Mi amor por la naturaleza consistía en algo más que el sentido de placer por el sol, por la lluvia, por el viento, por la tierra y por el agua y por la libertad de movimiento que es universal entre las criaturas, pero que se debía, en parte, a una facultad que no es universal ni es común.

El temor, entonces, reconocía como fundamento lo sucedido a mis hermanos mayores, quienes no habían sido más restringidos que yo, especialmente aquel varonil y aventurero, ahora en un país distante, a miles de millas del hogar, quien, al llegar aproximadamente a los quince años, convirtiérase en su propio amo para hacer lo que quisiera de su vida. Había visto cómo, llegado a la bifurcación de los caminos, abandonara resueltamente su existencia al aire libre, todo lo que fué su alegría, para dedicarse a la exclusiva y dura tarea mental; ¡y esto, en nuestra casa de las pampas, donde se carecía de maestros y donde los libros e instrumentos necesarios para los estudios solamente cabía obtenerlos con suma dificultad y después de mucha demora! Acuérdome de una tarde en que estábamos reunidos a la hora del té. Él leía, y mi madre, mirando sobre su hombro, le dijo: "Estás leyendo una novela. ¿No crees que todas esas cosas románticas distraen tu atención de los estudios?"

"Ahora se enojará —pensé— es tan completamente independiente y quisquilloso, que nadie le puede decir una palabra". Pero me sorprendió cuando contestó tranquilamente: "Sí, madre. Lo sé. Pero tengo que terminar este libro, que será la última novela que he de leer por varios años". Y, según entiendo, así fué.

Su fuerza de voluntad nos impresionó aun más en otro asunto. Tenía un talento extraordinario para imaginar y narrar cuentos: la mayoría sobre guerras y aventuras espeluznantes, con mucha acción. En cuanto los muchachos nos encontrábamos todos juntos —lo que generalmente ocurría cuando nos habíamos acostado y apagado la luz — empezaba uno de aquellos maravillosos cuentos en que invertía horas. Nosotros escuchábamos en un silencio sepulcral.

Hacia medianoche se callaba repentinamente, y, después de un intervalo, todos lo incitábamos a continuar. Cómo! ¿Ustedes estaban despiertos? —exclamaba riendo—. Muy bien; pues entonces saben exactamente por dónde íbamos en nuestro cuento. Lo continuaremos otro día. Ahora, a dormir".

A la noche siguiente continuaba el relato, que en muchos casos duraba una semana entera, para seguir con otro igualmente extenso, y así, sucesivamente, nuestras "mil y una noches"- Y esta costumbre deliciosa también fué suspendida en cuanto él empezó a dedicarse de lleno a sus estudios matemáticos y de diversa índole.

Hasta el día de hoy puedo repetir fragmentos completos de sus cuentos, singularmente de aquellos en que pájaros y animales figuraban como protagonistas en lugar de personas. Tanto los echábamos de menos que, a veces, cuando estábamos todos reunidos por la tarde, le rogábamos que nos hiciera la merced un cuento. "Uno más y cuanto más largo mejor", le decíamos para tentarlo, y él, halagado por nuestra viva apreciación de su talento de narrador mostrábase dispuesto a ceder "Muy bien entonces ¿qué les contaré?" exclamaba, y luego, cuando ya nos habíamos acomodado para escucharle, gritaba: "No, ¡no más cuentos y para desprenderse de la idea, tomaba un libro nos ordenaba callar o salir de la habitación.

No poseía yo las condiciones para seguir sus pasos. No tenía la inteligencia o la fuerza de voluntad para esa clase de estudios. Por eso no solamente en la memorable noche de mi cumpleaños sino durante los días siguientes continué con el ánimo afligido, avergonzado de mi ignorancia de mi indolencia y de mi poca inclinación para cualquier trabajo mental avergonzado hasta al pensar que mi amor por la naturaleza y mi vivo deseo de nada más en la vida debían únicamente al hecho de que, mientras los otros dejaban las cosas de la infancia a medida que crecían sólo yo rehusaba desprenderme de ellas.

Como resultado de estas deliberaciones, transé. No quería ni podía renunciar a las cabalgatas y paseos que ocupaban mucho de mi tiempo. Trataría empero de vencer mi aversión por las lecturas serias... Había bastantes libros en casa, Siempre fué un enigma para mí saber cómo logramos tener tantos. Me había familiarizado con su aspecto en los estantes, su forma, su tamaño, su color y hasta sus títulos (lo único que conocía de ellos). Una historia natural general y dos pequeñas obras por James Rennie sobre las costumbres y facultades de las aves, eran la exclusiva literatura adecuada a mis necesidades en toda la colección de tres o cuatrocientos libros. Por lo demás, había leído algunos cuentos y varias novelas. Estas pronto desaparecían, pues cuando alguna llegaba se leía y luego se prestaba a nuestro vecino distante unas dos leguas de casa. El, a su turno, la prestaba a otro, siete leguas más allá, y así continuaba hasta perderse en el infinito.

Comencé con la *Historia Antigua* de Rollín, en dos grandes tomos en cuarto. Creo que fué el tipo grande y claro y los numerosos dibujos que lo ilustraban lo que me hizo seleccionarlo. Rollín el viejo y buen sacerdote, abrió un nuevo y maravilloso mundo para mí. En lugar del pesado trabajo que había temido que resultara la lectura, fué tan delicioso como antes lo habían sido los relatos interminables de mi hermano sobre héroes imaginarios y sus guerras y sus aventuras.

Sediento por la historia al terminar con Rollín empecé a hojear otras obras de esa clase. Estaba en los anaqueles el Josephus de Whiston, un libro demasiado grande para sostenerlo en las manos cuando se leía afuera, y disponíamos también de

Gibbon, en seis majestuosos volúmenes, aunque no era capaz todavía de apreciar su estilo altivo y artificial.

Pronto hallé algo más adecuado a mi naciente gusto en literatura: una *Historia de la Cristiandad*, en 16 o 18 tomos, de un conveniente tamaño. Su dicción simple y natural atrájome, y rápidamente me convenció de que no podía haber elegido lectura más fascinadora que las vidas de . los padres de la Iglesia, incluidos en algunos de los primeros tomos, especialmente la de Agustín, el más grande de todos. ¡Qué bella y maravillosa fué su existencia y también la de su madre Mónica! ¡Qué hermosos libros escribió! Me seducían sus *Confesiones* y *Ciudad de Dios*, de los cuales se transcribían largos extractos.

De las biografías pasé a otro viejo libro: *Leland on Revelation*, que me ilustró sobre muchas cosas que sentía curiosidad de conocer, respecto a las mitologías y sistemas filosóficos de los antiguos, los innumerables cultos falsos que habían florecido en un mundo obscuro, antes del amanecer de la verdadera religión.

Después vino la *Revolución Francesa* de Carlyle, y por último, Gibbon. Todavía hallábame en las profundidades de *The Decline & Fall*, cuando se nos vino el desastre. Mi padre quedó prácticamente arruinado, debido —como he dicho en un Capítulo anterior— a su infantil confianza en el prójimo. Tuvimos que abandonar el hogar que habíamos considerado como permanente y que, a su debido tiempo, hubiera pasado a ser de nuestra propiedad si mi progenitor hubiese asegurado su posesión con un documento oficial, cuando consintió en cargar con ese establecimiento en tan ruinoso estado.

Así terminaron tristemente los encantadores años de mi infancia y aquí tendría que poner fin a este libro. No obstante, habiéndome extendido tanto, he de aventurarme un poco más, efectuando un breve relato de mi vida mental y espiritual durante varios años después de la enorme catástrofe familiar.

CAPÍTULO XXIII

Grave enfermedad. - Pronóstico fatal. - Cómo me afectó. - Dudas sobre religión y mente angustiada. - Pensamientos anárquicos. - Conversando con un viejo gaucho acerca de la religión. - Jorge Combe y el deseo de inmortalidad-

UNA VIDA ENSOMBRECIDA

Después de nuestro regreso, empobrecidos, al antiguo hogar, donde vi la luz por primera vez y cuya propiedad todavía pertenecía a mi padre —siendo lo único que le

restaba— continué mis lecturas, estando tan entretenido en los asuntos del universo, visibles y ocultos, que no percibí mayormente la diferencia de nuestra posición y de nuestras comodidades. Hacía mi parte del trabajo rudo permaneciendo muchas horas al aire libre sobre el caballo cuidando los animales. No me hallaba descontento. Por esa época era yo muy alto y delgado. Contaba dieciséis años y seguía creciendo rápidamente. A pesar de mi fortaleza, es posible que la fiebre me dejara algo débil. De cualquier modo, apenas me hube acostumbrado de nuevo al ambiente, sufrí rudo golpe. Una enfermedad hizo naufragar, en el orden moral, todas mis recién nacidas esperanzas y sueños terrestres, convirtiendo en triste fracaso mi vida ulterior.

Un día emprendí solo la tarea de arrear a casa una pequeña tropa de hacienda que habíamos adquirido a unas cuantas leguas. Me mantuve a caballo toda la jornada, hasta después del anochecer, bajo la acción de una lluvia persistente y de un viento tempestuoso. Soplaban éste en mi cara y los animales trataban a menudo de volverse a la querencia. Tuve que luchar tenazmente con ellos y con el viento. La lluvia, poco a poco, empapó mi poncho de lana; y a través de la ropa llegó hasta el cuerpo, escurriéndose por él hasta que mis botas se llenaron de agua y rebalsaron por las rodillas. Durante la última parte de ese día de invierno, mis pies y mis piernas carecían de sensibilidad. El resultado de esta mojadura fué una fiebre reumática y largos años de mala salud, con ataques constantes de dolores agudos y de violentas palpitations del corazón. Estas a veces duraban horas enteras. De tiempo en tiempo, me llevaban a consultar a algún facultativo de la ciudad. De ese modo, desde el principio al fin, pasé por las manos de casi todos los médicos ingleses, pero no me prescribieron nada que realmente me curase, ni nada me dijeron que me diera esperanzas de un completo restablecimiento. Por último nos informaron que era un caso prácticamente perdido, que había "crecido demasiado para mi edad" y, además, que tenía el corazón permanentemente lesionado y podría caerme muerto en cualquier momento.

Es natural que tal dictamen surtiera en mí un efecto desastroso. Aunque luego se comprobara que el diagnóstico era equivocado, no importó nada. El daño ya estaba causado. No sería posible repararlo, por más que hubiera vivido un siglo. El golpe había sido propinado en un momento crítico de mi vida, justamente en ese período de transición en que la mente apenas despierta se encuentra en su estado más receptivo, mostrándose curiosa e impaciente; cuando mejor asimilamos los conocimientos, y más que todo, cuando empieza a cimentarse el carácter del hombre.

Tratábase, como se comprenderá, de un cerebro nunca dirigido ni apresado por huella o molde alguno, libre de la influencia de maestros y de colegios; de un cerebro desenvuelto a manera de una selva virgen, muy distinta por cierto de las plantas cuidadas por manos de especialistas en el género y a veces criadas en invernáculo y en vivero de tierra preparada.

Que tuviera que decir adiós a toda idea de una carrera, a todos los brillantes sueños del futuro que las recientes lecturas habían hecho nacer, no lo sentía tanto como la pérdida principal. En verdad, carrera y sueños significaban pequeña cosa comparada con la terrible idea de que pronto tendría que renunciar a la vida terrenal.

Parecíame hallarme en el caso de aquel joven, de cara pálida, que contemplara una vez amarrado a un poste de nuestro galpón; o semejábame a cualquier miserable cautivo, maniatado y abandonado en el suelo, hasta que su raptor resolviera degollarlo o traspasarlo con su lanza, a su antojo, para disfrutar de toda la satisfacción posible en el ejercicio de su habilidad y del espectáculo de la sangre y de la agonía.

Ni aun esto resultaba lo peor que se me ocurrió, ya que descubrí que, a pesar de todos mis esfuerzos por obtener una creencia religiosa, el profundo temor de aniquilación que había experimentado en mi infancia, no se encontraba muerto, como me lo había imaginado. Todavía sosteníase latente en mí. Este mundo visible, este paraíso del cual hasta entonces únicamente obtuviera una ligera ojeada —el Sol y la Luna y otros mundos que poblaban el espacio con sus brillantes constelaciones, y todavía otros soles y sistemas, completamente remotos y en número tan inconcebibles, que semejaban a nuestra visión como una neblina ligeramente luminosa en el cielo—, todo este universo que había existido por millones y billones de siglos, o desde la eternidad, habría existido en vano, ya que ahora quedaría condenado, con mi último suspiro, con mi última mirada consciente, a perderse en la nada. Porque así fué cómo se me presentó la idea de la muerte.

Contra tan espantoso espectro, luché con todo mi poder. Recé. Torné a rezar, mañana, tarde y noche. "luchando con Dios", según la frase, como si tratara de arrancar algo de sus manos que habría de salvarme y que El me negaba por alguna razón invisible para mí.

No es de extrañar que en tales circunstancias me dedicara cada vez más a la literatura mística de la que teníamos cantidad de volúmenes en nuestra biblioteca teología sermones meditaciones para cada día del año, *El deber completo del hombre*, *Un llamado a los incrédulos* y muchas otras obras por el estilo.

Entre ellas encontré un tomo titulado, si mal no recuerdo, *Una réplica al hereje*. Sobre esta obra puse mi diestra y mis ojos con entusiasmo, en la esperanza de que apaciguaría las dudas enloquecedoras que brotaban, sin cesar, en mi mente.

Confiaba en que constituiría ayuda y consuelo para mí. Solamente sirvió sin embargo, para empeorar las cosas: al menos por cierto tiempo. Porque aquel volumen me inició e instruyó en muchos de los argumentos de los librepensadores, tanto de los deístas que se oponían al credo cristiano, como de quienes negaban la verdad de toda religión sobrenatural. Y las refutaciones a dichos argumentos no siempre lograban su objeto. Inútil, entonces, buscar pruebas en los libros. Estos, después de todos sus

razonamiento, me lo decían cuando afirmaban que solamente con la Fe podría salvarse el hombre. Y a la triste pregunta relativa a cómo conseguir la Fe, obtenía la única respuesta: persistir y persistir hasta que aquella naciera. Y ya que no había otro remedio, seguía yo persistiendo, con el resultado de que creía y no creía, y mi alma, o mejor dicho mi esperanza de inmortalidad, temblaba en la balanza. He ahí en verdad, desde el principio al fin, el único problema que de veras me preocupaba y tanto significaba para mí, que —leyendo uno de los libros religiosos titulado *The Saints' Everlasting Rest*, en que su devoto autor Richard Baxter, se explaya y trabaja para que sus lectores se percaten de la condición de los eternamente condenados— me 'dije:

"Si un ángel o un resucitado pudiera venir a asegurarme que la vida no termina con la muerte que los mortales estamos destinados a vivir para siempre pero que para mí no podría haber felicidad en la vida, futura por mi falta de fe y porque amaba o adoraba a la naturaleza más bien que al Autor de mi ser, sería no un mensaje de desesperación, sino de consuelo; pues en el terrible lugar adonde me enviaran, estaría vivo y no muerto y tendría mis recuerdos de la Tierra, y tal vez hallaría y me comunicaría allí con otros de igual temperamento y de recuerdos idénticos o análogos a los míos".

He ahí uno de los muchos pensamientos irrespetuosos que asaltábanme a la sazón. Otro, muy persistente era el que giraba alrededor de los sufrimientos del Salvador de la humanidad. ¿Por qué -me preguntaba- se le ponderaba tanto? ¿Por qué se decía que Él había sufrido como jamás sufriera hombre alguno? ¡No fué más que el dolor físico, que miles y millones han debido soportar! Y si yo pudiera hallarme tan seguro de la inmortalidad, como lo estaba Jesús, la muerte no equivaldría para mí más que al rasguño de una espina. ¿Qué importa ser crucificado y perecer en una lenta agonía si, terminada ésta, me había de sentar, ya reconfortado, a cenar en el Paraíso? Lo peor era que, cuando trataba de desterrar tan mordaces y rebeldes ideas — pensando que traducían las sugerencias del diablo, según afirmaban los libros— venía instantáneamente la réplica, de que el supuesto diablo no era sino la voz de mi propio razonamiento tratando de hacerse escuchar.

Pero la lucha no debía ser abandonada. Diablo, razón, o lo que fuera, tenía que perecer. De lo contrario no quedaba esperanza. Y llegué así al poderoso esfuerzo de concentrar todos los pensamientos sobre un objeto, asistido, sin duda, por el efecto reflejo de la oración sobre la mente. De ahí que, con el tiempo, consiguiera realmente creer todo lo que deseaba creer. De ahí que lograra mi recompensa, porque después de muchos días y semanas de miseria mental, los intervalos de paz se presentaban más hermosos. Nuevas y sorprendentes experiencias me condujeron a un estado de exaltación. Me sentí levantado o trasladado a una atmósfera puramente espiritual y en comunión e identificación con el mundo invisible.

Fué maravilloso. Por fin y para siempre, se terminaba la noche oscura del alma. Nada de amargas meditaciones ni de susurros burlones y vacilantes, al invocar el espantoso espectro de la muerte, que incesantemente me rondaba y, sobre todo, no más "dificultades", Desaparecían las barreras rocosas contra las cuales habíame golpeado y magullado en vano. Porque ya encontrábame milagrosamente colocado por encima de ellas y puesto en salvo al otro lado del camino, donde el tránsito no se hallaba entorpecido.

Desgraciadamente, aquellos felices intervalos duraban poco. El recuerdo de algo que había oído o leído, volvía a sacarme de mi confiado y feliz humor. La razón volvía en sí como si hubiera estado entorpecida e hipnotizada, y la burlona voz se dejaba oír, calificándome de iluso.

Nuevamente se exhibía la aborrecida sombra del fantasma negro, y estremecíame ante ella cuando la idea de la completa aniquilación se me presentaba con mayor intensidad. Solía acordarme de las satíricas palabras acerca de la muerte y de la inmortalidad, que había oído, dos años atrás, a un viejo gaucho vecino de nuestra casa anterior.

Hombre tosco, de aspecto severo, de tupido cabello blanco plateado y de ojos grises —todo un gaucho por su indumentaria y primitiva forma de vida—, ocupaba pequeña fracción de tierra y cuidaba algunos animales, escaso residuo de la estancia que antaño perteneciera a su familia. Viejo vigoroso, pasaba medio día a caballo, vigilando aquella haciendita que representaba su único capital. Un día que estaba en nuestra casa se acercó al lugar donde yo hacía un trabajito. Sentándose cerca, me llamó. Me aproximé pensando con alegría que iba a participarme alguna interesante novedad relativa a los pájaros, que tanto me gustaban.

Quedó el anciano silencioso por largo rato, fumando un cigarro y observando el humo que echaba al viento. Luego rompió el silencio. "Mira —me dijo—, eres solamente un muchacho, pero me puedes decir algo que ignoro. Tus padres leen libros. Tú oyes su conversación y aprendes. Nosotros somos católicos romanos y ustedes protestantes. Nosotros les llamamos herejes y decimos que para los herejes no existe salvación. Ahora quiero que me digas, qué diferencia existe entre nuestra religión y la tuya". Expliquéle el asunto lo mejor que pude y agregué, algo maliciosamente, que la principal diferencia consistía en que su religión era una forma corrompida del cristianismo y la nuestra lo comprendía y realizaba en toda su pureza. Pero mi definición y mis comentarios no produjeron ningún efecto. Mi vecino continuó fumando y mirando hacia el cielo, como si no me hubiera oído. Después, habló otra vez: "Ahora sé. Las diferencias que manifiestas no son nada para mí, aunque quise conocer en qué estribaban; no vale la pena hablar de ellas, por que estoy convencido de que todas las religiones son falsas".

"¿Qué quiere decir? ¿Cómo lo sabe?", pregunté muy sorprendido. "Nuestros sacerdotes nos preceptúan —respondió— que tenemos que creer y vivir una vida religiosa, en este mundo, para salvarnos. Los de ustedes (los ingleses) les ordenan subordinarse a las mismas normas, y como no hay otro mundo y no tenemos alma, todo lo que dicen y establecen ha de ser falso. Tú ves todo esto con tus ojos — continuó, indicando con las manos el mundo visible— y cuando los cierras, o te vuelves ciego, no ves nada. Lo mismo pasa con nuestro cerebro. Pensamos en mil cosas y tenemos memoria, pero, cuando el cerebro decae, nos olvidamos de todo, y morimos, y todo muere con nosotros. ¿Acaso la hacienda no tiene ojos para ver y cerebro para recordar y pensar también?. Y cuando muere, ningún sacerdote nos dice que los llamados irracionales poseen alma y que deben ir al purgatorio o a donde él quiera enviarlos. Ahora, en cambio de lo que me manifestaste, te he dicho algo que no sabías". Sus palabras ocasionáronme un gran desconsuelo. Hasta entonces había creído que el mal de nuestros amigos, los paisanos, era ser demasiado creyentes, y aquel hombre —aquel viejo gaucho, honrado y bueno, que todos respetábamos— no creía en nada. Traté de discutir con él, exponiéndole que había sustentado algo horrible, desde que todos sentían en su corazón que tenían un alma inmortal, la que debía ser juzgada después de la muerte. Me había causado angustia y hasta miedo. El siguió fumando con toda calma, pareciendo no escucharme y como no me contestaba, le grité: "¿Cómo sabe? ¿Por qué afirma que sabe?".

Al fin habló: "Oye —me dijo— yo también fui muchacho y sé que un muchacho de catorce años puede comprender tan bien como un hombre. Era yo hijo único de madre viuda y constituía todo para ella y ella representaba todo para mí. Estábamos juntos y solos en el mundo. Ella murió. Lo que aquello significó para mí ¿cómo lo puedo exteriorizar? ¿Cómo podrías comprenderme? Después que la hubieron sepultado, me dije: "Mi madre no ha muerto y dondequiera que se encuentre ahora, en el cielo o en el purgatorio o en el Sol, me recordará y volverá a mi lado a consolarme". Cuando obscureció, salí solo. Me senté en el fondo de la casa y pasé horas esperándola. "Seguramente vendrá —exclamé—, pero no sé si la veré o no. Tal vez no será mas que un susurro en mi oído o un roce de su mano sobre la mía, pero sabré que está conmigo". Al fin, cansado de mi vigilia, me tiré sobre el lecho, rendido, pensando que vendría al día siguiente. Y así pasé muchas noches sucesivas. En ocasiones, subía yo la escalera de mano, que siempre estaba contra la pared a efecto de llegar al techo y observar la tropilla que pacía en la llanura. Pasaba horas sentado o recostado sobre el techo de paja, y, sollozante, clamaba: "¡Ven, madre mía! ¡No puedo vivir sin ti!. Ven pronto antes de que muera con el corazón deshecho!" Tras mi acendrado pedido, en el que iba mezclado el llanto a mis palabras de amor filial, abatido de pena y de cansancio, volvía a mi cuarto. Ella nunca regresó, y, al fin, me persuadí de que había muerto y que, desdichadamente, quedábamos separados para siempre; que no hay vida en pos de la muerte".

Su relato me tocó las fibras del corazón. Alejéme sin añadir palabra, pero conseguí convencerme de que su pena, por la madre, lo había trastornado, ya que durante la juventud se habían formado en su mente aquellas quimeras, habiéndolas conservado toda la existencia. No obstante semejante recuerdo atormentábame. Un día, en estado de perturbación, mientras leía la Fisiología de George Combe, tropecé con un párrafo en que discute la cuestión del deseo de inmortalidad, donde el autor asevera que no es universal, y como prueba de tal aseveración escribe que él no tiene tal deseo.

Este fué un rudo despertar para mi, pues —hasta ese momento— en mi ignorancia, había supuesto semejante ambición inherente a todo ser humano, desde el amanecer del entendimiento hasta el fin de la vida. Suponía que era nuestro principal objeto, un instinto del alma, como el instinto físico del pájaro migratorio, que le llama anualmente desde las regiones más lejanas de vuelta a su lugar natal. También había imaginado que esa esperanza o más bien la creencia en ella se fundaba en nuestra pasión por la inmortalidad y en el sentido universal de la misma. El hecho de que existieran otros seres humanos que no participaban de idéntico deseo, bastábame para convencerme de que no implicaba un instinto del espíritu ni que tampoco era de origen divino.

Sufrí otros muchos golpes por el estilo. Cuando evoco esa triste época, me parece casi increíble que tan dudosa fe en la religión haya sobrevivido y que la lucha aun siguiera como siguió y sigue efectivamente.

Para muchos de mis lectores —todos aquellos que se hayan interesado por la historia de la religión y sus consecuencias sobre la mente del individuo— su psicología — todo lo que he escrito, respecto a mi estado mental en el mencionado período, les parecerá cuento familiar, desde que miles y millones de hombres han soportado experiencias similares y las han relatado en sinnúmero de libros. Y aquí debo recordar que, en los días de mi juventud, no habíamos caído aún en la indiferencia religiosa y en el escepticismo que ahora se extiende por todo el mundo. En aquel entonces, la gente todavía poseía arraigadas creencias o no exteriorizaba lo contrario, y en Inglaterra, donde ahora escribo, en el mismo centro y cerebro del mundo, a muchos miles de leguas de mi rústico desierto, los campeones de la Iglesia se encontraban en mortal conflicto con los evolucionistas. Yo ignoraba todo esto. Carecía de libros modernos. Los contenidos en nuestra biblioteca databan, en su casi totalidad, de más o menos cien años atrás. Mi lucha se basaba sobre las viejas reglas. Por eso las he relatado — lo más brevemente— considerando necesario efectuarlo, ya que forma parte del proceso en el desarrollo de mi mente durante el período juvenil. No dudo que mis angustias religiosas fueron más grandes que en la mayoría de los casos a causa de la especial razón reflejada en las precedentes páginas.

CAPÍTULO XXIV

La soledad del alma. - Mi madre y su muerte. - El amor materno. - Su carácter. - Anécdotas. - Misterio y revelación. - La emigración otoñal de los pájaros. - Vigilias a la luz de la luna. - Regreso de mi hermano - Me hace conocer las obras de Darwin. - Nueva filosofía de la vida. - Conclusión.

GANANCIA Y PERDIDA

La triste verdad de que un hombre —todo hombre— debe morir solo, se había fijado vivamente en mi cerebro y mantenido en él por los violentos y frecuentes ataques de la enfermedad que yo padecía en aquel entonces, cada uno de los cuales amenazaba ser el último. Y esta aprensión y tal sentido de la soledad en el momento de la rotura de todo vínculo terrestre, fué acaso el origen de la idea o noción que me formé, de que, en nuestros más íntimos pensamientos y reflexiones sobre el destino, así como en nuestras más hondas emociones, estamos y debemos estar solos. De cualquier modo, nunca tuve un confidente ni anhelé tenerlo. Al respecto, recuerdo las últimas palabras que me dirigió mi hermano menor, el ser más querido sobre la Tierra, y con quien había sido más íntimo que con cualquier otra persona.

Aquello fué cuando los años tenebrosos habían pasado, cuando yo ya gozaba de largos períodos de salud más o menos buena y había conocido la felicidad en los solitarios lugares que me gustaba frecuentar en comunión con la naturaleza y con los pájaros silvestres por compañía. Encontrábase mi hermano despidiéndome a bordo del barco que había de conducirme a la *home*, como insistía en llamar a Inglaterra, para diversión suya, y cuando nos habíamos estrechado finalmente las manos y dándonos el último adiós, él pronunció las siguientes palabras: "De todas las personas que he conocido, tú eres la única que no conozco". Esta era una frase, me imagino, que jamás habría sido vertida por una madre dirigiéndola a su hijo querido; porque su penetración, nacida de su gran amor, supera a la del amigo más íntimo y a la del hermano. Jamás le dije a mi madre una palabra de mis dudas y agonías mentales. Le hablé únicamente de mis padecimientos físicos. Sin embargo, ella lo sabía todo y yo no ignoraba que ella lo sabía. Y porque ella conocía y comprendía el estado de mi mente, nunca preguntó, jamás sondeó, pero invariablemente, cuando se hallaba a solas conmigo, con infinita ternura, tocaba materias espirituales y me informaba de su propio estado. Los consuelos de su fe le daban paz y fortaleza en los reveses y en las ansiedades.

Sabía también que su interés por mí era el más grande, pues no ignoraba la especie de angustias que me presionaban y deprimían. Mi hermano mayor, tan largo tiempo ausente, apenas había dejado de ser un niño cuando ya se había desprendido de toda creencia en la fe cristiana, jactándose de haberse librado de fábulas de viejas,

como decía con desdén. Pero nunca le expresó a nuestra madre nada al respecto. No obstante, ella lo adivinó. Cuando nos hablaba del asunto más caro a su corazón y él escuchaba con respetuoso silencio, ella comprendía las ideas y los sentimientos del hijo y sabía que él la amaba sobre todas las cosas, pero que no compartía su credo. Mi hermano mayor se había despojado de esas creencias, con el corazón alegre, debido a su perfecta salud, ya que en esa condición la idea de la muerte no pasa por el pensamiento: la mente rehusa admitir tal idea y tan remota es, en ese estado, que nos consideramos prácticamente inmortales. Sin esa idea que la hostigue, la mente se conserva clara, vigorosa y libre de trabas. ¿Qué me habría importado ésta, me preguntaba, cuando trataba de buscar la Fe, si no hubiera estado sentenciado a una muerte temprana, cuando mi único deseo era la vida, nada más que la vida, vivir para siempre?.

Fué entonces cuando mi madre murió. Su perfecta salud decayó repentinamente y su fin no tardó en llegar. Pero sufrió mucho y en la postrer ocasión que estuve al lado de su lecho me manifestó que estaba muy cansada y no temía a la muerte y que aun estaría contenta de irse si no fuera por el miedo de dejarme en tan precario estado de salud y con el espíritu torturado. Aun entonces no me hizo preguntas, expresando solamente la esperanza de que sus oraciones en favor mío serían atendidas y que al final volveríamos a encontrarnos. No puedo decir, como podría afirmar en el caso de cualquier otro pariente o amigo, que la había perdido. El amor de una madre para el hijo de sus entrañas difiere esencialmente de otros afectos y arde con tan clara y firme llamarada, que parece la única cosa inmutable en esta variable vida terrenal, de tal suerte que, aun cuando ella ya no se encuentre presente sigue siendo luz y guía para nuestros pasos, y consuelo en nuestras angustias y en nuestros tropiezos.

Me causó gran sorpresa, hace unos años, ver expresadas mis secretas y más queridas intimidades hacia mi propia madre, como jamás las había oído definir antes, por un amigo que, aun cuando joven, se había forjado una posición en el mundo. El, que nunca había conocido a su madre por haber muerto ella durante su tierna infancia, lamentábase de que así hubiese sucedido, no solamente por la orfandad de su niñez, sino también y sobre todo, porque más tarde, en la vida, comprendió que había perdido algo infinitamente precioso que otros tienen: el recuerdo perdurable y fortaleciente de un amor que no se parece a ningún otro de los conocidos por los mortales, y que representa casi un sentido y la presciencia de la inmortalidad.

En mis lecturas nada me llega tanto al corazón como un relato verídico del amor entre madre e hijo, uno para el otro, como hallamos en ese sincero libro —del que ya hablé en un capítulo anterior— titulado *Historia de mi juventud*, por Serge Aksakoff. Entre otros libros, permítaseme citar la *Autobiografía* de Leigh Hunt, en sus primeros capítulos. Leyendo los incidentes que narra del amor y compasión de su madre para todos los que sufrían, así como sus actos de sacrificio, he exclamado: "¡Qué parecida a

mi madre! ¡Exactamente igual habría procedido ella!". Daré aquí un ejemplo de su amorosa bondad.

Días después de su muerte, tuve ocasión de ir a la casa de un criollo, vecino nuestro, que vivía en humilde rancho. No se me ocurrió, en ese momento, que no había visto a él y a su familia desde que mi madre falleciera. Al entrar en la habitación, la anciana madre del criollo, señora que tenía nietos de mi edad, se levantó de su silla con pasos vacilantes. Tomando mis manos entre las suyas y con lágrimas en los ojos, exclamó: "¡Nos ha dejado! Nos ha dejado; ella, que me llamaba madre por mis años y por su cariñoso corazón. ¡Ella sí que fué mi madre y la de todos nosotros! ¿Qué haremos ahora?"

Solamente al retirarme y después de haber montado a caballo, ocurrióseme que los recuerdos de la anciana se remontaban al tiempo en que conoció a mi madre por vez primera a una esposa niña, muchos años antes de que yo naciese. Podía recordar muchos de sus actos de amor y caridad. Cuando una de las hijas de aquella anciana murió, al dar a luz —en ese mismo rancho—, mi madre, que en aquel entonces me criaba, fué a ofrecerle consuelo y ayuda; y al ver que la criatura vivía, la llevó a casa amamantándola junto conmigo durante varios días, hasta que le encontraron tina nodriza. Desde que tuve uso de razón, me maravillaba de su tolerancia. Era una santa en vida y de una espiritualidad del más alto grado. Para ella, hija de padres y antepasados de la Nueva Inglaterra, criada en una atmósfera intensamente religiosa, los pobladores de las pampas, entre quienes le tocó vivir, le habrán parecido casi como habitantes de otro mundo. Resultaríanle tan extraños moralmente, como lo eran en su exterior por el idioma, indumento y costumbres. Sin embargo, pudo adaptarse a ellos, visitarlos y sentirse con toda comodidad en el más humilde rancho, interesándose tanto por sus asuntos como si fueran propios. Su ternura y liberalidad la hicieron muy amada por todos, siendo una pena para muchos que no perteneciese a su fe. Ella era protestante, y aunque nuestros convecinos no sabían exactamente lo que eso significaba, suponían que tenía que ser algo muy malo. Los protestantes, según algunos, habían actuado en la crucifixión del Salvador, y de todas maneras, no iban a misa ni se confesaban y desconocían los santos, esos seres glorificados, quienes, bajo los auspicios de la Reina del Cielo y en compañía de los ángeles, servían de guardianes a las almas cristianas en esta vida y de intercesores en la eternidad. Deseaban convertirla. Cuando nací, la misma anciana de quien he hablado se dispuso a aprovechar la circunstancia de que yo viniera al mundo el día de Santo Domingo para convencer a mi madre que me llamara como aquel santo, según la costumbre religiosa del país. Si conseguía esto, ella lo interpretaría como un signo de gracia, demostrando no ser su caso un caso perdido, ya que no despreciaba los santos.

Pero mi madre había elegido mi nombre y no estaba dispuesta a cambiarlo por otro, ni aun para complacer a sus humildes vecinos y menos por un nombre como el de

Domingo, porque, posiblemente, no existía otro tan ofensivo para los herejes de todas denominaciones.

Esto les apenó mucho. Ha sido ése el único dolor que les ocasionó, Pero la anciana y algunos de sus familiares creyeron que la idea era demasiado buena para abandonarla del todo. Insistían siempre en llamarme Domingo.

La simpatía y cariño de mi madre se apreciaban también a través de la hospitalidad que le agradaba dispensar. Es cierto que tal hábito constituía una virtud en el país, especialmente entre la población nativa; sin embargo, en todas mis andanzas de años subsiguientes sobre esas extensas llanuras, en que cada noche resultaba huésped de un hogar distinto, nunca encontré nada parecido a la hospitalidad dispensada por mis padres.

Una de las cosas más agradables para ellos, era tener visitas o huéspedes con nosotros. También había un buen número de personas de más al sur de la provincia, que en sus viajes periódicos a la ciudad acostumbraban pernoctar en casa, y a veces, pasarse medio día a nuestro lado. No existían distinciones. Los más humildes, aun aquellos que en Inglaterra se denominan comúnmente "vagos", aquellos a quienes la hacienda les hacía peligroso el andar a pie, recibían tan cordial bienvenida como si fueran exponentes de una clase superior. Nos causaba placer, como chiquilines amantes de la burla, tener un huésped de semejante condición para la cena.

Ocupábamos nuestros lugares en la larga mesa bien surtida, y la mirada severa que nuestro padre nos dirigía, nos daba la pauta de la categoría del huésped y su falta de adaptación a los medios. Nos agradaba observarlo furtivamente y escuchar sus desacertados esfuerzos para iniciar y sostener la conversación. Sabíamos, empero, que el menor conato de risa de nuestra parte habría sido una ofensa imperdonable. Cuanto más pobres, raros o ridículos — desde nuestro punto de vista — aparecían los visitantes, más se esforzaba mi madre para que estuvieran a sus anchas. Nos decía, cuando nos encontrábamos a solas con ella, que no podía participar de nuestro risueño modo de apreciar los gestos de cualquiera de los rústicos viajeros. Pensaba que cada uno de ellos, probablemente, tendría la madre en algún país distante, y que tal vez aquélla lo recordaría en el mismo momento en que se encontraba en nuestra mesa. Quizá estuviera rezando y pidiendo a Dios para que el hijo ausente encontrase en sus giras un poco de cariño.

Recuerdo muchos de estos huéspedes que nos brindaba el azar. Me referiré a uno en particular, pues él y la noche que pasamos en su compañía, perduran en mi memoria con una frescura particular, y además, como un recuerdo predilecto de mi madre.

Tenía yo entonces de nueve a diez años. Nuestro huésped fué un joven español, buen mozo y con una expresión y modales muy simpáticos. Iba en viaje de Buenos

Aires a un lugar de nuestra provincia, que distaba sesenta o setenta leguas más al sur. Después de pedir permiso para pernoctar en casa, explicó que tenía solamente un caballo, pues le agradaba más viajar así, que no a la usanza criolla, en que con la tropilla por delante se galopa furiosamente desde el aclarar hasta el obscurecer, mudando caballos cada tres o cuatro leguas. Con un caballo solo se debía andar con calma, tomándose frecuentes descansos. Por otra parte, le agradaba ser huésped en diversas casas al solo efecto de alternar con sus moradores.

Después de la cena, durante la cual nos encantó con su conversación y su castellano puro y armonioso, formamos una rueda delante de la estufa alimentada con leña, en el comedor, cediéndole el asiento principal. Había dicho que tocaba la guitarra y todos queríamos sentarnos donde pudiéramos ver a la par que escuchar. Afinó el instrumento sin apurarse, haciendo muchas pausas mientras continuaba la conversación con mis padres, hasta que al fin percatándose de nuestros deseos empezó a tocar en estilo musical extraño para nosotros. No interpretó piezas alegres con arpegios y floreos fantásticos, tan usados por los guitarristas criollos. Era su música hermosa, pero seria.

Siguió otra larga pausa y continuó hablando. Refirió que las piezas que había ejecutado las compuso su gran favorito, Sarasate. Nos dijo que éste fué uno de los más famosos compositores y guitarristas de España y que escribió mucha música para la guitarra antes de abandonarla por el violín. Como violinista había conquistado reputación europea. En España, no obstante, lamentaban sus admiradores de que hubiese abandonado el instrumento nacional.

Todo lo que refería era interesante, pero nosotros queríamos más y más música. El tocó menos y menos, a intervalos más largos. Luego dejó la guitarra, y, volviéndose a mis padres, les pidió sonriente que le disculparan. No podía seguir tocando. Le atenaceaban los recuerdos. Les debía, dijo, contar sus pensamientos. Así se darían cuenta de lo que habían hecho por él esa noche y cómo se lo agradecía.

Pertenecía a una larga familia, muy unida. Durante el invierno, crudo en la zona donde estaba radicado su hogar allá en España, el momento más feliz lo constituía para ellos cuando al anochecer reuníanse todos en la sala, delante de un buen fuego de roble. Pasaban las veladas entregados a los libros, a la conversación, a la música y al canto. Naturalmente, desde que saliera de su patria, años atrás, estos recuerdos cruzaron por su mente en varias ocasiones, pero fueron recuerdos pasajeros. Aquella noche se le presentaban de una manera distinta, más que como reminiscencias como un revivir del pasado, de tal manera que, mientras estaba sentado entre nosotros, se veía nuevamente, muchacho en España, al lado del fuego rodeado de sus hermanos y de sus padres. Con tal estado de ánimo no podía seguir tocando. Y le pareció curioso que semejante fenómeno espiritual se hubiese presentado por primera vez en un lugar

de la grande y desnuda pampa, tan escasamente poblada, donde la vida era tan dura y primitiva.

Mientras hablaba, todos escuchábamos plenos de verdadera congoja, absorbidos por sus palabras, especialmente mi madre, cuyos ojos encontrábanse húmedos de emoción. En muchas oportunidades, después, evocó al huésped de aquella noche, que jamás volvimos a ver, pero que nos dejó su inolvidable imagen en nuestros corazones.

Tal es el retrato de mi madre, como aparecía a los que la conocieron. En mi caso particular existía algo más: un secreto lazo de unión entre los dos, desde que ella mejor que nadie comprendió mi amor por la naturaleza y mi aprecio por todo lo hermoso. Esto acercábame más a sus propios sentimientos. Así que, aparte y por encima del entrañable afecto entre madre e hijo, teníamos un parentesco espiritual, de suerte que toda cosa hermosa a la vista o al oído, que me llamaba la atención, se me presentaba asociada a ella. Me encontré este sentimiento expresado con toda fidelidad en algunas líneas del *Snowdrop* de nuestro malogrado poeta Dolben. Si mal no recuerdo, escribió:

El verano, con todas sus rosas y claveles, / no trae una flor tan amable / y que dé a mi mente / tan meditativo descanso como ésta. / El aire de la mañana / al mover apenas sus silenciosas campanillas / parece susurrar "Hogar". / A todas las cosas gentiles / a todas las cosas bellas / yo te asocio, madre mía / como parte de ti misma.

Así lo siento yo también. Todas las cosas bellas y principalmente las flores. Su cariño por éstas rayaba en la adoración. Su sentimiento religioso le hacía considerarlas como pequeñas y mudas mensajeras del Autor de nuestro ser, o como símbolos divinos de un lugar y de una hermosura fuera del alcance de nuestra imaginación.

Me parece que cuando Dolben escribió esas líneas a la campanilla blanca, recordaba que ésa era la flor favorita de su madre. La mía también tuvo sus flores favoritas. No fueron ellas las rosas ni los claveles de nuestros jardines, sino las flores silvestres que crecían en la pampa, flores que nunca vi en Inglaterra. Pero las recuerdo bien y si por alguna extraña casualidad encontrárame nuevamente en aquella lejana región, saldría a buscarlas y, viéndolas, sentiría que estaba en comunicación de nuevo con el espíritu de mi madre.

Estos recuerdos de mi madre implican para mí un gran consuelo. Al rememorar tal período melancólico, invoco también los años que se malgastaron y tanto afectaron mi juventud, época que para otros es la más grata, rica y feliz. de la vida, y que siempre fué la más penosa para mí. Sin embargo, estoy obligado a recordarla para referir cómo, al fin, pude salir de ella. Mi caso no era precisamente como el de *El proscrito* de Cowper, sino más bien como el del desertor de un barco, sobre una costa tropical, que al nadar hacia ella se encuentra en los pantanos del mangle hundido en lodo hasta la

cintura, enredado entre las lianas como sogas y esforzándose frenéticamente por escapar.

He narrado cómo, después de mi décimoquinto año, cuando primero empecé a reflexionar seriamente sobre mi vida futura, persistía en la idea de que mi perpetuo regocijo ante la naturaleza traducía una condición o fase de mi mente de criatura y muchacho que, inevitablemente, desaparecería con el tiempo. En fecha más temprana podría haber sospechado que era un error, desde que el sentimiento había ganado fuerza con la edad; pero solamente fué después de empezar mis lecturas, al principio de mi décimosexto año, cuando descubrí su verdadero carácter. Uno de los libros que más gusté entonces, ha sido el *Selborne* de White, que me regaló un viejo amigo de la familia, comerciante de Buenos Aires, quien acostumbraba pasar una o dos semanas anualmente con nosotros, cuando tomaba sus vacaciones. Había estado en Europa, y me contó que un día, encontrándose en Londres, en vísperas de su regreso entró en una librería. Viendo este libro sobre el mostrador, luego de hojearlo, se le ocurrió que éra un regalo propio para llevarle al muchacho, tan amante de los pájaros, allá en las pampas. Lo leí y releí muchas veces. Jamás había llegado a mi poder nada tan bueno en su género. Pero no me reveló el secreto de mi amor por la naturaleza. El sentimiento del cual me volvía más consciente cada día era un misterio para mí, especialmente por momentos, cuando me acosaba repentinamente con ímpetu. Tan fuerte resultaba, tan inexplicable, que hasta lo temía, no obstante salirme de mi camino para hallarlo. A la hora de la puesta del sol, me iba a unas cuadras de la casa. Sentado sobre el pasto reseco, con los brazos alrededor de las rodillas, contemplaba arrobado el cielo del poniente, esperando que me arrebatara. "¿Qué quiere decir esto?", preguntábame. Pero a esa pregunta no había contestación en ninguno de los libros que trataban de la "Vida y conversaciones de los animales". La encontré, más tarde, en la *Filosofía*, de Brown —uno de los viejos volúmenes de nuestros estantes— y en cierto antiguo tomo, con extractos de los poetas del principio del siglo diecinueve y también en otras obras. No me decían rotundamente cuál era la facultad oculta dentro de mí que producía esos extraños impulsos o estallidos de emoción que me elevaban sobre mí mismo por momentos. Lo que encontré en sus palabras era suficiente, sin embargo, para demostrarme que el sentimiento del encanto ante la naturaleza se mantenía permanentemente; que otros lo habían conocido y se había convertido en manantial secreto de felicidad durante sus vidas. Tal revelación, que en diversas circunstancias me hubiera hecho sumamente dichoso, sólo sirvió para aumentar mi espiritual miseria, ya que creía que tenía poco tiempo de existencia. La naturaleza podía encantar; encantábame Sus mensajes mudos a mi alma resultaban más dulces que la miel en el panal, pero no podían evitarme la estocada ni la victoria de la muerte, y, por fuerza, tuve que buscar el consuelo por distinto sendero. Esto, no obstante, aun en mis peores días, en mis años más oscuros, mientras estaba preocupado con la tarea laboriosa de procurar mi salvación, con temor —a causa de aquel espectro de la muerte

persiguiéndome siempre— no podía librar a mi pensamiento de su vieja pasión y deleite. El sol naciente y poniente; la contemplación de un cielo azul y límpido después de la tormenta; el llamamiento familiar de un pájaro emigrante recién llegado, al que no habla escuchado por algún tiempo; la primera flor de primavera, en fin, despertaban la vieja emoción, penetrando como el rayo del sol entre las tinieblas, provocando un júbilo intenso y momentáneo, seguido por inexplicable dolor. A veces, las dos sensaciones opuestas se encontraban mezcladas en mi mente, por horas, y esto ocurría con más frecuencia durante la emigración otoñal, cuando la gran ola de pájaros se iba hacia el norte — en todo marzo y abril — y se les veía pasar en bandadas, desde el amanecer a la oración, hasta que todos los visitantes de verano, habiéndose ido, eran reemplazados, en mayo, por los pájaros del lejano sur que huían del invierno antártico.

El espectáculo habíame conmovido siempre. Me producía, en aquel entonces, una sensación contradictoria. Adquiría mayor intensidad en las noches tranquilas de luna, cuando me sentaba o tendía en la cama, espiando la perspectiva —tierra y cielo— en su aspecto misterioso y distinto. Y allí, acostado, pasaba las horas enteras escuchando el grito de tres sílabas del chorlo solitario, mientras pasaban los pájaros allá arriba, en el cielo oscuro, volando hacia el norte. ¡Extraña vigilia, agitada por raros pensamientos y emociones, en aquella tierra iluminada por la luna, que, también era extraña, aunque familiar, porque nunca había sido para mí, antes, más fuerte el sentido de lo sobrenatural en la naturaleza! Y el pájaro que yo oía, ese mismo solitario chorlo que había conocido y admirado desde mis primeros años, el más elegante de los pájaros, hermoso a la vista y grato al oído, cuando saltaba delante de mi caballo con su prolongado y agudo grito de alarma, se alejaba con vuelo parecido al de la golondrina. ¡Qué intensidad y alegría de vivir había en él! ¡Qué maravillosa sabiduría heredada guardaba en su cerebro y qué vigor incansable en su débil cuerpo, que le permitía hacer ese doble viaje anual de más de diez mil millas! ¡Qué alegría sería vivir por siglos en un mundo de tan fascinadores fenómenos! Si un gran médico, más sabio que los demás, infalible, me hubiera dicho que todos los otros se habían equivocado, que, exceptuando accidentes, todavía tenía cincuenta años de vida, o cuarenta, o simplemente treinta, lo habría idolatrado y me hubiera considerado el ser más feliz del mundo, con tantos otoños e inviernos y primaveras y veranos por delante. Con esas sobrenaturales noches de luna termino mi relato de aquel período oscuro. Por más que las tinieblas no se hayan despejado todavía, considero suficiente haberlo recordado y relatado tan brevemente como he podido.

Dejadme volver, ahora, al símil del pobre infeliz luchando por su vida en el fangal del mangle, La primera sensación de haber plantado mi pie sobre un lugar más firme, en ese lodazal fétido, de respirar un aire puro, venido a mí de más allá de la sombra de la aborrecida selva negra, fué cuando comencé a pasar intervalos de alivio en el dolor físico, intervalos que se volvieron más y más frecuentes, extendiéndose a días enteros. Luego a semanas, y así, por un tiempo, hiciéronme olvidar mi resentida salud.

Todavía y por gran lapso, estaría expuesto a los ataques de un dolor tan insoportable, como si un acero atravesara mi corazón, seguido siempre de violentas palpitaciones que duraban horas. Encontré que el ejercicio a pie o a caballo no me empeoraba y cada vez me volvía más emprendedor, pasando la mayor parte del día fuera de casa, aunque en ocasiones fastidiado por la idea de que mi pasión por la naturaleza, me trababa y desviaba del difícil camino trazado.

Por aquel entonces volvió mi hermano mayor, acontecimiento de notable importancia en mi vida, a pesar de que, como no se le esperaba tan pronto, tuve un minuto de duda respecto a si aquel forastero pudiera ser él. ¡Tanto había cambiado de aspecto en esos cinco largos años de ausencia, que para mi semejaron una eternidad! Nos había dejado siendo un joven de cara suave, tan curtido por el sol que con sus penetrantes ojos oscuros y con su largo y negro cabello, parecía más un indio que un hombre blanco. Ahora, su cutis era blanco y tenía barba y bigote castaños. También había mudado el genio. Regresaba más tolerante y cariñoso. Pronto, no obstante, descubrí que su carácter no había variado.

En cuanto tuvo una oportunidad, empezó a interrogarme respecto a mis pensamientos, a mi vida y a mis progresos, mostrándose sorprendido de que yo permaneciese todavía en la fe en la que me habían criado. "¿Cómo —preguntó— conciliaba esas antiguas fábulas y nociones con la doctrina de la evolución? ¿Qué efecto había surtido en mí Darwin?" Tuve que confesarle que no había leído una línea de su obra, que, con excepción de la *Historia de la civilización*, de Draper, que por casualidad llegara a mis manos, durante todos esos cinco años, no había leído más libros que los viejos ejemplares, siempre colocados en nuestra biblioteca. Dijo que conocía la historia de Draper, pero que no era ese libro de la clase que me convenía ahora. Necesitaba una historia diferente, con animales además de hombres, El tenía una cantidad de libros y me prestaría, para empezar, *El origen de las especies*.

Cuando lo hube leído, se lo devolví. Quiso él conocer mi opinión. Le dije que no me había afectado en lo más mínimo, desde que Darwin —a mi modo de ver— solamente consiguió desaprobar su propia teoría con el argumento de la selección artificial. El mismo confesaba que ninguna especie nueva jamás se había producido en esa forma.

"He ahí —replicó— la crítica fácil que efectuaría cualquiera que se pusiera a leerlo con espíritu hostil. Harían hincapié en ese punto, aparentemente débil, sin fijarse en los hechos claramente expuestos y contestados en el libro. Cuando él lo leyó se convenció, porque había realizado el estudio con mente amplia, y yo, por el contrario, lo había llevado a cabo subordinado a los prejuicios de mis ideas religiosas. Aconsejéme que lo leyese de nuevo: leerlo y considerarlo cuidadosamente, con la única intención de descubrir la verdad. "Tómalo —dijo— y léelo otra vez de la manera apropiada para ti, como un naturalista".

Se había sorprendido de que yo, ignorante muchacho de las pampas, hubiese tenido la osadía de criticar la obra. Por mi parte, habíame admirado su suave manera de razonar conmigo, sin el desdeñoso espíritu de antaño. Se mostró afectuoso, sabiendo que había sufrido mucho y que no estaba del todo restablecido.

Releí la famosa obra en la forma en que me había aconsejado y luego me rehusé a preocuparme del asunto. Estaba harto de pensar. Como el infeliz que por mucho tiempo se ha retorcido sobre el duro lecho del dolor, solamente atinaba a reparar mi vigor perdido, respirando y caminando otra vez, montando a caballo y galopando sobre los verdes campos, al sol y al viento. Porque, después de todo, era solamente una suspensión, no una conmutación de la sentencia, en la que al condenado se le permitía salir bajo fianza. El perdón no lo recibí hasta unos cuantos años más tarde. Con un redivivo placer, volví a practicar mis viejos deportes (caza y pesca), pasando días y hasta semanas fuera de la estancia, aceptando, en ciertas oportunidades, la hospitalidad de viejos amigos gauchos y vecinos antiguos, en sus ranchos, asistiendo a las yerras y a los apartes de hacienda, a los bailes y a otras reuniones, y aun efectué expediciones más largas, hasta las fronteras sur y oeste de la provincia, viviendo al aire libre durante meses.

A pesar de mi resolución de olvidarme de Darwin, mi mente o subconsciencia — igual que un perro que con un hueso en la boca desobedece a su amo cuando éste le ordena soltarlo— seguía revolviendo el asunto. Aquella obsesión subsistía el día entero en mí, tanto cuando recorriendo el campo sujetaba el caballo para contemplar a gusto un ser cualquiera, como cuando boca abajo observaba entre los pastos la misteriosa vida de algún insecto. Y toda existencia que caía bajo mi vista, desde el gran pájaro describiendo círculos en la vastedad del espacio, hasta el miserable bichito que se encontraba a mis pies, entraban en el argumento y reflejaban un tipo, representando un grupo, marcado por su semejanza de familia, no solamente en aspecto, colorido y lenguaje, sino también en personalidad, costumbres y aun en los más ligeros rasgos de carácter y gestos. Y sucesivamente así, el grupo entero, a su vez, lo relacionaba con otro grupo y todavía con otros más y más alejados, haciéndose la analogía cada vez menos notable. ¿Qué otra explicación era posible sino la comunidad de origen? Parecía increíble que no se hubiera notado, aun antes de que se descubriera que el mundo era esférico y pertenecía a un sistema planetario que giraba alrededor del sol.

Todo este conocimiento sideral carecía de importancia comparado con el de nuestro parentesco con las infinitas formas de vida que comparten la tierra con nosotros. ¡Y sin embargo, no fué hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando la gran, casi evidente verdad, se abrió paso en el mundo!.

No hay duda de que se trata de una experiencia común. Apenas el investigador se ha convertido a una nueva doctrina, cuando ésta toma completa posesión de su mente.

Entonces no tiene la apariencia de un extraño y desagradable huésped. Más bien adquiere el aspecto de antiguo familiar y amigo.

Supongo que la explicación consiste en que cuando abrimos las puertas al nuevo e inoportuno visitante, realizamos simple y virtualmente una ceremonia, desde que el verdadero acontecimiento ha sido ya consumado al introducirse el huésped a hurtadillas instalándose en la subconsciencia.

En forma insensible e inevitable, me había convertido en evolucionista, aunque nunca del todo satisfecho con la selección natural, como la única y suficiente explicación de los cambios en las formas de vida. Y otra vez, insensiblemente, la nueva doctrina me condujo a modificaciones de las antiguas ideas religiosas y, eventualmente, a una nueva y simplificada filosofía de la vida. Bastante buena en lo que se refiere a esta existencia, pero que, desgraciadamente, no toma en cuenta la otra, la perdurable.

Este asunto ha preocupado mucho a los hombres durante los últimos dos o tres terribles años recordándome frecuentemente aquel rudo golpe que recibí, siendo un muchacho de catorce años, al oír el amargo relato del viejo gaucho acerca del alma. Asimismo, he recordado la teoría en que mi muy amado hermano menor solía encontrar consuelo. Habíase vuelto muy religioso, y después de leer mucho a Herbert Spencer y a otros filósofos evolucionistas modernos, me dijo que creía ocioso que los cristianos combatieran los razonamientos de los materialistas, referentes a que la mente es una función del cerebro. Lo es, indudablemente. Nuestras facultades mentales mueren con aquél; pero tenemos un alma imperecedera. El lo sabía, lo que significaba que era también un místico y, hallándose completamente preocupado con la religión, esa facultad mística encontraba en ella su función y uso. De todos modos, tal concepto le sirvió para sobreponerse a sus dificultades, y para sacarlo de su lodazal del mangle: un camino quizá menos imposible que el que señaló recientemente William James.

Así salí del litigio como perdedor, pero con la compensación de no ignorar que mis médicos habían resultado unos falsos profetas, y que, salvo accidentes, podía contar con treinta, cuarenta y hasta cincuenta años de veranos, otoños e inviernos. Y ésa era la vida que deseaba, la vida que el corazón puede concebir: la vida terrenal.

Cuando oigo a personas que dicen que no han encontrado el mundo y la vida tan agradables e interesantes como para haberse enamorado de ellos, o que ven sin angustia la aproximación de su muerte, entiendo que nunca "vivieron verdaderamente", es decir, que nunca sintieron con intensidad suficiente el mundo que ellos juzgan tan mal. No vieron nada; ni aun supieron apreciar lo que era una brizna de pasto. Sólo sé que el mío es un caso excepcional, que el mundo visible es para mí más hermoso e interesante que para la mayoría de la gente, que el placer experimentado en mis

comuniones con la naturaleza no se ha esfumado nunca, si bien dejó un recuerdo de felicidad desaparecida, para intensificarse, por contraste, en un dolor presente. La felicidad no la perdí jamás, pero debido a aquella facultad de que ya he hablado, tenía un efecto acumulativo en la mente y era de nuevo mía. Así fué que en mis peores días, en Londres, cuando estaba obligado a vivir alejado de la naturaleza por largos períodos, enfermo, pobre y sin amigos, yo podía siempre sentir que era infinitamente mejor "ser, que no ser"